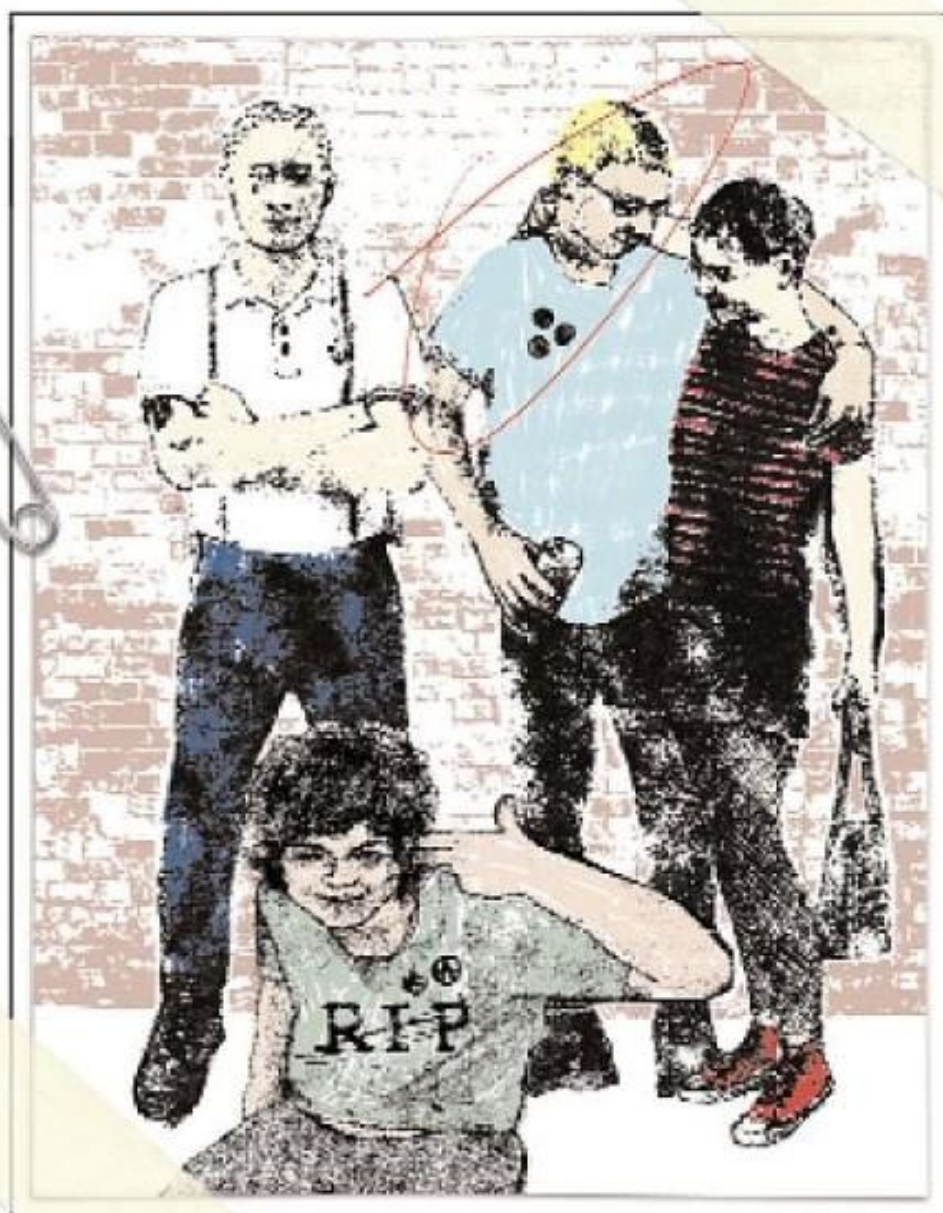


KIKO AMAT

Rompepiistas



C O N T R A S E Ñ A S

Lectulandia

Corre el verano de 1987, y para Rompepistas, un punk miope y desgarrado de diecisiete años nacido en el extrarradio de Barcelona, los únicos que importan son Generation X, los Clash, los Jam y su propio grupo, Las Duelistas. Las horas se aceleran al lado de sus mejores amigos: Carnaval, el batería gordito, Clareana, su ex novia, y el Chopped, cabecilla de los Skinheads por la Paz. Son los chicos con botas, con las almas rotas y la ropa descosida, sin modales y sin futuro, sin nada que perder. Y el universo de Rompepistas parece a punto de estallar. Llena de patadas y puñetazos, punk rock y reggae, victorias pírricas, curas malvados y el desespero callado del cinturón industrial barcelonés, Rompepistas es una emocionante novela de iniciación que narra con intensidad y gran sentido del humor el paso de la adolescencia a la primera juventud. Escrita con profunda sensibilidad, ritmo y con la exacta mezcla de misantropía e ingenuidad de aquel Holden Caulfield que sedujo a millones de lectores en El guardián entre el centeno, esta novela explora la amistad y la culpa, los lazos de sangre, las promesas rotas y la redención del baile, y desgrana los miedos y avatares de la pérdida de la inocencia.

Lectulandia

Kiko Amat

Rompepistas

ePub r1.1

Ariblack 04.06.14

Título original: *Rompepistas*
Kiko Amat, 2007

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Éste es para mi hijo Boi
Y para Eugènia, su madre
Y para los chicos con botas originales:
Seda, Carilla, Gusi, David y Óscar*

*All this was a long time ago, and besides, the past is finished. Better forget
it and be done. Except no one ever forgets.*

The Mendelman Fire, WOLF

Hubo una época en que yo no era quien soy

Hubo una época en que yo no era quien soy. En aquel tiempo era otro, y respondía a otro nombre. O quizás no es que fuese otro; quizás es sólo que tenía diecisiete años, y los diecisiete son un planeta distinto. Un mundo extraño donde las cosas se hacen de otro modo, de un modo que no puedes juzgar con instrumental del hoy.

Es curioso de lo que te acuerdas con el tiempo, pero también de lo que te olvidas. En aquella otra época en que yo no era quien soy hoy, me llamaban de otra manera. No he pensado en el nombre que utilizaba entonces en mucho tiempo; de algún modo me las arreglé para perderlo, tirarlo a la papelera, meterlo en el bolsillo de una chaqueta que no quería volver a ponerme. Perdí mi nombre sin saber cómo, sin darme cuenta, y no me importaba hasta hoy, que me ha vuelto a importar.

Ha sido el entierro. La culpa es del entierro.

Échale la culpa al boogie.

Hacía años que tampoco decía esta frase, que antes, en otra época, otro lugar, decía todo el tiempo.

Échale la culpa al boogie.

Riendo por dentro, me saco la corbata negra del cuello tirando de uno de sus extremos, y luego me abro el botón de la camisa, propulsando a la vez el mentón hacia el techo. Odio llevar corbata. Es algo que arrastro de cuando era punk, de cuando era uno de los chicos con botas.

Me siento en el sofá y me levanto del sofá, y voy hacia la ventana, y miro la calle donde vivo ahora, está oscureciendo, miro la tienda paquistaní de la esquina, miro al cielo, rojo de sangre dorada, rojo hemoglobina, mi cielo favorito, un cielo de amenaza calmada, un cielo para batirse en duelo. Y pienso en cómo voy a limpiar lo que me he traído del entierro.

Esto.

Mi nombre, sin ir más lejos. El que había perdido por ahí, por el camino, por el espacio, el que escondí en un bolsillo. Hace mucho de todo esto; hace mucho de la época en que yo era otro.

Es curioso, no me digáis que no, de lo que te acuerdas y olvidas con el tiempo.

Échale la culpa al boogie.

He llegado al pueblo a las doce de esta mañana, en tren, un par de horas temprano para el funeral. Un sol estroboscópico parecía ralentizar a la gente, hacerla andar más despacio, como en la pista de una discoteca. Después de cruzar el río, esa acequia marrón en la que no hay peces desde hace medio siglo, el ferrocarril ha llegado a la estación del pueblo. Cuando las puertas se han abierto, después de la música de llamar a extraterrestres en la tercera fase, tirorirori, después del Propera Parada, se me han echado encima.

Los olores; nada huele como este pueblo. Eucaliptos, moreras, menta salvaje que se hace mayor por todas partes, y entre las aceras, orangina fugitiva y bastarda, olor a húmedo, a yeso mojado, a escayola reciente, a río podrido y adoquines desiguales.

Y los sonidos: las tórtolas, siempre pu-pu-pu, los tubos de escape estridentes de las motos cholas, el bom-bom-bom infame que explota en los altavoces de los coches que pasan cerca de mí con ventanillas abiertas y emergentes codos desnudos, el petardeo quebrado de las taladradoras sobre el alquitrán.

Y las imágenes: la silueta de la iglesia, como un recortable infantil sobre la cuesta, y las golondrinas trazando lazos de Escher por entre los árboles, moreras, siempre moreras. Y los acentos, algunos traídos de Azuaga, otros de Ejulbe, otros de Villena, otros de aquí, catalanes.

Hace muchos años que no vivo aquí. Veinte, mínimo. Porque siempre quise marcharme de mi pueblo. Desde que tengo uso de razón he querido marcharme de aquí. Y al final lo conseguí, tuve que hacerlo, tuve que irme.

Me dolió más a mí que a ellos.

Me río otra vez, me río bajando la cabeza, boca cerrada y resoplando como un delfín por la nariz mientras ando, recordando esa frase y cuándo la dije y con quién. Y de repente, tras volver una esquina, me he dado cuenta de que estaba en una foto. Ha sido una sensación confusa que venía atada de algún modo al recuerdo anterior, de la manera en que vienen a veces los recuerdos.

Allí, parado ante una pared del mercado del pueblo, estaba en dos sitios a la vez. Mi cuerpo estaba en el año 2008, metido en un traje negro de dos botones, una camisa blanca y una corbata negra, pero mi imagen contra la pared del antiguo mercado estaba en una foto de 1987. Junio de 1987, para ser exactos. En la foto, amarilleada y con los bordes romos, salimos los cuatro: Clareana, Carnaval, el Chopped y yo.

CCCR, como si fuésemos el hermano disléxico de las siglas rusas de la URSS.

CCCR.

La R soy yo. Es por mi nombre. Por mi *otro* nombre; el antiguo, el que ya no uso, el que usaban mis amigos cuando vivía aquí.

Están a punto de derribar el antiguo mercado, ha sido cuestión de días. Si el entierro llega a ser en dos semanas, si *él* llega a vivir una semana más, yo nunca hubiera llegado a ver el mercado intacto. Sus cuatro entradas con dos escaleras encontradas cada una, el falso granito donde apalancábamos los culos durante horas, botas colgando y rebotando contra la pared, comiendo polos, pegando lapos; la cúpula metálica y monumental, las palomas, los puestos con sus tejados de uralita verde en los laterales. En poco tiempo, otra ruina de mi pasado va a desaparecer, y cada vez quedarán menos escombros de aquel año. Todo habrá desaparecido, desaparecido para siempre, como si fuese un recuerdo de otro lugar. Un país antiguo

de los balcanes, una nación que ha sido borrada del mapa tras una guerra importante, que ha cambiado sus fronteras, adoptado otros topónimos, inventado una nueva bandera. Otro planeta, extinguido.

Mis diecisiete años, congelados allí; en una foto.

Y nuestras miradas, que en aquella instantánea aún eran desafiantes, sin la suavidad o la limadura de derrota que les otorgan los años, miradas de carnívoros, de animales fieros aún no domados por la vida, que todavía no se han topado con la sumisión.

De golpe me pongo triste. Y no sólo triste: mareado, confundido, culpable. Ha sido la foto, recordarme en la foto, lo que ha empezado el recuerdo, los retazos y despojos de ese mundo perdido que casi olvido, mis diecisiete años, desaparecidos para siempre.

O casi. O casi.

Un claxon, los gritos de una panda de niños, una tórtola, pu-pu-pu, no sé lo que ha sido, pero algo me ha hecho darme cuenta de dónde estaba, la mirada perdida, con el traje, ahí, triste y solo y viejo, delante del mercado con las manos en los bolsillos. Y me he puesto en marcha, hacia el cementerio, dispuesto a encontrarme con todo, con todos, con ellos, para hablar de *él*, para hablar de nosotros una vez más; durante una época, era lo único que teníamos.

Aquellas canciones, y a nosotros mismos.

Rompepistas

6 DE JUNIO, SÁBADO

—Rompepistas.

—Qué.

—Que viene Clareana.

Carnaval y yo estamos chupando unos Burmar Flax, introduciendo con ambas manos los polos plásticos en las bocas como si fuesen flautas dulces, sentados en el falso granito de las escaleras del mercado con las botas colgando, cuando vemos a Clareana acercándose. Es sábado de mercado en el pueblo, y las cuatro calles que rodean el edificio están llenas de tenderetes de medias, chufas, ollas, verduras, y todos los vendedores gritan.

¿He dicho Vemos a Clareana? En realidad sólo la ve Carnaval, Clareana cojeando entre la multitud, dando codazos a las señoras, con esos humos que manejan los que se saben capaces de clavarle a alguien un picahielo en la oreja, los que viven sin miedo, ni a los demás ni a sí mismos.

Los andares temibles y bravos de Clareana. Su bam-bo-le-o feroz. Oye cómo va, su ritmo.

Yo entrecierro los ojos como un chino masturbador, y lo único que logro ver es la sombra de un Click, un muñeco borroso despidiendo rayos y truenos y acercándose a nosotros dos a toda velocidad, el sonido de sus tacones haciendo toctoctoctoc como el segundero de un cronómetro en una carrera de 100 metros, pies pisando alcachofas y mandarinas pasadas y cáscaras rotas de nuez.

Normalmente la hubiese visto, porque normalmente llevo lupas y, cuando las llevo, veo normal.

—Ya la he visto, imbécil —miento, suprimiendo un escalofrío inesperado.

Carnaval se vuelve y me mira y se ríe, y la lengua dentro de su boca está tintada amarilla del Burmar Flax.

—¿Pero qué dices? Sin lupas no ves nada, bizcocho.

Y agita la mano delante de mi cara como si estuviese limpiando los cristales de un edificio. Dar cera, pulir cera. Dar cera, pulir cera.

Ayer tenía lupas. Ayer tenía unas que iban muy bien, 20/20 en cada ojo, pero las perdí justo antes de empezar a prepararme una pizza casera. Busqué por todas partes, pero no pude encontrarlas, y al final tenía tanta hambre que me puse a comer sin ellas. Cuando saqué la pizza del horno, olía a llanta quemada. Entrecerré los ojos como un chino masturbador y acerqué la cara, y en medio de mi pizza había un montón de plástico blando, como de pizza Ojo de Buey, pero en lugar de huevo era pasta negruzca de gafas, y la bronca de mi padre fue grande, para qué voy a mentir.

¿Y la pizza? ¿Qué pasó con la pizza?

La pizza me la comí después de sacar los dos cristales, bordeando con cuidado la pira de plástico ceniciento del centro. Estaba buena, aunque (a decir verdad) tenía un cierto regusto a suela de bamba en llamas. Mientras comía, mi madre, porque esta vez le tocaba a ella, me gritaba que no cuida nada, y que soy un desastre, y que no ganan para gafas, cap verd.

Todavía no sé cómo fueron a parar mis lupas a la pizza.

No preguntéis.

Clareana se planta delante de nosotros. Ahora sí la veo, ahora que está francamente cerca. El cabello negro pólvora, puntiagudo de puercoespín, en su cabeza ligeramente grande. No: si lo pienso fríamente es enorme, y las orejas de soplillo, de botijo, y los ojos azules de lagarto, siempre envueltos por unas ojeras púrpura que parecen de agotamiento pero son genéticas, ojeras de panda exhausto. Lleva encima una camiseta estrecha de los Damned, mallas rojas rayadas y, rodeándola, un inusual olor a quemado.

¿Olor a quemado?

Huele a pollo frito, y juro que yo no he sido.

Pero entonces veo que Clareana se está quemando nuestro tatuaje de amor con un cigarrillo. Las retinas se le cubren de una capa de agua lacrimógena, por el daño grande que se está haciendo en el brazo.

Clareana se muerde el labio un momento, sorbe saliva con dolor, con un tsssss de serpiente venenosa, y luego dice mirando a Carnaval:

—¿Hay ensayo hoy o qué, tío? —Del antebrazo escapa una fina columna de humo de carne quemada. Carnaval se vuelve hacia mí con el Burmar Flax colgando de la boca, dejando caer las manos, y yo cierro los ojos y asiento con la cabeza.

—A las siete menos cuarto —digo luego, con voz de bocina de bicicleta, ¡meek!, mirándola sin atreverme a mirarla.

—No estoy hablando contigo, paYaso. —Dice la Y mucho más alto, subiéndose encima de ella, alargando el sonido, golpeando la Y, escupiendo la letra, como siempre hacemos todos cuando decimos paYaso, que es el mejor insulto del mundo. Clareana no deja de mirarme con un odio independiente, libre, un odio autogestionado que ya no depende de mis acciones y que amenaza con ser eterno. Y luego lanza un lapo con puntería brutal, Clareana siempre ganaba los concursos de puntería de lapos, y me da en la punta de la bota izquierda.

No, en serio. Chuf, y se queda ahí.

Clareana da una calada al cigarro, fumando por un lado de la boca, Clareana siempre fuma torcido, se cree vampiresa. Luego se da la vuelta y nos abandona cojeando, empujando a ancianas, collejeando a mocosos, dando cabezazos en las barrigas de los hombres hinchados que pasean por el mercado. Se le ha debido de

romper un tacón de los zapatos rojos de tacón y ahora va con uno solo por ahí, porque ella es así de bruta, porque quiere, porque puede, qué más le da lo que diga la gente. Deja tras de sí un poco de humo de Correcaminos, humo de estar quemando otra vez nuestro tatuaje de amor.

Saco el Ventolín y le doy dos toques. Psht, psht. Porque padezco un poco de asma.

—¿Todavía estáis así, paYasos? —me pregunta Carnaval, la lengua amarillo melón.

—Que te follen, gordo.

Observo cómo Clareana se va con sus andares de John Silver El Largo y, mientras me limpio el lapo con un envoltorio de chicle, pongo mi cara de jabalí mosqueado: adelanto la mandíbula, con los dientes inferiores por encima de los superiores, mordiéndome un poco el labio de arriba, y expulso aire violentamente por la nariz mientras bizqueo. Pongo la cara de jabalí mosqueado, y pienso: Oh, Dios, cómo odio a Clareana. La odio cantidad.

Lo que pasa es que no la odio tanto como ella me odia a mí.

No preguntéis.

Llamadme Rompepistas. Se lo inventó Carnaval, y ahora todo el pueblo me llama así, todo el pueblo menos mis padres y abuelos, que me llaman normal. Lo que quiero decir con esto es que me llaman por el nombre con el que fui bautizado, no que digan: Sí, éste es mi hijo, Normal.

Normal Pérez.

Así que llamadme Rompepistas. Tengo diecisiete años y una cicatriz de apendicitis en el costado derecho y pies de niña, flacos y finos, con los dedos en escalones mal contruidos. Mido 1,70, tengo una buena nariz y colmillos sobresalientes, dos dientes subidos encima de los incisivos a cada lado, como si les estuvieran intentando sodomizar, dos colmillos como perros en celo restregándose contra mis palas, y luego me falta un nudillo en el puño derecho de cuando me rompí la mano pegándole a una puerta. Le di a la puerta porque si no, hubiese tenido que crearle gran dolor a Clareana, porque nos estábamos peleando. Yo y Clareana éramos Los Novios, pero ahora ya no, y ella me odia a muerte, y yo también a ella, pero no a muerte.

No preguntéis.

Sólo llamadme Rompepistas. Rompepistas está bien. No me importaría llamarme siempre así, con la condición de que ningún listo empiece a recortarlo: ni Rompe, ni Pistas. Y, desde luego, al que me llame Pepi tendré que crearle gran dolor.

Llamadme Rompepistas, pero al loro: con todas las sílabas.

De hecho, si lo pienso mejor, por mil pesetas podéis llamarme lo que os dé la

gana, soy joven y barato. Rompetechos. Rompehielos. Rompeolas. Rompenecios. También me da igual.

¿Rompepelotas, quizás?

Nací en este pueblo del extrarradio de Barcelona y nunca he vivido en otra parte; este pueblo tiene que responder de muchas cosas.

Un momento. A la descripción de mí mismo que acabo de hacer voy a añadirle una cosa importante: la madre de Clareana, que es intelectual, dice que me parezco a Jean-Pierre Léaud. Esto se pronuncia Jan-Pieg Leó. Es un actor gabacho anémico y de nariz grande, algo cabezón, que sale en películas de Truffaut, me dijo. Esto se pronuncia Trifó.

Cuando me lo dijo, me lo dijo así:

—Te pareces a Jan-Pieg Leó.

Y añadió inmediatamente:

—En feo.

Y se puso a partirse. La madre de Clareana es una madre divertida, y quizás estaría bien que su hija, a la que odio, se le pareciera más. Porque a la madre de Clareana aún le caigo bien, pero el resto de su familia me odia y su padre y hermano utilizan Rompepistas de apellido y de nombre siempre dicen El Maricón De.

Qué le vamos a hacer.

Échale la culpa al boogie.

Lo cierto es que sí me parezco a Jan-Pieg o, como se dice aquí, tengo una retirada a él. Me encanta esa frase: tengo una retirada. Siempre me hace pensar en el séptimo de caballería replegándose tras un ataque indio y el teniente que grita, histérico y manchándose los pantalones: ¡Retiradaaa!

Carnaval es mi mejor amigo de toda la vida y el hijo de cien mil padres que me puso Rompepistas. Me empezó a llamar así hace años, en 1983, nuestro séptimo de EGB, la fiebre del breakdance recién irrumpida en los patios de los colegios. Los dos nos pusimos a bailarlo con dedicación, pero tras unos meses de pruebas quedó claro que nuestros talentos para la danza diferían. Él era el peor breakdancer que he visto en la vida y yo era bueno, quizás sólo por pura comparación, quizás sólo por estar a su lado.

Y bailando, bailando, bailando, tanto bailar y saltar y hacer cabriolas sobre las baldosas del porche, al final adquirí mi nombre: Rompepistas.

Carnaval también es el batería gordito de mi grupo, Las Duelistas. Porque tengo un grupo. Yo soy el guitarra y líder. El Chopped no está en el grupo, tiene otras cosas en mente, como delinquir y romper cabezas y crear gran dolor, pero es nuestro mejor amigo. La bajista es Clareana, que era mi Otra Mejor Amiga hasta que empezamos a ser Los Novios y luego dejamos de serlo, y entonces Clareana me agarró por banda un día y me dijo:

—Como por tu culpa se joda el grupo, te mato, basura. El grupo es lo único que vale la pena después de toda la mierda que ha pasado. Como se joda el grupo, te mato. Te lo juro por éstas.

Y se besó el pulgar, como si en él llevara un crucifijo que no llevaba.

¿Su cara al decir lo que dijo? No era de metáfora. No era una manera de hablar. Lo que quería decir con su cara era que aunque no fuésemos Los Novios, Las Duelistas seguían adelante. Ése era su plan.

¿Hacía falta faltarme así? Bueno, al menos no me ha llamado paYaso, pensé. Porque como dice mi madre: el que no se anima, animal.

—PaYaso.

Dijo. Y luego lanzó un escupitajo que dio exactamente donde ella quería que diese, no lo queráis saber.

¡Retiradaaa!

—Pero ¿dónde vas vestido así, espantapájaros? —me dice mi padre cuando me siento a la mesa para comer. Lo dice partiéndose, pero no conmigo. Se parte *contra* mí.

Mirad: mi padre es ese de ahí, el que se parece a Robert Redford; pero en feo, que diría la madre de Clareana. Mi madre a veces le llama Brubaker, por aquella película de Robert Redford, y el paYaso de mi padre se lo tiene creído. Y no me extraña: a mi padre las señoras le miran por la calle, porque es casi rubio, un rubio sucio, como de acuarela amarilla manchada con barro rojizo, y tiene algunas pecas y ojos de azulejo y está fuerte porque toda la vida ha jugado al Deporte, y son esos brazos, cada uno de ellos ancho como mi tronco entero, los que maniatan mi deseo de crearle gran dolor parricida cuando me llama espantapájaros.

Mi padre mide 1,87, tiene los ojos oceánicos como Clareana, manos de guante de béisbol, culo de mármol y una mala hostia de salir por patas. Es mecánico de coches en un taller suyo del centro-del-pueblo que levantó *con sus propias manos* (como dice él), y a mi padre le gustan Creedence Clearwater Revival y cuando se ríe se le cierran los dos ojos y le salen cien patas de gallo como abanicos desplegados en las sienes, que mi madre dice que le hacen interesante, pero últimamente no se lo dice nunca porque mi padre está siempre de bastante mal humor.

—¿De dónde vienes a esta hora? —mi madre se añade al coro. Y veo que están empezando el segundo plato. El tiempo, en el mercado con Carnaval, y con Clareana pegándome lapos en las botas, pasa volando, volando.

Mirad: esa de ahí es mi madre. Es igual que yo, con pechos y media melena, ¿verdad? Es Rompepistas, sólo que en Din A3 y de otro género, nos lo dice todo el mundo, igualito que tu madre. Y vale, que sí, pero yo pienso: ¿No se pasó un poco Dios al coger toda la herencia de una sola fuente?

Quiero decir: que es injusto.

Quiero decir: que preferiría parecerme más a mi padre, vamos.

Como dice la madre de Clareana: «Yo que tú me quejaría donde Dios, Rompepistas».

Y un día lo haré. Un día lo haré, no jodas.

Mirad esto: mi hermana pequeña se parte de risa, sólo que ella lo hace conmigo. Se llama Gilda, y tiene diez años y es muy inteligente. Yo creo que es superdotada, incluso, porque a veces dice cosas de persona más mayor, y puede hablar otros idiomas, y saca las mejores notas de su clase sin pegar ni golpe ni ser una cursi. Mi hermana está mirando *Els Barrufets* por la tele, y la pantalla está llena de enanitos azules con colita y barretina blanca andando divertido y apresurado y comiendo zarzaparrilla, que no sé lo que es, pero no pinta muy bien. O quizás soy yo, que sin lupas no veo tres en un burro.

—Estaba en el mercado —digo. Haciendo el trilero con las costillas de cordero que me ha puesto delante. Intercambiando sus posiciones alrededor del plato, tratando de embaucar a mi público.

—¿No tienes hambre? ¿Que has comido algo? —me pregunta mi madre, y yo le digo que no, y pongo mi cara de tener una sardina viva metida en el culo: ojos bizcos, cuello estirado, boca de piñón en forma de o minúscula, boca de sorpresa y shock, casi sonriendo para que vea mi lengua, violeta del Burmar Flax. Gilda se parte, y sigue mirando los pitufos. Mi madre trata de no sonreír, pero no le sale muy bien.

—Vigila —dice mi padre, señalándome con el dedo índice y perdiendo los nervios. No he visto tío que pierda los nervios más rápido que mi padre.

Mi hermana apaga los pitufos, y andamos los cuatro sobre la cuerda circense del silencio cáustico, y siempre que hay un silencio en esta mesa la conversación deriva hacia esto.

Hacia mi ropa, quiero decir.

—Te juro que la próxima vez no te dejo salir de casa —me dice el berzas de mi padre.

—Eso habrá que verlo —le digo yo entre dientes, ultrabajo, hablando con las costillas de cordero. Pero no lo suficiente bajo, aparentemente, porque mi padre me responde, perdiendo los nervios aún peor.

—¿Cómo dices? ¿Qué has dicho? Repítelo, venga. —Desde ayer está más tenso aún, desde que me hice la pizza de gafas, no le culpo.

Nada, digo yo, como todos diríais si tuvieseis delante a un señor con esos brazos, y que encima acaba de pagar una factura desproporcionadamente grande en la óptica por vuestra culpa. Y sigo mirando a mis costillas de cordero, que podrían perfectamente ser zarzaparrilla por lo poco que me apetecen.

—Vamos a tener la fiesta en paz —dice mi madre con pinzas pequeñas de las de

arreglar pestañas, lo dice suave porque mi padre ya ha perdido los nervios del todo y empieza a buscar si tengo cosquillas. Que si pareces un personaje de tebeo, que si doy risa, que si con esos pantalones parezco Pepito Vadecurt.

Quienquiera que sea Pepito Vadecurt.

Mi hermana ya no se parte más, porque mi madre ya ha empezado a decirle a mi padre que me deje tranquilo, y yo ya le acabo de decir a mi padre, esta vez mirándole a él, que le zurzan, y él ya se ha levantado y me ha dado un empujón no muy fuerte, yo me había puesto en pie, y he perdido el equilibrio y he rebotado contra un armario y ha saltado volando un gallo Recuerdo del Algarve que sirve para medir la humedad del aire; y todo junto, gallo y paciencia de mi madre, ha caído al suelo hecho serrín.

Me voy con los gritos de cola, cerrando la puerta del comedor, mientras mis padres empiezan a insultarse con insultos de los que cortan y no llegan a cicatrizar nunca, insultos hemofílicos, y mi hermana pequeña llora que llorarás sin que nadie le preste un poco de consuelo.

Ésta es mi vida.

¡Retiradaaa!

Mi ropa. Mi ropa es un importante detonador de indignación del berzas de mi padre. Otros factores son la homosexualidad de otros, la falta de dinero de uno mismo, los *forasteros* (como dice él) y cada vez que su equipo de Deporte pierde.

Lo de mi ropa, sin embargo, nunca falla.

Eso, que quede claro.

Puedo dar ejemplos reales; de mi ropa, de la que llevo hoy.

Mirad: una camiseta roja, con dos sietes transversales arañados en el pecho, dos sietes hechos queriendo con las tijeras de coser de mi madre, dos cortes que parecen el guantazo de un bicho grande. En el centro de la camiseta pone, pintado por mí con tinta negra: LAS DUELISTAS.

Y una chupa de cuero con cremallera y el parche de un leopardo enseñando la dentellada en la espalda, una chupa que es casi igual que una que tenía Iggy Pop cuando estaba en los Stooges, lo he visto en fotos. Era de Carnaval, pero me la regaló cuando empezó a ponerse gordito y ya no se la podía abrochar. Yo le dije al culón que a lo mejor le convendría parar de comerse tres chuchos de crema cada tarde en lugar de empezar a regalar chaquetas, pero no me escuchó y se fue corriendo a la churrería de delante del colegio de curas.

Y llevo también cinco chapas en la pechera de la chupa: The Clash, The Vibrators, The Jam, Generation X y una tamaño plato sopero que dice LAS DUELISTAS.

Y llevo unos pantalones de torniquete negros, estrechos como tuberías y que me dividen las pelotas como si fuesen dos cerezas. O dos castañuelas. Y que cuando me

siento hacen que enseñe una parte de raya de culo. Eso me gusta, y mi padre lo odia particularmente. Mi rabadilla en su cara.

Y luego: botas militares. En el talón he pintado dos rayas con Tippex.

Y además: el cabello rapado al cuatro y de color rubio. Me lo teñí con agua oxigenada, eso también sacó de quicio a mi padre, cuando fue a ponerse unas gotas en una herida de hacer Deporte y todo el desinfectante estaba ahí arriba, en mi cabeza.

Y todo esto teniendo en cuenta que no sabe nada de mi tatuaje de amor con Clareana, porque llevo un mes saliendo de la ducha con camiseta para ocultarlo.

Cuando se entere, se va a armar la gorda.

Lo veo.

En el cóctel de su disgusto podemos añadir unos cuantos factores más, antes de sacudirlo: que dejé los estudios recientemente (o me los hicieron dejar, no preguntéis), que no tengo un empleo porque nunca he querido tener uno, que hace unos días me cociné mis lentes de visión al horno y que soy todo lo contrario de lo que él esperaba de mí: un enclenque afeminado y narizotas que jugaba al Deporte de pena y que cateó todo lo cateable.

Y que, encima, es punk.

Échale la culpa al boogie.

Lo que quiero decir con todo esto es que le he decepcionado y lo sé, y eso me rompe el corazón. Desearía tanto ser todo lo que él soñó. Lloro a menudo, calibrando la escala de desencanto y vergüenza que planté en su supradesarrollado corazón de toro bravo.

Sí, seguro. Que os lo habéis creído.

Si no le gusta que se joda.

—¡Pol Pot eshtá shuelto!

Llamo a la puerta del cuarto de mi hermana, pompom, y mi hermana me grita para avisar de que su cobaya está fuera de la jaula. Su cobaya se llama Pol Pot, como el majara aquel de Camboya.

No preguntéis.

No tengo ni idea de dónde saca esas cosas.

Cuando entro, mi hermana está sentada en el suelo, jugando con sus Barbies masacradas. Unas tienen las caras pintadas de payaso, otras la cabeza afeitada, como si fuesen un grupo de yonquis suburbanas con disfunciones alimenticias, y con ellas está un Ken que lleva el cabello rubio como yo y al que ella llama Rompepistas, y que está mucho más bueno y tiene mucho más éxito que el de verdad. Aunque sea entre Barbies destrozadas e insalubres.

Aquí están, mirad: mis groupies de plástico.

Y mi hermana, que mide 1,50 y es rubia, rubia, y (ella sí) se parece a mi padre. Le gustan Vanilla Ice y *La Estrella Misteriosa* de Tintín, y está enamorada de uno de los subnormales con tupé de *Sensación de vivir*. Odia la cebolla en cualquiera de sus formas. Le encanta jugar a la goma, y siempre salta cantando con la respiración entrecortada:

Soltera, casada, viuda, monja, enamorada.

Lo sé porque a veces le tengo que aguantar un extremo de la goma yo, y me río si le toca monja y ella me dice que soy tonto de remate y que cierre la boca y tense un poco más la goma, pillado.

Ahora tiene los ojos un poco rojos, pero es de haber llorado.

—Eh —le digo, como saludando. De fondo suena el «Ice, Ice, Baby».

—¿Tu creesh que she van a divorciar? —me pregunta todavía con serrín de sollozos en los pulmones. Gilda, por si algún zoquete aún no se había dado cuenta, habla con la eshe. Es muy gracioso.

Quiero decir: gracioso.

Del comedor ya no salen gritos, pero podría ser que estuviesen en el intermedio. O que se hayan matado ya a barrazos de pan.

—Qué va —le digo. Por entre las piernas me pasa de golpe una cobaya grande como un tejón, que casi me mata del susto. La cobaya da dos brincos y se sube a la cama, y nos mira moviendo el hocico y levantando las orejas garbanzas.

Yo pongo mi cara de cobaya clásica: nariz arrugada y en movimiento nervioso, dientes fuera y masticando el labio inferior, boca pequeña, sonido de ñac-ñac-ñac. Y le digo a mi hermana, poniendo voz de cobaya repelente:

—¿Estás segura que eso es una cobaya? Es enorme, joder. Nunca he visto una cobaya con elefantiasis.

Luego hago un par de pasos de baile de Vanilla Ice, que es bailar sacudiéndote como si tuvieses cangrejos de río aferrados a tus bolas.

—¿Qué eresh tú, cobayólogo? —Y me tira una Barbie a la cara, partiéndose—. Pol Pot esh una cobaya de tamaño normal, y tú eresh un idiota gigante. —Y luego coge al Ken Rompepistas y empieza a golpearle la cabeza contra el canto de la cama diciendo Toma, Toma y Toma Capullo, y luego, volviéndose a partir, le arranca la cabeza móvil y me la lanza—. Por meterte con Pol Pot.

Jesús.

Estoy a punto de salir por patas de casa cuando mi madre me llama por mi nombre real. Casi nadie me llama ya por mi nombre real, por mi nombre de niño,

porque ya no soy aquel niño; aunque nadie parezca entenderlo aquí, en esta casa.

Sacando la cabeza por la puerta del comedor me hace una señal de Ven aquí.

—No hagas ruido, que tu padre está durmiendo —me susurra. Eso significa que han vuelto a reconciliarse.

Pongo cara de que me da igual si duerme o muere. Mi madre mueve la cabeza con reprobación.

—Ay, cap verd. ¿Dónde vas?

—Por ahí.

—¿Vas a ver a Clareana?

Creía que había quedado claro que ya no se hablaba de Clareana. Clareana es terreno tabú, cementerio indio, campo de minas antipersona.

Y esa persona da la casualidad de que soy yo.

Nunca lo dije en casa, asumí que el silencio de fondo del mar que se instalaba en mi boca cada vez que preguntaban sería suficiente. Pero mis padres, los padres, nunca entienden nada.

—No, voy a casa de Carnaval.

A mis padres no les gusta mucho Carnaval. Opinan que es un maleducado, un guarro y un bestia. Y tienen razón; me encanta Carnaval. Además, es *forastero*, que es como mis padres llaman a los que no pertenecen a este pueblo del extrarradio desde el mismo día en que Dios lo creó, moldeándolo (esto es una teoría mía) a partir de un montón de estiércol porcino. Este pueblo tiene que responder de muchas cosas.

—¿Y qué pasa con Clareana?

Eso digo yo, ¿qué pasa?

Lo que pasa con Clareana es que a mis padres les gustaba que fuese mi novia. Por tres razones.

Por el padre de Clareana, que parece el tenista Ivan Lendl, nariz torcida y cabeza de melón y pómulos tallados, y también juega al Deporte y es amigo de mi padre.

Por la madre de Clareana, que es la que me llama Jan-Pieg Leó En Feo y que es intelectual y extrañamente amable conmigo, y mi madre la considera una persona *distinguida*, que según su escala de valores es lo más alto que alguien puede aspirar a ser. Eso, y limpio.

No me extraña que no les guste Carnaval.

Por último: pese a sus modales frenopáticos, respuestas insospechadas de persona enferma y conversión fatal al punk, paralela a la mía, Clareana les caía bien.

Decían que *hacía* para mí.

Lo que quiero decir con todo esto es que Clareana y yo nos cargamos, con una trituradora mecánica y un gancho de despiezar carne, su sueño sureño de los dos hijos de familias amigas, dos niños que han jugado juntos toda su vida, que al crecer se hacen novios y se casan en una gran boda conjunta en la glorieta del parque. Qué

bonito.

Sólo que no.

Eso se acabó, y lo único que tenemos como prueba de todo aquello son un par de tatuajes baratos y secretos, y además uno de ellos está desapareciendo bajo las cenizas del cigarrillo de Clareana, y de los recuerdos colindantes no quiero ni hablar porque lo que me interesa en estos momentos es borrarla de mi cabeza, frotar duro hasta que salga, frotar y frotar, dar cera, pulir cera, limpiar hasta que se nos olvide primero lo hermoso, y luego también lo que hizo que dejara de serlo, el «toda la mierda que nos ha pasado» que me dijo aquella vez que también me amenazó de muerte y no era en broma.

Pero todos estos detalles ni mis padres ni los suyos los saben. Sólo saben que ya no salimos juntos, y creen que seguimos siendo amigos, y eso les preocupa. *Eso les preocupa.*

¿Cómo voy a contarles La Verdad? Mi madre me ha intentado sonsacar mil veces La Verdad, pero La Verdad, con mis padres, jamás sale de mi boca, antes la muerte que el deshonor.

Aunque, a decir verdad, puedo aguantar bastante deshonor antes de precipitarme a escoger muerte.

—A Clareana la veo luego. Hemos quedado a las siete menos cuarto, mamá.

Esta vez no me ha hecho falta embaucarla. Realmente la veré luego, porque tenemos ensayo de Las Duelistas, y sólo de pensar eso me entran ganas de vomitar un chorro de vómito que me levante del suelo como un propulsor de cohete y me saque de aquí, de lo que me pasa.

—Dale un beso de mi parte —me dice.

—Antes beso amorosamente el culo de una rata —le contesto—. Antes le pego un lametón al muñón de un enfermo en una leprosería. Antes morreo a un zurullo que besar a esa reina de las putas venéreas.

Ya me gustaría.

En realidad no contesto nada de eso. Pongo cara de maniquí y cierro la boca y me largo después de recolocarme los testículos, que ya tenía a medio tórax por culpa de estos pantalones estrangulados. Adiós, mamá.

Pero no me largo. No me largo aún porque no puedo. Porque, antes de irme, mi madre me agarra del brazo con firmeza y, señalando a mis pies con el dedo índice de la otra mano, insiste:

—¿Vas a salir con eso?

Y dale.

Eso son mis botas rotas, rotas y pintarrajeadas con dos rayas de Tippex y hechas fosfatina y polvo de galletas.

El berzas de mi padre y mi madre no están solos en su opinión de *eso*. ¿Si haces una encuesta, preguntando a cien padres cómo *no* les gustaría que fuera vestido su hijo?

La respuesta unánime es punk.

O panki, como dicen ellos.

Me deshago del agarre de mi madre, elevo los índices al cielo, balanceándolos como metrónomos que dicen no, y agito los brazos y muevo la cabeza a ambos lados, poniendo cejas Groucho, y pego las rodillas y columpio alternativamente un pie y el otro.

Oh, Charlestón. Cómo alegras mi corazón.

Y le canto: Ma-ma, cóm-prame unas bo-tas, que las tengo ro-tas de tanto bailar. De tanto bailar. Y mi madre se ríe, mientras le canto: de tanto bai-lar.

La bulla de la peluquería, la oigo desde abajo, casi desde la esquina. De las dos ventanas abiertas de la peluquería de la madre de Carnaval emerge a empujones un jaleo hecho de música y gritos confusos de gente que intenta pelear, cantar y rapar. Coser y cantar. Rapar y cantar. Pegar y cantar. Y ese ruido humano y alegre y burro se defenestra sobre toda la calle, desemboca como un afluente sobre las aceras grises, te alegra como te alegra oír cantar a alguien en una habitación contigua, eso alegra siempre, no hay nada mejor.

Sobre las ventanas, un cartel pasado de moda con el dibujo de una señora de perfil peinada con rizos al viento, impasible a pesar del huracán en su cara, y las palabras: Peluquería Paqui. Salón de Belleza.

Desde abajo les oigo cantar. El Coro de los Niños de San Ildefonso, solo que cariados y sudados y con calcetines ennegrecidos y pantalones lejiados y unas voces asfixiadas de desespero: *Cause a pressure drop, oh pressure, oh pressure drop!*

Sólo que cantado en el peor inglés que he oído nunca.

—Eh, paYasos —grito, amplificando con las dos manos, que es un gesto inútil y lo sé. Luego saco el Ventolín y le doy un toque. Psht.

De una de las ventanas sale el Chopped, que me sonrío con esa boca inmensa y perfecta de modelo de ropa interior, de felino depredador, y lanza el cráneo hacia el interior de la peluquería, como el que da un cabe.

—Eh, Rompepistas. Sube, tío.

Cuando subo, me recubre el familiar olor de la casa a laca y apio y calzoncillos y cigarros y humedad y pedos, me lo pongo como un poncho, me embadurna como bronceador barato. La laca es de la peluquería; para lo que falta supongo que cada uno pone su granito de arena. En el Salón de Belleza están los diez, ignorando la supuesta belleza del salón. Y, al verles a todos allí, juntos, pienso en una jauría de ratones inestables, hámsters de anfetamina, roedores antisociales encerrados en una

jaula demasiado pequeña con los barrotes demasiado resistentes, víctimas de crueles experimentos de supervivencia y adaptación al entorno.

Perros de Pavlov. Perros de pueblo. Perros de *pajas*.

Los Skinheads por la Paz.

Los Skinheads por la Paz son el resto de mis amistades.

El que hace que baila por la peluquería como si estuviese paseando por la luna es el Pachanga. «Lo que me gusta es la pachanga total», dice siempre, y sigue con su paseo lunar. El que se está comiendo un polo Drácula y tiene los labios negros y le resbala la nata por los dedos es el MD; le llaman así por las notas. En una de las sillas está el Sutil, torso pálido desnudo y toalla sobre los hombros, telaraña deshabitada de tinta en el codo izquierdo. Le llamamos Sutil en broma; en realidad es un ceporro. Detrás de él, con la maquinilla en la mano haciendo *bzzzzzz*, está el Puños, cortándole el cabello. Colas de zorro caen al suelo, flotando unos instantes en el aire, el cabello caído del Sutil que forma un sotobosque en las baldosas de la peluquería. El Puños, antes llamado Puños de Gelatina, también conocido como Puñitos de Blandiblub, alias Grandes Puñitos de Niñata, es uno de mis favoritos. Cerca de la ventana, en el coro de cantores, están el Bomba (de Bomba Fétida), el Jeje (por la risa), el Pimienta (no tengo la menor idea) y el Antología (ni idea tampoco; un día se lo preguntaré). Están cogidos de los hombros y gritando, las bocas bien abiertas y el acento bien pisoteado. Y sacudiéndose el cráneo delante del espejo, porque acaban de raparlo, está el Peligro (no preguntéis).

Son un grupo: raza mezclada, futuros agrios, ropa estrecha, cabezas cicatrizadas que es imposible peinar por falta de materia prima, telarañas de tinta grabadas en los codos, botas ro-tas. Un grupo que sólo tiene sentido como grupo, como hormigas, un haz que es más rígido que cada una de las ramas, una bandada de pájaros que se mueve por instinto, por inteligencia (¡ja!) común.

Ahí van, nunca solos. Cuando lo hacen, la gente con la que se cruzan les pregunta con gran perplejidad dónde están Los Demás. Los Demás.

Los *Demás*.

Porque Los Demás están siempre allí. Su colchoneta donde caer amortiguado, su familia siamesa, unidos por los culos pero cuidado: las manos libres, para beber y dar bofetadas. Y cuando cantan, parece que sólo haya una boca. Pero cuando hablan, parecen cien. Todos charlan a la vez, y nadie sabe hablar bajito; ni hacer nada bajito, de hecho.

Otra vez, todos juntos. Siempre juntos, por lo que pudiera pasar ahí fuera: *Cause a pressure drop, oh pressure, oh pressure drop!*

Cuidado: su nombre es irónico. La paz no les interesa. A no ser que se trate de Paz, la panadera de las peras grandes que trabaja en la misma calle de la peluquería y que el Chopped se folló una vez encima del capó del Peugeot que le había prestado un amigo, delante de la ermita de la montaña del pueblo. Un coche con el capó abollado desde entonces y que, cuando Chopped lo ve aparcado por el pueblo, es un recordatorio heroico de su conquista. Un Peugeot que se pasea por ahí con la forma del culo de Paz hundida en el capó.

Si pudieras hacer moldes de escayola a partir de ese capó, lo que te saldría es una perfecta reproducción del culo de Paz.

Per-fec-ta.

A Paz también la llamamos la Zapato, por lo de que es más tonta que un, pero eso es otra historia.

Los intereses reales de los Skinheads por la Paz son, antes de que se me olvide: la juerga. La bebida. La destrucción de propiedad privada, a veces. El vandalismo, ocasionalmente. El fútbol, dependiendo de quién juegue. La música de jamaicanos viejos. Berrear por la calle esa maldita música de jamaicanos viejos. Y si se empeña alguien, si algún listo insiste, crear gran dolor.

No en este orden.

Las chicas no salen en la lista porque, para ellos, aunque no para el Chopped, Las Niñas Son Tontas; y lo dicen así, como un dogma de fe. Para mí también lo eran, todas menos Clareana, hasta el día en que dejaron de serlo, un día que recuerdo perfectamente: el día en que las niñas dejaron de ser tontas.

En todo esto me dejaba al Chopped, no porque no fuera importante, sino por todo lo contrario. Me lo dejaba como uno se deja el huevo del centro de una pizza (cuando no sustituye a unas lupas) porque el huevo es lo mejor y lo guardas con deferencia para el sabroso final.

Mirad: el Chopped mide 1,83 y su cuerpo es un reloj de arena. Hombros GRANDES cintura mínima piernas GRANDES. Pecho de Mazinger Z. Cuello, no tiene: parece que lleve un yelmo, y las orejas mínimas se unen a la clavícula en línea recta.

El Chopped es el hijo de un borracho que a veces le ponía la mano encima a su madre hasta que un día, cuando el Chopped acababa de cumplir quince años, paró de hacerlo porque el Chopped le aplastó el metacarpo de un pisotón y le hundió la nariz dentro de la cara como el que le da la vuelta a la tetina de un biberón. *Flop*. Su padre va suave, suave, suave por la vida ahora; una nueva lección para los que dicen que la violencia no resuelve nada.

No, seguro.

El Chopped lleva cuatro tatuajes: un skin crucificado en el brazo izquierdo, un tigre en el derecho, un casco de troyano en el pectoral izquierdo y una lágrima minúscula al lado del ojo izquierdo, una lágrima que quiere simbolizar su pena por esta vida de mierda sin que él tenga que usar palabras. Chopped prefiere las acciones a las palabras. Trabaja en una rectificadora, lleva siempre tejanos azules estrechos salpicados a propósito con lejía, y tirantes finos, y a menudo una camisa a cuadros chillones. Chopped es un tío dulce hasta que alguien empieza a buscar con vehemencia si tiene cosquillas, entonces se ve obligado a crearle gran dolor.

Al Chopped lo han detenido más veces que a todos nosotros juntos, y por algún milagro no le han pillado nunca haciendo algunas de esas cosas que hace (*cosas que ni yo, ni Carnaval, ni Clareana queremos saber*), porque si se enteran de que fue él, va a la cárcel seguro.

No preguntéis.

El Chopped, como dice mi madre, *acabará mal*.

El Chopped lleva siempre encima un yoyó de la suerte que sube y baja, ¡zim! ¡zum!, mientras te está hablando, distrayéndote bastante hasta que te acostumbras, y le conocemos del barrio de siempre, los cuatro, CCCR, jugábamos juntos al Bote y a Verdad y Acción, éramos muy amigos y aún lo somos.

Quizás el Chopped *acabará mal*, pero de momento ahí está, con su cuerpo de clepsidra, aguantando el peso del mundo como un Atlas de clase obrera, chasqueando los dedos, el fresco del barrio, líder de la pandilla y de momento: libre.

Y que dure, y que dure.

¡Zim! ¡zum!

—Eh, ¿y las gafukis, nen? —me pregunta el Chopped, levantando la vista de un ¡*Hola!* que estaba hojeando.

La bulla de la peluquería cesa de repente.

Mirad: todos llevan la cabeza rapada al tres, todos nucas al uno, como presidiarios antiguos, prisioneros de guerra represaliados, como niños con piojos, como enfermos, locos del manicomio. Su falta de cabello está llena de símbolos de desposesión. Porque a los que viven en el arcén, como dice el Antología a veces (cuando se pone borracho y solemne), las melenas sólo les estorban.

Y siempre se rapan aquí, amigos de toda la vida, del barrio, y a la Paqui no le importa porque el pelo lo barren ellos mismos, pobres pero limpios, y siempre hay muy poco que barrer porque se lo cortan compulsiva, nerviosamente, algo que hacer por las tardes. Sansón al revés, y sin Dalilas. En sus felpudos craneales de recibidor está su fuerza.

Alguien pulsa el STOP del radiocassette. *Cause a pressure drop, oh pressure, oh*

pressure drop CLAC!

Y todos me observan, paralizados como ciervos ante los faros de un camión.

Mis lupas. No me queda otra opción que contarles lo de la pizza. Pongo la cara de tonto del pueblo —labio inferior torcido hacia un lado y montándose por encima del superior, mandíbula hacia fuera, ojos bizcos y casi en blanco, y con las dos manos me pongo las orejas de soplillo y emito un ¿Hu?— y luego les cuento lo de las gafas calzone.

¿El estruendo que se arma cuando he terminado, los gritos y las carcajadas? Dresden debió de ser así. Todos me collejean y empujan, y luego se empujan entre ellos, y casi empieza un pogo, que termina cuando el Chopped grita Dejadlo ya, paYasos.

—Qué pimpinelas eres, Rompepistas —dice el Jeje, apartándose de mí después de apretarme un pezón por el siete de la camiseta.

—Aich, coño, para.

—Rompetechos —dice el Sutil, la toalla aún en los hombros y el pecho desnudo, dándome un nuevo collejón que suena plonch.

—¿Cómo lo ves, Míster Magú? —añade el Bomba, enseñándome el puño con el dedo anular extendido hacia arriba—. ¿Cuántos deditos hay aquí?

—Uno, en el coño de tu madre —le contesto, y el Bomba hace como que viene a matarme en broma, gritando Agarradme que lo mato, pero en broma.

—Anda, pírate de aquí, atrapao —dice el Peligro, que me empuja, pero no en serio, porque en serio me echaba por la ventana. El nombre le viene de cosas como ésta.

—Qué mongol —dice el Pachanga, que aún está riéndose y golpeándose las rodillas como si apagara un fuego pequeño, y ya no baila su baile lunar—, el Bizcochito.

—¿Cómo eres tan apollardado, Rompeolas? —pregunta el Pimienta con los brazos en jarras, dice apollardao, pero es retórico. Creo que ya saben todos por qué tengo que ser tan apollardao. Desde lo de Clareana que no toco ni cuartos ni horas, que diría mi madre.

—Vaya pajero —tiene que decir el Antología, y lo dice haciendo el gesto agitador de puño que universalmente significa Hacerse Millones de Pajas, el gesto que parece que sea agitar unos dados de parchís pero que significa que te haces cientos de miles de pajas.

Yo le empujo, y él choca contra el MD, que del empujón suelta el Drácula a medio comer y éste se aplasta en el suelo con un ¡chep! y el MD jura y el pogo vuelve a empezar. El pogo nunca para. El Chopped y yo nos vamos al bar de abajo, el Provi, a buscar a Carnaval, que está allí embotellándose con su familia, y alguien

pulsa el PLAY a nuestras espaldas. Pero casi no se oye porque todos empiezan a cantar a grito pelado. *Cause a pressure drop, oh pressure, oh pressure drop!*

Gritos Pelados, eso es lo que son. Gritos Pelados y nada más. Gritos sin adornos, sin lazos, sin decoración: lo que ves, es lo que hay. Lo tomas o lo dejas.

Carnaval y yo nos conocimos en el colegio, en EGB. Los dos íbamos a los curas del pueblo porque nuestros padres, sin ser nada católicos, querían asegurarse de que recibíamos una *buena educación*. Así que nos metieron en los curas, curas progres, y esto sí es un oxímoron grande.

Curas Progres, que es como decir Fuego Amigo o Lepra Apetitiva o Nazi Simpático.

Nuestros padres nos metieron sin preguntar en un lugar donde teníamos que confesarnos una vez a la semana, ir de convivencias a seminarios de curas, dar clase de religión y, cómo no, ir a misa.

¿Qué tipo de misa era? ¿Qué tipo de curas eran? ¿Qué especie? ¿Qué marca?
¿Importa?

Jesuitas, franciscanos, salesianos, dominicos, todos la misma cosa. Todos la misma basura.

Nuestros padres nos metieron en aquel lugar lleno de esquinas y silencio y zapatos adultos que hacían eco por los pasillos, un edificio en forma de trapecio y cara de bloque comunista y persianas color diarrea de paloma, y paredes de baldosas verdeocre, y urinarios repugnantes con cagaderos de agujero y acelerador y papel de lija, de vidrio, para los culos, y una iglesia de las que construían en los setenta, moderna y deprimente y llena de estatuas con formas poliédricas que daban miedo. El Mundo Bizarro de Superman, pero en santos y santas y cristos.

Y curas por todas partes.

Curas Progres, que es como decir Vómito Sabroso, o Sífilis Encantadora. Curas barbudos, curas con chándal, curas con chirucas, curas con guitarra, curas con aliento de madriguera de ave carroñera africana, curas con respiración de catacumba, rojo el iris y negras las intenciones.

Pero todos: curas cabrones.

Allí fuimos a parar los dos, Carnaval y yo y nuestros dos infantiles culitos imberbes.

Carne de cañón.

Échale la culpa al boogie.

O mejor: a mis padres. Échales la culpa a mis padres, que eso no se lo perdono. Ni loco, vamos.

¿Dije antes que el colegio era sólo para niños?

Niñas no.

Mi éxito con las mujeres es un perro raquítico y disenteroso y ciego de un ojo, desdentado de puro anciano, una oreja masticada y retorcida, que gime dentro de una casa en ruinas con los muros llenos de pintadas guarras y esvásticas y quemaduras de mechero y páginas arrancadas del *Lib* en el suelo y charcos y en la esquina de una habitación sin ventana un colchón con los muelles destensados y manchas de semen y vómito y por todas partes un intenso olor a orina y mierda y humedad y yeso viejo y cañerías atascadas y paños mojados.

Mi popularidad y mi saber hacer con el sexo opuesto son ese perro esmirriado, enfermo, diarreico y abandonado.

Si algún día tengo que ponerle un pleito a alguien por mi éxito con las mujeres, por el estado lamentable de ese chucho asqueroso, no me voy a volver loco buscando. No voy a tener que ir a muchos psiquiatras. Sé de dónde viene todo, no me jodáis.

En todos los sitios hay alguien que manda, y en los curas del pueblo mandaba el padre Pío. La sola mención de su nombre nos llenaba de terror y, si tengo que ser sincero, aún nos acojona un poco. Todo tipo de rumores circulaban sobre él, algunos de ellos ridículos: que una vez había colgado a un niño de la oreja en el techo con una chincheta, que nunca dormía, que podía oír a distancia y que, cuando se enfadaba, uno de los ojos se le ponía de un color distinto.

Este tipo de rumores pasaba de generación en generación, de clase en clase, de los niños mayores a los más pequeños y asustadizos, de primero y segundo hasta octavo, aumentando gradualmente en cada intercambio. A día de hoy se debe de estar diciendo que tiene cola de cabra, imagino, que su madre era una zombi bicéfala, que tenía el poder de resucitar a todos los curas muertos, que era el hijo de Elvis y Franco, qué sé yo.

El padre Pío era el director del colegio, así que su maldad era omnipotente, omnipresente, pero no siempre cercana. Le veías patear zancudo por el patio con su barba de chivo, sin bigote, como un perverso Abraham Lincoln, su cabello blanco con raya lateral, sus dientes delanteros de excavadora montados sobre el labio inferior, las manos cruzadas tras la espalda chepada, sus ojos minúsculos y escrutadores.

Aquellos ojos, a los que no se les escapaba nada y que a la vez nada entendían.

¿Sabías que ayer decapitó a un niño de sexto A lanzando una escuadra? Y que hacía un mes había matado a sillazos a la madre de alguien en una reunión de padres y alumnos en el claustro de la APA. Te habían dicho estas cosas. Alguien las

murmuró entre dientes en el meadero. Pásalo, te dijeron.

Pero, si no tenías mala suerte, durante los primeros años su vileza no te salpicaba directamente. Los días de misa le veías en el altar, entonando el Confiteor, el Mea Culpa, que era como su Número 1 del Hit Parade del cristianismo. Cómo le gustaba esa canción. Y cuando te llevaban a su despacho por algo, sabías, te habían contado en el meadero, alguien te había susurrado en el patio, *pásalo*, que, justo antes del castigo, justo antes de que el padre Pío te creara gran dolor, venía el Confiteor, que cantabais juntos:

Yo, pecador me confieso a Dios todopoderoso.

Y luego:

*Que pequé gravemente de pensamiento, palabra y obra;
por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.*

Y, entonces, un día, te tocaba el padre Pío de tutor. Generalmente en séptimo de EGB. Estaba cada día en tu clase, y además era el profesor de religión, y el de música.

Su cara de Lincoln del infierno escrutándote de cerca día a día, su aliento dulzón a galletas y cortados fríos en tu nuca, sus ojos vivos de dragón observándote desde la pizarra, sus ojos brillantes y baratos y falsos como fragmentos de piritita, igual de muertos.

Lo que quiero decir con esto es que si eras un poco rebotado, si eras un poco deslenguado, si decías palabrotas, si eras chistoso, si le tenías poco respeto a la autoridad, si no te acababas de creer lo de la Santísima Trinidad y, especialmente, lo de María, *siempre virgen*: séptimo de EGB no iba a ser tu mejor año.

Séptimo de EGB era donde todas esas desviaciones se rectificaban. Y toda esa curvatura moral, toda esa disipación de las costumbres, se modificaba al estilo fragua, como el que trata de enderezar acero bruto.

En caliente, y a martillazos.

Sólo éramos niños, pero en séptimo de EGB, de algún modo, los martillazos te hacían un poco hombre.

Sólo éramos niños, y él era EL MAL. ¿Qué podíamos hacer ante EL MAL?

Carnaval y yo éramos amigos, pero el padre Pío nos hizo hermanos. Supongo que eso es algo que deberíamos agradecerle.

Llegó séptimo de EGB, y los dos sabíamos, él sabía, todo el colegio sabía, que estábamos en su punto de mira desde el primer día. Había hecho de nuestra rectificación moral su principal prioridad. Las dos cabezas que el padre Pío quería de

veras colgando en su despacho eran la de Carnaval y la mía, trofeos de safari cristiano, clavos a remachar, Vidas Ejemplares, Castigos Ejemplares.

Quería oír el Confiteor de nuestra boca y, lo que es peor, lo quería oír sincero.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

¿Qué posibilidad había de que eso sucediera? ¿Qué infinitesimal número de probabilidades había de que Carnaval y yo confesáramos lo que habíamos hecho, y que encima le pidiésemos al padre Pío y a su Dios y a EL MAL que nos perdonaran, y que encima lo hiciésemos de corazón?

Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Ni una posibilidad, había. Y él lo sabía tan bien como nosotros.

—En una situación límite, ¿cuál de estas cuatro cosas harías, si te obligaran a escoger una?

1. Chuparle a alguien la polla
2. Comerte los mocos de alguien
3. Comerte tu propia mierda
4. O beber los meados de una tía.

Carnaval está en la barra del Bar Provi, rodeado de sus dos hermanos gemelos y de su padre; todos embotellándose. Su padre lleva una camiseta Limpieza de Alcantarillas J. MONTOYA con el dibujo de un camión en el pecho, y bambas J'Hayber, y los hermanos llevan chándales Meyba del Barça y peinados de casco cartaginés, escoba arriba y tobogán peludo en la nuca. Por la televisión están dando *Estadio 2*, un partido de Deporte; lo veo de reojo sólo entrar y me sitúo de espaldas a la pantalla. El Chopped, que venía conmigo, se ha puesto a hablar con los hermanos y el padre de Carnaval, y el cuestionario que acabo de mencionar es la manera que Carnaval tiene de empezar conversaciones. Siempre ha sido así, desde que éramos niños, ya me he acostumbrado.

—No sé, tío —le contesto, riéndome de medio lado—, esto está lleno de variables: ¿es una tía que me gusta, o un feto malayo y bigotudo con las axilas en llamas? ¿Mi propia mierda es diarrea o un zurullo sólido y de los que casi no ensucian? ¿Chuparle a alguien la polla sin que se corra o corriéndose? ¿Cómo son los mocos y quién es ese alguien?

Carnaval se introduce en la boca el cuello de la botella, el quinto que sostiene con el pulgar y el índice, el meñique estirado, como señalándome, siempre se le dispara así cuando bebe y tiene conversaciones que le interesan, su dedo es como la pierna de un chucho cazador, y después de beber me dice:

—La tía es una tía normal, joder: ni guapa ni fea. Ni la amas ni te da náuseas. La mierda es mierda: no muy blanda, ni muy dura, pero *es mierda*. La polla la chupas sin que se corra, y está limpia. Los mocos son mocos normales de alguien que no odias, pero son mocos, pilingui, no natillas; tienes que visualizar mocos.

Y lo repite, como si hiciese falta:

—Visualiza mocos.

Pienso en la adivinanza de Carnaval durante un segundo, y *visualizo mocos* mientras él me pide una Estrella. Cuando regresa y me entrega la botella, le contesto.

—Creo que me bebo el meado de la tía.

—¿QUÉ? ¡Serás cerdo! ¿Te beberías los meados calientes de cualquier fulana? — grita, y todo el bar se vuelve y me mira y se parte—. Sabía, lo sabía, sabía que ibas a contestar eso, jodido guarro. ¿Por qué?

La verdad es que no sé por qué.

Me ha parecido lo menos repugnante, la verdad.

—¿Menos repugnante? —sigue gritando—. ¿Beber meados? ¡MEADOS, tío! ¡Orines de una putorra! Eres el tío más depravado que me he echado a la cara, colega.

Bebo un trago de la cerveza y le pregunto Si el señor es tan refinado que escogería él. Bebo un trago, aunque todo este hablar de porquerías me está quitando la sez. Nosotros lo pronunciamos así: sez. Como si esta ansia de beber fuese algo distinto a la sed normal; porque, en cierto modo, lo es.

Algo distinto, quiero decir.

—Chuparía la polla, del tirón —me contesta Carnaval.

Pongo mi cara de estupefacción grande: boca abierta, ojos en blanco, lengua fuera, mandíbula separándose del cráneo, ambas manos con las palmas hacia arriba, casi como un egipcio, interrogándome gestualmente, a mí mismo y al mundo.

—Piénsalo bien: es la cosa menos asquerosa, si no piensas en que es la polla de otro nota. Las otras tres son excreciones: mucosidades, orina y defecaciones. Son cosas que has de comerte: tragarlas, tío, pasarlas por tu gaznate, *visualiza* meter en tu estómago el zurullo de otro, *visualiza* digerir la meada de un putón ciego y loco. Pero ¿chupar una polla? En el fondo, es como lamer un bratswurt.

Lamer un bratswurt.

Os presento a Carnaval.

Carnaval tiene diecisiete años, como yo, y mide 1,70, como yo.
Se acabó.

Ésos son los dos únicos Como Yo que compartimos; esos dos y que Carnaval también es punk. Un punk gordoflaco que va tirando a gordogordo según van pasando los años y, a veces, las horas. Tiene algo de acné y cara de perro, y digo esto sin insultar: realmente tiene rasgos caninos, y él lo sabe. Quizás sea la mandíbula inferior, que sobresale y le hace parecer el pequinés más grande del mundo, quizás sean esas orejas elevadas que tiene casi al lado de las cejas, como el monstruo de *Los Goonies*. Carnaval tiene el cabello rizado, y ése es el cabello menos punk que hay, pero qué alternativas le quedan.

Siempre estaba la cresta, cómo no, que se rapó en 1984, cuando terminamos octavo de EGB. Y en su barrio empezaron a llamarle Carnaval, ¿ya es carnaval, tío?, le preguntaban por la calle los cholos, ¿te has escapao de una rúa de carnaval, chavalín?, le decían, y también ¡Adónde vas, Milikito, que aún no es carnaval! o ¡Tú, varilla, que aún no ha llegao el carnaval! Y arriba y abajo con el carnaval, al final se le quedó. Y, como me sucede a mí, ya nadie le llama por su nombre de veras. Incluso a mí me cuesta recordar cómo era cuando yo le llamaba por el nombre real.

Cuando digo que empezaron a llamarle así *en su barrio* lo que quiero decir en realidad es *en su casa*. Fue su padre, que es como Carnaval pero con el pelo lacio y engominado hacia atrás a lo señorito y un paquete de Fortuna en el calcetín y un peine en el bolsillo delantero de la camiseta de J. MONTOYA y chándal de lycra multicolor, el que empezó con todo eso de Carnaval.

Sus hermanos gemelos son gemelos entre ellos, no con él, pero tienen algo de la cara de perro de la Familia Carnaval, y también tienen una moto chola CBR a la que le truncan el timbre y que ahora muge en lugar de timbrear.

MUUUUU.

No preguntéis.

Carnaval, antes nombre real, tiene el cabello rizado y largo y casi africano, porque le crece hacia arriba y hacia los lados, y parece Horacio Pinchadiscos desde que ya no se hace la cresta mohicana. Lleva una cazadora cruzada de cuero llena de chapas y metal de mecheros en la solapa y tela falsa de tigre cosida fatal en la espalda y pinchos y, pintado con Tippex: 100 PUNKS, por el himno de los Generation X (mi grupo favorito), y en un brazo un parche de The Specials, porque le gustan los Specials, y a mí también bastante, pero no tanto, y a los Skinheads por la Paz les vuelven muy locos, y junto a Carnaval se pasan las noches cantando por la calle canciones de los Specials a grito pelado hasta que alguien les tira un cubo lleno de agua con lejía y a mí con ellos.

Carnaval también lleva un llavero lleno de mierdas (abridores de botella, cadenas, muñecos y mosquetones: mierdas) colgando del cinturón que hace que puedas oírle a varias manzanas de distancia, drin-guili-dring-dang-dong, con su paso de culo caído y pereza cósmica y pinta de perro lanudo con remaches.

Por el llavero, y las chapas, y el metal de mecheros y los pinchos, el padre de Carnaval le grita cuando le escucha salir de casa: ¡Cuidao con los imanes, Carnaval!

Y por los pantalones, que lleva recortados a media espinilla para que se le vean bien las botas, le chilla a menudo desde la ventana, partiéndose: ¡Se te van a resfriar los tobillos, Carnaval!

Carnaval es un gordito (cuando estamos de acuerdo en algo siempre le digo: «Eres de los míos, gordito»), un borrachito feliz con cara de pequinés con paperas, el tío más divertido y gracioso que conozco, y también un pedorro y un eructador, y la persona más patosa del pueblo, todos llevamos encima marcas de quemaduras de sus cigarros y manchas de sus bebidas, que invariablemente acaban encima de nosotros, y Carnaval es también el batería malísimo de Las Duelistas y mi mejor amigo y el peor breakdancer que he visto en la vida y un firme defensor del axioma Las Niñas Son Tontas y un fan de los dilemas excrementicios como el que he dicho antes.

Por ahí va Carnaval, con su culo gordo balanceándose y su llavero dringueando.

Drin-guili-dring-dang-dong.

¡Cuidado con los imanes, Carnaval!

—No tan rápido, joder.

Clareana contesta a eso rasgando su bajo con toda su mala intención, y a gran velocidad, hasta que rompe una cuerda de bajo, que son las cuerdas más difíciles de romper que hay, pero aparentemente no cuando eres una enana maligna con mixomatosis. Si eres un panda pigmeo odioso y resentido, las cuerdas se convierten en papelito de confetti. Después de hacer trizas su instrumento, Clareana me mira con su sonrisa irónica y llena de dientes relucientes, el brillo perfecto de la bola blanca de los billares debajo de los labios.

A Clareana ya la he descrito antes, y ahora no me apetece dar más detalles. Sólo queda decir que realmente mide 1,54, la muy chaparra, que todavía lleva un tacón de sus zapatos rojos roto y que yo, a mi manera brutota y ceporra, la quería.

Estamos en el ensayo de Las Duelistas. Las Duelistas es mi grupo: yo hago las canciones y escojo las versiones, o sea que es *mi* grupo, ¿vale?

Tenemos cuatro canciones y media, y, de éstas, dos son versiones, o sea que en realidad tenemos dos canciones sólo, pero un repertorio de cuatro. No se puede tocar media canción en un concierto, me dicen, no sé muy bien por qué.

Nos formamos hace siete meses, o sea, seis meses antes de que sucediera «toda la mierda que ha pasado». Nuestras canciones son: «Saltos», «100 punks», «Mi tarareo», «Motín» (que es una instrumental) y la que está a medias, que no tiene nombre ni letra.

Las Duelistas era mi grupo, y nunca había habido ninguna insurrección, hasta hoy. Clareana ha decidido tocar rápido para molestarme. Ahora escucha grupos

rápidos como Black Flag y Minor Threat, para molestarme, y hace que Carnaval toque la batería a doble velocidad, para molestarme, y Carnaval, que tiene el ritmo en el culo, su *gran* culo, y lo que en realidad hace es seguir siempre a Clareana, no tiene otro remedio que aporrear más, y todos van a triple velocidad que yo, que al final tengo que parar en medio de una canción que ya parecía una carrera de gacelas rechonchitas (pero en forma) y leones hambrientos.

O sea, que iba a mil.

Y eso me molesta.

No, en serio.

—Yo hago las canciones y escojo las versiones —le digo a Clareana, sin la menor convicción y de nuevo con voz de rana Gustavo—, así que es Mi Grupo. Y yo te digo que tienes que tocar más lento, ¿vale?

Miro a Carnaval, que está de pie sobre sus dos cajas y dos charles, le hemos puesto el mínimo de aparatos para que no se confunda, y él los toca de pie, a lo Stray Cats, y añadido:

—Y tú también, pringado.

Sólo que digo pringao.

Clareana se levanta, tras haber colocado de nuevo la cuerda en su lugar, se acerca a mí amenazadoramente bajita, tengo que mirar hacia abajo y no soy precisamente el Coloso de Rodas, y ahí empieza una de nuestras discusiones rituales y recientes.

—Ni tienes grupo, ni tienes palabra, ni tienes dignidad, ni tienes nada, paYaso. Yo toco como me sale de las narices —me dice, rayos X en sus ojos añil. Ojos que incendian, como los de El Cíclope de la Patrulla X. Como los de la niña de ET en esa otra peli en que pegaba fuego a cosas a distancia.

—No podemos tocar las canciones que tenemos a esa velocidad. No están hechas para ser tocadas así, Clareana. —Conciliador. Suave, suave, suave como el padre del Chopped, el de la nariz del revés, el de la cara de biberón. *Flop*.

—No me llames así. No me llames nada, basura de mierda. —Papel de vidrio en la lengua y contra mi cara, y sus ojos piroquinéticos emboscados en esas ojeras que son trincheras.

—Mucha basura, pero bien que me querías, tía —titubeo semitemblando, mientras dejo mi guitarra barata apoyada contra un ampli, que feedbackea un poco. *Bzzzzzot*.

Clareana se ríe, pero con una amargura de pipas podridas y mandarinas abandonadas y deformes en el suelo del mercado.

—No te rías, tía —le pido, y luego (no sé por qué) añadido una gran imbecilidad—. Yo era tu hombre. Y, depende de cómo lo mires, aún lo soy.

Clareana me mira, atónita.

—Ni eres mío, paYaso, ni, por lo que he ido viendo, eres un hombre.

—¿Ah, no? ¿Qué soy entonces, una rana?

—Un gusano, mejor. Un gusano asqueroso y resbaladizo de puta mierda. Una mierda puta que no tiene ni zorra de tocar la guitarra, y para que te enteres no voy a perdonarte jamás. Eres odioso, Rompepistas.

Miro a Carnaval, que se lleva la mano a la boca para no carcajearse, le miro con odio grande, y luego miro a Clareana con los dos labios temblando, y la cojo del brazo, aprieto el músculo, y le digo (balbuceando) Cállate ya, puta enana. Ella no me empuja ni trata de zafarse. Sólo hace algo que me deja paralizado. Muy pausadamente, se mete la mano en la boca y saca con tranquilidad el chicle que estaba masticando con su boca llena de flúor.

Oh.

El primer beso que nos dimos, El Día Que Las Niñas Dejaron de Ser Tontas, hizo lo mismo. Dijo Espera un momento, y se sacó el chicle, y luego me dio un beso, y me dejó allí, envenenado de emoción. Pero ahora saca el chicle y, en un movimiento fulgurante de mano, me lo pega en la ceja. Cuando reacciono, porque tardo unos segundos en entender qué ha pasado, me doy cuenta de que ya se ha marchado, de que, aprovechando la confusión y mi cara de tonto, se ha ido cojeando con un solo tacón.

Un chicle en la ceja.

No, en serio.

Carnaval empieza a reírse intentando no hacerlo, y yo me quedo allí como un tótem arapahoe pensando lo mucho que odio a Clareana.

Lo que pasa es que, ya lo dije antes, no la odio tanto como ella a mí.

Mirad: somos punks y skins, somos los chicos con botas, somos las ratas con botas, somos feos y pajeros y tiñosos, buscabullas y culoapretados, espitados y bocazas y chulos, botas sucias y caras brutas, los paquetes estrujados y las cabezas rapadas, rotos y descosidos en la ropa y en el alma, malas dentaduras y mal cutis, los peores empleos y barrios, somos la gente que no quieres conocer y venimos de los sitios adonde no quieres ir, nacidos para ser carn d'olla, nacidos para fracasar, el eslabón más bajo de la cadena alimenticia, pisando charcos en la ciudad podrida, carnaza de descampado y bóbila y calimocho, comiéndonos las consonantes y comiéndonos los mocos, expulsados y castigados, sin recreo pero también sin clase, sin clase de ningún tipo, esta noche hay un destroy, tienes-tienes-tienes y nosotros no tenemos nada, pero si tienes una lista negra ya nos puedes ir apuntando, si tienes una lista negra nosotros queremos estar en ella, meando por las calles, rompiendo los cristales, cantando las canciones que no salen en los libros.

Los chicos con botas, bolsillos vacíos y cojones llenos, esas canciones son lo único que tenemos. Eso, y a nosotros mismos.

Porque somos los chicos con botas, somos las ratas con botas, duros como clavos, a veces hay que agachar la cabeza para no romperse, y somos los irrompibles, somos la arrogancia original, borrachos y orgullosos, pisando cascos rotos, los culos contra la pared, sin futuro y sin modales, carne de cañón, Cornellà, Santako, L'Hospi, Bellvitge, Castefa, Viladecans, Gavà, Sant Boi, La Cope, feas las esquinas y más dura será la caída, cayendo, cayendo, siempre cayendo, cayendo y riendo, haciendo la conga en la cola del INEM, de aquellos polvos vinieron estos lodos, sólo que aquí polvos hemos visto pocos y el lodo nos llega ya hasta el cuello, de cara a la pared pero sin libros en las manos, no nos dio tiempo a querer ser alguien, nadie te cuenta nunca cómo se sale de aquí, ¿hay alguna manera de salir de aquí?, primero deletrea u-n-i-v-e-r-s-i-d-a-d si tienes huevos, oportunidades para estudiar una carrera es lo que no te van a dar (cantaban los Clash), esto es Todos Contra Todos pero nosotros estamos juntos, es lo único que tenemos.

Las canciones, y a nosotros mismos.

Caemos como piedras pero, mientras tanto, ¿echamos unas risas? Cayendo y riendo, es todo lo que nos queda. Nos vemos en la Casa de la Bomba a las diez en punto, como cada sábado, que esta noche hay un destroy. No tardes, no me jodas.

—Me iré de este puto bar cuando le haya dado un beso a *esa* tía —me grita al oído Carnaval.

—Te irás de este puto bar cuando le hayas dado un beso a *esta* baldosa, al paso que vas, paYaso —le digo yo, tratando de mantener el equilibrio en medio del pogo, patinando y agarrándome de chaquetas que no son la mía.

Estamos todos bailando «Monkey man» en la Casa de la Bomba, un bar del centro-del-pueblo, el único bar aquí donde no suena «Born in the USA» ni «Money for nothing», pero sí «Wild youth», «London's burning», «Runaway boys», «In the city», «This is the modern world», «Smash it up», «Orgasm addict», «First time», «Rebel rebel», «The boys are back in town».

En la Casa de la Bomba no hay problemas, ni de edad ni de ningún tipo. La Casa de la Bomba es Casa. Es como todos los puntos azules que hay en la Fuga de Colditz, los sitios donde los malos no te pueden matar. Es como el sitio donde todo el mundo conoce tu nombre. Todo el mundo que es *alguien* viene a la Casa de la Bomba.

O sea, todo el mundo que no es *nadie*, la casquería del extrarradio, los repetidores, los que echaron, los que no saben adónde van, no hay futuro en ninguna parte, pero en el extrarradio menos. Lo único que hay es el destroy, y es lo que estamos haciendo. Matando el tiempo. Creándole gran dolor al tiempo. Como... Como mientras se nos ocurre qué hacer, no sé cómo explicarlo.

Y ahora estamos todos bailando «Monkey man», metiéndonos empujones y bailando, bailando, sábado por la noche, un ojo en las pocas chicas que hay y el otro

mirando al infierno. Skinheads por la Paz, Carnaval y yo: los doce apústulas, los doce jinetes de-la-poca-leche. Bailando y bebiendo, cayendo y patinando y riendo en el rincón de los chicos con botas, nuestra esquina. El Chopped controla a sus tropas mientras baila, controla la situación y baila, el Sutil y el Jeje todavía se están partiendo de algo que ha dicho Carnaval antes.

Esas tías nos están mirando, ha dicho.

¿No te hace reír?

Bueno. Si nos vieras, te aseguro que te reirías.

Porque hay diez peonzas sin cabello empujándose en un rincón de La Bomba, y dos espantapájaros con botas intentando mantenerse derechos en un diluvio de botellas y codazos, el suelo está resbaladizo y suena «Monkey man», que todos estamos cantando como si nos fuera la vida. Uno de los dos espantapájaros es una morcilla con afro y un culo como un capazo y resfriado en los tobillos. El otro soy yo. Miope y feo y empanado, pero además el Carnaval me ha tenido que recortar media ceja con unas tijeritas de su llavero lleno de mierda, porque no había forma de despegar el chicle que me enclastó Clareana.

Precioso.

Como el Dos Caras de los tebeos de Spiderman, sólo que peor. Sólo que En Feo.

¿Quizás nos miran por todo esto, las tías? ¿Por todo esto?

Clareana no ha venido esta noche. Mejor. ¿Si la veo? La masacro. En estos momentos da igual quién tuvo la culpa al principio de todo; cuando alguien te enclasta un chicle en la ceja, queda anulado lo que hiciste al principio de todo, prescribe «toda la mierda que ha pasado», ¿no?

Bueno, mejor no pensar en eso.

Ni en nada, si es posible.

Saco el Ventolín y le doy dos toques. Psht, psht.

—Ya estoy hasta las pelotas —me dice Carnaval, y se va hacia la Marta, la *esa tía* de antes, que es una rockera con mallas que ya le ha dicho cien veces que preferiría besar a un perro con sarna que a él. Un día también le dijo Lárgate de aquí, hijo de perra, hueles como un muerto viviente enterrado en cabrales. La Marta tiene ingenio, eso nadie lo duda, pero a testarudo, a Carnaval, no le gana nadie. Yo le sigo, porque no quiero perderme esto. Escondido detrás de su chupa de cuero, escucho el arte de ligar, estilo Carnaval.

—Eh, Marta. No te había visto. ¿Quieres una birra?

Sólo que, en verdad, ha dicho farta y firra, porque Carnaval ya va un poco tocado por el destroy.

En cualquier caso: ella, ni caso.

Échale la culpa al boogie.

—Marta tiene un marcapasos —le dice, el muy idiota, medio canturreando y

apuntando un par de movimientos nefastos de twist. Además, dice bargafasos.

Luego hay un momento de medio silencio, en el que está claro que Carnaval intenta recordar el resto de la letra. Cuando ve que no hay manera y que le resultaría complicado acordarse de su propio nombre, abandona ese camino.

—¿Quieres una birra o no? —insiste.

Ella, ni caso.

—¿Una birra? —De ahí no le saca nadie.

Y ella, además, ni caso. Ha dicho birra, quizás por eso no entiende.

—Acabo de meterme un cartucho de dinamita en el ano, tía —le espeta al final. Ella, por primera vez, se da la vuelta para mirarle—. Y si no te tomas una birra conmigo lo haré explotar.

Marta se ríe, pero no más que yo, y accede a tomar una cerveza con él. Eres de los míos, gordito.

¡Papelera!

¡Papelera!

Alguien grita ¡Papelera! ¡Papelera!, y todos echamos a correr. Ritual de lo habitual. Nuestro ritual, nuestro arsenal. Las noches de sábado, las noches de destroy, cuando nos cierran la Casa de la Bomba y estamos todos amajarados y masacrados y embotellados y espitados, el ritual es el siguiente, mirad, prestad atención.

Alguien grita papelera. Vamos hacia la papelera que hay en la plazoleta de al lado de La Bomba y la desenganchamos de su soporte. Todos juntos, esto es importante, se trata de hacerlo todos juntos, por si hay un Fuenteovejuna, todos a la vez elevamos la papelera por encima de nuestras cabezas, como si fuese la Virgen del Rocío o el Sant Cristo Gros, día de fiesta grande, noche de fiesta mayor. Metemos la papelera en la cabeza de la estatua al jugador de Deporte que hay en la plazoleta. Luego, nos vamos chutando y riendo, partiéndonos de risa todos como hienas sin razón.

Esto es un poco peligroso, porque la policía municipal (nos odian a muerte y además nos tienen fichados a todos) ya nos advirtió una vez que si nos volvían a pillar con la papelera nos íbamos todos al cuartelillo. No sería la primera vez; pero ganas, lo que se dice ganas, no hay. También resulta peligroso porque el monumento al Deporte está colocado, con toda la mala fe y casualidad, delante del bar donde se reúnen todos los jugadores de Deporte del pueblo.

No, en serio.

Échale la culpa al boogie, pero ya.

Y otra cosa: los jugadores de Deporte nos odian, y nosotros a ellos.

¿Qué tipo de Deporte es? ¿Qué tipo de deportistas son? ¿Qué especie? ¿Qué marca?

¿Importa?

Fútbol, hándbol, básquet, rugby, voley, atletismo. La misma cosa. El mismo no comprender que vamos todos a morir y nada, por muchas vueltas al campo que des, por muchas pelotitas que lances, *nada* va a salvarte, amigo.

Lo que sí importa es que ellos son cientos, y están todos hechos en el mismo sitio que hicieron al Chopped. Son un ejército de Choppeds: sin cuellos, hombros GRANDES, brazos GRANDES y muy poca simpatía hacia nosotros y nuestro pequeño ritual. Nosotros les llamamos los Cuellos. Entre los Cuellos está el hermano de Clareana, que tendría que ser el tío que me tuviese más ganas de todo el pueblo. Yo debería ser su regalito sorpresa, y tendría que estar deseando arrancarme el envoltorio a manotazos.

Mirad: el hermano de Clareana se llama Jopa, le llaman Jopa, en realidad se llama Joan Pau, mide 1,85 y tiene una frente de balcón-terraza que ensombrece sus ojos, y sus ojos son color miel y su sonrisa es honesta y amplia y nivelada, y el Jopa era un tío que estaba muy bien hasta que se hizo jugador de Deporte, y él cree que yo era un tipo que estaba muy bien hasta que dejé de serlo.

No preguntéis.

Lo que pasa con el Jopa es que éramos amigos. Éramos amigos de niños, y jugamos juntos, Clareana, él y yo, a la Fuga de Colditz, yo siempre era el nazi y los masacraba sin compasión, y merendaban galletas Príncipe en mi casa y Jopa era uno de los únicos que hablaba conmigo en el equipo alevín de Deporte cuando éramos niños, pero entonces nos hicimos mayores y algo cambió, y él siguió jugando al Deporte y yo empecé a meterme con él, y él conmigo por no seguir jugando y a la mierda porque eso era entonces y esto es ahora, y si no le gusta que se joda.

Lo que pasa también con el Jopa, y la razón por la cual él y su padre utilizan Rompepistas de apellido y de nombre siempre dicen El Maricón De, es que no me han perdonado lo de las fotos.

No me gusta hablar de esto, pero ya da igual, visto el panorama.

Una vez estábamos en su casa, hace un año, cuando yo empezaba a ser novio de Clareana, y fuimos yo y Carnaval, y había una cámara de fotos matizada en la mesa, y creíamos que era del Jopa, era japonesa y guapa de verdad y llena de botones y pirulos, y cuando él se fue al lavabo nos hicimos fotos de las pollas por debajo de la mesa, para probarla, para reírnos.

Sólo que no nos reímos durante muchos días, porque a revelar el carrete no fue él. Fue su abuela.

La abuela de ochenta años de Clareana fue, porque la cámara no era del Jopa, después de todo, que era del padre, y al final de las fotos de un partido de Deporte especialmente importante estaban nuestras dos pollas, ahí, tímidas pero ahí, impresas con brillo a 10 × 15 delante de los ojos de la abuela, que tuvo un síncope francamente

grande.

No estoy orgulloso de esto, por si sirve de algo.

Cuando Clareana se enteró se puso a reír, esto era antes de odiarme más que a nada en el mundo, y la madre de Clareana me perdonó, porque me tiene flaca, pero el padre y el Jopa no y por eso soy el Maricón de Rompepistas.

Por eso, y por lo que le hice luego a Clareana, y de eso sí que no quiero hablar. Definitivamente.

La última cosa que pasa con el Jopa, pero ésta es la buena, es que al vaciar la bañera de nuestra amistad algo debió de quedar, algún charco maloliente de simpatía debió de permanecer, porque los Cuellos nunca nos han creado gran dolor, aún, pese a las múltiples razones para hacerlo que les hemos dado, fotos y papelera y Clareana y todo. Y sospecho que, cada vez que sienten instintos de acercarse hacia nosotros sus puños de ariete y sus culos duros como plintons, Jopa les recuerda que fuimos amigos, que algo hubo, y creo que eso es más de lo que yo haría por él, un gesto que le honra, y entonces se tienen que aguantar y clavar en el suelo a puñetazos a otro inocente.

O sea, que yo, el Maricón de Rompepistas, soy posiblemente la razón de que la guerra fría no se convierta en caliente. Soy el efecto disuasorio. Soy los silos soviéticos llenos de misiles que hacían que los maricones de los yanquis se pensasen dos veces el repetir Bahía de Cochinos.

Y todo por la buena fe del Jopa. ¿Y cómo le pago yo esa buena fe?

Así. Venga, sin miedo, chicos:

¡Papelera!

¡Papelera!

Pero rápido, si puede ser.

El agua está muy fría.

—A la ducha, bandarra —me dice el berzas de mi padre, sin escuchar lo que le estoy diciendo. No grita mucho, porque no quiere despertar a mi madre, las cosas ya están suficientemente mal, dice, para hacerme sentir culpable, me conozco sus tácticas, pero tiene las venas del cuello como alambres, como frenos de bici tensados, y estoy mirando su mano por si se le escapa. Mano-Rápida Padre. No he visto a nadie que pierda los nervios más rápido que él.

Quiero decir algo, pero lo que tendría que decir para salvarme de ésta es algo muy gordo: que tengo cáncer, o que soy el hijo de Dios, de María *siempre virgen*, o, mejor, que le vi metiéndole los cuernos a mamá.

De hecho, esto sí podría decirlo.

No preguntéis, mejor.

No importa.

Quiero decir algo, lo que sea, pero de la boca sólo me salen fofufofafofs, como si hubiese aprendido un nuevo idioma, el lenguaje del destroy.

He llegado a casa aún sin lupas, pero además con media ceja arrasada, y una borrachera francamente grande. De destroy por ahí le pegué un patadón con fuerza de cañardo a una lata de Estrella, y la lata voló acompañada de una de mis botas, que me había desabrochado porque Carnaval me estaba echando cerveza dentro con su lata y se me había empapado un calcetín. La bota voló hasta aterrizar en el techo del kiosco y el kiosco está en la plaza de delante del Ayuntamiento. O sea que he llegado a casa con una sola bota.

La rata sin botas.

Era sábado de destroy, qué queréis.

—Va, fuera la camiseta y a la ducha, que das asco de lo borracho que vas.

El agua está muy fría, intento decir, pero ni yo mismo me entiendo.

Antes de perder la bota nos despedimos de los Skinheads por la Paz, que después del ritual de la papelera se iban al pueblo de al lado a seguir bebiendo y quizás a crear gran dolor, y se fueron cantando todos *Hersham boys, Hersham boys, esta noche hay un destroy*. Y luego: *Borrachos y orgullosos, pisando cascos rotos, cayendo por el suelo, esperando pa' mear*.

Y luego: *All we are saying, is give peace a chance*.

Esto también es irónico y, además, no lo pronuncian así. Lo pronuncian de cualquier manera.

Después de esto Carnaval y yo nos fuimos a hacer pintadas.

Les habíamos dicho a unos muchachos independentistas que conozco de cuando iba al instituto que haríamos pintadas de Herri Batasuna, porque en junio hay elecciones al Parlamento Europeo. No teníamos la menor esperanza de que se tragaran nuestra gran bola, pero tragaron. Nos dieron los botes de spray con gesto solemne, como si fuésemos un escamot de guerrilleros a punto de volar un puente, y entonces Carnaval y yo nos fuimos a pintar lo que nos salió de las narices. En el parking que hay cerca de La Bomba, delante de la biblioteca municipal y al lado de mi casa. Hicimos clonclonclonc agitando los botes para mezclar la tinta y luego pintamos con ruido de gente haciendo callar a otra gente.

Pssshhhht.

100 PUNKS SIEMPRE

SKINHEADS POR LA PAZ

NUCLEAR SÍ, POR SUPUESTO

ROMPEPISTAS  **CLAREANA**

LAS DUELISTAS

Y, antes de marcharnos, en la pared de la biblioteca, Carnaval añadió:



Y luego he llegado a casa no tengo ni idea de cómo, manchado de spray y con todos los detalles que ya he contado, ciego y descejado y descalzo a medias, la bota tomando el aire en el solárium del kiosco, y mi padre acaba de arrancarme la camiseta de LAS DUELISTAS, los pantalones ya me los había sacado yo antes, tampoco sabría decir cómo pero cayéndome, y mi padre me ha metido debajo del chorro de agua fría y, desde debajo de la cascada, sin querer gritar, porque lo de hacerme sentir culpable con mi madre funciona, siempre funciona, veo cómo los ojos de mi padre se encienden y pienso Qué más he podido hacer.

Y veo su mirada apuntando a mi hombro, y de repente recuerdo el tatuaje, que llevo un mes escondiendo. Un corazón rojo, y un pergamino cruzándolo donde pone: Clareana.

En mi padre se instala un conflicto. Por el tatuaje, me daría un guantazo que las orejas me aplaudirían. Por lo que pone en el tatuaje, me abrazaría fuerte y me diría No te preocupes por nada, todo irá bien.

Mi padre se queda allí un momento, mientras yo escupo como puedo el agua fría que cae a chorros sobre mi cuerpo y ojos y boca, y pone una cara que nunca había visto antes, una cara de extremo cansancio y tristeza, y también de extrema incompreensión, quizás de pensar en el niño que yo era, y en el niño que era él también cuando me tuvo, y cómo he pasado de dormirme solamente cuando él me cogía los pies de bebé con sus grandes manos de mecánico, mis pies minúsculos a los seis meses en sus manos, y su mirada azulada de inmenso amor cuando me dormía, cómo he pasado de aquello a esto, cómo ahora de repente soy esto. Veo que le gustaría decir algo de padre, y a mí me gustaría decir algo de hijo, pero los dos sabemos que es imposible.

Mi padre sale del lavabo y yo cierro el grifo de agua fría con los testículos encogidos.

7 DE JUNIO, DOMINGO

La cucaracha. La cucaracha. Ya no puede caminar.

Me despiertan las notas sincopadas de «La cucaracha», las notas sin matices, pa-pa-pa-pa-paaaa, que Carnaval está tocando en el timbre del interfono. Es su código de llamada para que yo sepa quién es y baje automáticamente evitándole tener que intercambiar palabras con mis padres. No quiere caerles aún peor, dice, porque seguro que le harían subir por cortesía y verían cómo va y no iba a gustarles cómo va.

Su ritmo.

Le he dicho mil veces que es muy posible que «La cucaracha» en clave timbrado sea bastante más irritante que cualquier cosa que él pueda decir por un interfono o cualquier prenda apestosa que pueda ponerse. Pero Carnaval, terco como una mula, no va a cambiar su plan.

Me cubro la cabeza con el edredón, me pongo en posición fetal, intento imaginar cómo debía de ser estar en el útero de mi madre, el ruido acuoso de líquido amniótico, el no-sonido de película de submarinos, trato de pensar en la seguridad y felicidad que debí de sentir en la barriga de mamá, pero «La cucaracha» me distrae, me distrae, y al final me fastidia de forma grande.

Échale la culpa al boogie.

Aprieto el botón del interfono y digo: Bajo, y luego, sin querer, me veo en el espejo circular dorado en forma de girasol que hay en el recibidor.

Oh, mira: un batracio ciego y sin media ceja. Y, alrededor de la cara, el girasol metalizado, como en una representación de parvulario, como cuando de niño me vestí de tuno, y de excursionista, con la cantimplora y las chirucas, y de patito, y de Mickey Mouse.

En el comedor hay una foto de cuando me vestí de Mickey Mouse. En ella estoy yo con los brazos rectos pegados al cuerpo, y una luz tibia, filtrada por las cortinas blancas del ventanal, me ilumina la mitad de la cara. No parezco Mickey Mouse, porque me habían quitado una careta-casco de papel maché y confetti que llevaba, así que lo que se ve en la foto es sólo un niño gordito de cuatro o cinco años con enorme pajarita, camisa blanca y tirantes.

Mirad esto: un gordito perdido, camino de un baile de gala. ¿Qué hace ahí? ¿Qué busca? ¿Qué espera?

Sea lo que sea, se va a llevar una buena decepción.

Y lo raro de esa foto es mi expresión de previsión de la decepción. Parezco ya preocupado por algo, o atenazado por la nostalgia, quizás, o asustado, o culpable. Pero tenía cinco años. ¿Qué podía preocuparme? ¿De qué podía sentirme culpable?

Es la mía, en aquella foto, una cara casi adulta, la cara de alguien que ha empezado a adquirir responsabilidades cuando no le correspondía, de alguien que intenta controlar lo que le rodea, que intenta que las cosas no se tuerzan, que intenta mantener unidos los pedazos de vida de sus seres queridos.

Aparentemente, yo era así. «El primer niño melancólico del mundo», como me llamaba mi madre. El niño más responsable de la tierra. El niño con el vacío en el estómago, con el vértigo de las cosas malas que aún han de suceder, acarreado culpas que no le tocaba a él acarrear.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Échale esa maldita culpa al boogie.

Échala donde quieras, pero aquí, ni en broma.

Supongo que, en algún momento, aquel niño preocupado por todo (por si no teníamos dinero, por si mis padres se peleaban, por si mi hermana estaba bien, por si había gente mala en el mundo, por si alguien se portaba mal en clase, por si faltaba sifón en la nevera), aquel niño con pajarita enorme, aquel chaval extraviado camino de su baile, aquel renacuajo tristón que intentaba hacer malabares con los pedazos de vidas de los demás, que intentaba que nada fuera mal, que quería que la gente se quisiese, dejó de preocuparse. Así, tal cual. Sin avisar a nadie.

Y el Niño Malabarista se convirtió en esto.

En este girasol-sapo que aquí os muestro.

Y funcionó, casi. Porque aquello mejoró, pero todo lo demás empeoró. Así que al final no me salió a cuenta. Miro fijamente al espejo y pongo mi cara de Jabba El Hutt moribundo, cuando la princesa Leia le estruja el cuello con un cadenón: cuello tensado, boca muy abierta por los lados y casi cerrada como una ranura de buzón, y la lengua de sapo moviéndose con estertores de una comisura a otra, los ojos en blanco, muriendo.

—Baaaaaaaaaaaaargh.

—¿Pero qué haces, atrapao? —me pregunta Carnaval, que resuella porque al final se ha hartado de esperar y ha subido dos pisos andando. Dos pisos, el culogordo. En plena forma.

Le digo que nada que a él le importe, paYaso, y Carnaval me cuenta que ha pasado por las casas de dos o tres de los Skinheads por la Paz y ninguno estaba, y qué raro. Le digo que quizás acabaron en comisaría y Carnaval me dice que a lo mejor, pero que le extraña. Lo dice con una cara dubitativa que al final me contagia.

—Esto me huele a chamusquina —le digo, rascándome la barbilla.

Carnaval se ríe.

—No, tío. A lo que te huele es a otra cosa. —Y se ríe más, enrojeciendo como un pimiento.

Será cerdo.

El Chérif detiene el tráfico en el pasocebra que hay delante del colegio de monjas y nos hace la señal de cruzar. Los coches paran, obedeciendo su orden. Carnaval y yo cruzamos la calle. Todo normal.

Excepto que el Chérif es un loco.

No *está*. *Es*. *Es* un loco, de los de atar. Un pillado, de los de verdad.

Lo que quiero decir con esto es que hay cuatro mil locos en este pueblo del extrarradio, porque tenemos los dos manicomios más grandes del país, y el Chérif es sólo uno más. Hay otros. Está el Schuster, un pillado rubio que juega al fútbol con los niños en el patio de los curas. No se parece en nada a Schuster, pero es rubio y va peinado a lo Calimero y juega al fútbol, qué quieres.

Está el Tomeu, que tiene Cabeza de Bombilla y ciento cincuenta años, porque mi abuelo un día me enseñó una foto de cuando él era joven y salía el Tomeu, y estaba igual.

¡Es inmortal!

O eso, o hay muchos.

O es un Robot: Tomeubot.

El Tomeu siempre nos grita ¡Gitanos! cuando nos ve por la calle. Es su obsesión. Algo le debieron de hacer los gitanos, o no, porque, ya lo he dicho, es *un loco*. Y aquí los hay a patadas. Es nuestra única exportación remarcable; los pillados, y el Deporte.

Antes, hace setenta años, me contó mi abuelo, a los pillados los marcaban. Les hacían llevar alpargatas blancas con un círculo negro para que todo el mundo supiese que eran pillados. A lo Mathausen, pero ahora ya no. Los locos andan por la calle porque les dejan salir unas horas al día, no a los peligrosos, éstos están dentro atados con cintas, una vez uno de ellos se escapó y le endiñó un machetazo en la nuca a un guardia civil delante de una pollería que hay al lado de mi casa, y mi abuelo me dijo que no lloró mucha gente por el guardia civil, porque la benemérita no es muy popular, aquí.

En cualquier caso, los pillados que salen son inofensivos, y no habría manera de reconocerles si no fuera porque van por ahí exigiendo dinero para caféconleche, o extorsionando cigarrillos, que fuman de manera compulsiva (¿qué relación puede haber entre la locura y el fumar así?) y, la verdad, con cara de estar completamente majaretas.

Y, además, algunos se disfrazan, como el Chérif, que va de Chérif, con un sombrero mini-Stetson y dos pistolas de plástico en su cinturón con cartucheras y una estrella de plástico dorado en la pechera.

No, en serio.

Además, lo raro no es que vaya así. Lo raro es que la gente se detiene en pasoscebra cuando él lo ordena. Este pueblo es así.

Este pueblo tiene que responder de muchas cosas.

A mitad del pasocebra, como siempre, nos frena con la palma de una mano. Carnaval y yo frenamos los pies y miramos sin inmutarnos su pinta de gran pillado.

—Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío o caliente, te vomitaré de mi boca —nos dice, solemne y completamente majara.

Carnaval y yo nos miramos el uno al otro, mientras los coches empiezan a hacer sonar los claxons. Es una soleada mañana de domingo, el sol se dobla contra nuestras cabezas, pero estos imbéciles deben de tener prisa para ir a ninguna parte.

—¿Qué dices, Chérif? —le dice Carnaval. Y añade, con sorna—: A mí no me vomita nadie de ninguna boca, tío guarro.

—Coño, Chérif, que no se entiende nada. ¿De qué hablas, tío? —añado yo. Porque cada vez que nos ve nos dice la misma cosa, y ya no sabemos si se lo dice a todo el mundo o sólo a nosotros dos o qué.

Escudriñándonos con unos ojuelos de pajarillo, minúsculos, casi miedosos, ojos de niño perdido, ojos de Jawa, nos repite al final:

—Pero por cuanto eres tibio, y no frío o caliente, te vomitaré de mi boca. —Y luego mueve el bigote de un lado a otro de la cara, como si fuese un postizo agitado por el viento, como un Charlot de frenopático.

—Lo que tú digas, Chérif. —Carnaval le toca el hombro, y los dos cruzamos el pasocebra, y el sonido del llavero de Carnaval, y el sonido de los claxons, hacen que el domingo parezca una rúa, una rúa en Río, cha-cha-cha-chá. Oye cómo va.

Nuestro ritmo.

—¿Qué preferirías ser: ciego, sordo, mudo o inválido?

Estamos subidos a una valla del campo de Deporte, los dos, Carnaval y yo, comiendo pipas, las botas colgando y rebotando contra la pared de ladrillos sin pintar. Ya llevo las dos botas, porque hemos pasado por el kiosco a buscar la que dejé ayer en el tejado. Explicárselo al kiosquero ha sido un poco complicado, pero ahora ya está.

Hace un sol que se cubre a ratos con un burka de humos y basura, pero el aire es engañosamente natural y sano, y huele a frutos de morera chafados y a zarzamoras de junio a punto de dar moras, y huele también a césped recién afeitado y a esa planta que tiene espigas que te metes en la boca y trepa hacia el interior de tu garganta, ahogándote, como un arma fatal, como un alienígena disparado. El pueblo está lleno de esas espigas, y no me extraña. Es el planeta tierra reaccionando contra la fealdad del pueblo y tratando de exterminarnos.

El campo está animado, y en el césped se desarrolla un partido de Deporte de máxima rivalidad. Los Cuellos corretean por la hierba tras el balón, y el público jalea

con entusiasmo desde las gradas de cemento.

Alé, Alé, gritan.

Endevant, gritan.

Me lleno la boca de pipas, chupo y rechupo la sal, selecciono una con la lengua, la clave es no utilizar dedos nunca, la empujo hacia otro lado de la boca, la coloco debajo de los dientes delanteros, la rompo, con la lengua separo cáscara y semilla, mastico y trago la semilla, escupo cáscara con un ptuf y vuelvo a empezar. Un arte.

—¿Inválido con uso de polla o sin uso de polla? —le pregunto a Carnaval, escupiendo otra pipa ptuf y metiendo los dedos en la bolsa mediana de Churrucas.

Carnaval es como El Enigma de la serie *Batman*, pero en cerdo. Y no le entrarían las mallas de supervillano, además.

Los dos estamos mirando hacia el campo fijamente, pero no porque nos interese el Deporte. Hemos venido a espiar a Clareana. De hecho, yo he venido a espiar a Clareana, y el Carnaval me ha tenido que acompañar porque sabe lo que es importante para mí y además si no se viene lo mato por traidor.

—Sin uso de polla, claro —responde.

Claro.

—Entonces: mudo —decido. Total, para lo que tengo que decir.

MUUUUUUUUU, se oye detrás de nosotros.

Nos volvemos y ahí están los dos hermanos de Carnaval, los dos con sus peinados calentadores de nuca, montados en la CBR chola.

MUUUUUUUU. MUUUUUUUUU.

Se tronchan, los tíos. Les hace la misma gracia que el día que lo instalaron. Tiene que ser genial, eso; saber que vas a partirte siempre de lo mismo, que siempre te va a solucionar el día el mugido de una moto.

A mí, desgraciadamente, ya no me hace gracia, pero Carnaval se deshueva. Al cabo de unos minutos, los dos hermanos dejan de partirse y se acuerdan de que habían venido por una cosa seria y nos gritan con las dos manos haciendo altavoz, que es un gesto inútil.

Ayer hubo una bulla, dicen.

En el pueblo de al lado, dicen.

Los pelados, dicen, se metieron en una y la cosa acabó como el culo. Dicen pelaos.

Como el culo de quién, pienso yo. Porque depende.

Carnaval y yo nos miramos. Sabíamos que un día tenía que pasar algo.

Tiramos las pipas al suelo, los dos gemelos montan en la CBR y se largan, alguien a nuestras espaldas marca un tanto y ruge una ovación en el estadio de Deporte, los golpes van a empezar temprano. Los golpes siempre empiezan temprano, aquí, ya estamos acostumbrados. En el colegio de curas era obligatorio

pertenecer al coro. En el colegio de curas te obligaban a todo, el catolicismo no se montó para ir por ahí sugiriendo cosas o pidiéndolas por favor, qué pérdida de tiempo si puedes pasarles a golpes de tizona, pero a lo que no nos podían obligar era a que *nos gustara*.

Ese agujero de odio, ese pozo de rabia, estaba ahí dentro, almacenando como una joroba de agravios, almacenando, y ahí los curas no podían meter las manos. En nuestro depósito.

Mirad: Carnaval y yo, los dos allí, noviembre de 1983, ensayos para la misa del gallo, tercera fila del primer grupo, el grupo de las voces agudas, aún no teníamos sietes en las camisetas pero los descosidos en el alma estaban al caer, los golpes aquí siempre empiezan temprano, está visto, y los dos con los pies en el acantilado de morirnos de risa, siempre.

Una risa que equivalía a una sentencia de muerte, porque dirigiendo el coro estaba el padre Pío, que no nos perdía de vista. Él sabía que íbamos a hacer *algo*, el curso acababa de empezar, sólo que no sabía *qué*. Era sólo cuestión de esperar. Fumando espero. Hostiando espero, pero no tuvo que esperar que pasara ni el primer trimestre. Carnaval y yo, los dos poniendo cara de tenor italiano, una mano en el pecho y la otra en ademán de actor, barriendo el aire y aprovechando para darle un collejón al tonto de la fila de delante del coro. ¡Chas! Cantando como sin bolas, como con alicates en el pito, pero aún medio serios.

Hasta que Carnaval susurró:

—Eh, Rompepistas.

Y yo, que estaba mirando al frente, volví la cabeza. Y Carnaval estaba mirándome y bizqueando, y de un agujero de su naripia salía un chorro de blandiblub verde que caía hasta cruzarle el pecho.

¿Cómo me reí? Con una risa que parecía un berrido, que sonó por encima de todas las voces, y el padre Pío me vio, esta vez sí.

Interrumpió el coro, que paró a trompicones, voz tras voz, desorientado, como un lanzador de pértiga que intenta volver a la estaticidad, y entonces fue cuando vio a Carnaval, que todavía llevaba el moco más grande en las napias. Nos miró con los dos dientes de excavadora BobCat, de máquina pesada, de trilladora John Deere, reposando sobre el labio inferior, y se relamió como un lagarto de V, y dijo nuestros dos apellidos, pero ni oyéndolos en voz alta pudimos parar.

Hay una ley universal que dice que, cuando menos tienes que reírte, más te vas a reír.

Partiéndonos, Carnaval y yo.

Y mientras nos partíamos no nos dimos cuenta de que el padre Pío había avanzado hacia nosotros, quién podría esperar que sería tan rápido, diez metros con prisa de velocirraptor, se saltó todas las reglas de Os Aviso Por Primera Vez, y sin

mediar palabra le cruzó la cara a Carnaval, que del susto expulsó el blandiblub. Y luego, a mí. Con la mano vuelta, como si fuésemos putas adúlteras del Lejano Oeste. ¡Flas! ¡Flas! Sus nudillos en nuestros pómulos, y la sorpresa, y luego la vergüenza, y luego la rabia, y sin poder hacer nada para evitarlo estábamos allí Carnaval y yo a punto de llorar, en silencio, los demás también, ni una mosca se oía, ni una mosca.

Allí empezó todo.

¿Les hace gracia? ¿Les hace gracia? Gritaba muy alto, y pude oler el café con leche frío en su aliento de carroña, el frío de invierno que salía con su respiración, la antesala de un duro y largo invierno en el frente de su boca.

Carnaval y yo no contestamos a las preguntas, porque estábamos sollozando bajito para quedar menos como niñas delante del resto de la clase, y nos ardían las mejillas de daño y vergüenza y completa indefensión infantil ante EL MAL, y además sabíamos que era una pregunta retórica.

¡Contesten!, gritó.

O quizás no. Quizás no era retórica, para nada. Carnaval y yo murmuramos No, al unísono, débilmente, cabizbajos a más no poder, casi agachados, casi avestruces, achantados a muerte.

El padre Pío nos agarró a cada uno de una oreja, tirando con toda su fuerza hacia arriba, y Carnaval y yo nos pusimos de puntillas lamentándonos con ayayayayays y nos sacó de la capilla y nos llevó al patio después de despedir al resto de la clase y nos hizo dar cien vueltas al patio.

100 es el número mágico.

Por un momento respiramos aliviados, porque de verdad nos veíamos colgados del techo con una chincheta. Por la oreja, como todos decían. Pásalo, decían.

Sentado en una silla verde de formica que había sacado del aula de plástica, el padre Pío miró cada una de nuestras vueltas sin despistarse en ningún momento, sus dos dientes emergiendo de la boca como a punto de atacar una zanahoria, y la gente de la clase nos miraba desde las ventanas, todos los ojos bizqueando solidariamente entre las persianas, mientras Carnaval y yo corríamos por el patio, primero llorando, luego jurando, jurando venganza, luego volviendo a llorar. La escalada de violencia acababa de empezar, los golpes empezaron temprano, y no hubo declaración de guerra ni juicios sumarísimos ni cartas de Aviso de Deuda.

Allí empezó todo.

En cien vueltas uno tiene tiempo de pensar en muchas cosas.

Ambas partes tuvimos tiempo.

Y a cada vuelta, diez, veinte, setenta y cuatro, nos mirábamos, reconociendo en el otro al enemigo natural. Séptimo de EGB no iba a ser nuestro mejor año, nunca es el mejor año en la vida de nadie, pero en nuestro caso se acercaba el invierno de la guerra, éramos el ratón perezoso que no había hecho acopio de víveres, no podíamos

ganar, no estábamos preparados para todo aquello, éramos niños, pero nosotros creímos que sí.

Que sí podíamos ganar, quiero decir.

A la vuelta número cien habíamos dejado de llorar por completo, aunque nos dolían las piernas y teníamos un flato grande y la frente encharcada. Nos acercamos al padre Pío, que aún esperaba en la silla verde de formica con las dos manos sujetándose una rodilla, y mientras nos preguntaba si habíamos aprendido la lección creí ver una sonrisa de lado en la boca de Carnaval. Una inclinación pequeña, casi confundible con un tic, una mueca suave de sorna y superioridad. Una mueca que iban a intentar arrancarle con tenazas, y el pobre allí, sin saberlo.

Y yo menos aún. Yo, *pecador*, chupándome el dedo. Siempre me he chupado el dedo, si os tengo que decir la verdad. Pero de pequeño, más.

¿Por qué nosotros?

¿Por qué Carnaval y yo?

Lo he pensado muchas veces. No éramos los únicos gamberros.

Estaba el Manzano, que se hacía pajas, porque era repetidor y podía, en tutoría. Ahí, zucazucazuca debajo del pupitre, bizqueando, vertiendo el resultado en folios estrujados que luego adhería en la mesa de otros.

Estaba el Ruye, que se pasaba el lápiz por alguna parte, no preguntéis, y luego lo hacía pasar de pupitre en pupitre diciendo Huélelo.

Sí, tu padre. Ahora voy, le decíamos. Pero siempre picaba alguno.

Siempre picaba el Pujol, ahora que me acuerdo, que no entendía nada, yo creo que tenía algún tipo de retraso, pero en aquella época no se sabía y todo el mundo te llamaba tonto, simplemente. El Tonto de la Clase, y con un peinado de cazuela que le hacía parecerlo aún más, y la nariz llena de mocos, incluso en séptimo, y unas bambas Tórtola con calcetines grises de viejo al final de aquellas piernas casi poliomiélicas y con rodillas torcidas que se besaban la una a la otra.

¿Por qué no pilló alguno de ellos?

Por la insolencia, supongo. Nuestra insolencia, que ellos no tenían. La arrogancia original, que ya teníamos, que habíamos pillado, alguien nos infectó no-sé-dónde con el bacilo de vacilar. La chulería insoportable que da la convicción de tener razón.

Vacilones, Carnaval y yo.

Alguna defensa hay que tener, cuando no hay ninguna y tu enemigo es mucho mayor. Ahí, vacilando por la vida, toda la vida. La que nos iba a caer, y nosotros sin saberlo.

A la vuelta de la esquina están los Cuellos. No les pillamos por sorpresa, porque

seguro que llevan cinco minutos oyendo el dringuear del llavero de Carnaval, hemos anunciado nuestra llegada, pero ellos a nosotros sí nos sorprenden. Damos la vuelta a la esquina del estadio de Deporte, y delante de la puerta principal están todos. Treinta de ellos, tiesos en la entrada, como un bosque de baobabs, como un mar de clavículas y bíceps de quinientos gramos. Pestañas que abren botellas, músculos en el esfínter que pueden doblar acero, cortar el plástico, aspirar pequeños animales.

Nota mental #1: ¿Es o no cierto que hay gente que se mete hámsters en el culo por diversión?

Tengo que preguntárselo a Carnaval. Él sabe de estas cosas.

El Jopa está en medio del grupo, riéndose con voz de gorila y dando palmadas en el deltoide de otro Cuello, palmadas de las que arrugan latas de refresco y las dejan hechas acordeoncitos. A los Cuellos les encanta eso. Arrugar latas con las manos, romper nueces con los dedos. Después de hacerlo siempre miran a su alrededor, como diciendo: También sabemos hacer esto con personas, y el resultado es algo parecido a este pequeño acordeón metálico, esta nuez pulverizada que veis aquí. ¿Voluntarios entre la audiencia? ¿Quién es el valiente?

Tu madre, tío. Tu puta madre.

Jopa me ve, y yo le veo a él, y todas esas cabezas de estatua de la Isla de Pascua se vuelven hacia nosotros, que andamos con el ritmo del llavero-maraca de Carnaval. Cha-cha-cha-chá. Nuestro ritmo. Oye cómo va.

Estamos medio congueando por medio del grupo, que se ha abierto como un gran bivalvo al vapor, y esto es Rioleón Safari.

No saque la cabeza de la ventanilla. No detenga el coche. No dé de comer a los animales. Especialmente no dé de comer a los animales.

Saco el Ventolín y le doy dos toques. Psht, psht.

Avanzamos con decisión, tratando de ignorar el escándalo de nuestros propios andares y cabellos y botas y cejas. Oigo risas de chimpancé a ambos lados de la cabeza, pero no me detengo; detenerse es lo peor que uno puede hacer. Dringuilidring-dang-dong, ya llegamos al final del bosque de culos pétreos, Salvados, sólo queda la aduana del Jopa, que está ahí en medio, plantado como un volcán a punto de erupcionar, Krakatoa humano con ese cuello que tiene y esos ojos con visera natural, y yo cabeceo un saludo, y él otro hacia mí.

Hey.

Hey.

Cortesía de guerra fría, de encuentros entre tráfugas, reuniones de antiguos mercenarios que han luchado durante un tiempo en el mismo bando y vuelven a toparse el uno con el otro en campos contrarios.

Y todo va bien hasta que uno, un ejemplar especialmente fornido de Cuello, se planta delante de Carnaval como una gigantesca nevera de los años cincuenta, y es

imposible vadearlo sin dar un gran rodeo, necesitaríamos alimentos y bebida para sobrevivir todo el tiempo que llevaría sortear sólo una de sus nalgas-montaña, y antes de que me dé tiempo de agarrar a Carnaval de una manga de la cazadora de cuero y tirar de él hacia mí, Carnaval se estrella contra el pecho del Cuello, torciéndose la nariz contra un pezón tieso.

Punchapop.

El gigante pone su mano sobre la cabeza de Carnaval y por un instante parece que va a aplastarle como a una lata vacía de Fanta, pero al final sólo hace tuf tuf en el pelo microfonudo de Carnaval y le dice:

—Mira por dónde vas, atontado.

Carnaval no responde. Sin inmutarse, mira hacia arriba tras separarse un poco del pectoral y, sin inmutarse aún, sin quitarse las manos de los bolsillos de la chupa siquiera, suelta un eructo gigantesco en la cara del Cuello. Un eructo-trueno, que suena así: BAAAAAAAAAAAAART.

Y se lo queda mirando con su sonrisa de chou-chou, como diciendo Y ahora qué, despeinado. Despeinao. Y luego me mira a mí, bizqueando, como diciendo ¿Puedes creerte, el puto paYaso este?

En serio.

La cosa tiene guasa.

Si no fuese por lo inminente de nuestra muerte, claro.

Y miro al Jopa, y sé que ni siquiera él podría sacarnos de ésta, y quizás también está acordándose de lo de las pollas en la cámara y su abuela sincopada, peor, a lo peor está replanteándose todo este asunto de la guerra fría, y si vale la pena, y además con todo lo que pasó con Clareana, y que después de todo soy el Maricón de Rompepistas y su hermana me odia más que a nada en este mundo, quizás se ha acabado la tregua, sí, quizás se ha pasado de fecha el visado de la inmunidad física del bueno de Rompepistas.

Y entonces aparece Clareana. Justo cuando el Cuello ha levantado a Carnaval agarrándole por el suyo, de cuello, y Carnaval mueve las botas en el aire cagándose en la madre de todos vosotros, putos de mierda, sin poder respirar casi, y el Jopa avanza hacia mí los meros tres pasos que necesita avanzar para crearme el gran dolor que anuncia el final de nuestra examistad.

Me señalaría las gafas, diría No te atreverás a pegar a alguien con gafas, pero no llevo porque por poco me las comí ayer. No preguntéis.

—Va, dejad esto ya —dice Clareana, y bebe un trago de una lata de Estrella, ojos azules congelados como hielo seco, apoyando una mano en su cadera, allí, tan pequeña ella, con sus bambas de tela rojas y sus mallas con estampado de tigre, y un roto en la rodilla y encima un parche pintado donde pone Mucha Policía, Poca Diversión, y mueve la mano que sostiene la cerveza hacia el chuletón de buey que es

el antebrazo de su hermano.

Y habla con su voz rota, rasposa, esa voz que reconocería a kilómetros, esa voz de afonía natural que suena a papeles de periódico arrugados, esa voz tan distinta a todas las voces de todas las mujeres.

—¿No os da vergüenza? Que ya sois mayorcitos... —le dice a Jopa, que agacha la cabeza y hunde aún más los ojos debajo de sus cejas de repisa. Los Cuellos se miran entre ellos, como gorilas atemorizados a quienes les ha caído encima una red de caza.

Quién no teme a la Clareana Feroz. Quién es el listo. Clareana me mira, y yo cierro los ojos y cuento hasta diez: 12345678910. Cierro los ojos y pienso Ay, Clareana, ¿no eras tú la niña de mis bailes? ¿Qué pasó que ya no eres la niña de mis bailes?

Es un decir. Sé perfectamente qué pasó, sólo que no me da la gana de acordarme.

Dar cera, pulir cera.

Cuando abro los ojos, Jopa le está frotando el cabello de cepillo a Clareana, y el Cuello ha dejado a Carnaval en el suelo, Carnaval que se aleja con su propia cesta de Navidad culera y su dringui-drong y su orgullo intacto, haciendo con la boca un Prrrrz para todos, sacando la lengua con la mejilla hinchada, y Clareana que se separa un poco del bosque de Cuellos de secuoya y me dice:

—Y tú, ven aquí un momento.

Yo voy allí un momento. Con la sombra de una sonrisa a cuestas. Y abro la boca y le empiezo a decir Mira, Clarean..., pero no me da tiempo a continuar porque ella me vacía todo el contenido de la lata en la cabeza. La cerveza medio caliente gotea de mi barbilla y pómulos y ojos y orejas, y me habría cegado si no llega a ser porque ya estoy medio ciego. Con la cara mojada, me voy de allí sin hablar, frotándome los párpados y tosiendo.

Quizás es cierto lo que dicen: que es peor no tener recuerdos de ningún tipo que tener malos recuerdos. Pero quien dijo eso no debe de tener los recuerdos tan malos como yo. Quizás sus malos recuerdos eran de haber perdido un hámster, o de haber cateado tres, o que le habían pasado el lápiz del Ruye y lo había olido a conciencia.

Porque cuando tienes recuerdos tan malos como éstos, lo mejor es Borrar Todo. En lo que a mí respecta, esto no ha pasado; lástima que haya habido 31 testigos.

Nota mental #2: No intentar hablar con Clareana nunca más.

Y allá vamos otra vez: ¡Retiradaaaa!

—Eh, Gordito, espérame, ¿no?

—¿Y quién eres tú?

—Soy tu polla.

Llegamos al Provi y parece que no hay nadie, pero es porque están todos en el

salón-comedor viendo una película porno en vídeo. Lo llamamos salón-comedor, pero en realidad es sólo una trastienda glorificada, cuatro mesas y una pantalla de televisión y una ventana que da al patio interior.

El Provi es un bar feo, y tiene todas las cosas que tienen los bares feos y que casi los hacen bonitos: una baldosa *Aquí hi viu un del Barça*, una de *Teruel también existe*, un bote con morros para las tapas, un bote de banderillas en vinagre, una foto del Barça enmarcada (liga 1982-83), un banderín del equipo de Deporte del pueblo, una foto detrás de la barra de algunos parroquianos (el padre de Carnaval sale, eternamente en el Provi, era imposible hacer la foto sin que él estuviese allí) y también un garrote que lleva la inscripción *El Cobrador* y una cabeza de jabalí llena de bichos que mira bizqueando desde la pared, y en el suelo cien mil cáscaras de cacahuete.

El dueño del Provi es un tío que se llama Baldiri, pero al que muchas veces llamamos Il Cerdo porque tiene la costumbre de traer debajo de los sobacos los bocadillos que no le caben en las manos, los bocadillos que se va a comer su madre. Y, antes de que alguien pregunte, no tengo ni idea de por qué le llamamos Il Cerdo así, en italiano.

Al entrar al Provi a Carnaval y a mí ya se nos ha olvidado que hace dos minutos casi nos matan los Cuellos a patadas en la cara, y a mí personalmente está a punto de olvidármelo lo otro.

Lo de la cerveza en la cabeza ante 31 testigos que aún ríen.

Pasamos al salón-comedor y en la pantalla de televisión hablan una tía, permanente incandescente y grandes peras y un picardías rosa, con un tío canijo, el pelo rizado y cara perruna y un bigotito madrugador, un tío que podría ser el primo californiano de Carnaval si no fuese porque éste no lleva pantalones y tiene una picha bien larga. El diálogo de antes de irse a coitear que intercambian es el que hemos escuchado hace un momento, Soy Tu Polla y todos los Skinheads por la Paz que se parten, todos menos Chopped, que se vuelve hacia nosotros al oírnos entrar, y tiene la cara seria, seria como una estatua de santo. Como de mártir.

El skin crucificado.

El skin que derramó su sangre por todos nuestros pecados.

Bueno, su sangre o la de otro.

Qué, le decimos. Qué pasó, tío.

Chopped nos cuenta la pelea.

Cuando termina, lo que entendemos de toda esa embrollada madeja de puñetazos y patadas y explicaciones de gestos y saltos es que ayer estaban en un bar del pueblo de al lado y unos cholos se empeñaron en buscarle la zona de las cosquillas al Chopped, consiguiéndolo.

Y también que el que recibió el plato fuerte de matanza Chopped era un cholo malacara que acabó hecho carne picada, que cuando terminó con él parecía los restos de un búfalo tras una merienda de leones y un postre de buitres.

Y el Chopped, cuando llega aquí, al desenlace, nos dice que al darse cuenta de la paliza que había fabricado se dijo: Qué he hecho, mierda, qué he vuelto a hacer. Carnaval y yo no nos miramos, ni hablamos, pero los dos estamos pensando: ¿Vuelto a hacer?

No preguntéis.

Y allí, en el Provi, se le instala una nube en la cara, como un cumulonimbo de preocupación, y arruga los ojos doblando su lágrima de tinta, su lágrima de pena. Y pega un puñetazo en la mesa que nos hace dar un brinco, a Carnaval y a mí. Y yo le pongo la mano en el hombro al Chopped, que ahora parece preocupado de verdad.

—Tranqui, Chopped; fijo que el tío está bien. Además, seguro que se lo merecía —aunque no estoy nada seguro de esto que estoy diciendo. Seguro es la palabra que controlo menos, en estos momentos.

Carnaval y yo le miramos en silencio mientras Soy-Tu-Polla empieza a bombear a espaldas del Chopped dentro de la señora con buenas peras. Él, frotándose la cabeza rapada y mirándonos fijamente, nos pregunta:

—¿Sabéis quién era el tío? ¿Tenéis idea de quién era?

Como creemos que es una pregunta retórica, no contestamos. Aunque nunca hemos tenido mucha vista para lo de las preguntas retóricas. Pero esta vez acertamos, porque el Chopped dice, como si hablara con él mismo:

—Era el hermano del Titi.

Yo pongo cara de atención y profundidad, aunque el nombre no significa nada para mí. Si acaso, me hace pensar en un mono enano de América del Sur. Nadie puede asustarse de un mono enano, y el Chopped, que no le teme a nadie, mucho menos. Viendo que no nos enteramos de nada, vuelve a hablar.

—El Titi es un chungo del pueblo de al lado que estuvo en la Modelo por pegarle una bucharnada a un nota en una discoteca de cholos, hace cinco o seis años.

Y lo que dice es bucharná. Luego hay un silencio de unos segundos en el que sólo se oye el ritmo boogie barato de Soy-tupolla meneando las caderas, haciendo su charlestón-sin-calzoncillos en la pantalla del Provi. Zig-zig, Zig-zig, Zig-zig.

—¿Y eso qué coño significa? —pregunto yo al final, meneando la cabeza.

El Chopped no dice nada, sólo se queda allí callado con las manos en los muslos, estamos esperando que el Chopped diga algo, pero no acaba de decidirse, y a sus espaldas el canijo SoyTu-Polla la saca y le escupe todo el semen encima de la barriga a la señora de las peras, y eso debe de ser la maniobra sexual más estúpida y menos placentera que uno puede hacerle a una señora, pero los pelados aplauden y hacen Hu-Hu-Hu, y el Chopped saca su yoyó delante de nuestras narices y empieza con él, ¡

zim-zum!, ¡zim-zum!, ¡zim-zum!, ¡zim-zum!, arriba y abajo sin decir una palabra, mirando al suelo, hasta que Carnaval tiene que decirle con la voz medio temblando, Carnaval le dice a la parte superior del cráneo del Chopped:

—Eh, ¿qué significa eso, Chopped?

Yo, por si acaso, saco el Ventolín y le doy dos toques. Psht, psht.

El Chopped encierra el yoyó dentro del puño, papel envuelve a piedra, y nos mira, al fin.

—Significa que esta vez le hemos dado a la persona equivocada, tíos.

Agua destilada y melocotones. Mi casa huele así cuando entro, ya de noche, y eso no me gusta. El agua destilada significa que mi madre está planchando, y que mi madre planche es una de las cosas que más seguridad me da en el mundo, sin contar el estar bien arropado en la cama, que llueva fuera y meterme en sitios pequeños como refugios hechos de cojines del sofá o literas con la litera de abajo cubierta con las mantas de la de arriba. Pero ahora son las once y media de la noche y, pese a haberme embotellado y masacrado y espitado en el Provi, sé que mi madre planchando no es una buena noticia.

Lo que quiero decir con esto es que planchar de noche significa desequilibrio y penademadre.

Cuando entro a la habitación de mis padres, mi madre está planchando y llorando, y una gota de su mejilla se evapora al caer sobre la camisa caliente.

Pushhht.

De fondo suena una canción que mi madre siempre pone cuando sufre penademadre, «Scarborough fair». Mi madre llora, y levanta la cabeza y me ve y aspira mocos y se frota la nariz con el dorso de la mano, y luego empieza a plegar una camiseta de Citronio de mi hermana.

—Ya me ha dicho tu padre lo del tatuaje —dice, flojito, y añade mi nombre real al final de la frase—. ¿Que no tienes nada en la cabeza, tú?

Yo quiero preguntarle qué le pasa, pero no tengo las palabras y no sé si quiero saberlo. Me acerco a la plancha metiéndome un dedo por dentro del siete de la camiseta, y luego me rasco la nuca y miro al suelo y la pared y a cualquier sitio que no sea la cara de mi madre llorando llena de penademadre.

—A ver, enséñamelo, cap verd —suspira, tirando de una sonrisa como el que levanta un toldo, y me mira con ojos de madre buena. Ojos que dicen que todo va a ir bien, aunque sea La Gran Mentira.

Yo me levanto la manga, aún mirando a mis botas, de repente mis botas machacadas y pintarrajeadas con Tippex son la cosa más interesante que he visto jamás, y le muestro. Un corazón rojo, y un pergamino cruzándolo donde pone: Clareana.

—Muy bonito —dice, y deja ir un suspiro dolido, como si alguien estuviera estrujándole el suyo, de corazón, con ambas manos, como si alguien estuviese pisando su corazón, fabricando mosto.

Luego me da un beso en la mejilla y me dice «Has bebido», y yo le digo «Un poco, casi no cuenta», y ella me dice «A la cama, venga, loquito», y yo quiero meterme en sitios pequeños, quiero montar los cojines del sofá en una cabaña de cojines y meterme dentro, dentro de la cabaña, como dentro del útero otra vez, quiero estar seguro, quiero no tener miedo de tener miedo, quiero dejar de ser el Niño Malabarista, casi lo consigo, antes de esto, casi lo consigo.

Casi consigo dejar de preocuparme por todo.

Le doy las buenas noches a mi madre, que sigue planchando y llorando y escuchando «Scarborough fair».

La melancolía de la canción me hace pensar en Clareana por un momento, siempre pienso en Clareana un momento, por qué me la tuve que tatuar en el brazo, a la vista, por qué no me la tatué en el culo, o tras la oreja, en algún sitio donde el maldito tatuaje no me tuviese que recordar a cada momento lo que pasó.

Antes de ir a mi habitación saco la cabeza por la puerta del comedor y mi padre está en su sofá de skai, medio dormido delante de la tele, en pantalones cortos y una camiseta donde pone USAP y la senyera, está descalzo y sus pies son de hombre, no como los míos, de niña, y dan *Gol a gol*. Miro la pantalla bizqueando y veo desdibujada una bandada de Cuellos trotando detrás de un balón, una vez más.

Él se despierta y me dice, de pronto:

—Mira, hemos ganado.

Creo que también va un poco borracho, y el polvo sucio de sus ojos habla de cansancio y penadepadre. Ahora ya no es el berzas de mi padre, porque cuando siento pena por él deja de ser El Berzas de Mi Padre y vuelve a ser sólo Mi Padre A Secas.

Me siento a su lado y me pongo a mirar *Gol a gol* con él, para evitar tener que hablar, para no preguntar. Él sigue mirando el programa por lo mismo, y porque ésa es su manera de decirme que hagamos las paces.

El comedor huele a melocotones, pero eso no tenía ninguna importancia. Lo he dicho por decir, ahora me doy cuenta.

10 DE JUNIO, MIÉRCOLES

¿Miércoles?

¿Ya es miércoles?

Cada día es como un domingo para mí. O sea: fiesta, y un poco deprimente. He de hacer un gran esfuerzo para recordar que el resto del mundo no se levanta como yo: a las once y media, y destrozado.

Cuando me ducho me animo lo justo. Hay algo en el día que me hace levitar el ánimo; cuando abro la ventana de mi habitación el tiempo se parte de risa, y se ha perfumado como un chulo en viernes, como sabiendo que va a triunfar, y huele a junio barato otra vez, a adoquines del extrarradio y a verdura del mercado y a moreras, siempre moreras y flores raras de callejón y humedades de río. Y la menta. Ese olor a menta espontánea que es el olor a mi barrio, menta callejera que brota en las aceras, como desoyendo la fealdad y la mierda que hay en todas partes, peppermint con hielo y sifón en el viento, vermuts por las esquinas.

Mirad: ésta es mi habitación. Una litera de la que sólo se utiliza una cama, la de abajo es el refugio, y una mesa con cajones, y un tocadiscos Investronica (el más barato que existe), y unos cuantos discos, y un póster de los Generation X y uno de los Jam y uno de los Clash, y debajo del colchón un calcetín del que no quiero hablar.

Encima de mi mesa mi madre me ha dejado una nota que dice con su caligrafía redondeada y fofa Las Gafas de Recambio, al final las he encontrado, y al lado están mis lupas de cuarto o quinto de EGB, unas lupas de mosca humana, unas lupas que eran como de broma, que cuando me las quitaba parecía que la nariz tuviese que salir con ellas. Me las pongo y parezco Nana Mouskouri, los vecinos ponen su maldito disco todo el día, odio a Nana Mouskouri pero ya estaba harto de ser el ciego, tan harto que decido llevar las lupas, y cuando me miro en el espejo-girasol del recibidor antes de salir me digo que, realmente, nunca he estado tan feo.

Por dentro o por fuera, ahora sí que ya no importa.

Mi pueblo. Mi barrio.

Desde que tengo uso de razón he querido marcharme de aquí. Adónde, me daba igual; a cualquier parte. No soy remilgado en cuanto a las opciones de huida. Cualquier sitio será mejor que esto. ¿Una leprosería en Birmania? ¿Un vertedero en São Paulo? ¿Un bosque en llamas? ¿Una central nuclear con roturas y denuncias?

Trae aquí los billetes de avión, tío.

Sé lo que dicen: que la hierba no es más verde al otro lado de la verja. Que en

todas partes cuecen habas. Quizás sea cierto.

Pero este pueblo: ese eczema al lado del río, esas casas arrejuntadas en sus márgenes como escupitajos de un ataque de bronquitis divina, esos barrios obreros adosados con sus bloques de casas Lego, seis bares por manzana y ni un solo cine, dos manicomios gigantes y un equipo de Deporte famoso y el índice de alcoholismo más grande de Catalunya, no miento, salió una vez en el periódico, el artículo está enmarcado en el Provi.

Qué caray: hay que estar orgulloso de algo alguna vez, y la ocasión la pintaban calva.

En este pueblo también hay ruinas romanas, pero ruinas apresuradas. El equivalente de las tiendas de campaña romanas. Como de sólo haber hecho noche, los romanos. Porque nadie en su sano juicio se quedaría aquí para siempre.

Somos el quiste de Barcelona. La verruga de pie urbana que no quiere desprenderse, que sigue doliendo y afeando. Extrarradi Power.

Mi pueblo.

Qué feo eres, cabrón.

De mí, la gente del pueblo piensa cosas como éstas:

Con lo buen niño que era de pequeño.

Con lo guapo que era de pequeño.

¿Por qué va con ese gordo maloliente y culocamión?

¿Cómo puede ser hijo de sus padres, con lo majo que es él, con lo decente que es ella?

¿Por qué va vestido así?

Es panki.

Pues parece un gitano.

Acabará mal.

Y no digo que no tengan razón. Sólo digo que me da igual, es lo único que digo.

—Pareces Nana Mouskouri —me dice la madre de Clareana.

Yo me llevo las manos a la cintura, doblo una pierna sobre la otra y pongo mi cara de modelo masculino cursi: boca de piñón, labios apretados como un ano, cabeza ladeada, pestañeo rápido. Y le envío un beso a distancia que hace muacs, y media biblioteca me hace callar con un shhhh conjunto que suena como una ola cansada de la playa de Castelldefels.

Estoy en la biblioteca, pero sólo para hablar con la madre de la mujer que más me odia. Libros no necesito, ahora mismo.

Mirad: la madre de Clareana se parece bastante a Clareana, y verla es una extraña

sensación. Mide 1,67 y también tiene el cabello de asfalto y los ojos azules de cucurucho de mora, azul de pitufo eléctrico, y ella es la responsable de las orejas de Osito Misha de Clareana, pero la madre de Clareana se las cubre un poco con el cabello lacio, negro de berenjena, negro de bomba de tebeo, sin ningún éxito porque las orejas siempre acaban saliendo, como una cabeza que emerge entre dos cortinas diciendo: ¡Sorpresa!

A Clareana la bautizó así por una canción brasileña que escuchaban de jóvenes con su marido. La madre dice siempre que en la canción cantan: agua, fuego, tierra y aire, pero que Clareana sólo le salió con fuego. Ese fuego, que casi parece que empieza un incendio cuando te acercas a ella. Fuego de pocos amigos, de pirómano espitado, de Cuidado que quemo.

—¿Y qué pasa con esa pintada en la pared de ahí fuera, Rompepistas? —me pregunta la madre, sonriendo con esa boca llena de flúor que también tiene su hija. Sólo que no me llama Rompepistas, me llama por mi nombre real. Ésta, y todas las veces siguientes.

Y yo le digo que no fui yo, que las pintadas sucias las hace el Carnaval, y ella me contesta que ya se imagina, que soy un chico sensible, que por eso le gustaba que saliese con su hija, aunque hubiese tomado parte en lo de las fotos. Yo tuerzo las dos cejas y hago un tejado de casa suiza en mi ceño, y soplo aire, como un suspiro pero más fuerte, como un suspiro supervitaminado de Super Ratón con botas.

—¿Estás triste, Rompepistas? —La madre de Clareana siempre pregunta las cosas de este modo, sin rodeos.

Yo digo «Pse. Así, así». La gente trivial sufre trivialmente. La gente excepcional sufre excepcionalmente. No pasa nada por sufrir; todo el mundo sufre. Y, más importante, todo el mundo se equivoca. Lo importante es aceptar el error y tratar de deshacer el mal creado, ¿entiendes?

Yo le digo buh. Yo le digo bah. Y la casa suiza ahí, en mi frente.

—No, en serio, Rompepistas. Lo primero que tienes que hacer es aceptar que fuiste malo. No pasa nada por serlo; debías tener tus razones, y todos actuamos cruelmente de vez en cuando. Pero tienes que aceptar que lo fuiste en lugar de culpar a otros de tus meteduras de pata, ¿vale?

O sea: No le echas más la culpa al boogie.

—Guay, doctora —le respondo, y la llamo por su nombre real, que no es La Madre de Clareana. Todo esto lo estamos diciendo con susurros, porque estamos en la biblioteca municipal.

—¿Te sientes culpable de lo que pasó con Clareana o no, a ver?

—Pse. Así, así.

—¿Quieres redención? ¿Quieres una limpieza fundamental o no? ¿Quieres quitarte la culpa de encima?

No estoy muy seguro de lo que quiere decir Limpieza Fundamental, la madre de Clareana es bastante intelectual y habla con palabras grandes, ha visto muchas películas francesas, pero digo que sí para no ofenderla, aunque la cosa suena a anuncio de detergente.

—La mayoría de la culpa es negación de la verdad —dice—. Nos sentimos mal porque hemos actuado tan mal que no podemos siquiera racionalizarlo ni negarlo. La redención es imposible si no aceptas ni admites tu mal comportamiento; que eres un capullo descerebrado y miserable, o directamente maligno. A partir de ahí, sólo te quedará actuar para restituir el bien a aquellos a quienes has dañado. O sea, a Clareana.

Me gustaría decir que esa enana cabezona y malintencionada y cabeza-de-chorlito también me dañó a mí, pero estoy empezando a dudar de eso, y no puedo permitirme dudar de eso, y pongo cara de pena confusa, de pena perdida, de pena en caída libre. Caigo como cae el Coyote cuando se percata de que ha estado andando en el aire, cuando un minuto antes estaba paseando alegremente sin suelo, caigo como Mortadelo, caigo como el gato Silvestre tras una trastada de Piolín.

Caigo porque he dejado de creer que la culpa no era mía. Me voy a dar el morrón del año porque ya no puedo tragarme todo eso de que el chicle y otras cosas hacen prescribir lo mío. Lo que hice.

—No pongas esa cara, Rompepistas. Tienes que tener en mente una cosa que los boxeadores han elevado a la altura de lo axiomático: el dolor es inevitable, pero el sufrimiento es una opción. No pasa nada por sufrir, pero no escojas sufrir durante mucho tiempo. No te revuelques en la vergüenza.

Nota mental #3: ¿Axiomático?

Me subo las gafas de Nana Mouskouri, que llevaba en la punta de la nariz como un yugo refractante y muy pasado de moda, y sonrío. Creo que sonrío porque la madre de Clareana me lee la mente. Realmente estoy revolcándome en mi propia pena, como un auténtico gorrino en sus mierdas, y además no pienso salir de mi charco. Se está muy bien aquí, sucio pero inocente de todo, sin pecado original.

—¿De qué te ríes, Rompepistas?

De nada, le digo. De hecho, estaba pensando en ese cerdito revolcador y sandunguero, lo feliz que debe de ser restregando su colita retorcida en sus propias heces, sin preocupaciones. Qué grande, ser ese cerdo. Quiero ser él.

—Tienes una meteorología personal impredecible, eso es innegable —me dice ella.

Ya, guay. Bueno, me tengo que ir. Y me meto las manos en los bolsillos de la chupa y la dejo mirando mi leopardo cabreado, que le ruge.

—Eh.

Me vuelvo, yo sin rugir.

—No te arrugues, Rompepistas. Ni de miedo, ni de viejo. ¿Lo prometes?
Le contesto que sí, y una promesa es una promesa.
Trato hecho, va y me dice.

Voy a entonar mi Confiteor. Mi Confiteor Axiomático.

Ya he mirado en el diccionario lo que quería decir axiomático: *Incontrovertible. Evidente*. Éste es mi Confiteor Evidente. Voy a confesar que he arruinado dos vidas, y me importaba un pito hasta que me di cuenta de que una de ellas era la mía. Voy a confesar la locura que hice, y fue una locura que no hice a lo loco. Incluso en mi locura hay un método. Lo que pasa es que no se ve así, a simple vista; hay que fijarse.

Esto es *lo que pasó* con Clareana. La calamidad que causé. La calamidad que causo.

Resumiendo, es así:

Lo que le pasó a Clareana es esto: yo.

Yo *le pasé*.

Y ella *me pasó* a mí, así que estamos en paz. ¿No?

No.

Vale, ahora sin resumir.

Estábamos en segundo de BUP, y esto era antes de que nos echaran del instituto a mí y a Carnaval por lo que hizo Carnaval. Clareana y yo éramos Los Novios desde hacía un año. Me acuerdo perfectamente del día en que empezamos a ser Los Novios, porque yo le dije a Clareana si quería salir conmigo y ella dijo que sí, se quitó el chicle de la boca y me dio un beso.

Es curioso las cosas que recuerdas con el tiempo.

Sé que un día Las Niñas eran Tontas, y tan sólo Clareana servía para jugar a la Fuga de Colditz, y aunque Clareana era distinta y tenía sentido del humor y esa voz de chico y esa puntería de lapos y sabía ir por ahí a pegarles gomazos a los gatos del barrio era una Niña, por desgracia. No se puede luchar contra eso; contra la naturaleza. La axiomática selección natural. Niñas aquí, niños allí. Soltera, casada, viuda, monja, enamorada: niñas.

Y un día, de repente, me levanté de la cama y las niñas eran lo más interesante de la Creación. Sólo quería estar a su alrededor, y que me prestaran atención, y defenderlas, y hacerlas reír, y por las noches soñaba que era un superhéroe que las rescataba de mil peligros, que entraba por la ventana para desayunar con ellas metido en mis mallas de Spiderman, y me enamoraba en clase, por la calle, desde mi balcón; me pasaba el día enamorándome con amores compulsivos y axiomáticos.

Todo ese amor adolescente, que desparramé por las calles detrás de mí como una

catedral de escombros.

Y, no sé cómo, empecé a salir con Clareana, que siempre había estado allí a mi lado, yo no le prestaba atención, esa voz de chico que tenía, esos lapos Robin Hood en plena diana, y un día me enamoré de ella, porque yo me enamoraba todo el rato, ésa era mi costumbre, no era nada excepcional, mi hobby, sólo que de Clareana me enamoré más. Y ella de mí.

Nos *pasamos* el uno al otro. Clareana fue mi Primer Gran Amor.

Y de repente éramos Los Novios, y formamos Las Duelistas con Carnaval, e íbamos juntos a todas partes, y al final nos tatuamos. Porque Clareana era la reina de las mujeres, la de la alegre guitarra (no, alegre no era), Clareana era la niña de mis bailes y yo quería decírselo al mundo, siempre íbamos a estar juntos, bailando Generation X en mi habitación, cantando a los Clash, «Complete control», que era nuestra canción, Clareana con esa voz tan distinta, esa voz que distinguiría entre mil.

Y aquella guitarra justo ahí, en «Complete control», aquella guitarra de sirena de ambulancia, guitarra de urgencias, esa guitarra urgente que nos cogía la piel y la estiraba y la secaba y la humedecía como si estuviese tratando cuero animal. Tantas veces cantamos «Complete control» con mal acento, masacrando raquetas de tenis, tantas que al final le saltamos todas las cuerdas a mi padre y tuvo que ir a comprar más, el pobre.

Para el tatuaje fuimos a Barcelona, a un tatuador francés que había en la calle Platería, y nos lo hicimos. Un corazón rojo, y un pergamino cruzándolo donde ponía: Clareana.

O en su caso: Rompepistas. Sólo que puso mi nombre real. Y luego perdí la virginidad con Clareana, sólo que a ella le dije que no la estaba perdiendo, qué hablas, chavala, y ella no se lo creyó porque lo hice de pena y me intenté poner el condón al revés y casi me rompo la historia.

No preguntéis.

Éramos felices, si ese término puede aplicarse a la adolescencia. Tengo fotos que prueban que lo éramos. Fotos en las que salimos los dos, anarquistas enamorados, punks de membrillo, inocentes de todos los cargos, cogidos por los hombros y sacando la lengua y haciendo una V con los dos dedos, pero no de Victoria sino de Que Os Den, y yo llevo una camiseta de los Sex Pistols y ella una camiseta sin mangas con la A sitiada de los anarquistas. Esas fotos prueban que nos queríamos, cualquier tribunal me daría la razón.

Nuestro amor era axiomático.

Y un día me entró el cansancio. Un día me agoté. Un día hace un par de meses me cansé de ella, me atragantó su devoción, un año juntos, yo quería ser duro, quería volver con los chicos con botas a jornada completa, me estaba perdiendo destroys, me estaba perdiendo masacres y embotellamientos, el corazón se me puso reumático, se

acabó mi borrachera espiritual, todo lo que hacíamos me cansaba, y sus besos me urticaban y sus abrazos me daban escarlatina y viruelas y diarreas.

Y un día la dejé, delante de todo el mundo. Más de 31 testigos esta vez, en mitad de una terraza, todos mirando, y ella sin comprender.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le dije, después de decirle Ya Está, Se Ha Acabado, y ella ahí, sin entender—. Que te pires, que se ha acabado, joder. —Y vi cómo el corazón tatuado de su brazo se estremecía, se arrugaba como un estómago que va a expulsar la náusea, ni siquiera me dolió hacerlo, de dónde salió esa locura, quizás los niños somos crueles por naturaleza, quizás es parte de nosotros ser un mierda, comportarnos como auténticos mierdas.

Y cuando terminé de haber dicho eso, lo que dije no era lo que había dicho. Era algo mucho mayor y espantoso. Y en mi estómago se formó una cosa, como si tuviera un niño muerto dentro, como un aborto espantoso e informe que se estuviese gestando en mi cuerpo y en mi mente. Qué he hecho, Dios mío. Qué he hecho. ¿Puedo deshacer esto? ¿Puedo borrar? ¿Dar cera, pulir cera?

Sí, seguro.

No puedes arreglar lo que ya no existe, listo.

Incluso Carnaval me dijo:

—Cómo te pasas, Rompepistas.

Incluso el Chopped me dijo:

—Eso no hacía falta, mongol.

Incluso el Puños soltó:

—Ahora sí que la has cagado, empanado. —Aunque dijo cagao y empanao.

De parte de quién estáis, paYasos, les contesté yo.

Y ellos dijeron: De la tuya, claro, Rompepistas, de la tuya siempre. Eres genial. Eres un tío grande.

Sí, ¡ja! Que os lo habéis creído. No dijeron nada de esto. Sólo me miraron con esa mirada que es la que pones cuando no quieres decirle a tu amigo que es El Tío Más Hijo de Puta que Has Visto en Toda tu Vida.

Y a partir de ahí Clareana empezó a incinerar nuestros corazones automáticos, su tatuaje de amor. Pero antes, *antes*, se acostó con otro tío, uno de los Cuellos, un niño de verano con pies de hombre, no como los míos, finos y de niña, un Cuello con pies de verdad y manos de gigante y pelo de surfear y brazos de bistec de Girona de quinientos gramos, y por eso odio a Clareana, ya dije que era una locura, ya dije que éstas son las mierdas que digo.

Porque yo y Clareana éramos Los Novios, pero ahora ya no, y ella me odia a muerte, y yo también a ella, pero no a muerte.

Y esto era mi Confiteor Axiomático. Odio a Clareana porque se acostó con un niño de verano después de que yo la dejara con el máximo de humillación posible.

Detesto a la Niña de mis Bailes, mi alma gemela —tengo fotos que lo prueban, tatuajes que lo prueban, uno está desapareciendo en costras y ampollas, pero aún se ve, tatuajes axiomáticos, pruebas irrefutables, *incontrovertibles*, de nuestro amor—, detesto a Clareana porque se acostó con ese plonjon andante para devolverme mi abandono.

¿Por qué hago esto? ¿Por qué causo esta calamidad? He arruinado dos vidas, y me importaba un pito hasta que me di cuenta de que una de ellas era la mía.

Soy un paYaso. Lo sé, *lo sabía*, y no me importaba. Hasta ahora, que empieza a importarme.

Un chungo. Era-Un-Chungo. Entiendo esa frase, que he escuchado tantas veces antes, yendo con Carnaval hacia el ensayo de Las Duelistas. Estamos andando con el dringui-dringui-lidrong, las manos en los bolsillos y rechupeteando un par de Kojaks, las dos mejillas con chichón, fresa ácida en las lenguas.

Carnaval y yo, ahí estamos los dos, pateando las calles, vestidos como muñecas rotas de trapería, vestidos como espantapájaros de granjas abandonadas, y qué más nos da.

Son las seis y media, el cielo está rojo remolacha, mi cielo favorito sin duda, cielo de sangre y calabazas, un cielo pelirrojo, y debajo de él parece que todo sea bonito, incluso aquí. Carnaval y yo comiendo Kojaks con las bocas cromáticas, los dos andando por una de las calles del centro-del-pueblo, cantando «You're wondering now». Sólo que no lo pronunciamos así; lo pronunciamos de cualquier manera.

Hace tres minutos, Carnaval me ha preguntado Qué enfermedad grave preferirías sufrir:

1. Sífilis
2. Lepra
3. Ántrax
4. Cólico Miserere.

¿Cólico qué?

—Miserere. Oclusión intestinal aguda que determina un estado gravísimo cuyo síntoma más característico es el vómito de los excrementos —dice, el Doctor Muerte. Ming el Inmisericorde.

—¿Cómo?

—Vomitas mierda, tío. Tienes el intestino tan tapado que vomitas tu propia caca.

Pongo mi cara de asco supremo: toda la cara arrugada como un papel de plata reusado, cuello estirado a ambos lados, boca de gárgola, lengua fuera, ojos fuertemente cerrados. Y grito: Puaf.

—¿Y cómo sabes tú eso? —Mirándole, cara normal de repente, y al instante respondiéndome a mí mismo—. Por interés personal, ¿no? Siempre he pensado que te olía el aliento, pero nunca sospeché que fueran tus propios excrementos. —Y me parto.

Carnaval tira su palo de Kojak al suelo y, masticando el chicle con restos de caramelo, me da una colleja.

—No te reirías si tuvieses que arrodillarte en el suelo para cagar, paYaso. — Luego se parte también, la cabeza echada hacia atrás ciento ochenta grados, la cabeza echada hacia atrás como si fuese un muñeco de Caramelo Pez.

—Entonces, ¿está todo invertido? ¿Vomitas por el culo? ¿Por dónde meas, atrapao? ¿Por las orejas?

Nos estamos partiendo de risa los dos, cuando al lado, en la calzada, se nos pone un SEAT 850 Sport rojo cascado. Dentro hay cuatro cholos, que nos miran, y el coche va a dos por hora, a nuestro paso, demasiado lento.

O sea, demasiado lento para *cualquier* contexto.

Allí entiendo lo que es ser un chungo. Chopped no es un chungo, por ejemplo, ninguno de nosotros lo es. No sé si me explico: estos cuatro lo son, ahí está la diferencia. Es la cara del que no tiene nada que perder. Es cara de cárcel, no de comisaría. El mapa aéreo de la Modelo tatuado en la cara a puños. Cara de ser el puto de alguien en la cárcel, de mirar siempre por encima del hombro, de haber clavado pinchos en barrigas de tíos sin nombre. Y, en la membrana de piel que hay entre el pulgar y el índice, tatuados los cinco puntos de Kie 13. Kie, el más malo del talego, el que ya no puede volver atrás, el irredimible, el chungo al que le da igual todo, la mala hierba que nunca muere, que mataría a su madre, el malote sin amigos, *el Titi*. Pregunta: ¿Por qué, sin haberlo visto nunca, sabemos que está en el coche? Respuesta: Porque nos tiemblan las piernas de repente, y porque el Carnaval me coge inconscientemente del brazo, como novios, como en esa portada de Bob Dylan que tiene mi padre, y porque uno me dice Eh, tú, pelado, ¿conoces al Chopped?

Dice pelao y conoce y Chope.

Lo miro con ojos rasantes. El cabello rizado, calentador de nuca, los ojos huecos y salvajes de depredador sin remordimientos, el codo en la ventanilla, sonrío sin saber cómo, sin recordar siquiera cómo era cuando sonreía de veras, nacidos del polvo de un borracho y del coño de una puta, su sonrisa sólo es la forma de una sonrisa, en realidad parece una herida de navaja transversal, una herida de animal atrapado en un cepo, y en la mano Kie 13 con tinta mala, borrosa de años, Kie, Kie, Kie.

Éstos son los malos de verdad, y nosotros malos de porcelana, malos cartón piedra, ni una mosca matábamos, todo bravado y huevos apretujados pero nada, bocas, que somos unos bocas.

—No soy pelado —les digo con sonrisa rígida de cadáver, digo pelao—.

¿Chopped? —Niego, como niegan los asustados—. No, no me suena.

Carnaval mueve la cabeza y dice brmrlbrmlbr, y eso quiere decir que él tampoco sabe y que se está cagando en los pantalones.

Los cuatro nos miran con las pupilas opacas, ojos zombis, ¿hay alguien ahí dentro?, y uno del asiento de atrás dice: ¿Nos dejáis cien duritos?, con un acento lejano, agitanado, sordo, y Carnaval y yo sabemos que ésa es la frase preliminar para pegarnos el palo, siempre empieza así, siempre, pero el que conduce, el Titi, le dice, voz metálica de freno de mano mal puesto:

—Deja a los chavales. Que no son éstos.

Poli-bueno, Poli-malo, de repente queremos al Titi, el chungo es nuestro amigo.

—Hasta luego, mariconas —nos dice, subiendo la ventanilla y acelerando.

No, no lo es. No es nuestro amiguito, ni nunca lo será. Ahí Carnaval y yo empezamos a temblar y no paramos hasta llegar al local, la mierda en las dos bocas como sufriendo un par de cólicos miserere.

Las Duelistas tocamos nuestras canciones: «Saltos», «100 punks», «Mi tarareo», «Motín» (que es una instrumental) y la que está a medias, que no tiene nombre ni letra porque aún no me ha dado tiempo de darle ni uno ni otra. Estamos en el local de ensayo, aunque en realidad no es un local de ensayo. Es una habitación forrada de cajas de huevos para insonorizar, una habitación realmente pequeña en una casa deshabitada que es de alguien de la familia de Clareana. Pero sirve para ensayar, por las cajas de huevos, que no tienen ninguna utilidad conocida, y porque no hay vecinos.

Y ahora estamos en Casa y Salvados, y se nos ha pasado el miedo al empezar a tocar.

Tocamos nuestras canciones, y en «Motín» nos aceleramos, y Carnaval intenta hacer una cosa con su batería escuálida que ha escuchado en el «Runaway boys» de los Stray Cats, pero lo que suena es algo como si al Tomeu le hubiesen dado unas cucharas y unas ollas y le hubiese dado también un ataque de epilepsia de los grandes.

De hecho, suena alucinante, y como a Carnaval también le suena el llavero dringui-drang-drong cada vez que se menea, tenemos un sonido propio. Yo toco agudo porque no sé tocar de otra forma, toco chirriando, toco haciendo ángulos agudos en el aire, y Clareana parece que va a tocar rápido pero al final no.

Somos un grupo punk.

Los titulares dirán: *El Sonido Angular de Las Duelistas.*

Lo veo.

Cuando terminamos el repertorio, Clareana me echa su mirada de serrucho, sus ojos que desmiembran. Clareana, que no va a perdonarme nunca. Hay un antes y un

después de la primera vez que alguien te dice: Esto no te lo perdonaré nunca. Clareana me mira hasta que se me embarullan las arterias con nudos de fragata y para despistar les cuento la ropa que llevaremos en nuestro concierto de debut.

Iremos todos con camisas blancas con una manga arrancada. Como si fuésemos duelistas de verdad. Como si fuésemos a batirnos en duelo con alguien, con el mundo, con cualquiera que nos tosa, de madrugada.

Nuestro concierto de debut será en la verbena de San Juan, en la plaza mayor del pueblo. Tocamos con dos grupos más, los dos de Barcelona: Brighton 64 y Kamenbert.

Quedan pocos días y sólo tenemos cuatro canciones y media, pero ya nos apañaremos. Somos punks. Acordes y afinados significan poco para nosotros. La madre de Clareana dice que nuestra escandalera suena como un zoo ardiendo. Y la verdad es que no tenemos ni idea de en qué clave tocamos, pero sonamos fuertes y contundentes. Éste es nuestro ruido, el ruido de Las Duelistas, el Sonido Angular de Las Duelistas.

Si no te gusta, mala suerte.

Si no te gusta, ooooh. Qué pena, tío.

Si no te gusta, que te den, francamente. Esto no era para que te gustara. No se trataba de eso, atrapa. Se trataba de tocar y tocar y tocar y bailar y bailar y bailar para mantener a raya la marea de la tristeza. Bailar y tocar para no empezar a llorar nunca más, para descolgar al pelado crucificado de su cruz de sufrimiento.

Les digo a Carnaval y a Clareana que volvamos a tocar «Motín». ¡1-2-3-4! Y, al empezar a tocar, todo cambia. Como si me llevaran a unos baños donde todo se limpia, toda la mierda y culpa se va, la pena se va. Y el odio de Clareana, y el odio medio evaporado que le tengo yo, y los Chungos y el Titi, y la guerra fría con los Cuellos, y la lágrima del Chopped, y el silencio con mis padres, y las peleas de mis padres, y la muerte de mi abuela, que ahora no me apetece contar, el crecer sin querer crecer, el Niño Malabarista cagado por todo, todo cambia cuando tocamos. Y parece como si el pogo nunca vaya a parar.

O sea, como si nunca fuese a parar.

Y me doy cuenta de que esto es parte de mi Limpieza Fundamental. Parte.

Y miro a Clareana, su cabello de chapapote, su esterilla craneal de antracita, balanceándose con su bajo como si estuviese hecha de mercurio líquido, y quiero olvidar lo que le hice, dar cera, pulir cera, pero es imposible olvidar, nadie olvida jamás.

Cuando Clareana me dijo No Te Perdonaré Nunca, no lloró. Clareana nunca llora, no es su estilo. La única vez que la recuerdo con lágrimas en los ojos mientras estábamos juntos fue porque le metí un dedo en el ojo al bailar un pogo en La

Bomba.

Una semana después de dejarla con gran brutalidad delante de bastante más de 31 testigos, hace un par de meses, quise volver a ser su amigo. Porque así de paYaso soy, para mí tampoco había para tanto. Todo el mundo corta, las parejas se separan, es la puta vida, no me mires así que aquí yo no he matado a nadie.

Échale la culpa al boogie.

O a quien te salga de las narices, mientras no sea a mí.

Pero aquel día Clareana puso una cara de odio y pena, se puso esa cara como el que se pone un pasamontañas, y luego emitió un gruñido de bestezuela herida y dijo Esto No Te Lo Perdonaré nunca, lo dijo con tanta sinceridad que estuve a punto de echarme a reír histéricamente. Pero no se puede reír mucho cuando ya has empezado a llorar. Cuando te das cuenta de que lo que has hecho no es lo que has hecho; es algo mucho mayor y espantoso.

Hay un antes y un después de que te digan eso, y estamos de lleno en el después.

Quizás tendría que resignarme a esto, pero la resignación nunca funciona. Es sólo una forma amable de deshonestidad.

En el local, terminamos «Motín». Ahora veo que mi Limpieza Fundamental pasa por el perdón de Clareana. ¿Ese perdón que no va a darme nunca? Es el ingrediente básico de mi Lavado Primordial.

Vale, ahora lo veo.

De poco no nos llamamos Las Duelistas. Nos íbamos a llamar Los Seísmos. Nos íbamos a llamar Los Intranquilos. Nos íbamos a llamar Los Nervios. Nos íbamos a llamar Los Egocéntricos. Y también Las Tachuelas, Los Incendios, Los Rotos, Los Rompeolas, Los Saltos, Los Estridentes, Los Irrompibles, Los Desmayos, Los Rompepistas (éste no le gustaba a nadie, sólo a mí), y Carnaval sugirió que nos llamáramos Pierna, para que al pedir camisetas del grupo la gente tuviese que decir:

«Quiero una camiseta de Pierna».

Os presento a Carnaval.

Pero fue la madre de Clareana la que sugirió Las Duelistas, no sé de dónde rayos lo sacó. Me gustó Las Duelistas; sonaba combativo y arrogante, pero femenino a la vez. Me gustó Las Duelistas. Era muy nosotros, monstruos malcarados con pies de niña y cabreo grande, botas de rata y puños de bebé. Mirad: somos un grupo punk, no sé cómo decirlo. El punk nos salvó la vida, a Carnaval y a mí, y también a Clareana, y a los Skinheads por la Paz. El punk fue nuestra salvación. Porque en este pueblo... ¿Cómo escoges un color, cuando lo único que hay son distintos tonos de gris mierda? ¿Cómo seleccionas el zurullo más guapo del vertedero? ¿El más apuesto?

Este pueblo nos estaba matando. Este pueblo tiene que responder de muchas cosas. Y aunque dicen que lo que no te mata te hace más fuerte, quizás no es así.

Quizás es sólo que lo que no te mata tarda un poco más en matarte. Se está tomando su tiempo, xino-xano, porque sabe que no vas a ir a ninguna parte. Te acabará matando, eso seguro, pero no tiene prisa, porque estás atrapado en Este Pueblo De Mierda.

Desde que tengo uso de razón, siempre he querido marcharme de aquí.

Pero.

¡1-2-3-4! Desde el principio, otra vez. Una vuelta más. Esto es «Motín». Vamos a tocarla como si fuesen a pasar cosas buenas, venga. Que éste es nuestro ruido angular, nuestro zoo ardiendo, el único dique que contiene la marea de la tristeza, si seguimos tocando, si el pogo nunca para, es posible que todo se arregle, es posible que todo vaya mejor. Merece la pena probarlo. Vete a saber.

No es que tengamos mil opciones, vaya.

Desde la calle veo a mi madre en el balcón. Con su mirada ansiosa y cristalizada, vidrio de fácil rotura, de copa barata de champán, esperando a que vuelva mi padre de no quiero saber dónde.

Estoy debajo de la farola de al lado del portal de mi casa, iluminado como un funambulista de circo, parado en medio del círculo de luz. Vuelvo a casa de noche con la cabeza bajo el brazo, la cabeza que Clareana me ha arrancado con una de sus miradas de guillotina, vuelvo a casa con una nalga temblorosa porque la muy puta me ha dado un calambrazo con el jack de su bajo en el culo, vuelvo a casa dando un rodeo y doblando las esquinas con mil ojos por si aparece el Titi, y ¿lo que me encuentro es esto?

No hay derecho.

Subo las escaleras contando todos los peldaños (36), abro la puerta y en el comedor está sonando la maldita «Scarborough fair».

En serio: no hay derecho.

Voy al balcón y digo Hey, y mi madre está llorando, lo sabía, lo sabía, lo sabía.

—Tu padre no ha llegado aún —me dice.

¿Por qué tengo que cargar yo con esto? ¿Por qué tengo que ser partícipe en esta basura? ¿Es que nadie se percata de que soy El Niño Culpable? ¿El Niño Malabarista? ¿Es que nadie ve que voy a sufrir como si también esto fuese culpa mía? Cada uno tiene sus enfermedades, y ésta es la que me ha tocado. Recordar cada juguete que he roto, cada respuesta cortante que he dado, cada desprecio, cada día que me porté mal. Y, ahora, esto.

No hay derecho, joder.

—Seguro que está al caer, mamá —le digo, poniendo una mano sobre su hombro, una mano flácida y asustada, le pongo la mano ahí como depositando un gorrioncillo muerto en su hombro para que me lo guarde mientras estoy fuera, como haciendo una

ofrenda miserable a un Dios de segunda categoría.

—Es un cabrón —me dice, pero yo no quiero oír esto.

Dar cera, pulir cera.

Digo Bueno, buenas noches, paso por la cocina y cojo una bolsa de magdalenas, al pasar por la puerta del cuarto de mi hermana entro sin llamar. Gilda está en la cama, leyendo *La Estrella Misteriosa*. Pol Pot está en su jaula, moviendo las narices, tumbado sobre sus propios cagallones, una oreja doblada y la otra no. Vive feliz como el cerdo sandunguero de mis sueños, qué envidia.

—¿Ha llegado ya papá? —pregunta ansiosa, cuando me siento en el borde de su cama. Yo saco una magdalena de la bolsa, la meto en mi boca, la mastico y desmenuzo y la hago pasta, y abriendo la mandíbula le muestro a ella todo el contenido, poniendo cara de monje pillado de *El nombre de la rosa*: lengua medio salida, ojos bizcos y frente fruncida, quijada inferior abierta como un cajón, un grito de UH y moviendo las dos manos a la vez como si estuvieran muertas o me estuviese sacudiendo algo enganchifoso de los dedos.

Mi hermana se parte y me dice qué asco y me da un empujón, y yo le digo Va, a dormir, y me levanto y la arropo con el edredón de Los Pitufos y al salir le apago la luz dejando una lucecita amarilla encendida, porque mi hermana tiene miedo de la oscuridad, porque dice que si se queda a oscuras empezará la Tercera Guerra Mundial.

No preguntéis.

—Buenas noches —le digo, con la magdalena aún haciendo chofchof entre mis muelas.

—Y buenas noches, Pol Pot —me dice desde la cama.

—Buenas noches, Pol Pot. —Como respuesta, Pol Pot hace ñompñomp con una hoja de lechuga y se vacía alegremente sobre sus propias y previas heces.

En mi habitación, cierro la puerta y le doy un toque al Ventolín. Pssht. Me estoy quitando las lupas de moscardón gigante, de cantante de Eurovisión, cuando escucho la llave de mi padre dando vueltas en la puerta de la calle. Empieza el baile, su baile matrimonial descompuesto, su odioso baile de basura. Me quito las botas, me cuelgo la raqueta y me pongo los cascos del tocadiscos, y Billy Idol me mira haciendo morritos desde el póster de Generation X. Y pongo «Promises promises» al volumen más alto que hay y la canción estalla en mi cabeza.

En un momento estoy cantando fuerte la letra, sólo que no la estoy pronunciando como corresponde, sino de cualquier manera.

Hacíamos nuestras camisetas con sprays y cuchillos.

Empezamos con guitarras y odio.

Nuestro cabello era corto, decíamos lo que pensábamos.

Nunca tendremos miedo, nunca lograrán comprarnos.

Canto *Nunca tendremos miedo*, y balanceo mis caderas de un lado para otro, doy patadas en el aire, aporreo la raqueta con acordes de hélice, salto y muevo los brazos pasando la corriente al estilo breakdance, luego vuelvo a golpear la raqueta-guitarra, sigo saltando y cantando, gritando a todo pulmón y entra mi padre.

Y su cara me dice: Deja de gritar o te parto la carcanada, joder.

Y vuelve a ser el Berzas. Mano-rápida Berzas.

Murmuro Perdón, papá, y cuando cierra la puerta vuelvo a pegar saltos, saltos, sólo que esta vez no grito, sólo muevo los labios preguntando *¿Te acuerdas de esas promesas, promesas?*, y con el puño al aire grito sin gritar *Yo sí* y muevo mis caderas y bailo para mantener a raya el maremoto de mierda y tristeza, y la manera en que bailo y muevo mis caderas quiere decir una sola cosa: que os den.

12 DE JUNIO, VIERNES

Estoy en el instituto, pero no *dentro* de él. Estoy en el instituto, en la puerta, porque tengo prohibido entrar desde lo que pasó con Carnaval en segundo de BUP, cuando nos echaron, el año pasado.

La culpa, en parte, es mía, por darle ideas al Carnaval. Si uno no quiere que las ideas teóricamente peligrosas se conviertan en ideas prácticamente peligrosas, uno no debería contárselas a Carnaval. Carnaval es un veloz vadeador del Río de la Acción. Cuéntale algo, lo más loco que se te ocurra, y un instante antes estaba seguro en tu Orilla de la Fantasía, y sin que te des cuenta se ha arremangado aún más sus pantalones de desagüe y está diciéndote holaaaa desde la Orilla de la Realidad.

La otra parte de la culpa es de la madre de Clareana. Pero es una culpa menor que la mía.

Lo que intento decir es que si esta culpa es un quesito diagramático, el 80% de la culpa es de Carnaval y el 15% es mía, y la madre de Clareana tiene un 5% de participaciones para nuestra demencia grande. Pero ningún tribunal la condenaría. No hay fotos que lo prueben, en este caso.

Lo único que hizo la madre de Clareana es dejarme un libro, como hace la madre de Clareana a menudo para culturizarme. Y en el libro salía un personaje que tenía una *costumbre* muy particular. Y cuando le conté a Carnaval lo de esa *costumbre* estuvo riéndose durante 22 minutos seguidos. Se ahogaba, el tío. Muñeco Pez, otra vez.

Por poco tengo que dejarle el Ventolín. Pssht.

Pero en el momento en que Carnaval se estaba riendo, en el Provi, Carnaval todavía estaba bien pegado a mí en la Playa de la Ficción.

Cuando a la mañana siguiente fuimos al instituto, Carnaval ya tenía los pies mojados de haber cruzado el Pecos de los Actos, pero cómo iba yo a saber. De acuerdo que durante toda la mañana llevó encima esa sonrisa, la misma que se puso años atrás cuando acabábamos de dar las cien vueltas en los curas, esa careta de sorna, ese antifaz de burla de carnaval veneciano, esa inclinación cejuna de «Si supierais», pero no pude sonsacarle nada. Nada.

A la siguiente mañana ni nos dio tiempo a hacer campana en la primera clase, porque a los tres segundos de haber cruzado el umbral del instituto ya nos habían llevado al pasillo y nos preguntaban quién era el autor de *esto*.

Oh.

Oh. No.

No preguntéis.

Por todo el corredor, en las puertas de las clases, incluso dentro de ellas —el director abrió la puerta de una para demostrar el alcance del acto—, se repetía la misma forma, hecha con pintura roja de la de pintar puertas. Una forma acrílica como de base de una pera, como dos círculos separados por una raya, pero grandes. Grandes como cabezas, los dos círculos.

Grandes como el culo de Carnaval.

De hecho, *era* el culo de Carnaval.

Durante la noche Carnaval se había pintado las nalgas con pintura roja y había utilizado su culo de gigantesco tampón. El sello cular de Carnaval, impreso como una firma humana por todas las paredes. ¿La pinta que tenía el instituto aquella mañana? Era de plaga bíblica. Eran las señales para que el ángel exterminador pasara de largo y no tocara al pueblo israelita, pero al revés.

Al revés, y en forma de gran culo de punk gordo.

Hay una ley universal que dice que, cuando menos tienes que reírte, más te vas a reír.

El clamor de nuestra inocencia aquel día fue un clamor poco creíble, porque el clamor se ahogaba en las carcajadas de los dos y no llevaba manguitos ni corchos ni colchonetas ni escafandras.

Yo quise enfadarme con Carnaval, pero no pude. ¿Cómo te enfadas con alguien que ha tenido la perseverancia de pintar su propio culo y estamparlo alegremente por todo un instituto?

Qué genio.

Os presento a Carnaval.

Cuando salíamos por la puerta, mientras estábamos tirando los libros de texto al container, sólo dijo:

—No estaba fría ni nada, la hijaputa de la pintura. Pa' mí que se me ha resfriado el culo. —Así, normal. Así, tan tranquilo. Resfriaio.

Y yo, riéndome.

Qué tío.

Nunca he echado de menos el instituto. Que nos echaran fue lo mejor que nos pudo pasar; a nosotros y a ellos. Si no nos llegan a echar, tal vez ahora sería un estudiante universitario. No lo veis, pero ahora estoy haciendo el gesto con el puño que significa hacerse un millón de pajas.

¿En el instituto? No le caíamos bien a nadie, nadie nos caía bien a nosotros: reciprocidad, al menos.

Pasamos mañana tras mañana haciendo campana, evitando a profesores y tutores y al resto de los alumnos, idiotas con mochila, pijos con acné e ictericia, niñas tontas, los camisapordentros y los raya-al-lados y los calcetinderrombos, los cenadeparejitas

y los tengo exámenes y los dejé los apuntes. Viejos prematuros, cagados que vivían pensando en hacerse mayores. En sus carreras.

Para nosotros, sólo existía una carrera: la de las ratas. La de obstáculos.

Así que Carnaval y yo pasamos mañana tras mañana en el bar del instituto jugando a quemar la servilleta con moneda en un vaso, haciendo competiciones de beber moscatel, que estaba prohibido servir en el bar pero que el dueño servía igual si te veía lo suficientemente desesperado o acabado o severamente suspendido. Y nosotros éramos las tres cosas, Carnaval y yo. Lo llevábamos escrito en la cara, el fracaso escolar, el fracaso existencial.

Pintamos las puertas verdes de los lavabos con rotulador grueso, 100 PUNKS SIEMPRE, y a veces jugábamos a la palestra en la pared exterior del instituto con una pelota de tenis, y a veces nos metíamos en broma con un siniestro que se nos pegaba a la hora del moscatel y al que llamábamos Ultramort.

Gabán de cuero negro, cabello grasiento pegado al cráneo, uñas negras de sepulturero, higiene de cuerpo inanimado, sombra en los ojos y en el espíritu, camiseta de Sisters Of Mercy. Follaba menos que los Roper. Menos que nosotros, que ya es decir. Pero lo bueno del caso es que a él eso le extrañaba.

—Mírate, tío —le contestaba yo cuando él se lamentaba de las telarañas que se multiplicaban en su pubis—. Que pareces una cucaracha.

—Alegra esa cara, hijoputa. Que das más mal fario que un ciprés —le espetaba Carnaval.

Nos partíamos. Una mezcla de *con* y *contra* él.

Ultramort nunca nos agradeció que le pusiésemos el mejor mote de siniestro de la historia, pero da igual. El tío estaba bien.

Algo sombrío, pero bien; al menos no se había resignado a obedecer, como los demás pringados. Obviamente, todos le odiaban. Nuestra asociación circunstancial fue casi obligada. En esa situación, en tiempos de guerra, las alianzas que surgen son imprevisibles, como rusos y americanos al final de la Segunda Guerra Mundial. Sólo mientras dure esto, ¿vale, Ultramort? Luego, cada uno a su casa. O, en tu caso, fosa.

Ja, ja.

Este chiste buenísimo ya no se lo pude hacer, porque al poco tiempo nos echaron, ya lo he contado. Y no les guardo rencor. Es lo que hay, es lo que hay.

Me estoy volviendo a reír ahora, plantado aquí en la puerta del instituto, mirando desde detrás de un coche, esperando con la nariz pegada a la ventanilla derecha a que salga Clareana. Me estoy riendo y espiando hasta que la veo salir. Con su cabello pinchado color piel de orca, y sus ojos azulones de serpiente mala, y sus andares frágiles y tuertos, y su carpeta con fotos de los Jam y los Boys y los Último Resorte y los RIP, y su camiseta de Las Duelistas que es como mi camiseta de Las Duelistas

pero sin los sietes, porque con los sietes se le verían las tetas.

Clareana, que yo te quería. A mi manera zafia y zarrapastrosa, pero te quería.

Clareana, esas tetas de tocinito de cielo, de panellet de coco, esas tetas que...

Dar cera, pulir cera.

Y Clareana de golpe se ríe, porque alguien se le acerca, y yo espachurro más la narizota contra el cristal y echo todo el vaho, y por un instante no veo, paso la mano por encima rápidamente, sólo pulir cera, estoy temiéndome que sea algún otro niño de verano, otro plonjon con patas, otro puto Cuello, pero cuando vuelvo a mirar es sólo Carnaval. Carnaval que se acerca a Clareana, y le da una pequeña colleja, y ella se ríe y le golpea el hombro con la carpeta, y luego se van juntos por la bajada que va hacia casa de Clareana, hablando y riendo y pogueando a ratos.

Un momento.

No, en serio.

¿Qué hace Carnaval ahí?

Y noto un pequeño alfiler clavándoseme en el centro del pecho. Como una banderita en un mapa militar gigante. Un toro banderilleado, y no con las banderillas del Provi.

—¿Qué haces aquí?

Me vuelvo y hay un niño a mi lado. Su cara me suena de algo. Un niño raro de cabello muy negro y mirada muy intensa y fiera, como de diez años, la edad de mi hermana, que me mira con ambos brazos pegados al cuerpo, como un hombre bala con ojos de iguana, pálido como un cadáver, hepatítico y autosuficiente. Como un Ultramort prepúber.

Y ahí, en cuclillas detrás del coche, no sé qué contestarle.

Descarado. Buena pregunta, ésa. Qué coño hago aquí.

Pero más importante: ¿qué hace Carnaval *allí*?

—Iba a robar este coche —le digo al niño, y me pongo en pie—. Pero ¿sabes qué? Que paso. No me gusta el palier que tiene.

No, no sé qué es un palier, ni nunca lo sabré.

—Por mí róballo —me dice el niño—. No te juzgaré. Soy dadaísta.

No sé qué les pasa a los niños de hoy, algo debe de funcionar muy mal en el sistema educativo. ¿Dadaísta? De dónde sacan estas cosas, me pregunto, de dónde.

Le doy dos toques al Ventolín, pssht pssht, y empiezo a andar detrás de Carnaval y Clareana, a una distancia prudencial, quiero enfadarme con Carnaval, pero no sé si podré y eso me preocupa, y oigo de lejos al niño que me grita ¡Valor!, y pienso, Joder con los niños de hoy en día.

Valor, dice.

¿Valor?

Si algo deseo en esta vida, si de algo carezco, si puedo pedir un solo deseo, sería:

valor, tener valor, ser un valiente.

Pero no lo soy. Qué coño, mejor aceptarlo cuanto antes.

Lo que me duele es esto:

Carnaval y yo, al final de séptimo de EGB, después de que pasara todo lo que pasó en el colegio de curas, nos hicimos una promesa.

Nos prometimos que siempre cuidaríamos el uno del otro, porque estábamos solos, y nuestros culos estaban al aire, y si no lo hacíamos nosotros nadie lo iba a hacer por nosotros en este pueblo de mierda. Estaba claro.

Así que fuimos a mi habitación, aún no había pósters de grupos ni discos ni nada de eso, porque teníamos once años y no éramos punks, sino los supervivientes de los curas, y allí en mi habitación nos pinchamos los pulgares con un cuchillo afilado de la cocina y los unimos y juramos siempre protegernos el uno al otro.

Hicimos una promesa, y una promesa es una promesa.

Como cantan Generation X: *¿Te acuerdas de esas promesas, promesas?*

Yo sí.

Y eso es lo que me duele.

Pero no adelantemos acontecimientos. No pasa nada, aún.

Me parece.

Estoy hablando conmigo mismo en la puerta de la oficina del INEM que hay al lado de mi casa. Esta oficina es como nuestro tercer lugar de reunión, porque siempre hay alguien que conoces en la cola del paro. Estar en la cola del paro es nuestro estado natural. Es lo que hacemos, mientras no hacemos nada.

Venimos aquí para firmar y que nos sellen, porque en realidad no queremos un empleo, nunca hemos querido uno, yo menos que nadie, y por eso hacemos todo lo que podemos para que no nos lo den. De fingir locura a vomitar debajo de la mesa del entrevistador, de aparentar cojeras a hacernos los sordos, los tontos, los zurdos, los pillados, lo que haga falta, lo que toque, lo que se nos ocurra, lo que menos se esperen.

Cualquier cosa menos trabajar.

Me estoy apaciguando a mí mismo por lo de Carnaval y Clareana. Al cabo de un minuto de espiarles me di vergüenza propia y vine aquí, a la oficina del INEM, me estoy aún autopacificando cuando veo al Pimienta y al MD en el mostrador de Documentación. Al entrar yo, la gente de la cola se vuelve, pero no porque sea una belleza sino porque llevo el cabello oxigenado, las lupas de broma, botas con rayado de Tippex y una camiseta que dice La Religión Es Para Idiotas que me pinté yo mismo con un rotulador indeleble Edding 500, y encima de todo mi chupa del

leopardo rugiente, que les hace a todos GRRRRR.

Carnaval nunca me haría algo así, me repito dentro de mi mente. Hicimos una promesa.

MD y el Pimienta se vuelven también y me ven y me dicen Ven, chorbo. ¿Los cráneos rasurados, los polos de tenis ajustados, los pantalones de torniquete y las botas de botar? Parecen Madelmans puteados. Los Madelmans feos con los brazos rotos y deficiencias de vestuario y armamento con los que nadie quiere jugar nunca, y que se utilizan de cadáveres o carne de cañón.

Skins crucificados, carne de todos los cañones. Siempre pagando el pato, a pesar de no tener ni un duro para pagar nada.

Y les veo a los dos hablando con EL MAL, que en este caso es la directora de la oficina del INEM, una criatura vil cuya única ocupación es hacerles la vida imposible a los parados.

Y me acerco al Pimienta y a MD, y los dos están sonriéndole a EL MAL, los dos asienten y dan la razón educadamente mientras EL MAL les va faltando, y yo empiezo a buscar al gato, que tiene que estar encerrado en alguna parte, aquí cerca. Porque si no, no se entiende por qué no dan un brinco, se plantan al otro lado del mostrador y le crean un gran, grandísimo dolor a la bruja del INEM.

Y entonces noto un chapoteo pequeño, un grifo lejano, un salpicar en la lejanía, y bajo la mirada y veo que los dos llevan las braguetas abiertas y se están meando en el mostrador. Un charco amarillo pálido se extiende debajo de nuestras botas de botar, creciente, cada vez más pantanoso, y la gente de la cola, en su mayoría hombres con cara de tener doscientos años, hombres que han soportado más palos de lo que podemos imaginar, todos empiezan a reír.

Y la bruja del INEM se transparenta como papel de tornasol, se amarillea como los meados de los pelados, como periódicos bronceados por el tiempo, y pregunta Qué pasa, no veo que tengan ningún motivo para reír.

Y todos continúan partiéndose, porque se equivoca *tanto*. Nos reímos *precisamente* porque no tenemos razones. Porque estamos cayendo, todos cayendo en picado, y lo único que nos queda es esto. Esta risotada, que no nos van a poder arrancar nunca en la vida, ni con despidos, ni cruzándonos la cara un millón de veces, ni con cien mil humillaciones, ni mediante ejércitos de tutores, profesores, policías, trabajadores sociales, jueces.

No, ésta es la parte que no han entendido aún. Esta risa está aquí para quedarse.

Y la bruja del INEM grita ¡SILENCIO!, y las piezas que conforman su cara se separan y desencajan, y el puzzle de serenidad, la máquina de humillar, empieza a sacar humo de motor atrancado. Algo va mal en su mundo de perfecta sumisión.

Y sale del mostrador, sale dispuesta a todo, sale echando vapor por la nariz, vaho de toro que carga (alguien grita ¡toooooo!) y cuando sus zapatos baratos de

Cortefiel entran en contacto con el meado la mujer resbala, y pierde pie, y ambas piernas se levantan en la atmósfera, nada las sostiene, y hay un segundo en que se mantiene aún, como el Coyote, como el gato Silvestre, como Mortadelo, se mantiene ahí tan sólo porque no quiere creer que va a caer.

Y en un instante cae con un ruido fuerte, de costalazo húmedo y muy dañino en el coxis, y todo el mundo pone cara de comer limones, todo el mundo achina la cara de asco por imaginar el calorcito tibio del meado filtrándose por su traje chaqueta, empapando su rabadilla dolorida.

Y todos los ojos hundidos se iluminan por un momento, hay un vago recuerdo de belleza, de orgullo, de gloria pasada en sus ojos, algo que no han podido matar aún los ejércitos de EL MAL, algo moribundo y casi extinto que, sin embargo, se resiste a casarla.

Y todo el mundo ríe más cuando un señor mayor, un señor con manos arrugadas como boniatos tostados y acento de Azuaga y cuatrocientos años en sus ojos, suelta, en voz alta, partiéndose:

—Joder, si no fuera por estos momentos.

Y otro señor que miraba los anuncios en el corcho de ofertas de empleo en la pared le devuelve la coletilla, le suelta el contrapunto que todos estábamos esperando sin darnos cuenta.

—Y otros de mejores.

Toda la oficina se muere de risa. Porque éstas son nuestras pequeñas victorias pírricas de cada día.

Los tres salimos por patas, patada a la puerta, corriendo, corriendo y riendo, cayendo y riendo. ¿Cosas así? No las pueden matar. Algo así no se puede aplastar. Ni mediante ejércitos de tutores, profesores, policías, trabajadores sociales, jueces.

No hay huevos. En serio, que no hay huevos.

—Agáchate, paYaso.

Oh. Otra vez estoy escondiéndome detrás de un coche. No es un hobby, que son las circunstancias axiomáticas. Íbamos al Provi desde el INEM, comentando la jugada. Comentar la jugada es la mitad de hacerla. Si la haces y no la comentas bien, es como no haberla hecho. Así que estamos repasando cada detalle, cada centésima de la caída de la bruja con paciencia y minuciosidad de relojero y una risa así de grande.

Mirad: el Pimienta y el MD, botas Martens andando sobre la luna, cabezas de frenopático, y yo. Yo, con esa pinta. Chicos buenos vestidos de basura.

Visualízalo, que diría Carnaval.

Hasta que yo, interrumpiendo la jugada, les he dicho:

—Eh, un momento. Ese coche...

No he terminado la frase, porque al instante he visto el SEAT 850 Sport rojo cascado, y mi pregunta se ha contestado a sí misma, y he cogido al Pimienta y al MD de los hombros y les he obligado a ponerse en cuclillas detrás de otro coche que había aparcado sobre la acera.

Así que aquí estamos, acuclillados al lado de un vehículo en medio de este mediodía de viernes de junio. Un mediodía normal, si no fuera por estos momentos.

Y, en este caso, otros de *peores*.

Les murmuro que creo que son los Chungos, el hermano del tío que masacró el Chopped, el mono Titi, y los dos (qué gallitos son), los dos dicen Y qué, matado, y los dos dicen «Que vengan si tienen cojones», y el MD se levanta, y yo le digo la primera frase de este fragmento, y él vuelve a agacharse.

¿Y la cara que trae el MD cuando vuelve a sus cuclillas? Sé que les ha visto. Y no ha sido mi persuasión la que le ha hecho regresar a la seguridad del asfalto. No, han sido las caras de los del 850, esos mapamundis carcelarios, esas cicatrices de puto de la Modelo, ese tatuaje de Kie 13, que está lejos pero sabes lo que es porque está ahí, en esa membrana de la mano. Esas caras le han dicho cosas al MD, y le han hablado de la chunguez. La condición de ser chungo. No como nosotros, qué somos nosotros, unos bocas, bocas con puños de bebé y botas de rata.

Bueno, al menos yo sí soy todas estas cosas; ellos no sé.

Y cuando veo el SEAT que se aleja un poco con esa velocidad de barracuda merodeadora me pongo en pie y digo, ¡venga, ahora!

Y añadido, ya poniendo en movimiento las botas, añadido mientras empiezo nuestro sprint:

—Corre, corre, corre, corre, corre.

Y otra vez corremos, corremos, corremos, corremos, corremos.

En séptimo de EGB, en los curas, las hostilidades escalaron y se subieron a una tapia. Ahí estaban las hostilidades, como el huevo Humpty Dumpty, ahí arriba estaban. Pero éstas no iban a caerse de la tapia. Sólo podían subir más y más arriba.

Carnaval y yo no habíamos aprendido la lección que el padre Pío quería que aprendiéramos.

¿Es esto una sorpresa para alguien?

No la habíamos aprendido pero, a la vez, nuestros sueños de venganza estaban siendo triturados por la perseverancia de EL MAL. EL MAL tiene todo el tiempo del mundo, siempre. No le importa esperar, xino-xano como va. EL MAL siempre gana. Especialmente si EL MAL es un puto abusón que se mete sólo con niños.

Sólo éramos niños, y él era EL MAL. ¿Qué podíamos hacer ante EL MAL?

Métete con los de tu talla, padre Pío, maricón, hijo de cien mil padres.

Desde el día de los mocos falsos en el coro y las cien vueltas, el padre Pío nos

zurraba diariamente. Un sopapo diario, como si estuviésemos a dieta, Una Al Día, como la Micebrina, como una medicina, medicina preventiva, medicina disciplinar. Nos hacía entregar trabajos y nos subía al estrado y, con cualquier pretexto, nos ponía en fila y nos cruzaba la cara.

Con los nudillos por fuera, como si fuésemos putas del Far West.

Carnaval y yo allí, aguantando la lágrima en el estrado para que nadie pensara que éramos unas niñas.

Y un día no nos pegó.

Es curioso de lo que te acuerdas con el tiempo.

Seguramente recuerdo esto como prueba de que el padre Pío no sufría pérdidas temporales de control de los nervios. No estaba nada loco, al menos no en términos de lo que se llama loco en mi pueblo. No era el Chérif o el Tomeu o el Schuster, eso seguro. No, el padre Pío era metódico y sobrio como el Doctor Mengele, y eso le gustaba. Lo que hacía, le gustaba. Pegarnos era lo que hacía, y lo hacía bien y regularmente.

Sólo éramos niños, y él era EL MAL. ¿Qué podíamos hacer ante EL MAL?

Y un día vino una profesora de prácticas para observar cómo se daba clase, una chica joven con diadema en el cabello, medias grises y gruesas y nariz de tucán. Y aquel día el padre Pío no nos zurró a Carnaval y a mí, y recuerdo ese día más que ningún otro. Quizás por la humillación de saber que lo que hacía podía interrumpirse a voluntad. Como en los interrogatorios policiales de las películas, el Poli Bueno tiene que demostrar que todo ese gran dolor puede cesar si pasas por el tubo. El gran dolor discontinuado de aquel día fue una demostración de fuerza, no un acto de compasión.

No significaba: hoy os perdono.

Significaba: estáis bajo mi pulgar. Puedo interrumpir y recomenzar esto eternamente. Hasta que el puto Confiteor saliese de nuestros labios. Con sinceridad.

Recuerdo otro día, un día en que sí nos pegó. No, mejor dicho: nos pegamos.

Era en clase de música, y Carnaval había soplado mal una nota con su flauta. Nunca supimos soplar esas malditas notas.

Quizás eso explica el sonido de zoo en llamas de Las Duelistas. Carnaval hizo fuuuuut donde tenía que haber hecho Sol. O La. No tengo ni idea. ¿Quizás era un Re?

El padre Pío, Lincoln del infierno, se acercó a Carnaval y le arrebató la flauta y se la partió en la cabeza. Y se quedó ahí, plantado delante de Carnaval, los dientes de excavadora fuera y las manos cogidas tras la espalda, deleitándose en el dolor creado, observando a su ejemplar como observaría un cazador de mariposas, y Carnaval allí aguantando la lágrima para que el resto de la clase no pensara que era una niña. Sus dientes, fuertemente apretados contra el labio inferior, ojos brillantes, ojos mojados, toda esa rabia acuosa.

El proceso se repitió conmigo, y yo también hice fuuuuut. Flauta rota en cabeza, mirada de delectación, lágrima detenida en el tiempo, lágrima que por mis cojones que no cae, aunque me la tenga que tragar. Alguien de la clase ahogó un bufido de risa.

Cuando creíamos que eso era todo, el padre Pío dijo:

—Suban al estrado. Los dos.

Y Carnaval y yo, allí, subiendo al estrado con rodillas de castañuela, éramos niños, sólo niños. Y él era EL MAL, su encarnación en nuestro mundo de canicas y Peta Zetas y breakdance.

Y nos puso a uno delante del otro y dijo utilizando nuestros nombres de verdad, dijo Usted, pégueme una bofetada a él. Señalando a ambos. Carnaval y yo le miramos, creyendo que era una broma. Era imposible que fuese una broma, pero miramos deseando con todas nuestras fuerzas que lo fuese. Probabilidades de que lo fuera: 0.

Y el padre Pío lo repitió, esta vez gritando, así que Carnaval tuvo que pegarme, flojo, normal. Intentando aguantar la mano. Intentando no crear gran dolor.

—Ahora usted. Devuélvaselo.

Y yo pegué a Carnaval, quizás me salió un poco más fuerte, intento recordar, allí estábamos, Carnaval era mi mejor amigo, y el padre Pío le hizo mi hermano. Aquel día empezó de veras, y ya no iban a parar los martillazos. Carnaval me miró con sorpresa y, sin pensar, me pegó a mí algo más fuerte, me sacudió la cabeza y yo tenía la mejilla caliente y la lágrima, que me estaba tragando, que me estaba tragando.

En un par de minutos Carnaval y yo nos estábamos pegando de veras. Cogiendo impulso. Cruzando caras con la mano vuelta, como si fuésemos meretrices en un Saloon de Texas.

Y, ahora ya sí, llorando.

Y, ahora ya no, nadie se reía.

Perdón: se reía uno. El padre Pío.

¿Es esto una sorpresa para alguien?

—Bueno. Ya está bien. Paren.

Y Carnaval y yo, los dos allí, llorando como magdalenas, ahora ya llorando sin que nos importara que la gente de la clase nos tomara por niñas, dejamos de pegarnos, hipando como niños, joder, *éramos* niños, putos niños.

Perder la voluntad propia así, da miedo. Traicionar a tu hermano así, da miedo.

¿Cuándo llega la justicia poética? En la vida real, la justicia poética se toma su tiempo. A veces no llega jamás. Esto no es una película, atrapaos.

Carnaval y yo, ya sentados en nuestros pupitres, los dos llorando, sin mirarnos, *tan* llenos de vergüenza por lo que habíamos hecho. Por habernos convertido en lo que nos había convertido. Por haber hecho el gusano, pero ahora de veras.

La dignidad era lo único que teníamos. Cuando te la quitan, se te queda el culo al

aire.

Y al final miré a Carnaval. Y él me miró a mí. Y en el extremo de su boca, otra vez, volvió esa torcedura de labio. Las lágrimas le grababan las mejillas como nervios en el reverso de una hoja de árbol, pero en su boca, aquella sonrisa.

¿Cosas así? No las pueden matar. Algo así no se puede aplastar.

Carnaval me sonrió, los ojos enrojecidos, manteniendo el hipo a raya, y dejó de llorar y en su cara sólo quedó su sonrisa. Su sonrisa me dio fuerza. Paré de llorar también, viendo su sonrisa. Paré de llorar y me metí los puños en los bolsillos y los apreté con todas mis fuerzas, y Carnaval hacía lo mismo, vi los bultos en sus bolsillos y no eran peonzas.

Los puños en los bolsillos, que traducidos querían decir: éste no nos achanta.

Los puños en los bolsillos, que traducidos querían decir: un día nos la pagas, padre Pío. Aunque nos tome cien años, un día nos la pagas, te lo juro.

La tarde pasa rápido y termina con lógica axiomática.

Es decir: termina conmigo llegando a casa embotellado y masacrado y hecho una porquería. En este pueblo no hay nada mejor que hacer, y embotellarse es lo mejor que podemos hacer. En el Provi hemos contado catorce veces lo de los Chungos, y doce veces lo de la bruja del INEM. Antes, viniendo hacia aquí, nos hemos cruzado con el Tomeu, cabeza de bombilla y ciento cincuenta años sobre los hombros, Tomeubot, El Loco Que No Muere, y nos ha perseguido unas manzanas llamándonos Gitanos, gitanos.

¡Gitano!, gritábamos nosotros sin dejar de correr y partidos, partiéndonos. ¡Gitano!

Otro ritual de pueblo; y éste, al menos, razonable.

La verdad es que no sé qué le hicieron los gitanos al Tomeu, pero si lo que buscaba eran sustitutos, no se equivocó de tanto. Aquí nos tiene: los negros del Llobregat. Descastados de extrarradio. Caballos enfermos de mala raza que, tras mirarles la dentadura, nadie quiere adquirir ni regalados.

¡Gitanos!

Fijo, fijo.

Y ahora comentamos la jugada. Comentar la jugada es la mitad de la jugada. Ahí está el Chopped, que está empezando a trazar planes de combate en su mente y frunce el ceño cada vez que piensa en el Titi y, mientras tanto, hace subir y bajar su yoyó, ¡zim-zum! ¡zim-zum! Ahí están los pelados, a ratos riendo, a ratos planeando, a ratos empujándose, este pogo, que nadie puede parar ni matándoles. Mis Skinheads por la Paz. Nunca preocupados, pero lo van a estar. Van a tener sus razones.

A esto se le llama intervención del narrador en el texto.

No preguntéis.

Pero de momento estamos en el Provi, que es Casa, que es un punto azul de la Fuga de Colditz.

—¿Qué preferirías? —me dice el gordito en la barra—. ¿Tener un cerebro privilegiado de Einstein, ser un superdotado que todo lo entiende, casi predecir el futuro, pero con cara de jabalí, de perro, o sea, feo, macrofeo, feo como un tiro de mierda...?

—¿Sí? Feo como tú, vamos —contesto, esperando el tiro de gracia.

—Achanta, paYaso. ¿O ser muy guapo, la hostia de guapo, el tío más guapo del pueblo y que todas las tías te vayan detrás y poder tirarte a la que quieras, pero, *pero*, con un cerebro de Cuello, un cerebro putrefacto, más tonto que Pichote?

No, he decidido no preguntarle a Carnaval qué hacía yendo a buscar a Clareana. O porque no temo en absoluto su traición o porque la temo tanto, me jodería tanto, que no puedo ni imaginarme preguntándolo.

Esto no es una pregunta con dos opciones.

No hace falta que contestéis.

Lo que quería decir es que no sé por qué no pregunto, pero el caso es que no lo pregunto. En lugar de eso, pongo cara de Popeye: mandíbula inferior muy salida e inclinada hacia un lado, ojos mirando al cielo y un gesto en la mano como de llevarme a la boca una pipa, o un bote de espinacas, y un sonido que hace Tut-tut. Pero como en la mano llevo una Estrella que me ha puesto el Baldiri, pues enchufo el cuello en mis labios y le doy un trago.

Y le digo a Carnaval:

—Ni zorra.

Y él me dice:

—El Candao.

¿El Candado? Eso no es una respuesta, mongol, le digo.

Y él me dice no, no, y señala a la puerta.

El Candao es uno de los dos únicos habitantes del pueblo que no es de Azuaga, ni de Villena, ni de Ejulbe, ni de aquí. Él sí es un *forastero*, y no de la manera en que lo dice mi madre. En realidad se llama Kang-Dae, aunque nadie nunca le ha llamado exactamente así, y es el dueño coreano del gimnasio de tae-kwondo que hay cerca del Provi. El Candao es un señor de cuarenta años con cara de chino, brazos letales y alcoholismo grande. Cuando se pone francamente embotellado le da por destrozar bares a golpe de taekwondo, y eso es para verlo. Quiero decir que no lo he visto nunca, pero me gustaría.

Sólo que no en el Provi, ni tampoco ahora.

Los Skinheads por la Paz piensan lo mismo que yo, preguntándose, sin hablar (son como hormigas, gorriones que cambian simultáneamente de rumbo sin tener que explicarse nada, perros de la pradera, funcionan de manera colectiva), si tendrán que

intentar crearle gran dolor al Candao en caso de que empiece a rastrear sus cosquillas con vehemencia. Pero el Candao tiene el día pacífico, así que se embotella en su rincón sin molestar a nadie, hablando sólo con sus palabras de chino coreano y fumando pitillos de forma desmadrada.

Por la televisión salen los Hombres G, y Carnaval y yo ponemos cara de cólico miserere al verlos, y cuando borro la cara de vómito Carnaval la lleva encima aún y me mira y, tras tirar una cerveza sin querer y quemar encendiendo un cigarrillo al Sutil, que le llama subnormal y le da una patada en el culo que suena dringui-drindrong, por el llavero, Carnaval me dice Mira qué me ha llegado, se me olvidaba.

Y se mete la mano en el bolsillo de sus pantalones de tubería, de cerbatana, y me alcanza una carta arrugada, y en el dorso veo MINISTERIO DE DEFENSA, y no necesito que la abra para saber qué es.

—¿Cuándo te incorporas? —le pregunto.

—A principios de julio —contesta, como un caniche lanudo sufriendo un grave ataque de descomposición.

—¿Dónde te mandan?

—A Cartagena. A la Base de Submarinos.

—¿Submarinos? Buh. Ya ves.

—Bah.

—¿Dónde está Cartagena, tío?

—No sé. P'abajo.

—Qué hijos de puta —digo, porque es lo único que se puede decir en estos casos. Échale la culpa al boogie, una vez más.

—Anda, trae aquí, pilingui. —Y le arrebató el impreso con una mano, y con la otra le agarro de la solapa remachada con mecheros de la cazadora de cuero y le saco fuera del bar con buenas y malas maneras.

Y tiro el papel al suelo, unos pasos alejado de la puerta del Provi, y me abro la bragueta y empiezo a mearme en él.

—Inmersión —digo.

Y Carnaval se abre su bragueta y empieza a mear en el papel de la mili, también, y un poco en mis botas, pero da igual.

—¡Inmersión!

Los dos nos partimos, y desde dentro del Provi se oye todavía la música de «Marta tiene un marcapasos» mientras yo me meo un poco en los pantalones, cabreado y embotellado y partiéndome aún, me meo encima.

Carnaval y yo no estamos hechos para estos tiempos. No estamos hechos para este mundo, ni para este pueblo, no; eso siempre lo hemos sabido, que conste.

Mi padre no ve mis pantalones calentitos de meado, porque mi padre duerme en

el sofá.

Duerme. *No se ha dormido.*

Son cosas distintas.

Duerme en el sofá con una manta y un cojín, lo que significa que se ha peleado con mi madre con palabras de arrase y mi madre ha llorado y le ha obligado a dormir fuera de su cama, fuera del lecho conyugal, desterrado, emigrado.

Y esto es mejor y esto es peor. Más peor que mejor, de acuerdo. Pero al menos no empezarán a gritarse en medio de la noche.

Mi padre duerme en el sofá y no me ve con mis pantalones de torniquete empapados, ni las gafas de mosca humana, y debajo media ceja, ni huele mi boca de crematorio, ni la fritura del Provi, ni contempla mis rasgos de amotinado, mi mirada de masacre, ni puede reparar en la franca embotellación que me vaivenea como en un crucero por los mares de la mierda más crispada.

Afortunado Brubaker. Hoy no te doy el disgusto de cada viernes.

Me acerco al tocadiscos y miro la cubierta del disco que estaba escuchando mi padre, y son los Creedence Clearwater Revival, su grupo favorito, y sigo con un dedo las canciones y me río cuando llego a una.

«Fortunate son».

No sé mucho inglés, pero sé lo que eso significa.

¿El hijo afortunado?

Joder, cómo me parto al leerlo.

¿El hijo afortunado, dices?

Sí, seguro.

SÁBADO 13 DE JUNIO

A pesar de todo, me chiflan los sábados. Me despierta el mercado, voces de venta de chufas y bragas y mandarinas, voces que han entrado en mi habitación porque mi padre ha abierto la persiana jurando y mascullando Qué horas son éstas, y esa apertura de persiana es su manera de castigarme por el motín y la masacre, y por ser un jodido desgraciado a sus ojos.

A los suyos y a los de todo el mundo, seguramente.

—Buenos días —me dice mi madre cuando finalmente me siento a desayunar frotándome los ojos. Está plegando ropa a un lado de la mesa. Sus ojos están cansados y se doblan hacia abajo en los extremos, una pendiente de penademadre, una bajada que no se puede renivelar. Gilda juega con sus Barriguitas en el suelo del comedor, y estaría a punto de no tener edad para jugar con Barriguitas si no fuera porque lo que parece que están haciendo cuatro de sus muñecas es operar una trepanación de cráneo en una Nancy. La cabeza cortada por la mitad, los ojos pintados mirando al techo, y las Barriguitas zombis de las SS dándole al scalpelo y conversando macabramente entre ellas con distintas voces con acento alemán que pone mi hermana.

No preguntéis.

Sigo sin tener ni idea de dónde saca todas estas cosas.

Mi padre está en su sillón de skai haciendo como que mira la televisión, pero no mira la televisión. Es el mirar cabreado, mirar por importunar al prójimo, como reírle una gracia imbécil a alguien sólo porque sabes que un enemigo presente de ese alguien se va a mosquear. No sé si me explico. Aplaudir para putear, celebrar algo que no te gusta nada sólo porque sabes que va a tocarle el voraviu a alguien que te cae fatal.

Es un concepto complicado, pero ya se entiende.

Mi padre está mirando *Gente joven*, y en la tele hay unos matados bailando con gran ridículo y en el cartelito de la parte inferior de la pantalla pone: Esbart Dansaire Sant Genís.

Esbart. Hasta el nombre suena a violenta vomitona: ESBAAAAART.

O a eructo de Carnaval: BAAAAART.

Yo zambullo una Príncipe en mi leche con Colacao y un gran montón de azúcar, tres cucharadas soperas, y me la zampo en dos bocados antes de que se desparrame por todas partes, en mis dedos y sobre el mantel.

A mi padre le importa bien poco *Gente joven* y especialmente el Esbart Dansaire Sant Genís, que da brincos cada vez más absurdos en la pantalla, pero todo esto es en

mi honor, y en el de mi madre y hermana. Mi padre sube el volumen, y una tenora, que es el instrumento que (junto con el acordeón) me da más ganas de ir al váter de la humanidad, se mete en mi oreja de forma odiosa.

Mi padre sube el volumen, pero no sirve de nada; todos le ignoramos con gran estruendo. Me pongo a cantar una canción que el esbart baila con una danza que representa a veinte muertos de hambre intentando pisar a una sola serpiente de cascabel.

Mi padre nos hace callar, mi hermana también se estaba riendo y cantando con eshes la canción, pero los dos le ignoramos porque en la tele empieza *La bola de cristal*, que es el único programa que nos gusta, y sé que si digo «Deja Esto, Porfa», mi padre lo va a quitar, y mi madre le va a decir cuatro cosas dañinas que algunas no merece y otras sí, y se van a pelear, y quizás eso sería mejor que este semisilencio compresor de pechuga de pollo al vacío, este silencio que me pone triste, ojalá hicieran de una vez lo que tienen que hacer y dejaran de crearnos gran e involuntario dolor.

Ojalá lo hicieran, pero es lo que hay.

Hago como que leo la composición de los Frostis que tengo delante (¿Riboflavina?) y con el otro ojo miro a La Bruja Avería en la tele, tratando de escabullirme de todo lo que me rodea.

Porque, a pesar de todo esto, me chiflan los sábados. Me chiflan mucho más desde que hace cuatro años mi padre desistió de hacerme jugar al Deporte.

Yo era, sin duda, el jugador más malo que jamás había tocado un balón en aquel campo desde el año de su fundación. Me pasaba las mañanas sentado en el banquillo y bebiendo cocacolas que me ponían medio majara y mordiéndome los labios y despellejándome los dedos y dejándome las uñas a punto de sangrar, deseando que me sacaran al campo, rezando por que alguno de aquellos verdugos con chándal, que alguno de aquellos ejecutores en camiseta a rayas horizontales dijese mi nombre verdadero seguido de la palabra Entra.

Pero la palabra Entra nunca se pronunció, porque los entrenadores no me sacaban nunca, era increíble. Se podría pensar que si estabas en infantil la cosa iba más de participar que de vencer a cualquier precio, pero eso a los Cuellos les daba igual, sólo querían aplastar la cara del enemigo y vencer como normandos, pasar a fuego a todo el banquillo contrario, aniquilar al Visitante, hacer suyas a sus mujeres.

La palabra Entra no se dijo jamás, y mi nombre tampoco, a no ser que fuera para decirme que a los del equipo contrario les faltaba un jugador, y que fuera para allá.

Así que, a veces, dando tumbos cobardes en el equipo contrario estaba yo, corriendo mareado con una camiseta del Visitante que me iba cien tallas inmensa, sólo las puntas de los dedos emergían de las mangas arremangadas, yo cagándola en cada pase, en cada primer pase, porque tras la primera tentativa nadie me la volvía a

pasar, jamás.

Yo era el arma secreta de mis entrenadores, su sabotaje con botas de tacos y litros de Coca-Cola en el sistema, pero ni eso funcionó. Ni así, ni regalado, me querían; y al poco los Visitantes se daban cuenta de que era mejor jugar con uno menos que conmigo. Ésos eran mis antiguos sábados de Deporte: solo, allí, en el banquillo contrario, con una camiseta que me quedaba como el albornoz de un coloso. Solo y triste, ojos escocidos y náuseas de vergüenza por no haber sido lo que mi padre quería, solo como una rata, lleno de una culpa incomprensible e impronunciable por haber nacido de lado, torcido, raro, escuchimizado, débil, desviado, aislado, convirtiéndome poco a poco en la rata que soy hoy.

Viendo de reojo cómo mi padre miraba al suelo desde la grada donde estaba sentado, no queriendo ver, no queriendo enfrentarse a aquello, a lo que le había tocado. A mí.

Échale la culpa al boogie.

Es curioso: en aquella época, lo hubiese dado todo por ser Normal. Por ser uno de Ellos. Por ser la clase de hijo que hace que su padre se sienta orgulloso.

Pero eso era entonces y esto es ahora, y ya no me importa nada de eso, no les guardo rencor, al menos no tengo que volver allí y puedo ver *La bola de cristal* por la tele cada sábado, me gusta el sábado, el olor a menta y los gritos de chufas, los sábados hasta parece que todo vaya bien, qué tontería, como si todo fuera bien y todos fuésemos francamente felices.

Me bebo el Colacao y hago una mueca de semidolor, por el azúcar, se me fue la mano: boca sellada y al máximo de estiramiento en los extremos, cuello tensado como una cuerda de guitarra, ojos mirando a Dios y las dos manos planas en las mejillas, y mi madre y hermana que se parten, pero se parten lo justo porque el horno no está para bollos.

Y le doy un beso a mi madre en la frente y un pellizco en la oreja a Gilda (¡Shuelta, idiota!) y con un dedo me pongo bien las gafas de insecto.

Y digo:

—Me voy a la piscina.

Y salgo a la calle, después de bajar los 36 escalones, me meto una chufa seca en la boca, acabo de descuidarla del puesto de al lado de mi puerta, salgo a la calle, miro a ambos lados por si los Kies, pero no veo a nadie, y canto una rumba que suena todo el santo día en el Provi.

La canto pensando que seguro que en la piscina voy a ver a Clareana, que estará con otro que no soy yo, esa cabeza-de-chorlito rencorosa y loca de atar estará allí odiándome, canto esa rumba mientras pienso que hay que empezar ya una Limpieza Fundamental, una limpieza que pasa por el perdón de Clareana, lo vi claro, pero qué pocas ganas, ¿no? Para eso habrá que humillarse, admitir culpabilidades, olvidar ya el

boogie, dejar de cargarle toda la basura al boogie, y ni una cosa ni la otra me apetecen lo más mínimo.

Así que canto:

*Yo tenía un amorcito
Era toda mi ilusión
Y por otro guapetón
Se fue y me dejó solito
Y por eso yo les digo
Cantando esta melodía
Recordando aquel día
En que ella se marchó
Y por eso digo yo:
Qué mala suerte la mía.*

Ya te digo. Qué mala suerte, Rompepistas.

Acabo de recordar una conversación matizada que tuve con Clareana cuando éramos Los Novios, en nuestra cima de amantes obsesivos y automáticos. La voy a incrustar aquí en medio porque si no, se me va a olvidar; últimamente se me olvida todo menos las cosas muy deprimentes o que implican gran ridículo público, con testigos mil, las cosas de pena y mala suerte, la mía, sólo mía.

—Clareana, yo te quiero de forma grande, pero debes saber que soy un imbécil.

Estábamos en su cama, y cuando le hube dicho esto ella me miró como si yo valiese la pena. Como si yo *hiciese* para ella.

—Ya, pero eres *mi* imbécil.

—No, no. No lo entiendes. Me parece que sólo soy *un* imbécil, uno cualquiera.

Clareana, sus tetas de panellet de coco ahí, como biberones escuchimizadas, se partió.

—Y uno regular, además. No eres muy bueno ni en ser imbécil.

—¿Lo ves? —le dije yo, de manera grave a pesar de ir desnudo—. Sólo me quieres porque te hago reír. Quieres reírte conmigo un par de años y luego te irás, bailando y riendo como una persona loca de la mano de otro tío guapetón y fortachón.

—¿Dos años? Ni de coña. No seas tan optimista. Uno y vas que te estrellas, tío.

Y Clareana me empujó contra la cama, y se subió encima de mí, y me inmovilizó los brazos y me miró con notable escrutamiento anatómico y me perforó, sus ojos de emoción eléctrica acupunturándome el pecho imberbe de pollo. Y yo le dije:

—Eh. No hace falta que estés riéndote los dos años seguidos. Sé hacer otras cosas. También podría hacerte llorar, paYasa.

Y ella me contestó, restregándose un poco contra mí:

—Ya. Hacerme llorar siempre se te ha dado muy bien.

Eso me indignó.

—¿Qué? ¡Tú nunca lloras! ¡Desde que salimos no te he visto llorar ni una vez! — exclamé, porque aquí aún no le había metido el dedo en el ojo bailando pogo.

—Que tú no me veas llorar no significa que no llore. También se me corta el pipí cuando tú estás delante y eso no significa que no mee.

Menuda respuesta. Clareana total.

Y ahora, recordando sus palabras y recordando también su culo blanco, pequeño como peras limoneras, sus tetas de panellet, Clareana, plana como un lenguado, tiesa como un trampolín, la reina de las mujeres, la de la airada guitarra, vuelvo a pensar: Clareana, que yo te quería. A mi manera baturra y zarrapastrosa, pero te quería. Cómo tengo que decirlo para que se entienda.

Te quiero y la culpa es mía, siempre mía. Ya está, ya lo he dicho. Todo es empezar, supongo. Puedo decirlo. Sí que puedo, puedo, puedo, sí que puedo, puedo, puedo, puedo, puedopuedopuedopuedopuedopu...

Punch.

—Eh, capullo: pasa la Xibeca y deja de hablar solo.

La que me dice esto y me acaba de dar un puñetazo en el hombro es Loli, la Cuescos, que es una amiga de los hermanos de Carnaval. No quiero preguntarle el origen de su colorido mote.

Aunque me lo imagino.

No te jode.

Estamos en nuestra esquina, sólo que esta esquina está en la piscina del polideportivo de Deporte. Por poca gracia que me haga esto no nos queda más remedio que venir aquí, porque es la única piscina que hay en cien kilómetros a la redonda.

Estamos en la piscina, y acabo de volver en mí porque estaba recitándome un Confiteor de autoafirmación en voz alta, hasta que la Loli lo ha interrumpido de un punch.

Hace mucho calor, nada de viento, sol bien alto en el cielo, naranja brillante como un pato laqueado, y ni una nube, ni una sola nube. Miro directamente hacia el sol, y luego tengo linternas en los ojos durante unos minutos. Pestañeo varias veces. Miro a mi alrededor, y estamos todos: los Skinheads por la Paz, los hermanos de Carnaval, uno de ellos lleva una camiseta con dos cocodrilos follando y el lema Licosta, también estamos Carnaval y yo, los dos apestando, no lo niego. No somos chicos de

verano, ni ganas. Somos basura, y la basura esto es lo que hace: amontonarse por los rincones y oler.

Solos y apestando, la mitad en braslip porque a nadie se le pasa por la cabeza comprarse bañadores de verdad, la otra mitad con turbos afanados del viejo, todos íbamos con botas de botar pero ya nos las hemos quitado, están ahí en un montón muy grande que recuerda la antesala de un campo de concentración, y entre las toallas de lavabo deshilachadas bajo los culos, y el bronceado de paletas y manobres, y los pelados y las caras y los tatuajes disléxicos que parecen hechos con boli, y la Xibeca escondida que ahora tengo yo debajo de mi cazadora, y un radiocassette destrozado en el que suena «Whine & Grine» de Prince Buster... Cómo decirlo. No somos chicos de verano, en fin.

Ni ganas.

Y las familias nos miran con repugnancia mal disimulada o francamente sincera y abierta, y a nosotros nos da igual. Para chulos: nosotros. Y como nadie parece preocuparse ni hablar de los Chungos, yo tampoco lo hago. Quizás ya pasó.

Le alcanzo la Xibeca a la Cuescos, y no la miro, porque la Cuescos tiene unas peras grandes y encima siempre se sienta como si estuviese montando a caballo y se le ve todo y además la Cuescos está con el Pachanga, lo sé porque a ratos se morrean de forma ostentosa en mi nuca, los muy cerdos.

Estaba mascullando como un majara del manicomio porque al otro lado de la piscina está Clareana. En bikini al otro lado, su cuerpo hobbit de 1,50 ahí, pululando por entre los Cuellos como Pedro por su casa, y me entran ganas de gritar «De qué lado estás, puta», pero mejor no.

Qué bonita es, Clareana.

La mañana entera parece existir sólo con el único propósito de ser el escenario de su belleza.

No sé de dónde me ha salido esta frase de niñata, pero es la verdad.

Vaya: tengo una previsible erección mirando ese cuerpo de nutria enana que tuve en los dedos, mis dedos dentro de ella moviéndose como colas de gato, me pongo rígido pensando en cómo estuve en medio de ese bivalvo minúsculo siendo efusivamente feliz, pero el recuerdo de su odio y la grandísima culpa que debo admitir me acuchilla y dejo de chisporrotear.

Ver a Clareana al lado de los Cuellos me hace tararear una canción que suena a menudo en La Bomba.

Chicas guapas andan con gorilas por mi calle.

Guapas con mandriles. Chicas hermosas con putos chimpancés. Siempre igual. Siempre es tan igual que ya nos estamos acostumbrando.

Oh, cómo os odio, les digo mentalmente a los Cuellos, me dais asco, pero no es del todo verdad. No, no, di la verdad, la Buena Verdad del Cielo, que diría mi madre.

Y la Buena Verdad del Cielo es ésta:

Les veo ahí, todos sus bíceps unidos los unos a los otros como ristas de butifarras, veo esos gemelos en sus pantorrillas que son puchinbols, tensándose y subiendo y bajando, veo esas manos grandes, grandes como las de mi padre, y veo sus ojos claros, azulados de mosaico de la colonia Güell, ojos rusos con pestañas de avancé, y veo sus cabellos rizados y descoloridos por la playa moviéndose como banderines al viento, y veo sus mandíbulas rígidas y cuadradas y sus bocas como aperturas de búnker, los veo bromear entre ellos, los imagino jugando al Deporte perfecta, masculinamente, el compañerismo y la satisfacción que inspira la victoria en equipo y la fuerza física bien distribuida.

Y la Buena Verdad del Cielo, que se demoraba, es ésta: en cierto modo, les quiero.

Y ojalá no, pero incluso les envidio un poco, a los muy putos.

Miro al Cuello que está más cerca de Clareana, y me parece que es el que se acostó con ella; nunca me atreví a preguntarlo directamente, pero la gente habla. Sí, creo que es ése: un Big Jim de carne roja, un mago del balón, un Hombre de Acero en la cama. Cabello de esfinge y bermudas floreadas por las rodillas. Riéndose, ahí, como si todo fuera bien. Como si la vida fuese francamente maravillosa.

Un Cuello. Uno de los guapetones.

*Yo tenía un amorcito
Era toda mi ilusión
Y por otro guapetón
Se fue y me dejó solito.*

Y pienso en ellos cuando los vemos en los bares, todos con la misma camiseta de Deporte, y las coloridas bufandas de Deporte, y cantando las mismas canciones, haciendo las mismas cosas que sus padres y abuelos hacían antes que ellos, felices en este pueblo. Peor: orgullosos de este pueblo.

Ese sentimiento de unidad. De formar parte de algo. De poder explicarte mediante el sitio de donde has emergido. Mirar a tu alrededor y poder decir Soy Esto, soy parte de Esto, y no la mala hierba que soy, este matojo a quemar, esta plaga, esta infección que os traigo, la infección que somos, el bacilo de vacilar. La vergüenza del pueblo, la oveja negra de la familia, los patitos feos del baile: nosotros. 100 punks.

Es nuestra herencia; no pedimos ser así. Nos tocó, qué quieres.

¿Cambiamos?

Pero ellos: cabellos mojados, voleibol en la arena, playas y piscinas y campos con césped verde recién regado, vestuarios con olor a jabón y Reflex, bambas americanas, melenas húmedas que se secan en viajes motorizados, todas sus motos blancas yendo

al mismo lugar, besándose con chicas perlíferas en sus fiestas de cancha de básquet, bailando todos inmundo como gorilas con electroshocks, cantando *Born in the USA*, *Born in the USA*, pero pasándolo bien.

Es extraño, pero creo que, un poco, quisiera ser como vosotros.

No, en serio.

Pero no lo soy, mejor aceptarlo cuanto antes. Autoengañarse en estas cosas lo único que hace es empeorarlas.

Las cosas, quiero decir.

Hay un momento en que me da la impresión de que incluso Carnaval está mirando con envidia a Clareana y a Esfinge, pero luego no, y ya no pienso más en eso, porque no me da la gana.

—Realmente, no me gustan nada mis pies —murmuro desde mi toalla, pensando en los pies de raqueta de andar por la Antártida que tienen todos los Cuellos.

Y la Cuescos, que no es la Zapato pero va por el camino, me dice con la mejor intención:

—Tus pies están bien. ¿Qué hablas, flipado?

Y lo que dice es flipao.

—Hablo de que mis pies son de niña, niña. —Y le señalo mis pies finos, blancos, desiguales, delicados y (vale) algo sucios—. ¿No ves, empanada?

Sólo que lo pronuncio empaná, y ella me pega un empujón sin rasgo alguno de feminidad, y la molécula de feminidad que quedaba flotando a su alrededor se desintegra con un puf, como un hada, cuando me dice:

—Cómeme los huevos, Rompepistas.

Y yo le respondo, como un profesor de naturales que estuviese apuntando lo obvio a un niño ligeramente retrasado:

—Tú no tienes huevos, Loli.

—Ya —me contesta, riendo como un señor—. Pero si los tuviese me los ibas a comer, paYaso.

La Xibeca da toda la vuelta al grupo y vuelve a mí hecha orina, y me va a tocar a mí ir a comprar, va a buscar el que le da el último trago, y está claro que todos han pegado minisorbos para no tener que ir, ya les vale, Carnaval incluido, y lo que pasa ahora mismo lo voy a contar en otro párrafo, porque es para partirse y vale la pena ir avisado y atento. Qué partida.

Joder, qué partida.

Escuela de sirenas. Empieza la escuela de sirenas en su versión Cuellos. Uno a uno, los Cuellos del otro lado de la piscina se colocan en fila de cara a la piscina y uno a uno empiezan a lanzarse al agua, ordenados como torpedos.

Su estilo principal es el plonjon, que es como tirarse de cabeza con gran ímpetu

pero, justo antes de tocar el agua, doblar el cuerpo por la mitad y entrar en el agua como un compás, en perfecto ángulo recto, como un cuchillo que cortara el cloro. Para esto hay que tener abdominales decentes y un cuerpo majo, de otro modo parece que te haya dado un ataque de apendicitis aguda en el aire.

Y todos se van tirando, la gente ha despejado la zona de amerizaje en el agua, y antes de lanzarse miran a las tías que están dispuestas a su alrededor, como en un concurso de belleza prostibular donde sólo tuvieses que señalar a la que quieres para llevártela a casa.

Es así de fácil, en su mundo.

Es su baile de guerra y apareamiento, y no se parece en nada al nuestro. Especies distintas, especies distintas. Depredadores y carroñeros. Adivina quién es quién.

Allá van: Cuello 1, Cuello 2, Cuello 3, Esfinge, Cuello 5: todos sus cuerpos entrando en el agua como triángulos de cuarzo magníficos. Como preciosos diamantes humanos hechos de sangre y bíceps. Zap, zap, zap: uno detrás de otro, como machetes, como cuchillos de circo.

Clareana está allí cerca, mascota de los Cuellos, sexy como una ardilla altamente sexualizada.

Chicas guapas andan con gorilas por mi calle.

Allí está Clareana, dentro de su bikini pequeñito, fumándose un cigarrillo e ignorándome con gran ruido, y en su brazo está la pira funeraria de nuestro amor anarquista. Clareana es la mofeta coqueta y cabezona de aquellos dibujos animados de Hanna Barbera. Igual de bonita, pequeña y hedionda. ¿Y nuestro tatuaje de amor, que cada vez parece más una hamburguesa cruda? Que es, con cada día que pasa, más parecido a la cara de alguien que hubiese sufrido un horrible y flamígero accidente de circulación. Mi nombre ni se lee, ya. Como Trotski, he sido borrado de la historia. Y el corazón, el corazón está algo maltrecho también.

Bueno, ya estoy harto de todo esto. Bebo un trago grande de la Xibeca que he tenido que ir a comprar hace unos minutos, me quito las lupas y le digo a Carnaval:

—Al agua, patos.

Carnaval me mira como si me hubiese vuelto loco. Carnaval lleva un bronceado de Colajet, tres colores, blanco-morenomugre, en la piel, en su cabeza el micrófono tuf-tuf y en su paquete unos turbo de su padre y en sus pies unas botas militares. Se está haciendo un porro de una postura que le ha pasado hace un instante uno de los nuestros que estaba sentado en otra parte de la piscina.

Saber distinguir entre los Nuestros y los Otros es una de las primeras cosas que uno aprende aquí, en este pueblo.

—Tienes que ducharte primero —me dice Carnaval, amasando el tabaco con costo en su mano y bizqueando bajo el sol, y los dos nos partimos.

Ducharme, dice.

Me levanto de la toalla y me pongo de cara a la piscina, asegurándome de que todos me observan. Allí, en medio del suelo antirresbaladizo de color marrón granulado, empiezo a hacer poses de culturista, agarrándome las alitas de gallina de los brazos y simulando endurecimiento muscular y poniendo cara de bloqueo intestinal.

En nuestro radiocassette suena Kortatu a mayor volumen, ahora. «La línea del frente».

Te quiero y quedamos en la barricada a las tres.

Todos se mueren de risa con mis poses y jalean Dale, Rompepistas y Tío Bueno, Carnaval me grita Olé Tus Huevos, y todos los Cuellos me miran, de nuevo dudando. ¿Es ya la hora del sacrificio ritual? ¿Es ahora cuando espantamos a los buitres? Éstas son nuestras batallas, guerras que no salen en los mapas. Miro de reojo a Clareana, que está de lado con el Jopa, y hay algo extraño en su cara. Como si se hubiese quedado patitiesa. Como si le hubiese dado un agustín. Como si acabara de terminar de zigziguear. Como si le hubiesen contado la mejor historia cochina, como si le hubiesen comentado la mejor jugada nocturna, y entonces lo veo.

Es una sonrisa.

Se me había olvidado qué forma tenían en su cara, las sonrisas. Envalentonado por el sonreír de Clareana, ignorando que lo ha borrado instantáneamente de su cara como algo que hubiera que esconder, arranco a correr con poses y brincos de atleta pasado de moda, y me lanzo al agua a doble velocidad, como si fuese metraje antiguo, absurdo.

Angulo mi cuerpo de forma gloriosa en el cielo, todo mi cuerpo un motor perfecto de camión potentísimo de dieciocho ruedas, y mi abdomen se contrae como un baldeo albaceteño a punto de cerrarse sobre sí mismo, y mis brazos tensos como puentes sobre ríos americanos, como puentes del demonio, me sostengo ahí, en el aire como el Coyote, como Mortadelo o el gato Silvestre, y cuando me da la gana vuelvo a caer y entro en el agua como una saeta, como un delfín, sin salpicar, acompañado sólo del sonido de la victoria y la belleza.

Sí, seguro.

Ya me gustaría.

¡Ja!

No, lo que sucede en realidad es esto: volando, volando, me doy cuenta de que estoy intentando un plonjon, y no tengo ni idea de hacer un plonjon. Mi cuerpo, como tantas otras veces, ha desobedecido las clarísimas y detalladas órdenes que le telegrafiaba mi cerebro.

El triángulo que debería hacer mi cuerpo, visto desde fuera, es un triángulo patatudo. Como si hubieses cogido un cartabón de la clase de geometría y lo hubieses pisoteado y roto con asco, y luego lo hubieses metido dentro de una funda de

blanquísimo puré de patatas con tropezones, y luego hubiese pasado por allí una vaca y hubiese dejado caer encima de él una plasta circular.

Entro en el agua con la cara y el pecho por delante, y es como si me hubiesen dado una bofetada con la mano más grande que existe. La manaza de mi padre es una mano de Nancy comparada con esta que me acaba de dar. Entro en pura plancha, y aunque no he visto las caras de mis amigos, las puedo imaginar: su cabeza girada, tratando de no mirar, su boca dibujando un Uich de dolor empático. Menos los Cuellos. Los Cuellos se parten y una vez más no lo hacen conmigo, sino *contra* mí.

Buceo todo lo que puedo, cloro y orina y lapos en mis ojos, nada en los oídos aparte de ese pitido sordo de no escuchar, pero al final voy a perecer, lo veo, así que subo a la superficie y, como imaginaba, los Cuellos se están matando de risa *contra* mí, especialmente el Esfinge.

Humillado y con gran dolor facial, estoy a punto de salir de la piscina, pero entonces veo que Carnaval se levanta de su toalla. Fumado como un chino, ojos que no ven, que son faros antiniebla, piel tricolor como una bandera belga, el rastafari más gordo de Jamaica, ese seto en su cabeza, Carnaval echa a correr en mi dirección. En mi ayuda. La carga de la brigada pesada, y con ese turbo de su viejo.

En cualquier adoquín está la primera línea.

Nuestras batallas, que no salen en mapas ni libros de texto. Y Carnaval que salta en el aire, sobre el agua, como una gran bola de derribo, y en mitad del aire su cuerpo, imposiblemente agilizado por lo que fumó, da una vuelta casi completa y dirige su espalda a la otra parte de la piscina, y cuando está seguro de que su bajaespalda es todo lo que los Cuellos pueden admirar, Carnaval se baja el bañador y les dedica el calvo más majestuoso que he visto nunca.

El culo de cesta navideña de Carnaval en su cara. Los chicos de verano callados, como si hubiesen vislumbrado su futuro, algo horrible, una amenaza sin nombre que pusiese en peligro toda su existencia, su mundo perfecto.

Ese culo.

¡Ese culo!

Un culo en su cara que intenta explicar lo que Carnaval piensa de ellos. Un culo dedicado a los Cuellos, los Plonjons, al Esfinge, a las tías, al padre Pío, a los profesores del instituto, al pueblo entero, al mundo entero.

Culo en caras como una manera de devolver los puñetazos de la vida.

Eres de los míos, gordito.

El vigilante nos echa de la piscina a todos a empujones. La manera en que nos reímos, va a tener que venir el socorrista a darnos oxígeno. Si miras sólo los ojos, esto parece un entierro horrible por la cantidad de lágrimas; pero es el cloro y la risa. El cloro y la risa, nada más.

Amontonándonos como un escarabajo pelotero que acarreará su mierda a empellones, el vigilante nos echa de la piscina mientras todos le faltamos al respeto de forma francamente abusiva. Madres son mencionadas en tonos de calumnia.

No preguntéis.

Y cuando mi padre se entere de esto, porque va a enterarse casi de inmediato, porque conoce a todo el mundo en el Deporte, va a estar contento. Va a silbar y cantar y celebrar una vez más mi parto y mi existencia como primogénito.

Estamos llamando Señora de Mala Fama y Vida Disipada y Ramera de Burdel Turco a la madre del vigilante, aunque con otras palabras, cuando oímos un grito ahogado y una exclamación colectiva de alarma. Nos volvemos todos, vigilante incluido, y nos damos cuenta de que faltaba uno, y el que faltaba está en el agua.

Carnaval, que ahora recordamos que no sabe nadar. Carnaval, que chapotea y grita como un tapir asaltado por tiburones en medio de la piscina. Carnaval...

¡Carnaval!

Salimos por patas otra vez, los catorce y el vigilante, pero esta vez hacia la piscina, y nos lanzamos todos dentro como amigas borrachas de Esther Williams. Sin ningún estilo, algunos con las botas de botar puestas, un par estaban fumando cigarrillos, de hecho entra también la Xibeca, se arma la de Dios, todo el recinto son gritos y salpicaduras, y de verdad que la cosa parece *Tiburón*.

O mejor, teniendo en cuenta el perímetro de Carnaval: *Orca*.

El socorrista, que también se había lanzado, es el primero en pillarle. El socorrista saca del agua en brazos a Carnaval, y va a tener lumbago el resto de su vida, sólo que aún no lo sabe. Lo deja en el suelo precipitadamente, todos le hemos seguido, histéricos, y ahora formamos una pila de estiércol humano a su alrededor, como una sardana de alarmas, un sirtaki de putos colgados.

Clareana está a mi lado, y su codo roza el mío, sólo que yo aún no lo sé, porque en el momento estoy demasiado preocupado por Carnaval. Luego me daré cuenta, y saborearé ese instante en mi boca y cabeza como si fuese un jamón de bellota.

Carnaval está bien. Sólo ha sido un susto, después de todo. Tras hacerle la respiración boca-a-boca, el socorrista le pone de costado, como si girara un pedazo de entraña en la barbacoa, y Carnaval que tose Akho Akhof, y echa algo de agua, odiosa agua, fuera de su cuerpo y luego se incorpora y, sentado allí, las dos palmas en el suelo granuloso, su panzona pálida subiendo y bajando, recuperando el fuelle, mira al socorrista y le dice, con voz aflautada, estrujándose ahora el paquete empapado con una mano:

—Si quieres besar otra cosa sólo tienes que decirlo, tío. —Y lanza un muacs que se estrella contra la mejilla del pobre tipo.

Ahí está, Carnaval, que se ha autoinmolado en el patíbulo del desprecio ajeno sólo para librarme de un ultraje. Mi amigo Carnaval, Rey de los Calvos: ¿cómo he

podido dudar de él?

Nos partimos todos. Y Carnaval que nos mira, realiza una mirada general de ametralladora, y grita:

—¿Nadie tiene sez aquí o qué?

Y nos volvemos a partir.

Mi abuelo.

Mi abuelo sólo quiere morirse. Lo repite cada día, no sea que se nos olvide.

—En momentos como éstos sólo ansío el frío silencio del mausoleo —me dice.

U otras veces:

—Únicamente seré feliz cuando este cuerpo mío, este receptáculo caduco y pasajero, sea pasto de los gusanos. Incluso otras, declamando como un actor afectado de obra navideña catalana:

—¡Muerte, oh, Muerte! ¡Yo te conmino a tomarme! ¡Muéstrate y llévame contigo, oh, Parca! ¡Empálame en el consuelo de tu guadaña limpiadora!

Mi abuelo no es una máquina de producir risas. Cada vez que voy a verle salgo de allí ansiando el recio contacto de la soga en mi tráquea. El congelado patinaje de la cuchilla en mis muñecas. Pero me gusta, mi abuelo, y su afán de morir me hace reír, en cierto modo, y sospecho que a él también un poco, aunque nunca diga que esa boca es suya.

Mi abuelo y mi abuela maternos eran mis personas favoritas del mundo entero, pero mi abuela murió cuando yo tenía catorce años. Mi abuela me decía siempre que iba guapísimo, incluso cuando iba hecho unos zorros, incluso cuando parecía un gitano. Mi abuela me estrujaba y besuqueaba locamente, y me hacía mis comidas favoritas: estofado de sepia con huevos de sepia, guatlles estofadas, arroz a la cazuela, muchos menuts y caracoles. Mi abuela se partía, quiero decir, de verdad esta vez, se *partía* con mis muecas y mis bailes. Mi abuela, en verano, salía a la calle a recibirme con el delantal puesto y en bragas, y mi abuelo se enfadaba y tenía cardiopatías y le chillaba, desquiciado por el qué dirán: Tira para dentro. ¿Dónde vas así, mujer?

Mi abuela murió hace tres años y se me quedó aquí dentro una cosa rara, como un vacío que nadie pudiese llenar, como una caries asquerosa imposible de extirpar y rellenar con algo limpio y antiséptico. Una sensación de extrañar, como cuando te dejas algo en algún sitio y en el fondo de tu cuerpo está el recuerdo de que lo llevabas y ahora ya no está, hasta que te das cuenta y vuelves a recuperarlo por patas. Sólo que a mi abuela no la puedo recuperar, porque murió. Y nunca me dio tiempo a decirle que la quería, eso es lo que me jode. Nunca pude decirle que la quería más que a nada en el mundo.

Cuando mi abuela murió no lloré como una niñata, pero había ganas.

Y la muerte de mi abuela es la razón de que mi abuelo quiera morir. Se querían un rato, y eran como amigos; socios de sesenta tacos, y casados y faltos de algún incisivo, pero socios por encima de todo, para siempre.

Mi abuelo me muestra siempre fotos suyas de joven y me pregunta «Me parezco o no a Gary Cooper», que es un actor del paleozoico o más viejo aún. A mí me recuerda más a Boris Karloff, pero tampoco digo esta boca es mía. «Claro, claro, avi», es lo que le digo.

Mi abuelo luchó en la guerra civil por el bando republicano, y yo le he preguntado alguna vez si mató a alguien, si le pegó un tiro en la frente a algún enemigo. Y él siempre me ha contestado que chape la boca de inmediato, que no diga esas salvajadas, que como me oiga mi madre le da un chungo. No contesta con esas palabras, porque es un señor mayor y educado.

Y yo me pregunto por qué me hace callar siempre, pero hay cosas que mejor no preguntarse a no ser que quieras saberlas de verdad. Quiero decir: *de verdad*.

Un día le pregunté a mi abuelo qué era la guerra civil. Yo debía de tener nueve años. Y él me dijo que era una guerra que hubo aquí entre buenos y malos.

Y esto no lo dijo así porque yo fuese un niño.

Lo dijo así porque era la puta verdad, entonces y ahora.

Y me dijo que perdimos los buenos, *perdimos*, dijo, y que hay veces en la vida que tener razón no sirve de nada. Que aquella guerra fue una de las primeras veces que los que tenían razón, los buenos, perdieron. Ésa es la justicia de este mundo, me dijo.

Y me dijo que un día se iba a enderezar eso, y que los buenos se levantarían y esta vez ganarían.

No lo dijo así por mis nueve años.

Lo dijo así porque era la puta verdad, entonces y ahora, la única verdad futura que valía la pena guardarse en el corazón, la única esperanza que no le pudieron arrancar. Y yo he dudado de muchas cosas en la vida, pero ¿de ésa? Nunca.

Cuando yo era un niño mi abuelo me contaba historias inventadas, historias basadas en su vida, aventuras en las que los protagonistas eran carpinteros como él, y me hacía dibujos de héroes catalanes legendarios, y me enseñó a bailar claqué.

Sí, mirad: clapi-ti-clap-ti-clap-clap-clap.

Vualá.

Pero ahora mi abuelo sólo quiere cascar. Ésa es su idea. Su plan.

Y es por eso que hace unos años me hizo prometer la Promesa del Mazazo.

Otra promesa, de la que también me acuerdo.

Me dijo solemne que si un día empieza a agonizar, a tener alzheimer o a echar babas o a decir mongolidades o a hacerse caca encima, yo tengo que ir al patio, agarrar una maza de tirar paredes maestras que guarda allí y arrearle enérgicamente en la base del cráneo, como haría con una res bovina.

—¿Ya se acerca el Mazazo o no? —le he preguntado hoy, cuando he pasado a visitarle después de comer.

Por cierto, que he estado toda la comida esperando la llamada del vigilante de la piscina, pero el teléfono no ha sonado.

Un milagro, porque si se entera mi padre me descabeza de un sillazo.

—Pronto, hijo. Pronto —me ha contestado mi abuelo con la cara de una vaca que avanzase por la cinta corredera de despiece camino de transmutarse en entrecots, y ha abierto la boca para medio sonreír, y he visto sus colmillos, que ahora están plantificados en mi boca como un piano que alguien hubiera tocado a puñetazos, a lo Jerry Lee Lewis, con el trasero primero y los zapatos luego.

Cuando se ha ido a pasear a 2 km/h y a comprar su barra de pan, me he quedado en el trastero, una habitación húmeda y fría con una bota de vino grande y Juegos Reunidos Geyper y un montón de cosas inútiles y una máquina de coser Sigma antiquísima, y en un armario he encontrado algunos libros de mi infancia, *La isla misteriosa* y *La isla del tesoro* y *Los Cinco* y *Gulliver*. Sus páginas amarillentas y sucias como dedos de majara fumador. Y, al agarrar uno y abrirlo, un trozo de papel que dormía en su interior se ha deslizado de allí al suelo, como escupido, como silbado.

Lo he recogido y, sentado a lo indio en el suelo glacial, he leído las primeras frases, y me ha subido toda la sangre a la cara como si estuviese haciendo el pino. Las cartas de amor de mi padre a mi madre, que le escribió cuando hizo la mili en Zaragoza. No puedo leer más que tres o cuatro frases, pero lo que leo empuja un roscón de vino en mi garganta. Un tortell de cemento. Una bola de pelo seco, un bezoar instantáneo que se queda allí, atascado, sin poder bajar ni subir.

Porque sin poder evitarlo imagino a mi padre como niño perdido, como yo, como adolescente enamorado, confuso, ilusionado, afectado, y eso es algo que nunca se me había pasado por la cabeza. Porque leo esos «Te Quiero» con muchas Os escritos al final de la carta, y tengo vergüenza por otras personas (mis padres), y pienso que ellos debieron de quererse en algún momento, debieron de estar emocionados por su amor en algún punto de su vida, debieron de creer que todo iría bien, y mira ahora. Mira, joder, ahora. Mira qué asco.

Y qué pena también, no jodas.

¿Es éste el final de todas las cosas buenas? ¿Todo está destinado a pudrirse, entonces? Dejo la carta como estaba, como una amapola aplastada por las páginas del libro, cierro la puerta del armario, trago saliva mezclada con grava, y lava, y tornillos

y tachuelas. Luego, salgo a la calle, pero en la puerta me lo encuentro ahí, mirándome de arriba abajo.

—¿Se puede saber qué haces aquí, niño? Vaya susto me has pegado.

Es el chaval que me pegó otro buen susto el último día que espiaba a Clareana en la puerta del instituto. El raro de cabello negro y ojos esmeralda y porte de enterrador juvenil. El NiñoIguana que me recomendó tener valor. El que se parecía a Ultramort, pero en niño.

—Te pegas muchos sustos, tú —me dice, por la cara—. ¿De qué tienes miedo? ¿De qué te escondes? ¿Huyes de alguien?

Arrugo la nariz, porque la calle apesta lo suyo, porque no hay containers y en las esquinas las bolsas de basura yacen repantigadas las unas con las otras como en una orgía romana de tifus. Mi abuelo se pasa el día quejándose de eso, pero como también se pasa el día quejándose de *todo*, la queja queda disimulada en el montón de su amargura.

—No tengo miedo de nada. Qué hablas, tío.

—¿No? Lo llevas escrito en la cara —dice, haciendo como que lee, como resiguiendo las líneas con el dedo—. Dice que te sientes culpable de...

A callar, le digo, y le agarro el dedo, como sujetándome en una palanca de cambios.

Casi consigo dejar de preocuparme por todo, pero no funcionó, le digo al niño. Hay muchas cosas que podría contarte, pero se me rompe la voz, niño.

¿Vale?

Pero tampoco digo nada de esto. Le aparto a un lado y escupo. Llego tarde al ensayo, y estoy a punto de irme zumbando con mis botas de botar, pero él me coge por el brazo y me suelta, por la cara:

—Es perfectamente natural sentir culpa por las cosas.

—¿Sí? —le contesto, volviéndome y desenganchando su garra de mi antebrazo y, francamente, a punto de soltarle un bofetón—. Bueno: también es natural el acné, y el estreñimiento, y no por eso me molan, chaval. Y ahora: aire.

El chico sonrío con una mueca inteligente, de verdad, como si mi piel se hubiese vuelto transparente, como un muñeco del cuerpo humano donde puedes ver todas las venas y órganos y músculos, y me abre en canal con esos ojos de blandiblub, casi como haría la madre de Clareana.

Sí, estoy huyendo, ¿qué pasa? Estoy largándome a toda prisa del espectáculo deprimente de las ruinas de mi vida. Para no ver la catedral de escombros que he dejado atrás. Porque es mi problema, y lo solucionaré a mi manera.

—No te arrugues, Rompepistas. Que vas arrugado por la vida.

Y ahora ya le levanto la mano, porque esa frase ya me la han dicho y no me gustó

ni la primera vez, cuando de la puerta enrejada de una casa con patio colindante aparece una señora mayor, y yo escondo el puño detrás del culo; por educación, y porque la anciana lleva un soplete grande en la mano derecha.

—¡Pànic! —le grita la vieja—. ¡A merendar, pesado!

Ultramort. El niño me ha hecho recordarle. Estaba bien, Ultramort. Ahora que lo pienso. Algunas cosas no las aprecias del todo hasta que: ¡shazam! Desaparecen de tu vida con un relámpago sobrenatural.

Un día hablábamos del futuro, hace un par de años, los tres haciendo campana detrás de una de las tapias del instituto, bebiendo Xibeca. Y no recuerdo qué contestamos Carnaval y yo cuando nos preguntábamos qué íbamos a hacer de mayores, pero se me quedó grabada la respuesta de Ultramort, sentado allí con su camiseta de Bauhaus, su collar con estrella de cinco puntas, la piel muerta de su cara, los botines puntiagudos llenos de hebillas.

—No sé qué voy a hacer, pero seguro que no seré De Ellos.

De Ellos, dijo. Señalando con sus uñas de ántrax al resto de ovejitas subhumanas del patio, sus revistas de *SoloMoto*, sus jerséis trenzados, sus notas de la selectividad, sus vidas hipotecadas a treinta años.

Saber distinguir entre los Nuestros y los Otros, saber distinguir si eres De Ellos o no, es una de las primeras cosas que uno aprende aquí, en este pueblo.

Ultramort no era De Ellos. Por eso me pregunto a menudo qué habrá sido de él. Estaba bien, Ultramort. Me di cuenta de esto un poco tarde.

Bueno, de esto y de un montón de cosas.

Ptuf.

Clareana escupe al suelo y acierta seguro donde pretendía acertar. Donde pone el ojo, pone el lapo. Luego se rasca una de sus orejas de Osito Misha, y dice ¿Empezamos, o qué, tíos?, mirando exclusivamente a Carnaval, como si yo no estuviese allí, como si yo fuese sólo la sombra de mí.

Es la hora de empezar el ensayo. No tenemos reloj, pero por la tubería grande que cruza todo el techo del local pasa con un floooooosh la deposición sólida del vecino de arriba, y al tío el sistema digestivo le funciona como un mecanismo suizo. Su excremento es puntual e infalible. Son las siete menos cuarto.

Clareana trata de camuflar un nuevo espectro de sonrisa, un fantasma que se desliza fugaz por su cara, pero instantáneamente aplasta su ceño y agarra su bajo como si quisiera desencajar el mástil y echar ambas piezas a una hoguera, y eso me hiela las entrañas, me deja la barriga congelada por dentro mientras la piel me arde, y es como si de golpe un mago me hubiese transformado en un botijo, o en una casa

andaluza.

Carnaval empieza a gatear sobre sus escasos tambores y hace 1-2-1-2-3 con las baquetas para señalar cuándo entramos, y entramos al 3, tocamos «Saltos», «100 punks», «Mi tarareo», «Motín» (que es una instrumental) y la que está a medias, que no hay manera de que me salga la letra, ni el título.

Con las arterias embarulladas y nudos en la sangre, canto. Canto en un micrófono de dos pesetas que ató con esparadrapo al palo que lo sostiene. Canto porque ¿qué otra cosa voy a hacer? Y hay un momento en que hacemos un parón a mitad de «Motín», y Clareana y yo nos miramos, nos miramos durante un segundo, como normal por primera vez desde hace un tiempo y quisiera pensar que todo irá bien, todas mis reflexiones acaban en la misma frase, Todo Irá Bien, pero cada vez me es más difícil pensarlo.

Porque tengo un segundo Confiteor Axiomático. Sí, otra vez. Sí, a Clareana aún le hice una jugarreta más.

Y tras la jugarreta volvió a maldecirme y repitió que no iba a perdonarme nunca. Hay un antes y un después de la primera vez que alguien te dice: Esto no te lo perdonaré nunca. Es cierto, pero cuando te maldicen dos veces sí que ya estás vendido. Dos Veces Maldito. Más difícil todavía, redoble de tambor, y me estaba callando esto porque bastante sucio era lo primero pero esto es ya francamente horrible y lo iba a dejar ahí, archivado, pero... ¿total?

Los tambores redoblan, pero es sólo Carnaval, mutilando Motín. Y, tras el papom-patapóm final y mi trangg y el bompbomp de Clareana, Carnaval me dice: Por cierto, que esta noche hay uno, ¿eh? Un motín, quiere decir. Un destroy, se refiere. Y es mejor pensar en eso que pensar en otras cosas, en mi Doble Maldición, por ejemplo, así que saco el Ventolín y le doy tres toques, el último mucho mayor. Psht, psht, PSHHHT. Como si estuviese achantando a uno de esos hijoputas que hablan en los cines.

BAAAAAART.

Perdón por vomitar, pero es que están pasando demasiadas cosas. Porque, como siempre dice Carnaval, imitando una película que le gusta, poniendo voz de oficial alemán: *Un motín es una cosza muy serrrrria.*

Estoy en la puerta de al lado de la puerta de la Casa de la Bomba. El Chopped me ha dicho hace un instante, paternal y amable, Vete fuera a que te dé el aire, Rompepistas, así que estoy aquí, con las manos en la frente, y los codos en las rodillas como columnas, sosteniéndome la cabeza. A mis pies hay una fabada que hace tres minutos estaba en mi estómago y hace uno y medio estaba zumbando esófago arriba como un cohete de San Juan, ¡fumba!, y ha explotado en el alquitrán con gran despliegue de luces.

La calle está deshabitada. Sólo presencian mi mareo una farola y el Barraca. ¿Cuándo antes dije que el Candao era uno de los dos forasteros?

Bueno, éste es el otro.

El Barraca es moro y es yonqui, en realidad se llama Barakah, que irónicamente (alguien nos lo dijo, no sé si es cierto) quiere decir Bendición. Irónico porque el Barraca, aunque mide poco más que Clareana, es una maldita piltrafa humana que va por ahí dando palos con muy poco talento delictivo, chutándose lo que le echen, yeso de paredes o Vim Limpiahogar o rohipnoles para soportar el mono, una cochambre de tío. La vergüenza de Mahoma, le decimos, aunque él no se entera porque siempre lleva esos ojos sin pupila que dan las chutas. Como te vea Alá, le decimos, vas a pillar, Barraca.

Eh, Barraca: ¿está Alá en todas partes?, le preguntamos a veces, cuando estamos de juerga y lanzados.

Él contesta algo que suena como a Sí.

¿Pero en todas, todas?

Semisí, inaudible, líquido.

O sea, le decimos, que Alá puede estar dentro de mi culo. O sea, que puede estar ahí, dentro de ese container repugnante. ¿O en la masa gaseosa de mis pedos?

Las posibilidades son infinitas.

Y no es por faltarle a Alá. Haríamos lo mismo con Dios, o con cualquier otro de esos mamones inexistentes.

Una vez, el Barraca intentó pegarle el palo al Peligro en la cuesta de la Iglesia, e iba tan puesto que casi no podía sostener la barra de acero intimidatoria que llevaba, y el Peligro le ofreció la cartera, no había nada dentro de todos modos, se la ofreció para que al otro no le supiera mal y se deprimiese, pero el Barraca no podía combinar la dualidad Sostener barra + Registrar cartera, así que le pasó la tubería al Peligro para que la sostuviese un momento mientras él se concentraba en su bisnis.

No, si algunos se lo buscan. Siete puntos de sutura le tuvieron que dar.

Al Peligro no le toquéis el voraviu mucho, que tiene cosquillas.

Esta noche el Barraca está medio muerto (¿quizás muerto de veras?) dos portales más allá, y yo estoy mareado. Vomitar es lo peor que hay, pero peor era estar ahí dentro de color verde Burmar Flax y sin poder decir Eh, que esta boca es mía. Así que me meto dos dedos boca adentro y jugueteo con mi campanilla un instante, y el resto de fabada que quedaba dentro se une a sus compatriotas en los en los adoquines de la acera.

BAAAART.

De repente me encuentro mucho mejor. ¿Dije que vomitar era horrible? No, es fenomenal. Entro en La Bomba como un tornado de campechanía, un motín es una cosza muy serrrrria, y en la esquina están los pelados, y parecen bicolors, porque la

mitad de ellos están blanco bacalao y la otra normal. Y entonces veo que la mitad de ellos están apretujándose entre ellos, anchovados en un abrazo comunal y aspirando de un frasquito que lleva el Antología, y tras inhalar empalidecen al unísono y entornan los ojos y es como si fueran a diñar, pero justo cuando parece que ya está, que se marchan al otro barrio, expulsan un risote comunal que hace temblar el misterio de Fátima.

O sea, que están dándole al popper.

—Lo han ido a pillar esta tarde a Universitat, hasta Barcelona se han ido los tíos —me dice el Chopped con cara que no es triste, pero que lo parece por la lágrima tatuada en el ojo.

Y dice Barcelona como si fuese algo muy lejano, que no está a quince kilómetros sino al lado de Ulan Bator, y yo le entiendo, porque esto es el extrarradio, extrafuerte, extramierda, y no se parece a nada, estamos en los confines de la barbarie, dejados de la mano de Dios, escupidos de su boca, y no por tibios precisamente. Somos los anillos de Saturno, pero si éstos estuvieran hechos de detritus. Una Vía Láctea de mocos y pajas. El vertedero de Barcelona.

Y el Chopped añade:

—Y se han traído esto de regalo para ti. —Y me mete un dildo de color negro y de tres palmos debajo de las narices.

—Quita, coño —le aparto de un empujón. Y ahí se queda el Chopped, con un gran pene negro en la mano, sonriendo. Como lo vea Carnaval, pienso, ya está armada, y le busco con los ojos por el bar. Están sonando los Damned en los bafles, «Smash it up», cuando voy hacia el dueño de La Bomba, que está detrás de la barra, y le pregunto ¿Has visto a Carnaval?

Y él que me dice, señalando con el pulgar tras su hombro:

—¿Es eso de ahí?

Yo miro y veo al gordito desplomado en una silla, con la cabeza hacia atrás, como un barbo ahogado y rematado y masacrado por el embotellamiento. Y voy hacia allí y le levanto la cabeza agarrándole de la mata rizada y me parto. Porque en la frente alguien le ha pintado *Chupo Pollas Por Dinero* con un boli. Y me vuelvo hacia los Skinheads por la Paz y todos saludan carcajeándose, y el Jeje levanta el dildo y hace zoinz zoinz en el aire, y el Chopped me hace un gesto de ¿Qué quieres que haga con ellos, eh?, y el gesto le hace parecerse por un momento al skin crucificado de su brazo. A un Jesucristo de cabeza afeitada. Mancillado y aplastado y traicionado por la vida. Inocente, si no fuera por algunas cosas que ha hecho y que no quiero saber.

Y suena, a piñón: *Smash it up, smash it up.*

Y los pelados cantan: *Rómpelo, rómpelo, rómpelo.*

Y cantan, otra vez: *Borrachos y orgullosos, pisando cascos rotos, cayendo por el suelo, esperando pa' mear.*

Y cantan: *Hersham boys, Hersham boys, esta noche hay un destroy.*

Alguien me toca el hombro con un dedo y me vuelvo otra vez, iba a empezar a darle bofetadas a Carnaval para que volviese en sí, pero esto parece importante, me vuelvo y Clareana está ahí, y va y me dice, con una merluza espantosa encima, va y me dice: ¿Podemos hablar? Pero pronunciado distinto, con baba de botellas, y yo miro esos ojos azules vidriosos, aumentados por sus ojeras de tuberculoso oso panda, y no sé qué decir, y en cualquier caso no me da tiempo a contestar, porque Clareana me agarra de una oreja muy fuerte, y me arranca de mi baldosa y me lleva medio de puntillas hacia el lavabo, yo jurando por el camino, Clareana no se detiene ni tiene la menor intención de hacerlo, sigue llevándome hacia el lavabo entre sus dedos con cara de náusea, como si yo fuese una rata muerta que ha entrado el gato, o una compresa usada que alguien ha dejado en su buzón.

—¿Por qué? Es lo único que quiero saber: ¿por qué me lo hiciste? ¿Te había hecho algo yo? ¿Es por algo que te hice y que me quisiste devolver?

Sólo que Clareana no lo pronuncia así. Lo pronuncia borracha, y hay algo estremecedor que gotea en su voz, normalmente reseca y cancerígena, esa voz que reconocería a través de montañas y valles.

—No lo sé. Me salió así. Como si necesitase hacerlo. Como si algo me empujase, ¿sabes?

—Claro que lo sé, hijo de una puta. Estabas harto de mí y querías variedad. Querías otra. Pero lo que te digo, bastardo, es: ¿por qué de aquella manera? ¿Por qué tenías que humillarme y machacarme, eh, cerdo de mierda?

Hum. Ho.

—¿Y lo de luego? ¿La segunda vez? ¿Tú te crees que eso es una reacción de persona normal?

Ahí no digo nada. Suficientemente mal me siento por esa segunda vez, que no viene a cuento y me deprime. Miro a las baldosas originalmente blancas de la pared, y leo las pintadas. MODS. CARAS BRUTAS. ESKORBUTO. THE JAM. SKINS RULE. LOS CANGUROS. PALETAS Y BOLINGAS. LAS DUELISTAS. 100 PUNKS SIEMPRE. OI! ROCKERS RULE OK. INDEPENDÈNCIA. SÍNDROME TÓXICO. TERRA LLIURE. POW! BRIGHTON 64. SKINHEADS POR LA PAZ. TOO DRUNK TO FUCK.

Y, con los huesos rotos, le digo:

—Perdón.

Clareana baja la cabeza, se mira el tatuaje triturado y no sé qué está haciendo. Cuando empieza a encadenar espasmos con los hombros y el pecho, lo veo.

Clareana llora, ahora.

Quiero parar su llorar, pero no sé cómo. Las tiras de su camiseta de tirantes de

Las Duelistas se mueven arriba y abajo como si alguien estuviese jugando con la percha, manipulando el títere de su carcasa. Mordiéndome el labio, rascándolo con uno de mis colmillos, las manos incrustadas firmemente en los bolsillos de los pantalones, miro una pintada que dice: CONDENADOS A LUCHAR y hago un agujero imaginario en las baldosas del suelo con la punta de una bota, como preparando el césped para clavar allí el balón antes de un ensayo. Y le digo a Clareana:

—Todo irá bien, tía —que es la frase que me creo menos del mundo—. Hay que mirar hacia delante —añado, sin saber mucho qué significa lo que acabo de pronunciar. Saco las manos de los bolsillos y, nervioso, empiezo a tocarme con los dedos el nudillo desaparecido de la mano derecha. Aquel nudillo que aplasté contra la pared, un día de discusión con Clareana.

—¿Hacia delante? —dice ella, levantando la cabeza y mirando a mi exnudillo, y en mitad de uno de los gajos de derrota que hay bajo sus ojos se planta un lagrimón grande como una pera de agua—. ¿Delante de qué, Rompepistas? ¿Qué cojones hay ahí delante?

—El futuro —digo yo, y de nuevo no sé lo que estoy diciendo. ¿El futuro? ¿Qué futuro?

—¿El futuro? ¿Qué futuro? —dice ella—. El futuro me la suda, tío. Lo que me da miedo es el pasado.

Me dispongo a poner la mano en su brazo, sobre su tatuaje de pasapurés, alcanzo incluso a insinuar el siguiente ademán, pero veo cómo Clareana me sigue la mano con ojos de panda asesino, y pienso en mi túnel carpal pulverizado y devuelvo la mano al estrecho bolsillo de mis pantalones.

—Dfdagfglahfbviabh.

No he oído lo que me ha dicho, porque Clareana se ha sentado de repente en la taza del váter y está sentada como estaba yo hace nada, con ambas manos en la cabeza, la frente apuntalada en sus palmas, los dedos como tarántulas fijas en su cráneo.

—¿Cómo?

—Que alguien me salve —susurra, mirándose sus zapatos rojos de tacón, ya reparados, ya simétricos.

—¿De qué? —pregunto, temeroso.

Clareana levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—De este pueblo de mierda. Y de ti.

Se traga la última lágrima y el último hipo y se seca los ojos con el antebrazo y se pone en pie y está a punto de largarse. Y yo le pregunto:

—Entonces, ¿ya no estás enamorada de mí?

Y el equivalente de esto es preguntarle ¿Quieres ser mi amiguito?, a alguien a

quien has creado gran dolor con un cabezazo en la nariz, o una patada sorpresa en los huevos.

—A lo mejor sí. Pero ya se me pasará.

Clareana ya no llora. Algo me dice que ésta era la primera y última vez que lo hacía.

—¿Se te pasará? ¿Como un resfriado, y ya está?

—No. Como algo mucho más humillante y repugnante. Como un ataque de diarrea.

Clareana abre la puerta y por ella entra un fragmento de canción de La Polla Records, un segundo, un par de notas que terminan cuando la puerta vuelve a cerrarse, y Clareana ya no está. Me acerco al espejo, y pego mi cara a él y descubro un barrillo en la punta de la nariz y empiezo a darle caña, en silencio, con ambos dedos índices.

A partir de aquí pasan muchas cosas, y ni una es buena. Qué. El que avisa no es traidor.

En la carretera a las afueras del pueblo, las mil de la mañana y embotellado. Me acompañan un cocodrilo y un santo.

Un cocodrilo, un santo y yo, Rompepistas: el trío del almendrío. Pisando el margen sin asfaltar de la carretera, las botas de botar en el fango y las manos en los bolsillos de la chupa de leopardo, me subo el cuello porque parece que va a refrescar y luego me froto la única ceja entera que tengo. Hace un poco de frío, aire indignado da cabezazos contra mis orejas, tengo el cuello dormido como si me hubiesen aplicado Reflex y me duelen las piernas de tanto andar, y llevo encima una buena castaña. Aquí el cocodrilo y el santo también van finos.

No preguntéis.

Y el cocodrilo que dice:

—La sirena número dos. —Sólo que las consonantes y las vocales suenan como sumergidas en papilla de plátano y se ha comido dos sílabas.

Y el santo que dice:

—¿La sirena número dos? Pero ¿tú eres subnormal?

El santo no es un santo, que es el Carnaval. Hace una hora estábamos en un bar de pijos del pueblo de al lado, ni idea de cómo llegamos allí, ni idea, borrado de mi memoria, sé que unas horas antes habíamos hecho ¡Papelera, Papelera!, en la estatua del Deporte otra vez, y que luego alguien dijo Vamos al pueblo de al lado y ¡shazam!, ya estábamos allí. Y, en el bar, Carnaval tuvo la idea brillante de llevarse por piezas la mesa de billar, y en uno de sus procesos inmediatos Idea-Acción se metió el triángulo

debajo de la camiseta, y se puso un taco por dentro de los pantalones, como si se hubiese entablillado una fractura, pero el taco era demasiado largo, así que cuando empezó a bajar las escaleras de la sala de billar con una pata tiesa, el taco le iba saliendo por el cuello de la camiseta. Como una segunda cabeza. Como una antena retráctil de coche.

¿Cómo nos partimos? Nos partimos tanto que casi hay que llamar a una ambulancia, que casi nos tienen que administrar ansiolíticos.

Al final salimos por patas, los pijos del bar se habían calentado y eran muchos, y nosotros sólo doce, pero a piernas no nos gana nadie, hemos hecho muchas carreras de obstáculos en la vida, y embestimos hacia la puerta agarrando todo lo que había delante, como los hunos, detrás de nosotros no volverá a crecer la hierba.

Así que aquí está Carnaval. Mirad: lleva el triángulo del billar encasquetado en su afro, como si fuese una divinidad cristiana echada a perder por la mala vida en los prostíbulos de Galilea, y acompaña su andar de culogordo con un cayado, que es el taco, que al final sí se llevó a lo caballero andante. Bajo el brazo y a la carga.

También se llevó dos bolas. Dos bolas de billar, que ahora lleva en el paquete. Todo eso unido a sus chapas y remaches y llavero dringui-dringante, y parece un árbol de Navidad recién adornado. Un androide a medio desmontar.

Nos acompaña el Puños, y su trofeo fue un caimancito disecado como de cuatro palmos de largo que había detrás de la barra del bar, y desde hace una hora, que es el rato que llevamos andando en esta carretera para volver a nuestro pueblo, el Puños está haciendo como que el que habla es el cocodrilo.

Parece una broma finita, pero el Puños le está extrayendo buen jugo. Humor por repetición.

Los demás querían más destroy, así que se fueron en su busca, y sólo se quedó el Puños, que estaba paposo entonces y aún lo está ahora. Carnaval nos había preguntado hace un momento, con muchas efes:

—Os obligan a follaros a un ser mitológico, ¿vale? ¿A quién os folláis?

1. Sirena Uno (parte de arriba mujer, parte de abajo pez)
2. Sirena Dos (parte de arriba pez, parte de abajo mujer)
3. Hipogrifo
4. Medusa.

El Puños (o el cocodrilo) había dicho Sirena Dos.

—Puños, eres gilipollas —le decía Carnaval, haciendo como que le metía en toda la cabeza con el taco de billar—. La Sirena Dos es esencialmente un pescado, mongol. O sea, tiene cara de sardina.

—Pero tiene coño —le contesta el Puños—. ¿O no?

Y el Puños me acerca el cocodrilo a la cara y, poniendo una voz de subnormal que

a él debe de parecerle de reptil, me dice:

—¿O no?

—Yo creo que cojo la Sardina Uno —contesto. Digo jreo y jojo. Digo shardina.

—Sirena —dice Carnaval. Pero suena así: shirena.

—Sirena, eso —mascullo—. La Uno.

—Que no tiene coño, retrasado. ¿No has oído al Puños?

—Cocodrilo —dice el Puños, como si hablara con otra peña.

—¿Qué vas a hacer con la Sirena Uno, paYaso? —continúa Carnaval, y hace el metesaca aéreo, hace como que esquía, como que se da impulso en un tobogán, con la lengua fuera—. ¿Restregarte contra sus escamas? ¿Froti-froti ahí, con un mero? ¿Ése es tu rollo, puto agonías? ¿Tan desesperado estás por meter el churro que te follarías a un bacalao?

—Vale, pues el Hipogrifo —digo, cansado, frotándome los ojos como si quisiera borrarlos.

—Eso, dale por el culo a un león con cabeza de águila, pervertido de mierda. Dale, venga, si eso es lo que te va, tío cerdo. ¿Tú oyes al depravado de mierda este, Puños? Conmigo no vienes al zoo, hijoperra, que acabarías metiéndole la morcilla a algún pájaro.

—Cocodrilo —dice de fondo el Puños, hablando con un matojo de hinojo.

—Pero la Medusa te mata, matado —le respondo a Carnaval, metiéndole un dedo en la oreja y diciendo matao.

—Pero antes de que te mate follas con alguien que originalmente era una *hermosa mujer humana* —dice, como recitando de memoria y metiéndome un dedo en el ojo—. El que tuvo retuvo, tío. No pasa nada si no te gusta su peinado.

—Sólo que su *peinado* son serpientes asesinas, paYaso.

—Bueno, pues tú vuelve al leoncito volador. Ya hemos visto que los pájaros con culo de mamífero son tu palo, maricón. Dale un besito a tu Leoncio con plumas mientras yo me follo a ese pedazo de jamona con afro de culebras, ¿eh, Puños? Tú y yo nos vamos con la Medusa a morir dignamente y bien follados mientras al zoquete del Rompepistas lo pillan dando por culo a un tigre.

—Cocodrilo —dice el Puños, que ya anda en dirección opuesta a nosotros, caimán bajo el brazo.

Podemos estar así horas y horas, horas y horas, horas y horas.

Mi aullido, en medio del descampado de fábricas de mermeladas que hay entre el pueblo de al lado y nuestro pueblo, suena a plancha de metal barato. Suena a trueno de mentira, de teatro, de representación de *Els pastorets*. Estamos llegando a casa, a lo lejos vemos la discoteca donde todo el pueblo va a levantar el puño, siguiendo el compás de la batería con la que empieza «Born in the USA». Y me sostengo del

hombro de Carnaval, y me sostengo del hombro del Puños, y levanto ambos pies y dejo que me transporten durante unos metros. Partiéndonos los tres. Soy su ariete.

Y grito, mientras me transportan. Un grito sin palabras, un grito primario, de desfogue, de hartura, de excitación y de estar hasta los huevos.

Y, entonces, un coche a nuestras espaldas. Nos callamos. Me dejan en el suelo.

El coche es el único que se escucha, y a una velocidad que canta mucho más que si fuese a gran velocidad. No, va lento, lento, lento, detrás de nosotros, regular, siguiendo el ritmo de nuestro paso, demasiado lento para este y *cualquier* contexto.

Y yo, que digo:

—No os giréis.

Y Carnaval lo primero que hace es desobedecerme y se vuelve, como Linda Blair, rotando el cuello pero sin mover el tronco, y luego deposita su cara otra vez en dirección al pueblo, y con una mano se quita el triángulo del cabezón, y dice, expulsando las palabras por una abertura pequeña que horada a un lado de su bocadeporro, escupiendo la frase como huesos de cereza:

—Son ellos. Os lo juro por Dios.

Se me seca la boca y noto que me tiembla una mano, y cierro el puño en el bolsillo, y hay un traquetreo de máquina mezcladora de pintura en mi estómago. Y los tres apretamos el paso, como gastadores acojonados. Dicen que todos los miedos son miedo a morir, y yo no quiero morir.

Los caballos del coche aumentan las revoluciones, y oímos cómo aumenta el runrún del motor por encima del ruido de nuestras botas de botar en el asfalto húmedo, y en nada lo tenemos al lado, y en nada delante. Y se abren las puertas del 850 Sport, rojo Starsky, cascado. Y salen, los Chungos. Y de la puerta del volante brota el Titi, con ojos de piritá, ojos profundos de pozo negro y calcetines blancos. Luego me preguntaré cómo he podido fijarme en sus calcetines, pero no ahora, ahora no.

Son comadreja. Serpenteantes, sonrisahiena, caras enjutas por la heroína pasada, pómulos en sus mejillas que son como signos de interrogación de final de pregunta, caras estrujadas de flacas, como si una mano invisible les estuviese apretando las mejillas. Pienso en *El viento en los sauces*, en la batalla contra las comadreja, pienso en la serpiente de *El libro de la selva*, y luego me preguntaré cómo he podido pensar esas cosas, pero no ahora, ahora no.

Aquí pierde el que tiene más que perder, de toda la vida. Estas cosas las gana el que no tiene nada que perder. El que no teme morir.

Cuando se acercan, pienso en el Chopped. Qué haría él. Él siempre dice que hay que golpear primero, con toda la fuerza, siempre. Que nada de empujoncitos ni bailes de maricona, que hay que meterlo todo en el primer galletón, que es el que decide la pelea, y aunque no, aunque luego te machaquen, ese piño se lo llevan, y además te

iban a dar igual.

Pero yo no soy él. Ni Carnaval tampoco. El único, el Puños, pero el Puños se tambalea del morado y suelta el cocodrilo, que se queda ahí en la calzada, barriga al suelo, natural, como le hubiesen pillado cruzando la carretera.

Y además al Puños le llaman así irónicamente, ya lo dije. Puños de Gelatina era el mote completo. El más patoso a la hora de crear grandes daños, sus puñitos inservibles de Airgam Boy, manitas de Pinocho.

—Qué pasa, peladitos —dice uno de ellos, y ahora están muy cerca de nuestras caras, y huelen a Varón Dandy, a azúcar en rama, y también a sudor y a medicinas. Y el Titi acerca la boca al Puños, como si fuese a darle un besito, como si fuesen novios, y dice:

—Ahora qué, que no están tus coleguitas, ¿eh?

Y el Puños que dice Qué hablas, pavo, y yo sólo digo:

—Eh, qué pasa, que no queremos bulla. —Y me tiemblan las dos piernas y no sé si se nota, pero me tiemblan un montón y me parece oír cómo castañetean entre ellas las rótulas, un tablao improvisado debajo de mi paquete.

Y de golpe noto un latigazo de dolor, como un escupitajo de fuego en la mejilla, un chasquido eléctrico, y me echo hacia atrás y me llevo las dos manos a la cara y ya no están las lupas encima de mi nariz, y abro un ojo y veo desdibujado a uno de ellos con un palo, que ya ha bajado, y los dientes superiores mordiéndose con furia el labio inferior.

Y me dice Hijo de Puta, entre dientes, y detrás de las retinas no hay humanidad. Que vais a pillar, cagonas, me dice, Por lo del hermano de éste, y vuelve a levantar el palo, y yo sólo puedo meter el codo entremedio y echarme para atrás, volver a notar la salpicadura ardiente, esta vez en el brazo, y veo que el palo lleva un par de clavos retorcidos, y pienso por un instante en el tétanos. Tengo sangre en la palma de la mano, que debe de venir de mi mejilla.

Carnaval dispara un tacazo de billar que pega con fuerza insuficiente en el costado del que iba a por mí. Y en un destello veo algo que pasa volando, algo anaranjado y familiar, a gran velocidad, y hay un crunch y ya no veo a Carnaval y el dringuilng-drong de su llavero cesa de repente.

Todo se divide, y lo que queda lo veo a medias. Dos van para el Puños, y empiezan a darle, y se oye un rasgado de un tirón a su camisa Ben Sherman negra, y una mano de uno va a su cuello, y Puños le da a uno en el ojo, pero recibe dos por cada uno de los suyos, y dejo de verle porque me caigo al suelo, y lo último que veo de él es su pecho abierto, la camisa rota, y cómo intenta parar los puñetazos que le están lloviendo, ahí, con el pecho blanco e imberbe al aire, como un espadachín francés descamisado batiéndose, como un duelista.

En el suelo me hago bola y me cubro la cabeza, pero la barriga me queda al

descubierto y noto una patada, dos, tres, deajo de contar. Tengo un ataque de asma, y no puedo coger el Ventolín. Me ahogo. Me ahogo de verdad, ahora. De puro miedo noto cómo se me vacía el estómago, y me cago en los pantalones, y no es una manera de hablar. Cierro los ojos, siento la marea en mis calzoncillos, espero a que acabe, espero a que esto acabe, y de fondo sólo se oye el ruido sordo de los puñetazos sobre carne, ese zud apagado y a la vez rotundo que se repite, acompasadamente, a mi alrededor.

Cuando abro los ojos, el ruido continúa, pero es de otro calibre. Desde el suelo veo piernas, muchas piernas y gritos y sprints apresurados, y me incorporo con dificultad y me ahogo aún y tengo la cara en llamas y el culo empapado y huele todo a mierda, y veo cómo los Chungos están dentro de su coche, se han oído las cuatro puertas cerrándose una detrás de otra, chakchak-chak-chak, y cómo el coche se pone en marcha y se aleja derrapando con las ruedas traseras.

Saco el Ventolín y le doy muchos toques. Le doy toques hasta que vuelvo a respirar más o menos normal.

PshtPshtPshtPshtPshtPshtPshtPsht.

Detrás del coche, unos veinticinco Cuellos corren, como astados de los sanfermines, los puños en alto, corren y dejan de correr cuando ven que ya no lo alcanzan.

Se me acerca el Jopa, rodeado de unos cuantos de ellos, y me pregunta qué ha pasado, y le huele el aliento a whisky del bueno con Coca-Cola. ¿Su cuello, de ancho? Es como mi cintura.

Le cuento sin aliento lo poco que he visto, y él me dice «ya sé, ya nos enteramos de lo que pasó», y me pregunta «Qué te ha pasado en la cara, con qué te han dado», y digo «Un palo. Era un palo, con clavos». «Te podían haber sacado un ojo», dice, «has tenido suerte».

Suerte, dice.

El hijo afortunado.

—¿Y qué te ha pasado en la ceja? —pregunta.

—Eso es otra cosa —le digo, tal cual.

Contado así, ahora lo veo, en este fragmento parece que estemos todos hablando alrededor de una mesa de roble, sorbiendo té y discutiendo los eventos del día, pero no es de este modo, no. Es un caos grande y desparramado. Se oyen voces aquí y allá, y la gente se interrumpe, y algunos salen corriendo a ver si todavía atrapan al coche, y yo no puedo con mi alma, me tambaleo y no me duele el cuerpo porque estoy en caliente, pero va a doler y lo noto, y huelo a mierda de manera increíble.

El Jopa lo huele, pero hace como que no, y los demás lo mismo. De fondo se oye una sirena, cada vez más cerca: Ninonino-nino.

Busco a Carnaval con la vista y le veo a unos metros, y le sostienen dos Cuellos, uno a cada lado. Voy hacia allí renqueando y cogiéndome la barriga, y tiene una máscara roja en la cara y el ojo a la virulé. Y abre la boca y, entre el bermellón pastoso de los labios, veo que le faltan los dos dientes delanteros.

No llora, pero está a punto. Justo a punto. Le agarro de los dos lados de la cara y le digo Ya está, tío. Ya se han pirado. Sólo que digo pirao.

Carnaval respira entrecortadamente y se toca la boca con dos dedos y dice, Me han tirado un ladrillaco a la cara, y es como si aún no se creyera lo que le ha pasado. Los dientes, dice. Y dice mi nombre real. Y luego otra vez: Los dientes. Como si fuese su grupo favorito: Los Dientes.

Yo le digo, Tranqui, tranqui. Que ya está. Y le llamo por su nombre real.

Y le digo que ahora se parecerá al tío de los Specials, que también le faltan los dos dientes delanteros.

Y él dice, Sí, tío.

Y le digo, para que se sienta mejor: Me he cagado, tío. Sólo que digo cagao.

Y Carnaval sonrío y me suelta: Coño, ya se nota, maricón. Vaya tufa. E intenta reír, pero no puede, porque le entran ganas de volver a llorar. Le miro el paquete y aún lleva ahí las dos bolas de billar, que se han desplazado algo y parece que tenga un testículo gigante en cada cadera.

Llegan dos coches de municipales, que salen del coche y empiezan a empujar a todo el mundo y están a punto de sacar las porras, pero uno de los Cuellos les dice algo que no oigo, y los municipales se calman un poco, y entonces veo a cierta distancia las botas del Puños en el suelo, es lo único que veo porque está rodeado de gente acuclillada. Sus pies inertes están allí, apuntando a la luna, y las dos botas Martens negras como dos berenjenas que hubiesen brotado del suelo. Y voy hacia él corriendo, y aparto a empellones a los Cuellos, que se separan como menhires movidos por la base, y le veo con una mano en el costado, y mucha sangre entre los dedos, e inconsciente, con la cara amoratada, como una ciruela con chichones.

Y el Esfinge, que es el que está directamente delante de mí, levanta la cabeza y me mira con ojos de lechuza y dice con acento de payés, su cráneo triangulado por el peinado como una pirámide:

—Ay, que lo han apuñalado. —Lo dice así: ay. Como si le doliese algo.

Tengo las dos manos en el regazo, una encima de la otra, las palmas hacia arriba, como esperando que alguien ponga allí el pie para subirse a una tapia y recuperar un balón. Como esperando la hostia sagrada de los curas. Carnaval apoya la cabeza en mi hombro izquierdo, y ahora duerme, intranquilo. Su cuerpo se expande y contrae con un respirar tembloroso, sincopado y regular, como una mancha de hinchar flotadores. Carnaval y yo, allí los dos, sentados en la sala de espera del ambulatorio, y

ya nos han cosido. A Carnaval el labio y las encías, y a mí la cicatriz de la mejilla. Scarface. Ángeles con las caras sucias, con las caras brutas, rebozados de barro y sangre, peor que antes, peor que siempre.

Los municipales nos tomaron declaración, y no se nos llevaron por delante gracias a los Cuellos, que lo habían visto todo desde la puerta de la discoteca y les dijeron lo que había sucedido. Y nos trajeron aquí, al ambulatorio del pueblo, a nosotros en el coche de los municipales, al Puños en la ambulancia.

Hace un momento me he ido a limpiar los calzoncillos, los he enjuagado debajo del grifo creando un charco marrón como el río Llobregat, pero no ha servido de mucho. Huelo a lo que huelo, por lo que llevo debajo y por cómo me siento por dentro.

En los asientos de delante de nosotros está la madre del Puños. El padre del Puños no está, porque les abandonó hace tiempo, y nadie sabe dónde para. Y él siempre dice que mejor no tener uno que tener el del Chopped, y tiene razón, imagino.

A las siete de la mañana, un médico sale de una puerta que se abre con un flosch, una puerta con ojo de buey, y se acerca a la madre. Le doy un pequeño codazo a Carnaval, que se despierta de un brinco. Me mira, con un ojo a la virulé, y yo señalo hacia ellos, y los dos nos ponemos en pie y nos acercamos, y el médico le dice a la madre del Puños que el baldeo, sólo que él dice navaja, le ha perforado el bazo, pero que lo han cogido a tiempo y que ahora está estable, que podría haber sido mucho peor, que podría haber muerto, ahora tiene que quedarse unos días en observación.

Otro hijo afortunado, por la parte de los cojones.

Carnaval y yo, los dos escuchando estas cosas, que nunca pensamos que íbamos a escuchar. Que creíamos que éramos inmortales, que estábamos exentos, que éramos inmunes a la desgracia, pero no, pero resulta que no. Y aquí, menos.

Estoy asustado y huelo a mierda, tengo las nalgas heladas y húmedas e irritadas, pero saber que el Puños, al menos, que el Puños no va a, que el Puños. Me interrumpo. No puedo seguir. No puedo pronunciar ni pensar en el verbo.

No nos dejan esperar allí, nos mandan a casa. Carnaval y yo andamos hacia la puerta, nos despedimos de la madre del Puños, por la puerta entra un grupo de gente, algunos con trapos sangrantes en la ceja, otros cojean un poco, uno lleva también el ojo a la virulé y una pata de silla en la mano, y hay policía, y entre cuatro municipales sujetan al Candao, que seguro que acaba de destrozar un bar con toda la borrachera. Y jura en coreano y lleva un brazo entablillado, aúlla algo que debe de significar Me cago en todos vuestros muertos en su idioma, los otros del grupo le gritan Chinomierda, te voy a matar e Hijoputa, Chino, Vas a ver cuando nos dejen solos, y otro día a Carnaval y a mí nos hubiese dado risa esto, nos hubiésemos partido fijo, pero ahora no.

Pienso: Quiero irme a casa. Quiero que alguien me lleve a casa.

Y de repente me doy cuenta de que Casa es esto, que éste es el sitio donde he nacido, que me tocó aquí, y en ese momento pienso otra vez: No. No, tengo que irme, tengo que salir de aquí, que alguien me salve. De este pueblo, y de mí.

Pero no lo pienso, miento, sólo lo noto. Luego me preguntaré cómo he podido pensar eso, pero no ahora, ahora no, ahora me voy a casa, Carnaval me echa el brazo al hombro, Vámonos de aquí de una puta vez, me dice, y no sé si quiere decir del ambulatorio, del pueblo, del país o de esta vida.

Los pollos empiezan a cantar. Estoy en la galería de la parte trasera de mi casa, frotando con un cepillo de cerdas de plástico los calzoncillos manchados antes de echarlos al cesto de la ropa sucia. Me he duchado y puesto un pantalón de pijama, estoy tiritando, tengo la cabeza pesada como una botella congelada de gasolina, froto y froto debajo del grifo la mierda medio reseca, las ocho de la mañana de un domingo y los pollos siempre cantan, su puta madre.

A mi lado, en el fregadero metálico, están las botas de Deporte de mi padre. Llevan barro seco y césped en los tacos, y huelen a hierba y cuero y pies y Reflex.

Yo, frota que frota.

Los pollos, canta que canta.

Frotando, miro las botas de mi padre, y tengo ganas de llorar. Pero no lloro desde EGB, desde lo del padre Pío, y no voy a llorar ahora. Me muerdo los labios, estrangulo el tembleque de pulmones que estaba viniendo, no soy una niñaata.

Pienso en aquella foto mía, la foto del Niño Malabarista con pajarita, «El primer niño melancólico del mundo», decía mi madre, y me digo que quizás su cara de tristeza era porque estaba viendo esto. Éste era el futuro que oteaba desde sus cinco años, y no le gustaba un pelo.

Oigo la puerta de la galería que se abre, y no quiero volverme.

Oigo la puerta que se abre, y redoblo el frotar. FrotifrotifrotiFROTIFROTI.

—¿Qué haces, Rompepistas?

Sólo que mi padre dice mi nombre de verdad. Miro sus botas negras, que no lleva puestas, que están ahí sobre el fregadero metálico, y con los dientes inferiores ataco el labio superior, lo contrario de lo que hizo el Chungo que me dio con el palo, muerdo ese labio como si fuese a desgarrarlo, para detener el hipo de lágrimas. Porque quiero a mis padres, supongo, pero desaprendí a decirlo, y ahora qué, ahora no puedo, ahora sólo esta arcada debajo de las costillas y este daño que me estoy haciendo en la boca, el cuerpo se me convulsiona y arruga, de frío y miedo, y eso que hice un trato, y eso que dije que no me iba a arrugar, oigo de lejos a los hijos de puta de los pollos gritando cada vez más fuerte, sale el sol.

Y mi padre, que me dice:

—¿Qué pasa, Rompepistas? —Sólo que no me llama Rompepistas.

Y entra mi madre, que se abrocha una bata rosa y le pregunta a mi padre Qué pasa, se lo pregunta por su nombre, y mi madre se me acerca y me echa una mano al hombro, y me llama por un mote que me llamaba cuando yo era garbanzo, un mote que es como Gorrión pero que no es Gorrión, hacía muchos años que no me llamaba así, desde que crecí, desde que soy esto, desde que ya no soy un niño.

Me vuelvo, con los calzoncillos cagados en las manos, y llevo las lupas puestas sobre la nariz, pero uno de los cristales está roto, Jopa las encontró en el suelo y las recogió y me las entregó, me vuelvo y mis padres me ven, todo yo, la cicatriz en la mejilla, las lupas rotas, mi madre que vuelve a ver el tatuaje del hombro. Un corazón rojo, y un pergamino cruzándolo donde pone: Clareana.

La galería ha dejado de oler mal. Sólo huele a Reflex, y a barro, y a hierba incrustada en las botas de mi padre, y a menta automática que viene de las aceras y los patios traseros y las eixidas húmedas de los viejos.

Y mi padre me dice:

—¿Pero qué haces, Rompepistas? ¿Qué haces? —Y ha dicho mi nombre Normal. ¿Qué hago?

Otra buena pregunta.

¿Daño, quizás? Imagino que me hago daño. *Eso* es lo que hago.

Mi padre da un suspiro, y veo que está a punto, que su suspiro casi es un sollozo, pero no es una niñata y se aguanta y se lo traga como un hombre. Y mi madre se me acerca y me abraza, noto su pecho materno pegado al mío, yo pego los brazos a mi propio cuerpo, en mi mano izquierda los calzoncillos hechos una bola empapada y viscosa, en la derecha el cepillo, los brazos pegados a mi cuerpo y mi madre rodeándome, como si tratara de sostener un cohete que está despegando, que se está yendo de su lado.

Apoyo la barbilla sobre su hombro, mirando a mi padre sin mirarle, las manos bien pegadas a mi cuerpo, ¡fir-mes!, qué escándalo monta el coro de gallinas. Éste sería un buen momento para echarse a llorar, pero se me ha olvidado cómo y no me sale de las putas narices.

Pienso por un segundo en mis padres de jóvenes, no sé por qué. En las cartas que se enviaban. En la inocencia machacada y pulverizada por los hijos prematuros y los acontecimientos y *Esto*. Pienso en aquel «Te Quiero» de su carta de la mili, en las cosas buenas que *siempre* se pudren, y me pongo más triste aún.

Miradme bien: ahí estoy, ángel sucio en pleno tirabuzón, un ojo al infierno, media lupa rota, la cara cruzada y bruta y el cabello oxígeno, ropa interior manchada de mierda en mis manos, y si pienso por un solo momento en que quisiera volver a ser un niño, si pienso en eso, si pienso en cuando mis pies de bebé reposaban dentro de las manos callosas y amplias como penínsulas de mi padre, voy a llorar pero fijo.

Doy cera, pulo cera, borro el pensamiento y digo:

—Me voy a la cama, mamá.

Porque no iban a entenderlo, y yo no quiero contarle porque no tengo las palabras ni yo mismo sé por qué estamos haciendo esto.

Quiero contarles, pero no sé por dónde empezar. No sé cómo se hace, es la verdad.

Hago una finta, les driblo a los dos, les esquivo finamente en un 1-2, casi como un deportista, y mi padre hubiese estado orgulloso de mí si no fuese por todo lo demás, si no fuese por todo, claro.

Hay que ponerle una letra a esta canción

LUNES 15 DE JUNIO

Hay que ponerle una letra a esta canción. Hay que sacar «Rompepistas» de una vez. Es necesario.

Estoy sentado en la cama, en pantalones de pijama y una camiseta de Deporte azul marino y azul claro que sólo me pongo para dormir. Estoy tocando mi guitarra, que no es una guitarra porque sólo tengo una eléctrica y está en el local. Lo que estoy tocando es una especie de banjo hawaiano que les trajeron a mis padres unos amigos de un viaje al extranjero, y el cuerpo del banjo es el caparazón de una tortuga muerta.

La pinta del instrumento es rara, pero creo que los acordes son los mismos. Hace unos días saqué el «Kiss Me deadly» de Generation X de oídas, sonaba extraño, sonaba a Hawai, pero la saqué sólo con las orejas y los dedos, así que ahora voy a intentar sacar «Rompepistas». De momento el estribillo de la canción, luego el resto de la letra.

«Rompepistas» era la que no tenía título ni letra, y ahora ya tiene uno, de título. La he bautizado con algo que tenía cerca: yo.

Me he levantado por mi propio pie, porque los días de cada día mi padre no puede jugar conmigo a levantar la persiana, se va al taller mucho más temprano, y mi madre me levanta de forma más delicada. Abriendo la puerta y susurrando, como a mí me gusta, como ha hecho siempre.

Me rasco la cabeza rastrillando el campo aniquilado por los productos químicos, me toco delicadamente con los dedos la cicatriz de la mejilla, y pienso: Si te quedas, lo que hay es *esto*. Quizás es porque me estoy endureciendo que ya no estoy tan triste por lo del sábado, por todo. O quizás es porque no sé calibrar el alcance de las cosas que pasan. O quizás sea porque *esto* es lo que hay, y al final de acostumbras a todo.

Y quiero decir: *A todo*.

O quizás es porque estoy haciendo el dar cera, pulir cera. Eso sería lo más razonable, pero tampoco quiero pensar en ello.

Apunto dos cosas en un trozo de papel y hago un dibujo para acordarme de dónde he puesto los dedos en un acorde que me acaba de salir. No tengo ni idea de cuál es, pero suena bien.

Lo repito un par de veces y trato de imaginarlo sin el sonido que brota de las entrañas vacías de la tortuga muerta, y me gusta. Quizás he acabado «Rompepistas». Toco los acordes una y otra vez, y tarareo la media letra que tengo, y ¡Hey! Me gusta.

Y si sigo cantando, *todo* se arreglará. Y si sigo cantando dejaré de mirar atrás, tal vez.

Voy a la cocina a beber zumo de pera. Entro, y mi madre está cocinando, ya, de

buena mañana, cebolla frita en aceite de oliva y ajos tiernos, el prólogo de sus sofritos. Y digo Buenos días, mamá. Y ella se vuelve y me mira con ojos tristes, y sé que esto va a comenzar Una Conversación, así de temprano, de buena mañana.

—¿Por qué haces esto, Rompepistas? —Sólo que me llama por mi nombre real.

No sé, mamá, le digo, y me lleno el vaso de zumo y devuelvo la botella a la nevera y cierro la nevera, schlup.

—¿Es por lo de tu padre y yo? —pregunta, limpiándose las manos en el delantal floreado—. No estamos en muy buen momento, pero todo se arreglará. Te lo prometo.

No quiero oír esto, y no quiero oír más promesas que habré de recordar y/o mantener. Quisiera tener la sordera hacia la humanidad de Ultramort. Por dentro, sin que se oiga, canto «Rompepistas»; para tapar el ruido de fuera, para ahuyentar las olas de disgusto de mis costas.

—¿Por eso estás así? —vuelve a preguntar—. Puedes hablar conmigo. Dime lo que te preocupa.

—No es nada, mamá —digo, y enjuago el interior de mi cráneo con el resto del zumo y le doy un beso en la mejilla y salgo de la cocina—. Me voy al INEM.

En mi habitación me toco la barriga por encima, aún me duele de los patadones, tengo varios morados repartidos por el torso, me visto sin ducharme, me pongo una camiseta de los Jam con los colores de la diana irlandesa y me embuto en los pantalones y las botas de botar, y no voy al INEM. Imagina que van y me dan un empleo.

No, salgo de casa, miro antes a ambos lados por si hay Chungos, examino la calle con el paquete empequeñecido y luego enfilo decidido hacia el instituto, a espiar a Clareana, que cada día me odia más, parece imposible pero es cierto, aunque ahora tengo la cicatriz, y quizás le doy pena. Dar pena es la última arma que me queda.

Andando hacia el instituto, escalando la cuesta que subí cada mañana hasta que el culo de Carnaval se interpuso entre nosotros, pienso en la pregunta de mi madre.

¿Por qué hacemos esto?

Si yo fuese inteligente, sabría la respuesta a esta pregunta.

Creo que todo lo que hacemos lo hacemos porque es lo que más se acerca a continuar siendo niños. Porque ninguno de nosotros podía aceptar que lo de ser niños se había terminado, y queríamos seguir jugando. Queríamos disfraces y aventuras y fantasía y romance. Y esto era un sustitutivo decente: las chapas de hojalata, y el llavero dringui-li-drong, las canciones escandalosas, la ropa rasgada, los empujones por las esquinas, los cabellos de colores y el grupo. La panda. Los cuatro. Los Cuatro y el Misterio de Las Duelistas. Tom Sawyer y Huckleberry Finn: Carnaval y yo, los dos allí, Dos Años de Vacaciones en nuestra propia miseria.

¿No es eso la adolescencia, después de todo? Un estiramiento inhumano y

antinatural y dañino de la niñez. Un disparar los últimos cartuchos antes de ingresar en la vejez. Sólo que algunos cabezotas nos encariñamos con ella y, terminados los cartuchos, cargamos con la bayoneta, y luego, cuando ésta se rompió, fuimos a la carga con la culata, y luego con las manos, y luego con el culo y luego con los dientes. Con lo que hiciera falta. Sin aceptar la derrota, estúpidamente. El cuerpo de la gallina que sigue correteando tras el descabezamiento y aún no le ha llegado la información de que Ya No. Eh, Tú, Que Ya Está. La cola de lagartija, altamente desinformada de la situación actual. La cola de lagartija, enzarzada en una nueva victoria pírrica y quizás, *seguro*, inútil. Ahí, sobreviviendo sin futuro.

Ahí, bailando.

Bailar es lo que haces cuando aún no te has enterado de lo mal que están las cosas. O cuando ya te has enterado, pero quieres olvidarlo a toda costa, ¿no? Bailar para no llorar. Bailar para mantener alejada la marea de la tristeza.

Si yo fuese inteligente, sabría todo esto.

Pero no lo soy, y no lo sé.

La guerra ha comenzado. La situación actual es de movilización de tropas. El domingo, que era ayer, sí pasaron cosas, pero fueron sólo telefónicas porque yo no quería salir de casa, porque estaba dolorido, y (de acuerdo) acojonado. En mi aparato, mi teléfono, el Chopped gritaba. Gritaba de un modo que daba algo de miedo.

—¡Vamos a aplastarles! —chillaba—. Les golpearemos tan fuerte, con toda nuestra fuerza, que no podrán reaccionar. Lo que necesitamos es unidad. ¡Hay que machacarles, me cago en la puta! ¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta!

Ahí estuvo un rato pegando berridos en el auricular, que yo separé un par de palmos de mi cara. Continuó jurando y hablando de las madres y abuelas y primas de aquellos tíos chungos durante un buen rato, y seguramente llenando el teléfono de escupitajos y reclamando unidad a gritos.

—Chopped, esos tíos eran muy chungos, ya lo viste —le dije, apaciguador y acojonado a más no poder.

Eso le dio pie a arrancarse con otro estribillo de juramentos y amenazas.

—¡No saben quiénes somos! ¡No tienen ni puta idea! ¡Pero se van a enterar! ¡Se van a enterar!

No le dije lo que estaba pensando en mi cabeza, que era que a mí ya podían darme de baja en la guerra y que esos tíos *sí* saben quiénes somos, y precisamente por eso nos dieron como nos dieron y el Puños está en el ambulatorio con el bazo perforado y yo no quiero ese final, no quiero sufrir muerte, haría cualquier cosa por evitarla.

Al final decidí decirle esto último, suave y lentamente, como si hablara con un mongui.

—¡No te cagues, Rompepistas! —contestó. Me encantaría que dejara de gritarme, pero no hay manera—. ¡No te cagues, tío! Que es lo que están esperando. Que nos caguemos. Pero vamos a contraatacar con el doble de fuerza. Con un movimiento de pinza.

No me gusta nada cuando el Chopped empieza a utilizar jerga de la Segunda Guerra Mundial. Es mala señal. Y culpa mía, además; de niños jugamos juntos demasiadas veces a la Fuga de Colditz. ¿Movimiento de pinza? A ti sí que se te está yendo, Chopped.

La pinza, quiero decir.

Esto me lo callé también, pero aunque lo hubiese dicho no me habría escuchado, porque ya volvía a estar con lo de Hijos de Puta, Hijos de Puta, y estuvo así durante un buen rato.

Y luego:

—¡No te cagues, tío!

Bueno, eso es imposible porque ya lo hice. Cagarme. La prueba está en el cesto de la ropa sucia, aunque no recomendaría a nadie que la sacara para examinarla ni con pinzas ni con un palo largo.

—Ese Titi, te juro que lo mato. Por mi madre. Lo mato. Lo voy a matar, Rompepistas.

Titi es un mal nombre para dar miedo. Yo que él me lo cambiaba. Pero luego me acordé de que yo sí tenía miedo y cambié de idea a gran velocidad.

—No hablas en serio, tío. No jodas —le dije, mientras con la otra mano me acariciaba los genitales por debajo del pijama. No era nada sexual. A veces lo hago sin pensar.

—¿No? ¿No? Tú no sabes nada, Rompepistas. No sabes muchas cosas, tío.

Cierto. Cierto. Ni las quiero saber, así que no me las cuentes, pavo.

Eso no se lo dije.

Lo que le dije, fue:

—Vale. Vale. Mañana hablamos en el Provi.

—¡No te cagues, Rompepistas! —me berreó en la oreja.

Y dale con el cagar. ¿Podemos dejar este tema?

Las niñas no son tontas, pero algunas desde luego lo disimulan muy bien. Desde detrás de un SEAT Ronda negro igual que el de mi padre estoy observando a cuatro pájaras que fuman y hablan a la vez en la puerta del instituto, las palabras saliendo de sus bocas en volutas blancas que explotan en el aire.

Miradlas: ahí, con sus pantalones de cuello alto, y sus melenas carbonizadas en forma de casco de los Devo, y unos jerseys de windsurf Mistral que no sé por qué llevan, porque aquí nadie ha hecho windsurf ni lo hará jamás, y en las carpetas llevan

fotos de Eros Ramazzoti y Jason Donovan y de las bolsas cuelgan llaveros y muñecos de Snoopy colgados y yo pienso: Pobre perro.

Y ahí están, miradlas, las niñas, hablando de apuntes y de tíos sin cerebro (literalmente, tíos que nacieron sin masa cerebral, la cabeza completamente hueca, espacio craneal libre para montar acuarios, o cócteles, o bidets) mientras yo me agazapo tras el Ronda como la rata que soy.

La ratita que barría su escalerita. La ratita con botitas.

¿Iban a mi clase estas tías? Es difícil de decir, porque desde lejos todas estas retrasadas parecen iguales.

Y además, ¡eh! ¡Eh! ¡Un momento! Que sale Clareana, ahora. Silencio, todo el mundo a callarse. Me escondo bien y la observo a través de los cristales laterales. Higo chumbo en el cráneo, orejas de ánfora Record d'Empúries, ojos con sombra de mediodía debajo de los párpados, sus piernas arqueadas, no dije esto en las otras descripciones, hay que añadirlo a toda prisa, rápido, rápido: Clareana es estevada. Tiene piernas de montar a caballo, aunque nunca lo haya hecho. Piernas de paréntesis abierto y cerrado, y dentro de los paréntesis el aire de entremedio de sus rodillas, y ambos pies mirando hacia dentro.

Garrella, como se dice aquí. Joder, cómo me gustaban sus piernas garrellas.

Me encantaban sus piernas garrellas, abiertas o cerradas, pero abiertas era un bonus extra, no jodas.

Me encantaba Clareana, y, a mi manera miserable y vil, la quería y quiero, o sea que ya está, no se hable más.

Clareana se despide de las pájaras de la puerta, que inmediatamente después empiezan a criticarla a sus espaldas como buitres carroñeros, y la veo andar como Lucky Luke, y sonrío un poco, y miro los dos flanes cimbreados debajo de su camiseta de Eskorbuto y estoy a punto de ir a conversar con ella, me da igual que me aplaste la nariz con su carpeta llena de fotos de los Jam y los Boys y los Último Resorte y los Sex Pistols y Kortatu. Me da igual, completamente igual, y me estoy poniendo en pie cuando veo que, cuando veo que, cuando veo que.

Carnaval.

En serio.

No preguntéis.

Veo que se dan dos besos, y Carnaval, esa albóndiga trapera, se abre los labios y le enseña el hueco de sus dientes, y veo que ella pone la boca en O, y pone las manos a ambos lados de la cara de Carnaval como si fuese un balón de fútbol, y el otro se señala a medio palmo de la cara de ella, y luego empiezan a andar por la cuesta que sube al instituto, Carnaval con la espalda pintada donde pone: 100 PUNKS.

Y pienso en un trozo de la letra de la canción original que me ayudó a traducir la madre de Clareana, y que dice:

100 punks corriendo, quedándose con todo 100 colegas en los que puedes confiar.

Y pienso en la promesa, y eso es lo que me duele. La promesa.

Ya están lejos, ya bajan por la cuesta, y Carnaval que salta y escenifica puñetazos, y sé que le está contando su participación heroica en la bulla del sábado, y ella se lleva las manos a la cara, esta vez a la suya, y en su boca aparece otra O y Clareana es ahora como un cuadro que me enseñó una vez su madre, un cuadro de un tío pintor que tenía nombre de cereal de Kellogg. ¿Cómo se llamaba? Ahora no me acuerdo. Munchy o Crunchy, algo así.

—¡Eh, hijo puta! ¡Qué haces, cabronazo!

Parece que lo haya gritado yo, ¿verdad?

Pues no.

Lo ha gritado desde la otra acera un señor cuando ha visto lo que estaba haciendo sin darme cuenta con su Ronda negro. Me miro las manos, y ahí tengo el retrovisor.

Oh. Hum. Lo he arrancado sin percatarme.

Miro el retrovisor, miro al tío que se acerca corriendo, todo esto lo hago viendo pésimo porque no llevo lupas, pero lo básico, lo que hay que pillar, pues sí lo pilló, y es que el tío, por muy desdibujado que esté, me va a dar un par de patadas en la puta cara en un instante, por masacrarle el carro, por rata.

Suelto el espejo de coche, lo dejo caer sin mirarlo, mis ojos fijos en el señor desenfocado que se acerca corriendo y jurando hacia mí, me pongo en pie y salgo por patas en la dirección opuesta a la que han tomado Clareana y Carnaval, y paso por el medio de las cuatro pájaras y las empujo y a una le arranco un Snoopy de la bolsa Salomon que lleva colgando en un hombro y me lo llevo metido en mi puño como si lo envolviera un saco de dormir de momia, y de lejos oigo sus insultos agudos, sus palabras terminadas en *ón*.

Cómo corro. Correr y hacer el gusano y chuparme el dedo son cosas que siempre se me han dado bien.

Eran 100 punks corriendo, quedándose con todo.

Pero 99 en los que puedes confiar.

Ya ves.

Uno menos.

Uno había caído, y no sé qué voy a decir, ni preguntar, y me arden las mejillas y tengo tanto flato que nueve manzanas después me paro y me siento en un portal y me quedo allí, sentado, suplicando que las cosas no sean lo que parece que son y abro el puño y ahí está Snoopy que me mira, rígido y plástico desde el lecho de mi mano, es el Snoopy bailarín, las orejas extendidas hacia arriba y la cara de iluminación feliz, y yo suelto un suspiro que pesa como un cadáver, pego un suspiro pesado y sólido y

fúnebre que suena como un soplo, como si estuviese tratando de apagar pequeños fuegos. O avivarlos, porque a veces pasa al revés.

Mi padre se echa sifón en el vino, y es el único sonido de la mesa. Mi madre come, examinando su plato. Gilda mira hacia la televisión, están dando el *Telenotícies Migdia*, éste es el sonido de mi pueblo. Si andas por la calle a esta hora, de todas las ventanas sale olor a cordero a la brasa y el sonido del *Telenotícies Migdia*. Con el tiempo tendré grandes dejavús cada vez que huela ese olor o escuche la musiquita de relojería del *Telenotícies Migdia*, pero ahora no. Ahora sólo este silencio de envase al vacío, de algodón en las orejas, de poder oír tu propia saliva haciendo glog a cada trago.

—Morir puede ser una gran aventura —dice mi abuelo, haciéndolo pedazos. El silencio, quiero decir.

—No empieces con eso, papá —le dice mi madre—. No puedo más. Anímate un poco, por favor.

—¿Animarme, en este valle de lágrimas? ¿Sonreírme, cuando estoy descendiendo estrato a estrato en mi propio infierno de Dante? Oh, no. Oh, no. Mejor mirarla a la cara, a esa segadora calavérica, a esa marseca que siempre recauda a sus cuerpos, y decirle, decirle sin dilación: ¡Tómame! ¡Tómame ahora!

Todo esto lo ha dicho declamando en pie. Tienen razón cuando dicen que, en este pueblo, hay más pillados fuera que dentro.

—Siéntate, papá —le dice mi madre—. Tengamos la fiesta en paz, por un día.

¿Fiesta? ¿Ha dicho fiesta?

Si esto es una fiesta, yo soy Billy Idol.

Si esto es una fiesta, es la peor a la que me han invitado en la vida.

—Silencio —dice mi padre—. El Tiempo.

Todo el mundo quiere saber El Tiempo, en mi país, todos. Todos menos yo. Resulta que hemos de callarnos porque un tío con notable cara de tonto nos señala movimientos circulares en un mapa y nos predice temperaturas que nunca vendrán, porque siempre se equivocan.

Parece que va a llover, según el *Telenotícies*.

—Parece que va a llover —dice mi madre.

Si estuviese aquí el cerdo de Carnaval, diría: Sí, en el chocho de alguna.

Pero Carnaval no está, ni se prevé su llegada inminente.

—¿Y a ti qué te pasa? No has abierto la boca desde que nos hemos sentado a comer —me pregunta mi madre.

Mi hermana se vuelve hacia mí y me mira, como si entendiese todo, como si supiese todo lo que me preocupa, pero no puede ser, porque tiene diez años y porque yo no he dicho que esta boca era mía ni loco, ni a ella ni a nadie.

—Eshtá enamorado —dice mi hermana.

—Cállate, tú —digo yo, y le tiro un pedazo de puré de patatas a la frente mediante un hábil movimiento de tenedor-catapulta.

—¡Agh, ashquerosho! —Y me devuelve otro, pero el suyo estaba tintado de ketchup y es más repugnante todavía.

—Vuelve a hacer eso y te juro que enveneno a Pol Pot —le digo. Y pongo una cara de seriedad que significa: Sí, puedo hacerlo, no es broma, ponme a prueba.

—¡Mamá, mamá, mira lo que dice el Rompepishtash! —Sólo que no me llama así.

—¡Parad ya, los dos! —grita mi padre, y veo que está a punto de levantarse y darme un coscorrón. Y yo, que nunca he sido el más listo de la casa, le miro y pongo cara de Netol: hincho los dos carrillos e intento sonreír al mismo tiempo, y me pongo violeta, y nunca me sale lo de hacer las dos cosas a la vez, y mi padre, cabreadísimo, se lanza hacia mí y me suelta un soplamocos como si llevara un muelle en el brazo, una bofetada no muy fuerte, se arrepiente al instante, nos quedamos los dos congelados, allí, yo con la mano en la mejilla, rojo de rabia.

No, va, en serio.

Me levanto bruscamente de la silla y oigo que alguien le espeta a mi padre:

—Como vuelvas a hacer eso, te enteras.

Lo dice así, tal cual.

Qué tío, quien haya sido. Qué huevos.

No, un momento, esperad un momento. No es alguien.

¡Soy yo! ¡Yo he dicho eso! ¿No es increíble?

Tengo que haber sido yo por narices, está confirmado, porque mi padre se levanta de la silla y viene hacia mí, olvidando ya la culpa por lo de la bofetada, y mi madre se levanta para pararle y se le pone delante y le dice algo que no oigo pero que seguro que era medio apaciguador medio dañino, mi madre también tiene mala leche cuando desenfunda, mala fe, es mala fe de ir a hurgar donde duele, mi abuela no era así, suerte que no está viendo esto, de la que se libró no lo sabe bien, y mi abuelo empieza a decir Muerte, Ven Ahora, Arráncame de la Estupidez de los Hombres, y mi padre le dice Usted cállese que nadie le ha dado vela en este entierro, y eso sí que se le acerca más.

Un entierro. Esto es un entierro, no una puta fiesta. Al fin hablamos con propiedad, en esta familia.

¿Quién es esta gente?

Dejando de lado las cuestiones de si los quiero o no, que se sobrentienden, me pregunto en ese momento: ¿Quién es esta gente? ¿Yo soy esto? ¿Soy yo como ellos?

No, tío.

Yo seré como soy, pero así seguro que no.

Quizás soy adoptado, y nunca se han atrevido a contármelo. Quizás llegué flotando en un cesto de mimbre por el río Llobregat, flotando y llorando sobre la porquería y los peces muertos.

Me siento de nuevo, gallo sin espolones, porque he vuelto a ver de cerca las manos de mi padre. Bebo un trago de gaseosa y miro hacia la televisión, y acaba de empezar *Magnum* en TV3, porque en la tele hay un tío con mostacho y pantalones cortos muy prietos que parece de la acera de enfrente.

Y sobre el ruido de nuestra mesa, sobre la pelea familiar, oigo que alguien le dice al *Magnum*: *¿Te has bebido el entendimiento, Magnum?* Y yo pienso que ésa es una buena idea, considerando todo lo que pasa. Beberme el entendimiento.

Me pongo en pie de nuevo, me voy al Provi, y oigo de lejos a mi padre que me grita *Aquí No se Levanta Nadie de la Mesa Hasta que Hayamos Terminado*.

Sí, ya, ¿qué vas a hacer al respecto, paYaso?

Me vuelvo y miro a mi padre de la manera en que uno miraría a un tío que no es su padre de verdad. A un tío que no conoces de nada, pero con el que has convivido diecisiete años. Le miro con el desafío de los hombres que son ajenos entre ellos, desconocidos y a la vez hostiles, le miro desatando el incendio y aplaudiendo el desastre. Le miro como si no nos uniese sangre.

¿Qué vas a hacer al respecto, entonces?

Porque a correr no me gana nadie, y ya estoy bajando las escaleras y contando los escalones hasta que hacen 36. Me voy a beberme el entendimiento. No me esperéis levantados. Voy a beberme el entendimiento y luego, luego hablaré con Carnaval de hombre a hombre. Está decidido.

Tapetes. Oh: cuántos tapetes. Dios santo, hay tapetes por todas partes. Encima de la cadena de música, encima de la tele, encima de la cómoda, encima del secreter, encima del recibidor, encima de los respaldos de los sofás, hay uno muy grande encima de la mesa del comedor y luego pequeños tapetes debajo de jarrones y relojes y debajo de una estatuilla barata de porcelana pintada que representa un borrachín agarrado a una farola, allí hay también un tapete.

Me muevo sin cesar, porque temo que si me quedo quieto la madre del Puños me plantificará un tapete encima.

Nunca había estado aquí. Hemos venido el Chopped, el Carnaval y yo a hacerle una visita al Puños, que ya han traído del ambulatorio a casa.

El Puños está en la cama, un tapete encima de la mesilla de noche al lado, y la madre que nos pregunta desde otra habitación *Queréis tomar algo*, y todos decimos que no, porque el Puños nos dijo un día que su madre nos llama *Esos Borrachos*, y tampoco es plan de que lo vea en directo, que lo somos.

El Puños está blanco como un folio, como tratado con lejía, y tiene los labios grises, y está conectado a una cosa por la muñeca. Está despierto, y nos mira, y nos dice Gracias por venir, tíos, pero lo dice con anemia verbal.

Nadie sabe qué decirle, así que el Chopped dice lo único que convenía no decir:

—Les vamos a destrozar, Puños, tío, les vamos a joder vivos por esto, te lo juro por ésta. —Y se besa el pulgar como hizo Clareana el sábado en el lavabo.

Se besa el pulgar, como si en él llevara un crucifijo que no lleva.

El Puños pone cara de no poder importarle menos, y el Chopped no se da cuenta de que Ya Está. Que ya se ha acabado para el Puños. Que no le contemos. Que le demos de baja. Que reírse y caer y crear un poco de gran dolor estaba bien, no estaba mal, era una risa, era por hacer algo, pero cuando las cosas se ponen serias, No Contéis Conmigo. Que eso era entonces, y esto es ahora, hostias, y a mí me han apuñalado y a vosotros no. Apuñalao sería la palabra que utilizaría.

Y tendría razón, qué cojones.

Yo miro al suelo, el cuello doblado hacia abajo como un girasol de agosto, las manos detrás de la espalda, y marco Uno Menos. Tacho mentalmente al Puños.

—Fijo —dice el Carnaval, por decir algo, aunque todos sabemos que Carnaval es aún más puños de gelatina que el propio Puños de Gelatina y un buenazo y no ganaría una bulla ni contra los jubilados del Casal Sant Jordi ese de al lado de su casa, el que está lleno de despojos jugando al dominó y fumando puros y dejando caer inadvertidamente pedos muy nocivos.

Yo no digo nada, y toqueteo con los dos dedos el tapete de la mesilla. Está currado, el tapete. Hay curro, en ese pedazo de decoración completamente inútil.

Y entra la madre y nos dice:

—¿No veis, los disgustos que me da? Desde que se fue su padre que éste no hace más que maldades.

Y el Puños le dice:

—Cállate ya, vieja. —Pero no lo dice mal, no sé si me explico, lo dice con respeto, aunque parezca imposible decir algo así con respeto. O, como mínimo, con cariño.

Tampoco había sido muy bonito de parte de la vieja lo de recordarle que es un poco bastardo, el Puños.

Nota mental #4: ¿Eres bastardo si sabes quién es tu padre pero el tío se ha escaqueado de cuidarte y se ha ido con otra fulana?

Un poco sí, no me jodas. Un poco bastardo eres.

Y el Chopped le dice a la señora si puede usar el lavabo, y yo sé que el Chopped ha pillado velocidad, que es como los Skinheads por la Paz llaman al speed, y yo nunca lo he probado pero veo la cara que le pone a la gente, una cara como la que pongo yo cuando hago como que tengo una sardina viva en el culo, y el Chopped

tiene ahora las venas del cuello a la vista, como en una clase de anatomía, y se va a meter una raya de velocidad al lavabo, que seguro que tiene tapetes también, espero que los quite antes, y el Chopped hace una mueca levantando las cejas como de ¿Os hago una?, a espaldas de la madre del Puños y los dos, Carnaval y yo, negamos con la cabeza al mismo tiempo, y el Chopped sale de la habitación dejando su silueta marcada en la puerta, como en un Mortadelo.

Carnaval y yo, los dos allí, en la habitación del Puños, que se ha quedado dormido con la cara de aguarrás y los labios fúnebres, y la madre se ha ido, y miro a Carnaval y le digo, flojito, le digo:

—Tío, te he pasado a buscar esta mañana y no estabas. ¿Dónde coño estabas, tío? —Sólo que digo pasao, y no le miro a los ojos. Le miro a una oreja, para no mirarle a los ojos.

—He estado jugando a la palestra con mis hermanos, ahí, con una Xibeca, al lado del mercado.

Lo dice tal cual, el bastardo integral. No a medias, no. El Bastardo Total.

Y yo allí, Carnaval y yo, yo cada vez más mosqueado pero también con un lago de regüeldos ácidos en el pecho, no sé si me explico, mosca pero triste a la vez, ¿sabéis? Puteado y con ganas de crear dolores grandes, pero también con ganas de echarme a llorar un poco, sin llorar, porque aquí, de niñas, lo mínimo.

Y, para asegurarme, le digo, y el labio me tiembla de una forma patética, o sea, de dar pena, y sigo sin mirarle a los ojos, miro a su oreja canina, luego a su cuello, a su hombro, a cualquier sitio menos a sus dos ojos:

—¿A qué hora? ¿A qué hora estabas jugando a la palestra? ¿Eh? Porque te he ido a buscar y no estabas y...

—Eh, pavo, que no somos novios, tío —me interrumpe, y le veo el hueco donde había dos dientes y sus eses ahora resbalan como si se lanzaran por la nieve sobre un saco de cemento vacío—. No sé, a las once o a las doce, yo qué sé, no llevo peluco, ya lo sabes.

Y ya no quiero oír lo que Carnaval me cuenta, no quería preguntarlo, no quería exhibir mis temblores, quizás si no los hubiese sacado de la chistera habría sido como si no existieran, ¿no? Dar cera, pulir cera, pero no entiendo por qué Carnaval me está diciendo esto, se supone que era mi amigo, tendría que decirle esto: Se supone que eres mi amigo, Carnaval.

Así, como suena, en su cara de puto gordo: Se supone que eres mi amigo, Carnaval.

Hicimos una promesa. ¿No te acuerdas?

¿No?

Pues yo sí, bastardo.

Y entra el Chopped con los ojos como barreños de metal, la mandíbula inferior de

bulldog, subiéndose las mangas de su camisa Ben Sherman de manga corta, es otro tic que da la velocidad, se intenta subir las mangas aunque no es físicamente posible que superen sus últimos bíceps neumáticos, y ahí está el skin crucificado, claveteado en su brazo, y lo miro, y por un momento me veo en él. Soy yo, ahí en la cruz. Te perdono, Carnaval, porque no sabes lo que haces.

¿Te perdono?

Y una mierda.

El Chopped y el Carnaval se dicen algo, el Puños duerme, hablan bajito, no lo oigo, pero ahí en esa habitación, mirando los tapetes, miles de tapetes, cómo me pongo de triste. Joder, me pongo triste como nunca, vamos, como nunca en la vida.

Que yo recuerde, al menos.

La tortuga. Estábamos haciendo la tortuga en el patio. En séptimo de EGB, en los curas, bailando breakdance en la media hora de patio. Para la tortuga clavabas los codos en la panza y te movías por el suelo con las manos, sin que los pies tocaran el suelo, cuidado con los lapos, que en esa época se había puesto de moda pegar lapos mientras andabas.

Aviso.

La Tortuga no se parecía en nada a una tortuga, pero bueno. Era uno de los movimientos fáciles, que le estaba enseñando a Carnaval porque con su culo, el molino y el tornillo eran inabordables.

¿Carnaval, haciendo la tortuga? Parecía la cabeza gorda con patas de araña de *La Cosa*, la que sale de debajo de una mesa y chilla. *La Cosa* era una película de miedo que entonces me gustaba, y Carnaval era mi mejor amigo y el peor breakdancer que he visto en mi vida, por cierto.

Le dije a Carnaval, Déjalo, tronco.

Le dije, ¿hacemos el robot? Porque el robot sólo implicaba moverse de pie como si fueses C3PO, y a ratos quedarte congelado, que era el movimiento que se llamaba Congelado. Carnaval era el maestro del congelado, así que dijo Vale.

Me metí un Bang Bang en la boca, que se inundó de masa chicletosa y saliva hasta que no cabía nada más, ni siquiera palabras. Carnaval se congeló ahí, en el porche del colegio, y por encima de su hombro estático vi que se acercaba el padre Pío.

El padre Pío odiaba que bailáramos. No era nada personal contra el baile en sí. Sólo que odiaba cualquier cosa que divirtiese más de lo normal, y además odiaba cualquier cosa que hiciéramos Carnaval y yo.

O sea que ya veis.

Bingo.

—Garuaual, ue uieue el uadre ío —le dije, porque el Bang Bang sólo me dejaba

espacio para las vocales. Lo dije con alarma de atraco en sucursal bancaria, sin decir Carnaval porque aún no se llamaba así, pero él no me entendió. Para disimular saqué del bolsillo una bola de papel de plata que olía a atún y empecé a darle toques con la palma de la mano hacia arriba.

—Uao acer ue juwaos aeiou, zío. —Pero Carnaval no me entendía y casi sonreía, congelado aún. Escupí el Bang Bang, que se aplastó contra el suelo húmedo y rojo como el cerebro de un animal muerto—. Eh, paYaso, que viene el padre Pío, que nos la vamos a cargar. —Y le golpeé un hombro con la mano que no era la que daba toques a la pelota de papel de plata. Era la otra, la libre.

Carnaval comprendió, se tambaleó un poco y aun así no se movió, y me habría dado risa si no hubiese sido porque el padre Pío nos había visto y le faltaban dos pasos para estar a nuestro lado y Carnaval no se movía, la pose era como de arrancar a correr, pero en robot.

—Venga, qué hacen aquí todavía, a misa —dijo, tieso ante nosotros como un paraguas. Y yo agaché un poco la cabeza y eché a andar hacia la capilla, pero notando que estaba solo, que la expedición no me acompañaba, y en dos pasos me volví casi sin volverme y noté que Carnaval seguía congelado.

Pero qué haces, mongo, pensé.

El padre Pío no comprendía. Quizás sólo había imaginado que hablaba. Su voz solía ser un resorte tan efectivo, tan automático, que casi nunca se requería una segunda vez, una segunda llamada, un segundo imperativo.

—Usted, ¿no me ha oído? Venga, para misa —dijo, la cara de cobaya despellejada muy cerca de la cara robotizada de Carnaval. Esa cara del padre Pío era la cara que ponen las liebres en los escaparates de las carnicerías. Esa mueca con dientes de roedor muerto y despelotado y lleno de odio loco y el dolor físico más grande.

Y Carnaval, ahí, congelado aún.

—Usted —repitió, sin entender, y le dio un toque en la nuca, no muy fuerte, un calvot, pero Carnaval ni se inmutó.

El padre Pío empezó a enrojecer. Como la camisa de una lámpara de camping. Primero un poco, luego al rojo vivo, luego ya blanco de tan rojo, blanco cera, blanco vela, blanco muerto, blanco de sudario pero, en medio del sudario, marcada en sangre, como en la sábana santa de Turín, esa cara de malo, de ser EL MAL.

Y le gritó ¿No me está oyendo?, y le metió otro calvot mucho más fuerte, y Carnaval dio un pequeño traspie pero, un paso más allá, seguía congelado, y yo no dije nada, yo me había metido las manos en los bolsillos, la bola de aeiou también, si me pudiese oler las manos olerían bastante a atún. Sólo que ése no era el momento de olerse las manos, porque estábamos a punto de cargárnosla pero bien, bien de verdad esta vez.

Y yo creo que dije, con una voz pisoteada y marchita como una mariposa bajo una rueda, dije:

—Vamos, Carnaval. —Sólo que no dije Carnaval. Y quizás no dije nada de nada, tampoco, así de bajito hablé que casi ni me oí a mí mismo.

Y Carnaval que miró a los ojos al padre Pío, le miró a los ojos y le dijo, con voz de robot, como mecánica, a trompicones metalizados, le dijo:

—Váyase a la mierda, viejo de mierda.

Dos veces mierda, para ir sobre seguro. Y el padre Pío pasó de blanco ardiente a una especie de violeta Rorschach, mutando formas y colores, y le cruzó la cara de una hostia a Carnaval, aún no se llamaba así, pero da igual también porque le cruzó la cara y le dijo Repita eso si se atreve.

Y Carnaval se echó a reír.

Una risa que equivalía a una sentencia de muerte, pero ahora en serio. La definitiva, y yo no entendía por qué queríamos morir. Yo no quería morir, lo tenía bastante claro, tampoco había dedicado muchas horas a pensar en ello, pero, vamos, no me apetecía, no me hacía ilusión, eso lo sabía allí mismo, seguro.

Mi culo sudaba profusamente, y el padre Pío dijo: Después de misa vengan los dos a mi despacho, y yo pensé: Su Despacho, oh, no, Su Despacho, El Lugar Donde Otros Han Muerto, El Sitio Donde Te Cuelgan de Las Orejas con Chinchetas, y Carnaval ni se inmutó, y siguió riendo, inmóvil.

Jamás he vuelto a ver un desprecio tan grande contra algo como el que había en esa risa.

El padre Pío puso finalmente los pies en sentido contrario al nuestro y empezó a andar hacia la capilla. Un novato, alguien que no supiera de qué iba todo aquello, podía llegar a pensar que habíamos *ganado*. Como en las películas. ¿Como la humillación final al malo?

Pero yo sabía que no. Que aquello no era una peli, y que el malo iba a volver mucho más malo. Malo a matar.

Y, con el culo en cataratas del Iguazú, con el culo chorreando ríos y embalses, le dije temblando a Carnaval, le dije con las manos apestando a atún:

—¿Qué has hecho, loco? ¿Por qué has hecho eso, idiota? Nos va a matar.

Y Carnaval dejó de hacer el robot, tenía una mejilla llameante de la hostia cruzada, se volvió humano, se la palpó con los dedos y me dijo, lo recuerdo como si fuese ahora, me dijo:

—Total, ya...

Y yo, que alguien ponga diques en mi culo, que alguien redirija el cauce del río de mi sudor de culo, sólo croé, como una rana-gusano, sólo hice croac-croac y le pregunté Qué quieres decir, total que qué, QUÉ, esto último lo grité un poco.

—Total, nos iba a matar igual.

Yo, allí, cara-mongo.

Yo allí, No estoy de humor para enigmas, puto.

—¿De qué hablas, Carnaval? —Sólo que le llamé por su nombre real.

Y Carnaval echó a andar hacia la capilla, ¿cómo?, ¿qué?, y oí, yo pegado a su espalda, oí que decía, casi como si hablara con él mismo, Ya Estamos Muertos.

Eso dijo.

Ya estamos muertos. Y luego, añadió:

—Cuando vea lo de la capilla vamos a morir igual. Al menos me he pegado el gustazo.

¿Lo de la capilla? ¿Lo? ¿Lo?

Oh, no.

¿Mariposa? No sé por qué la llaman así. No se parece en nada a una mariposa. No soy zoólogo, pero vamos.

Carnaval está haciendo como que no estoy allí, a su lado, en el Provi, y juega con una navaja de mariposa. Las navajas mariposa son las que tienen el mango separado en dos, y funcionan como un abanico: las abres y los dos mangos se juntan en uno, haces clic con el cierre, y al otro lado está la hoja. Las navajas automáticas son de película, pero aquí nadie lleva. Yo siempre he visto mariposas, que a los chungos les gustan porque se abren en plan nunchako. Shhhhop. Y el gesto de abrirla, de impulsar para que se abra, es como de mosquetero muerto de hambre.

En garde, tú, hijoputa.

En cualquier caso, Carnaval no sabe usarla, y se va a cortar, y todos lo sabemos.

—Te vas a cortar, Carnaval —le dice su viejo, que es el propietario de la mariposa. Su viejo es como él, ya lo dije, pero con dos litros de brillantina en el pelucón, y el paquete de tabaco ahí, en el calcetín, y ese chándal de gran algarabía cromática.

—Yo controlo, padre —contesta, el imbécil, y continúa haciendo shhhop y shuuuus. Todo el mundo le ha dejado espacio, por si acaso. O sea, el tío más patoso del pueblo está haciendo malabares con un arma blanca. Cuidadito.

Son las nueve y poco en el Provi, la gente se embotella con frenesí, el bar hierve de nervios, excitación, planes, miedo a hacerse de vientre encima y ahí está el Chopped, que va de grupo en grupo largamente desquiciado hablando de crear gran dolor y Vamos a Matarles y su Movimiento de Pinza.

Se le va, al Chopped.

Se le va la pinza, quiero decir.

Carnaval parece medio panda, ahora, por el ojo a la virulé, y también un poco ornitorrinco porque el labio lo tiene hinchado. Creo que no nos hablamos, pero no estoy seguro del porqué. Juraría que ha empezado él. Salimos de casa del Puños y ya

nadie dijo esa boca era mía, ni nada parecido. Eso me indigna, porque el que debería haber empezado a no hablar era yo, y el cabrón se me ha adelantado. Esto debe de ser lo que llaman Ataque Preventivo.

Estoy a un lado de la barra, mirando la televisión sin interés, aunque algo estupefacto. Están dando el *Un, dos, tres*, y la cara de Naranjito gordo de Mayra Gómez Kemp está ahí riendo falsamente, una risa de usura que huele a completa deshonestidad, y a su lado se contonea la basura del Bigote Arrochet.

Vestido de punk.

En serio.

No preguntéis.

Una pena que hayan quitado el volumen, porque seguro que esto era para oírlo.

Se me acerca el MD, lleva una camiseta de boxeo donde pone Lonsdale London, aunque lo máximo que ha visto el MD ha sido Playafels. Y el MD me pregunta Cómo está el Puños. Yo le digo que no muy bien, pero que ya mejorará, y me bebo media mediana de un trago, y él me mira la cicatriz de la mejilla.

—Dice el Chopped que vamos a ir...

—Ya sé lo que dice el Chopped —le interrumpo, porque no quiero oír más, pero el MD pasa de mí.

—Que ahora ya han acabado, y ya no se esperan que volvamos a por ellos. Que se creen que estamos empatados. Uno por otro, que es la ley. Pero el Chopped dice que a la mierda la ley, y que les vamos a...

—Destrozar. Ya lo sé. Les vamos a destrozar.

De repente me percato de que las azafatas del *Un, dos, tres* también van de punks. Joder. El MD se larga, asqueado por mi conversación, que francamente es de bastante mala calidad, lo admito, y me deja ahí, con cara de memo delante del televisor.

La cortina de plástico del Provi chasquea y entra Clareana, sin avisar. Ahí, con su cabello de acero de cepillo de peinar caballos y sus orejas de copa de la UEFA y sus ojos con bufandas y sus piernas antizambas, como si acabara de bajar de su pony, embutidas contranatura en esos pantalones elásticos rojos. Lleva una camiseta con dibujo de piel de tigre y un solo tirante, y al lado de una teta una chapa grande de SLF. Stiff Little Fingers.

Normalmente pensaría Vamos al descampado de la bóbila a hacer chistes sin pantalones. O pensaría Quiero hablar contigo, mi amorcito.

Pero ahora no.

Y ella que entra y se va a hablar con el grupo del Carnaval, y Carnaval acelera su movimiento de mariposa, y Clareana que pregunta esto y aquello y, de vez en cuando, me mira de lejos, disimulando, controlando. La cicatriz, supongo, y la cara de capullo que estoy poniendo mientras miro el *Un, dos, tres*.

Esta vez ni se me pasa por la cabeza ir a hablar con ella. Algunas cosas no tienen

arreglo en esta vida, y hay que aceptarlo así.

Por la tele sale otra de las malditas subnormales del *Un, dos, tres*, una que no me acuerdo de cómo se llama pero su gracia es hacer de tartamuda, y ésta también va de punk, y por un momento está a punto de írseme la pinza y casi tiro un taburete a la televisión. Pero al final no lo hago, y en lugar de eso hablo solo.

Clareana me mira, con la misma cara que puso aquella vez.

Se acabó. Ahí va.

Cuento ahora mi Confiteor #2 y a otra cosa, mariposa. Lo que quiero decir con esto es que lo cuento y a casarla.

Lo que hice luego con Clareana lo hice para nivelar la balanza. Ésas fueron mis palabras exactas, que repito aquí para que se vea el alcance de mi basurería.

Para *nivelar la balanza*.

Tras dejarla como un kleenex masturbado delante de 143 testigos, y después de que ella se enrollara con el Esfinge, yo creí adecuado *nivelar la balanza*, aunque en aquel momento aún quedaba una vaga posibilidad de arreglar las cosas entre Clareana y yo.

Increíble, pero es que así hago las cosas.

Es un método increíble, pero es *mi* método.

Que nunca ha funcionado, todo hay que decirlo.

Así que en una fiesta que hizo el Sutil en el sótano de debajo de su casa fui y le arrojé los trastos a la Culoboya, que era una hippie que iba con unas tías que llamábamos las 300 Hippies, no eran ni mucho menos tantas hippies, no sé por qué ese número, lo que sí está claro es que eran 299 callos, estaba la Pingajo, estaba la Desgarbá, estaba la Patizamba, todas tenían motes así porque (vamos a hablar claro) todas eran unos monstruos.

Menos la Culoboya; la Culoboya estaba medio buena. Sólo que, como su nombre indicaba, tenía unas imponentes cartucheras donde agarrarse, y dejar cosas, y sentarte incluso, o utilizar como soporte para subirte a tapias y capós de coches. La Culoboya tenía un culo que era un puf, podía sentarse sin usar sillas ni sofás, su culo era más grande aún que el de Carnaval, y vestía como una cama sin hacer, pero estaba medio buena de cara y de cuerpo y tenía dos peras.

O sea, eso. Lo que hay.

A la Culoboya, aquella noche, más ciego que el Barraca en uno de sus días malos, le dije: Llevo enamorado de ti desde primero de BUP.

Era mentira, porque la Culoboya en primero de BUP era un adefesio. No se puso buena de cara y cuerpo hasta tercero, que fue cuando nos echaron a Carnaval y a mí por el asunto del culo pintor. Pero creí conveniente decirle aquello, porque quería follármela y, especialmente, quería que me viese Clareana haciéndolo.

Todo esto era Sólo Para Sus Ojos; qué os habíais creído.

Así que le dije eso allí en el sótano, de fondo sonaba «Mirror in the bathroom» de The Beat, me acuerdo, todos los Skinheads por la Paz bailaban y Carnaval iba por ahí cortándose con quintos rotos y quemando partes de la moqueta con sus cigarrillos y vomitando con entusiasmo en cualquier sitio donde se pudiesen sentar personas.

Y la Culoboya me metió el bistec de su lengua dentro de la boca. Y nos estábamos bajando los pantalones el uno al otro encima de la hojarasca del patio del Sutil cuando ella me dijo con ojos de Janis Joplin beoda, me dijo justo en el momento en que la cintura de mis pantalones se acercaba a mis rodillas:

—¿Qué vamos a hacer, Rompepistas? ¿Qué va a pasarnos? —Lo dijo como si llevara dos bolas de helado de turrón en la boca. Y puso cara de intensa en la oscuridad, una cara como si le hubiese dado un chungo, un mareo, como si le hubiesen dado dos informaciones contradictorias por cada una de las orejas.

A la tía le salió la hippie que llevaba dentro. Quizás todo el mundo tiene un hippie dentro, pugnando por salir.

Menos nosotros, claro.

—¿Adónde vamos? —contesté al final, también pedo y con el culo ya desnudo—. Bueno, no es que estemos en una situación cuyo final es indefinido. De hecho, veo el final de esto bien claro. Mira, yo creo que, gracias a la sensualidad de tus besos, una gran cantidad de sangre irá a parar a mi pene, cuyas venas se dilatarán y se pondrá erecto. ¿Ves? Como éste.

Tampoco estaba muy erecto, la verdad, pero afortunadamente era de noche y no se veía muy bien.

—Al mismo tiempo —continué, señalando su entrepierna—, tu vulva empezará a segregar un líquido lubricante para permitir mi penetración. En ese momento nos ensamblaremos en un frenesí desesperado...

Pero la Culoboya ya se estaba desasiendo de mí a empujones y manotazos. ¿Qué le pasaba? Sólo le había contado la verdad. ¿Era culpa mía que no hubiese prestado atención en la clase de naturales? Alguna gente no tiene sentido del humor, y los hippies menos que nadie. Como me dijo Clareana un día: «Con hippies y trotskistas, pocas risas, Rompepistas».

—Eres una basura, Rompepistas —me dijo la Culoboya, medio llorosa, separándose de su cuerpo y subiéndose unos pantalones de beduina que llevaba siempre. Parecía un faquir nacido con cien culos—. Una basura —añadió, por si no lo había oído la primera vez, y luego emprendió su huida mancillada hacia el sótano, para ponerse muy ciega y llorarle a alguien que fuese más niñata que yo.

Y entonces salió Clareana, que se cruzó con ella, casi chocaron, y me vio ahí, debajo del olmo, con los pantalones bajados y erección a media asta, parecía que en mi entrepierna hubiese un barbabapá desmayado, una marioneta sin mano dentro. No

creo que lo viera, porque estaba oscuro, mejor así.

Clareana se quedó allí un instante, como grabando la imagen, y me miró con *aquella* cara. La misma cara que pondría en el Provi, meses después. Una cara como de Te Compadezco, niño tonto y miserable, una cara que mezclaba odio y pena empática. Luego se fue, hombros caídos y todo, al sitio donde se olvida a los hombres asquerosos, al cementerio de amores donde entierran a las basuras malolientes como yo.

Y a mí me supo mal, de verdad que me supo mal, por un microsegundo me sentí como una plasta de rumiante llena de moscas verdes, pero luego pensé que *la balanza* estaba *nivelada* y ya no me dio para pensar nada más, porque del sótano salió el Carnaval.

—¡Te juro que las birras y los chochos son lo mejor que se ha inventado! —gritó, S'ha inventao, gritó, y luego tropezó con el último escalón y se desparramó por el césped con un estrépito metálico de coche de novios.

Qué tío, Carnaval.

Y yo, si había llegado a pensar que ya estaba, que había arruinado tres vidas y me daba igual (hasta que me di cuenta de que una era la mía, meses después), si llegué a pensar eso, no se registró. Lo olvidé de inmediato. Dar cera, pulir cera, *forever*.

Levanté a Carnaval, lo cogí de los hombros y nos fuimos a bailar al sótano, los dos haciendo la co-o-o-o-on-ga.

Y ahí termina mi Confiteor #2. No quiero volver a hablar de esto nunca más, que quede claro.

Yeepa. Ya estoy pedo, que es lo que quería conseguir. La mejilla no me duele más, pero sí el corazón. Creía que no tenía corazón, pero debo de tener uno por cojones, porque duele cantidad, como un ataque de flato de haber dado cien vueltas al patio del colegio, pero concentrado ahí, en la parte superior del pecho. Tengo un corazón de ballena, lo menos.

Clareana se ha ido, después de mirarme como a una ardilla putrefacta que llevara dos semanas incrustada en el guardabarros de su coche.

—Ahora están confiados —me dice el Chopped, que salta de un lado a otro con la nariz en fogatas—. Ya han bajado la guardia, tío. Ahora es cuando les golpeamos nosotros. —Y se da un puñetazo en la palma de la mano izquierda—. Ahora es cuando no saben de dónde han pillado, esos putos paYasos.

Confiaos, bajao, pillao.

Y sólo le faltaba la velocidad, al Chopped. Noventa kilos de delirio fracturador y gran dolor desperdigado y gran pena a costas, pena por esta vida que nos ha tocado vivir, y ansia de venganza y, encima, velocidad.

No hacía falta, ¿no? Vamos, según lo veo yo.

Bebo y me tiro la mitad del trago en la camiseta de Las Duelistas. Ahí estoy, babeando como una llama andina. Desgraciadamente, el cochino de Baldiri ha vuelto a poner su cinta clásica en el radiocassette lleno de aceite y pegatinas descoloridas que hay detrás de la barra.

*Yo tenía un amorcito
era toda mi ilusión...*

No pienso en humillarme ni en el perdón de Clareana, ahora. Creo que me estoy rindiendo a la evidencia. Me estoy retirando, lo noto, lo noto.

Sí, sí: ¡Retiradaaa!

Y a mucha honra.

Y además con lo de Carnaval, que no me habla, o al menos eso parece, ¿a qué viene esto?, burro y encima apaleado, ojalá me hubiese dado tiempo a empezar el vacío yo, y con lo de los Chungos, y lo del otro día que me dijo Clareana en el lavabo, no me veo con fuerzas, no puedo con todo. Joder, qué mala suerte la mía.

Esto es un segundo inciso. Será breve.

He escrito la palabra suerte (y mala suerte) muchas veces en esta historia. La suerte existe, estoy convencido, pero ahora me doy cuenta de que quizás se trata de algo finito. Quizás es una cantidad concreta que se reparte, que te toca; al azar o no, eso no nos concierne ahora. Y cuando has terminado el bote, cuando has utilizado todos tus jokers, cuando has gastado todas tus cartas de Escape de la Cárcel: se acabó.

Ya no hay más suerte. Ya no vas a ser suertudo nunca más.

Quizás eso es lo que me pasó. Quizás ya gasté mi suerte en no ser parapléjico o impotente, en no tener dos cabezas, en que mi padre no fuera una basura borracha como el del Chopped. Y a partir de ahora Vamos p'abajo. ¡Pista!

Estoy solo. Sin suerte. Se gastó. Habrá que acostumbrarse, a partir de ahora.

Sólo que aún debe de quedarme un culo de suerte, porque, en medio del Provi, el Carnaval hace un shoop-sheeeeep y esta vez un mango de la mariposa se cierra pillándole el dedo en medio, y de poco se lo rebana.

Ay, Mierda puta, grita. Y yo me río, entre dientes, los dos codos apoyados en la barra, de espaldas a ésta, y el talón de una bota en el apoyadero, y no llevo gafas y veo poco, la verdad. Pero no necesito 20/20 para alegrarme de este inesperado golpe de suerte. Te jodes, puto gordo. Así te desangres como una cerda.

Y el Baldiri le trae un trapo con tifus y malaria, qué sucio es este hombre, para

que Carnaval corte la hemorragia, y dos o tres pelados le rodean, pero el Chopped aún está aquí, a mi lado, braseándose con sus planes de dominación mundial.

—Chupándose el dedo van a estar cuando ¡BANG! Les meteremos de aquí y de allá, ¿sabes?

Y de la calle se oye un KIKIRIKIIIÍ. Los hermanos del Carnaval tienen otros animales en la bocina de la CBR, no sólo la vaca. Es el zoo motorizado de la familia Carnaval. Su particular Humor por Repetición.

Y entra uno de los dos hermanos, nunca sé distinguir cuál, creo que es el Isra, lleva la camiseta amarilla Meyba del Barça, y dice, justo cuando el Chopped me estaba gritando otra vez en la oreja Van a Pillar, Están Desprevenidos, tío, el Isra va y dice, grita también, grita en la puerta, abriendo la cortina y sin pronunciar ni una d:

—¡Que han quemado La Bomba, tíos! ¡Que le han pegado fuego!

La impotencia es cuando el paquete no chuta, pero también es esto. Estamos todos mirando cómo arde La Bomba. No hay pisos encima, así que los bomberos no han tenido que desalojar a nadie, y los lunes La Bomba cierra.

Cerraba. Quería decir *cerraba*.

Las mangueras van apagando las llamas, y poco a poco sólo queda humo mojado y paredes negras y un crepitar mortecino y agonizante de babosa con sal.

Me gustaría pensar, a todos nos gustaría pensar, que ha sido un cortocircuito. Pero eso no hay tonto que se lo crea. Ni la Zapato se creería eso, y la Zapato es mucho Zapato.

No hace ni una pizca de viento, y casi olía a noche de verano, a alegría puntual de San Juan, natural, pero ya no. Ahora sólo huele a rayos chamuscados y plástico y madera frita y sueños rotos.

Pienso por un momento en el disco de los Specials que ponían cada sábado por la noche. Ya no habrá más «Monkey man» sobre el suelo resbaladizo de la improvisada pista de baile. Me dan como ganas de vomitar, pero también me dan ganas de agarrar una señal de tráfico y reventarle la cabeza a alguien como si fuera un melón, o patearle a alguien la mandíbula contra la acera hasta que le salten los ojos de las cuencas. Y también tengo otras ganas, de meterme entre el delantal de mi madre, que huele a perejil y ajo crudo, y abrazarla un rato mientras ella me rasca la cabeza. Es una mezcla de sensaciones, la que tengo ahí, observando los restos calcinados de mi bar favorito.

Y miro al Chopped y veo que incluso él está empezando a cagarse. Se le ha pasado hasta el espléndido empuje de velocidad que llevaba. Yo estoy asquerosamente sobrio, también.

Saco el Ventolín y le doy dos toques: Psssht. Psssht.

No hay mucho que decir, así que nos quedamos todos, los once, el Puños está en

cama y Clareana no sé dónde, nos quedamos los once mudos mirando el fuego, como si estuviésemos de colonias, pero sin pasarlo nada bien, pasándolo de puta pena. O sea, lo contrario que de colonias, qué coño estoy diciendo.

—Lo hemos hablado con tu madre —me dice—, y quizás lo mejor será que me vaya unos días.

—¿Que me vaya? —repito yo—. ¿Qué quiere decir eso?

—Marcharme unos días para pensar en frío qué hacemos.

No entiendo ni las conjunciones, y menos las palabras importantes.

Marcharme. Días. Pensar. Frío. Hacemos.

Ni jota, y eso que estoy sobrio como una beata. De pie en el comedor de casa, a las once y media de la noche, botas y piel de gallina y olor a barbacoa plástica en la piel, por La Bomba, miro sin gafas hacia la televisión para no mirar a mi padre y por la tele están dando *Días de vino y rosas*, la película más deprimente jamás filmada.

Échale la culpa al boogie.

Están dando el trozo en que el Jack Lemmon empieza a masacrar los tiestos buscando la botella de alpiste que ha perdido, y llueve en la película, y en mi corazón, y el tío da un asco que es para morir.

Mi padre me mira, con esos hombros de yugo de bueyes gigantes, y las dos manos pecosas juntas, como orando, su figura de... ¿Cómo era el dios ese del yunque? No me acuerdo. Como el dios griego ese, pero en guapo. Y mi padre tiene los ojos irritados cuando me cuenta lo que me cuenta, y casi no puedo acordarme de cuando mi padre era lo que me daba seguridad. Y cómo lo admiraba. Y cómo hablaba de él en tercero de EGB.

Dar cera, pulir cera.

Y va mi padre, va mi padre y se cubre la cara con las manos, y empieza a sollozar. Un hipo controlado pero fuerte, sacudidas fuertes, se le mueven los hombros con explosiones de moto de gran cilindrada, y yo pongo la mano ahí, en un hombro, pongo la mano ahí porque he visto que eso es lo que hacen en las series de la televisión en los malos momentos.

Y, aunque no me doy cuenta en ese momento, quizás éste es el fin definitivo de tu niñez. El día en que te das cuenta de que tus padres ya no pueden ayudarte, ni protegerte del dolor, y que estás desnudo en medio del huracán de basura que está empezando a soplar. La tramontana de mierda que se levanta en la distancia, acercándose.

Le doy dos golpecitos en el hombro, no sé qué decir, olvidé ser el Niño Malabarista, dejé conscientemente de ser el pegamento instantáneo que mantenía unidos los pedazos del feísimo jarrón que es mi familia y le digo Buenas noches, papá. Mañana será otro día.

No me creo eso.

Mañana será un día como hoy, o peor, pero algo tenía que decir.

Pasando por la habitación de Gilda abro la puerta con cuidado y meto la cabeza dentro y entrecierro los ojos y la veo ahí, respirando acompasadamente, calmada bajo su edredón de pitufos, y veo en el suelo a Ken Rompepistas desnudo y decapitado, y por un momento pienso que me gustaría ser mi hermana. Sin preocupaciones, más allá de muñecos y alimentar a Pol Pot y Ya no me estoy con la Meritxell y decidir entre soltera, casada, viuda, monja, enamorada.

Todavía debe de quedarle algo de suerte en su bote; espero que la utilice de manera más juiciosa que yo.

Cierro la puerta delicadamente y me meto en mi habitación. Me saco los pantalones, no, primero las botas, y en camiseta y calzoncillos hago el paso de claqué que me enseñó mi abuelo.

Sí, mirad: clapi-ti-clap-ti-clap-clap-clap.

Vualá.

Sólo que no suena clip ni clap, porque voy en calcetines, y el mal no se espanta ni bailando, porque he bailado sin ganas, por probar, a ver si me hacía feliz, pero quizás hay penas que ni el baile se lleva, hay penas que se te quedan ahí dentro, como lapas, como liquen, para el resto de tu vida.

Algunas cosas no tienen arreglo en esta vida, y hay que aceptarlo así.

16 DE JUNIO, MARTES

Delante del espejo, mi cuerpo es mi enemigo. Un enemigo con el que intento cruzarme lo menos posible.

Lo cubro con un polo Fred Perry azul eléctrico comido por las polillas, un polo que me pasó el Antología cuando se le quedó pequeño en la época en que empezó a hacer pesas, me tumbo en la cama y me apretujo en mis pantalones negros de garrote vil (es la única manera de poder abrocharlos), y me pongo una chapa de The Boys en la pechera, con cuidado porque no me quiero ensartar el pezón, y me siento y me ato las botas y aún no tengo gafas y cojo el Ventolín y le doy un toque matutino: Pssst.

Listo.

Después de comerme un tazón de leche con cientos de cucharadas de azúcar y Smacks, no tengo nada de resaca, sólo algo de dolor de barriga, agarro el ukelele y primero me pongo a tocar «Kiss me deadly» de los Generation X, para calentar. Y toco, sólo que no pronuncio muy bien el inglés, y la música parece que la esté tocando una banda en el bar hawaiano de un colega del Magnum, pero da igual, la canción es tan bonita que me gusta tocarla, y lo que dice también.

No que lo sepa exactamente, pero me la tradujo la madre de Clareana, y me dijo que iba de peleas, y de punks, y de navajas automáticas, y de acojonarse esperando el bus nocturno, y de salir por patas, y de dar dos hostias y crear gran dolor y de pasárselo teta y pegarse unas risas en el culo del mundo.

O sea, que habla de nosotros.

Inspirado de repente, decido añadir unas estrofas a «Rompepistas». No para el grupo, que me da igual, que los odio, sino para mí. Quizás para recordar este momento, no sé. Quizás para sacármelo de encima, como cuando algo te reconcome y te vas, te *ibas*, a La Bomba y se lo cuentas al Pachanga, o al Peligro (que está loquísimo pero da igual), o al Carnaval, o al Chopped, y aunque nadie te diga nada importante, porque nunca lo dicen, todos dicen «A tomar por culo con eso», o «Ésa era una fulana, quítatela de la cabeza», o «A ése ya le pillaremos un día, tu tranqui» o, mejor, «No te comas la cabeza, Rompepistas. Piensas demasiado, Rompepistas».

Y es la mezcla de todo eso, de saber que tu peña está allí, por si acaso, por lo que pudiese pasar, que no estás solo en este mundo de mierda, y el haberlo dicho, el haber puesto lo que te pasa en palabras. Todo eso te alivia. Te sientes mejor.

Por eso estoy haciendo «Rompepistas».

Para sacarme de encima lo que me está pasando, que no puedo contarle a nadie y se me está repitiendo ahí, en la boca de la panza, como un eructo atascado que no hay manera de sacar cuando te has empachado comiendo pipas o nubes o arroz con leche.

Así que voy a hacer una canción, mi canción, esta canción va sobre mí. Si no la hago yo no la va a hacer nadie, eso está claro, a nadie le importa todo esto, *a nadie*.

Y rasgo el ukelele, y cojo el boli de cuatro colores y escojo el negro y apunto algunas frases más. Y sólo me falta el final, y vuelvo a atascarme.

Releo como puedo lo que he escrito, me río amargamente y dejo el ukelele a un lado. Qué asco, la adolescencia. La adolescencia es un puto asco y, además, hay demasiada. No puedo esperar a que todo esto termine, pero esto no termina nunca. Cualquier otra cosa será mejor que esto.

Y quiero decir *cualquier* cosa.

—¿Qué haces ahí dentro, Rompepistas? —pregunta mi madre llamándome por el nombre que me pusieron, pegando la boca al otro lado de la puerta del váter de casa donde me he encerrado.

¿Qué hago?

Los deberes. El Watusi. Abdominales. Pintarme los labios. ¿Meterme una berenjena en el culo?

—Estoy haciendo caca, mamá —miento. Porque no voy a decirle la verdad de lo que estoy haciendo de veras, que le daría un vahído.

Esto que sigue es una demostración de cómo funciona mi cerebro.

He pensado: Una cosa es no pedirle perdón a Clareana, porque pa' qué. He pensado: Una cosa es buscar la redención, como la llamó la madre de Clareana. He pensado: Una cosa es estar convencido del mal creado, que alguien tendrá que deshacer, y otra muy distinta es tener que recordarlo cada mañana. Pese al cuero de mis mangas, no soy nada masoquista.

Así que he pensado: Este tatuaje. Este tatuaje de amor. Para qué cojones quiero yo este tatuaje de amor, que me está amargando la existencia.

Un corazón rojo, y un pergamino cruzándolo donde pone: Clareana.

Voy a quemarme este tatuaje de amor, que ya no sirve para nada. Voy a borrarlo. Dar cera, pulir cera.

¿Y cómo voy a hacerlo? Bueno, sólo se me ocurre un método. Voy a la cocina y cojo la pistola de encender el gas y luego me encierro en el lavabo y mi madre me pregunta y le miento y sólo entonces enfoco la pistola hacia el tatuaje, y pienso: ¿Por dónde empiezo? El corazón no tiene la culpa, de todo esto. Es el nombre, lo que quiero masacrar: Clareana. Decido empezar por la C, porque así, poco a poco, cada vez irá quedando menos nombre y, aunque me dé un mareo antes de acabar, al menos pondrá Ana. Nadie sabe quién es, esa Ana. Con un poco de suerte hasta quedará como que he vuelto a triunfar.

Acerco la pistola a la C y la enciendo y MECAGUEN LA VIRGEN. HIJA DE UNA SUCIA PERRA. LA PUTA MADRE QUE PARIÓ. Estoy tirado en el suelo,

dando patadas al inodoro y agarrándome el hombro con la otra mano. Su puta madre, qué dolor más inmenso. Nada me había dolido tanto nunca, ni siquiera el palo de los Chungos. Ay, ay, ay, ay.

—¿Qué pasa, hijo? —grita mi madre—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—No, no —contesto desde el suelo—. Estoy bien, mamá.

Al cabo de un rato de masticar insultos con la boca cerrada, espatarrado ahí como un yonqui cualquiera, me doy cuenta de que el tatuaje va a quedarse hasta que la tecnología avance. Ahí se va a quedar ese corazoncito amoroso. Qué le vamos a hacer. No hagamos un drama de esto. No hagamos de esto un caso de extradición. Podría ser peor.

No, mira, aún.

El tatuaje se queda, y me sorprende por haber pensado que podría quemarlo entero con una pistola de gas. Realmente, no toco ni cuartos ni horas.

Piensas demasiado, Rompepistas.

O demasiado poco, mejor.

Ésta ha sido una buena demostración de cómo funciona mi cerebro.

Veinte ojos. Salgo de casa con veinte ojos, y quizás me harían falta mil.

20 ojos. (Bizcos.)

100 Punks. No, perdón: 99.

300 Hippies, y todas callos menos una. O sea, 299.

Los 13 apústulas.

¿Por qué hay tantos números en este pueblo? Quizás porque hay que enfatizar la cantidad, ya que la calidad está por los suelos.

20 ojos en mi cabeza, y eso es la letra de una canción de un grupo que le gusta mucho a Carnaval, The Misfits.

Misfit quiere decir *Inadaptado*, lo miré en el diccionario. Los Inadaptados. Carnaval era tan fan del grupo que durante una época se hizo en el cabello el peinado Misfits, que era hacerse un pincho-churretón de pelo en la frente y dejarlo caer entre las cejas, como un unicornio marchito, pero el cabello medio rizado de Carnaval le hacía parecer un Narval, una ballenita cornuda, y en su calle se reían de él hasta los perros, y si hubo alguna vez una posibilidad de que dejaran de llamarle Carnaval, terminó ahí.

Pero todo esto da igual; me estoy enrollando.

Lo que quería decir con eso era que he salido de casa con ojos en la nuca, porque estoy acojonado; como todos, vamos. He mirado miopemente a ambos lados y no he visto a chungos, sólo vecinos camino de su ludopatía y abuelas yendo al mercado a comprar como cada mañana y también he visto a un municipal que siempre nos está pidiendo el carnet y la dirección cuando nos pilla por ahí de destroy, y a quien le

hemos dado direcciones ciertamente descabelladas para tomarle el pelo, VillaPedos 14, El Prostíbulo de tu Hermana 23, Estercolero Town 12, todos partidos de risa y el muy zoquete sin saber qué hacer, si sacar la porra o qué, mejor que no, que se la traga.

Aquí la policía no tiene una gran autoridad, por decirlo finamente.

Pero esta mañana, cuando le he visto, casi me alegro. Vamos, no le habría dado un abrazo, pero tampoco me han entrado ganas de salir corriendo y robarle la gorra de un capirotazo, que es lo que hacemos casi siempre. Un día lo hicimos y el MD se cagó dentro de una y se la devolvió, pero eso es otra historia.

Bastante asquerosa, de hecho.

Así que ando mirando con miopía a todas direcciones como un periscopio estropeado, camino de la biblioteca, voy a hacerle una visita a la madre de Clareana. Cruzo la plaza del mercado, son las doce del mediodía, bajo andando una calle, pisoteo frutos de morera a cada paso, los gatos apalancan sus culos en las aceras y me miran con resentimiento y algo de pena.

Y doblo una esquina y me los encuentro de cara, y estoy solo.

Oh.

Ah.

Uh.

Mierda.

Que no.

No eran los Chungos, hombre. Es que os lo tragáis todo. Además, no estaríais leyendo nada de esto, porque si me llego a encontrar al Titi y sus colegas me hubiesen pinchado a conciencia, y no estaría aquí contando todo este mal vivir.

No, son sólo unos cuantos Cuellos. Jopa, Esfinge y otros dos notas que no sé cómo se llaman, pero que miden cien metros de diámetro y cascan nueces con el ano y las pestañas.

Qué mala suerte la mía, pero podría ser peor, claro, no hace falta decirlo.

—Qué pasa, Rompepistas —dice el Jopa. El cabrón se niega a llamarme Rompepistas, así que dice mi nombre de verdad.

—Hey.

—¿Qué tal va la herida? —me pregunta. Los otros tres se han quedado un poco más atrás porque, no me engaño, les intereso menos que esto, menos que un fruto de morera, por decir algo.

—Guay —contesto, palpándomela un poco; a veces se me olvida que llevo esta cordillera de mapa en relieve en medio de la cara—. Scarface. —Y me río.

Él no, porque no sabe lo que es Scarface ni tampoco ha escuchado nunca la canción de los Specials donde lo dicen. Al Jopa le gusta «Born in the USA» y

«Money for nothing» y «We will rock you» y basura de ésta.

—¿Y vuestro colega? ¿Qué tal está?

—Mejor, tío. Eh: gracias por lo de esa noche, tío. Si no llega a ser por vosotros...

El Jopa se encoge de hombros, como diciendo No Es Nada.

—¿Y con mi hermana qué? —pregunta.

—Pse. Mal —le contesto, sin ganas de echar un embuste.

Y pienso otra vez en lo amigos que éramos cuando éramos niños. Las horas que pasamos jugando a plastilina, mundos enteros creábamos, y a la Fuga de Colditz, yo les destruía, yo era Galactus, yo siempre era el nazi y el Jopa, no sé por qué, era francés, quizás por el Deporte, que ya empezaba a gustarle mucho más que a mí.

Pero me acuerdo de los dos en Infantil, yo en el banquillo, como cada puta mañana, y él jugando, y ya era bueno, era el mejor, todo el mundo lo decía. Y recuerdo la cantidad de veces que en el vestuario, ese sitio espantoso y lleno de vapor y que olía a sobaco y calcetines y culos y Reflex a granel, en el vestuario algún pasado de vueltas venía a darme con la toalla mojada, por ser el jugador más mierda que ha existido jamás, cualquiera diría, no les hice perder ningún partido porque nunca me sacaban, si eso les hice ganar cuando me prestaban como un bañador viejo, como una llave inglesa, al equipo visitante y yo jugaba horrendo y perdía siempre el equipo contrario, ganábamos nosotros, bueno, ellos, pero daba igual, en el vestuario iban a saco a por mí, no les culpo, por ser la vergüenza del pueblo, de mi padre, de la familia.

Y cada vez que venía un pasado de vueltas a azotarme estilo cola-de-rata con su toalla mojada y llena de sudor de culo, el Jopa cogía y le daba dos hostias bien dadas en la puta cara.

Y les decía: Al Rompepistas, ni tocarlo. Sólo que decía mi nombre real.

Y, qué fuerte, los otros le obedecían.

Me gustaría tanto, ser así.

Sólo que no lo soy, mejor afrontarlo cuanto antes.

Y el Jopa me salvó la vida no puedo ni contar en cuantas ocasiones, y jugamos al bote en la plaza del mercado cada tarde de verano, cuando teníamos diez años, horas y horas ahí, Salvando por Todos, pateando la botella de plástico llena de agua mientras Clareana y yo y todos los otros, Carnaval también, y el Chopped, y otros pavos del barrio, nos escondíamos y ésas eran las tardes más divertidas de mi vida. Y oscurecía y nadie quería irse, y nos quedábamos allí dando patadas a la botella hasta que no veíamos tres en un burro y nuestras madres nos llamaban pegando alaridos desde los balcones, pero daba igual, nadie quería ser el primero en dejar de jugar, nadie.

Y, luego, ¿qué pasó? Dejamos de ser amigos, y no recuerdo por qué. A mí me daba cien patadas el Deporte, y a él le repateaban también nuestras botas y gritos

pelados y pintas de punks arrastrados, y debió de ser eso, no lo tengo muy claro, quizás fue otra cosa.

No sé por qué dejas de ser amigo de alguien. Quizás esa amistad tiene un contexto claro y exclusivo, es el bote y la plastilina y cómo nos reíamos pegándoles gomazos a los gatos, el barrio estaba lleno de gatos tuertos, cojos, gatos resentidos que nos miraban esperando a que llegara una nueva era glacial y el gato volviera a ser el rey de la creación y entonces nos íbamos a enterar.

Y el día en que desapareció aquello, el día en que las niñas dejaron de ser tontas, el día en que tus padres dejaron de protegerte de la mierda, aquel día también desapareció la razón por la que éramos colegas el Jopa y yo. El sitio, el mundo en el que éramos amigos, que ya no existe. Que ha desaparecido para siempre. Borrado.

Dar cera, pulir cera.

Y de esos sitios no queda nada, a veces sólo el recuerdo, pero da igual. Porque, como dijo Johnny Thunders, no puedes abrazar un recuerdo.

El Jopa estaba bien, y me da pena todo esto. Pero eso era entonces, y esto es ahora, qué le voy a hacer, cada uno se fue por un camino, y eso me entristece, pero ahora ya está hecho, qué coño se supone que tengo que hacer.

—Hey —me dice, como yendo a hablar.

Y yo digo Qué.

—¿Podéis dejar ya lo de la papelería? Que hay peña que se está puteando de verdad, y ya cansa.

Fijo, digo yo. Perdona, digo yo. El Jopa y los Cuellos se despiden, y yo me voy por el lado contrario al suyo.

Y así, como dice una sevillana que ponen siempre en el Provi, un pasito detrás del otro, xino-xano, como el que no quiere la cosa: vamo viviendo.

Vamo viviendo.

La muerte del pueblecito, eso es lo que pienso.

Estamos en el ensayo de Las Duelistas. Acaba de pasar la deposición de las siete menos cuarto. Flush, a toda velocidad por la tubería que recorre el techo del local. ¿Qué debe de comer este vecino? ¿Relojes?

Pero esta vez ninguno de los tres se ha reído, y pienso en un tebeo de Astérix, una viñeta donde sale todo el pueblecito celebrando un banquete en silencio, odiándose sin palabras, y eso augura La muerte del pueblecito. La muerte de Las Duelistas.

Hemos llegado a la hora. Carnaval ha dicho Hey y yo Hey también. Luego se ha apoyado en un bafle y ha encendido un Fortuna, dejando caer la ceniza en el rincón más inflamable del local, al lado de una botella de alcohol de 90° que trajo el Chopped el otro día. Cuando la trajo bebía de una botella de J&B y según iba bebiendo iba metiendo alcohol de 90° para rellenarla, y quizás ya va siendo hora de

empezar a preocuparse por el Chopped.

Carnaval y yo hemos estado un rato allí, en el local, los culos apoyados contra los envases de huevos que no insonorizan nada pero que colgamos de la pared por si colaba.

Odiándonos.

Hemos estado un rato ahí, tan puteados que ni hemos hablado de que nuestro bar favorito ha sido pasto de las llamas y nuestros culos peligran cantidad. O sea, como si nada. Como si no hubiese pasado. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Pero nuestros ojos sí han visto, o sea que vamos dados.

Y Carnaval ha fumado, y cada vez que ha expulsado el humo he visto el hueco de sus exdientes y el vendaje de su dedo. Su ojo a la virulé ha mejorado. Quizás le hace falta un repintado.

Yo he sacado el Ventolín y le he dado un par de toques: Psssht. Psssht.

Al cabo de un rato ha llegado Clareana y ha dicho Hey hacia la dirección general donde estoy yo pero sin mirarme, más bien lo ha escupido hacia mi rincón con su puntería habitual, y luego le ha dicho hola a Carnaval mucho más cariñosa, no, cariñosa sólo, sin el *mucho más*, porque eso implicaría que ha habido el menor cariño en su saludo vomitado hacia mi esquina.

Y luego se han dado dos besos, y yo he pegado un RAANG en la guitarra con el volumen al 11 que ha temblado el misterio de Fátima, y los dos me han mirado de golpe, como si acabaran de darse cuenta de que estaba allí, como si fuese un hámster aplastado que hubiese entrado en la boca el gato.

Y he sonreído irónicamente, pero yo solito. Al contrario que los bostezos, las sonrisas no se pegan. Con alguna gente.

Échale la culpa al boogie.

Les digo, como un perro, les digo, ladrando y rabioso:

—Vamos a tocar, va.

Y tocamos «Saltos», «100 punks», «Mi tarareo», «Motín» (que es una instrumental) y al terminar les digo Ahora la nueva. Les enseño un poco los nuevos acordes. El dedo aquí, el otro aquí, ahora dos veces, ahora abajo, ahora arriba, aquí tú paras de tocar la batería y se queda el bajo solo, y los dos me escuchan como si les estuviese contando una operación de fimosis o un aborto ilegal.

Y tocamos «Rompepistas», y vocalizo todo lo que puedo, para que oigan lo que digo. Para que se enteren. Sólo que en la frase que me falta tengo que tararear, porque aún no está terminada y no se me ocurre qué decir.

Y pego un guitarrazo y rompo una cuerda y me quedo con el brazo en alto, como a punto de hacer el molino de viento, como el guitarra de los Who. Y Carnaval y Clareana me miran, no muy impresionados. ¿Ah, no? Así que sin quitarme la guitarra del hombro ando hacia donde está Carnaval, él me mira muy fijamente, ahora, no

tiene ni idea de qué va a pasar, aunque me conoce, sabe que tengo puños de gelatina, muy asustado tampoco está, las cosas como son, ¿qué puedo hacerle con estos puños de Barriguitas?

Y me planto delante de él y cojo la botella de alcohol de 90° del suelo y me incorporo, de fondo el feedback de mi guitarra cerca del ampli de Carnaval, bzzzzzt, y le doy un trago largo, muy largo, a la botella de plástico transparente, un trago gigante, un trago antiséptico, un trago de farmacia, un trago de imbécil.

Empiezo a entender por qué el Chopped quería beberse esto. Es sólo otra versión del dar cera, pulir cera. El beber para olvidar, el beber de las películas, alcohol de quemar para eliminar la tinta de los desgarros del alma.

Disculpadme si me pongo poético. Es toda esta basura que está pasando.

No preguntéis.

Luego no sé lo que pasa en el local. No sé qué hacen Carnaval y Clareana. Ni idea, vamos, porque yo estoy fuera, sacando el alma por la boca.

ESBAAAART.

—¿Sales esta noche, Rompepistas?

No, me voy a casa. Sólo nos quedan dos ensayos antes del concierto de debut en la verbena de Sant Joan, pero me da igual. Si esto ha sido la muerte de Las Duelistas, me da igual también.

Carnaval y Clareana se han ido del local por el lado opuesto al que me he ido yo. Se han ido riendo, como si hubiese una razón para ser feliz, como si fuesen Cuellos, pero sin hablarme más de lo justo. O sea, Adiós, y vas que te estrellas.

Quien me ha hecho la pregunta de hace unas líneas no era ninguno de los dos. Era Ultramort, me he topado con él camino de mi casa, por un momento he pensado que pasaría a través de él, así de pálido, intangible, fantasmal estaba. Su cabello de paje endemoniado, sus ojos extraños, sus dedos moviéndose por el aire como si fuesen a sacar conejos de sombreros de copa.

Yo le digo a Ultramort que me voy a casa.

—¿Depresión? —pregunta.

—De las gordas —le contesto, porque me da igual confesarlo y porque acabo de beber un trago de un líquido que se utiliza para esterilizar cortes, o sea que...

—¿Mujeres? —pregunta.

—Son una cosa parecida a nosotros —le contesto—, Ultramort, pero con peras y cabello largo y sin paquete. ¿Nunca has visto a ninguna, cucaracha?

—No hace falta insultar —dice él.

Yo esquivo sus ojos y digo:

—Lo Siento. No es culpa tuya».

—No pasa nada. ¿Qué vais a hacer con los tíos esos? —Me pregunta—. Lo de La

Bomba es lo último, ya. ¿Qué dice el Chopped? —pregunta.

—El Chopped les va a envolver con su pinza —le suelto, y sonrío más bien solo, más solo que nunca.

Ultramort me mira como si el que hubiese perdido su pinza fuera yo.

Y me pregunta lo del Puños, y le cuento, y me pregunta por los tíos que nos dieron, por detalles de su maldad, y no tengo ganas de hablar, porque llevo dentro la muerte de Las Duelistas y la muerte de lo de Clareana y la muerte de lo de Carnaval y la muerte de La Bomba y todo y me duele aquí. ¿Y aquí? También. ¿Y aquí? Más aún. Diga 33 o, mejor, diga 100.

100 punks.

Como la canción: *100 colegas en los que puedes confiar*.

Sí, y unos cojones.

Como la pintada: 100 PUNKS SIEMPRE.

Sí, seguro.

Hueles a destilería, me dice Ultramort.

Tú a mausoleo, le digo. Y el me sonrío y yo le sonrío y luego le doy un toque cariñoso en el brazo y me voy arrastrando las botas.

Pero: vamo viviendo, ¿no? Qué remedio nos queda.

Estoy delante del colegio de monjas. Otras veces he venido aquí con Carnaval a colarnos en los partidos de básquet femenino del sábado por la mañana. A ver a las chicas jugar, con sus braguitas azules de deporte y sus calcetines hasta la rodilla y sus pases y sus tres puntos.

Era todo más inocente entonces, y sólo hace dos años.

Estábamos en la frontera absoluta de Las Niñas que aún eran Tontas, pero empezábamos a sospechar que no tanto, o que cuando menos valía la pena obviar ese detalle porque había cosas interesantes que se podían hacer en colaboración con ellas.

La adolescencia, desde luego, vaya asunto. No se acaba nunca, pero también pasa demasiado rápido.

No puedo decidir qué quiero, ni qué estoy diciendo.

Estoy confuso, sí, qué pasa.

Es lo que me toca.

Es la edad, empanados.

Todavía estoy delante del colegio de monjas. Eso me recuerda una canción que ponen, *ponían*, en La Bomba, sólo la ponen, *ponían*, cuando alguien la pide, *pedía*, no sé qué dice de un colegio de monjas.

Hay otra que también llevan en el radiocassette gigante unos gitanillos que privan

entre el cementerio y el manicomio, no sé de quién es la canción pero dice: Tienes 11 años y pareces una vieja. Y yo y Carnaval se lo cantábamos a las más viejas de la clase, en el instituto. Las que llevaban medias gruesas y no bebían y no hacían nunca campana, y ya se veía que iban a acabar mal. O sea, bien. O sea, mal.

Me estoy enrollando, otra vez, y además liando, joder.

El tema es que todavía estoy delante del colegio de monjas, porque me he quedado pillado mirando las ventanas y recordando cosas de Carnaval y mías. Y me vuelvo, me dispongo a ir a casa deprisa, antes de que se pasen por aquí los Chungos, estoy parado delante del pasocebra, no puedo cruzar porque no me deja.

El Chérif.

Ahí, con su sombrero de stetson de plástico y sus cartucheritas y la estrella en el pecho, y sus ojos de cobaya, y su bigote. Está haciéndome señal de parar, aunque no viene ningún coche porque son las nueve y media y nadie pasa por esta calle a esta hora. Me espero, y al cabo de un rato agita su manita y me permite avanzar por el pasocebra. Y yo lo cruzo pisando sólo las barras, por si acaso. Por si, haciendo esto, todo empieza a ir bien.

Qué.

Cada uno tiene sus métodos para lidiar con la tristeza, y éste es uno de los míos.

A algo hay que agarrarse, después de todo.

Y cuando estoy a su altura el Chérif me pone la mano en el pecho, como si yo fuese una tapia en la que apoyarse, y yo me quedo allí, con los dos pies encima de la barra del pasocebra y el pecho en su mano. Y me dice:

—Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío o caliente, te vomitaré de mi boca.

Ya estamos.

Lo que me faltaba.

Y le digo que ya lo entiendo. Que no se puede ir por ahí escurriendo el bulto como una niña, y que mañana iré a visitar a Carnaval y le pisaré la cabeza. El diálogo no ha funcionado, es obvio, todos lo habéis visto, yo también puedo tener testigos, y más de 31 y más de 100. Teníamos una promesa, y Carnaval la ha traicionado, y ahora voy a pisarle la cabeza, porque eso no se hace, y menos por una tía.

Por una tía, es lo último.

Nada nos separará, pero ¿una tía?

Lo que faltaba.

Y, encima, Clareana. ¿Mi amorcito?

Aunque ésta no se fue con un guapetón. No me hagáis reír.

El Chérif repite su frase, porque siempre lo repite, le da igual que le haya dicho cuatro veces ya que lo entiendo, que ahora lo entiendo, tío majara.

—Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!
Pero por cuanto eres tibio, y no frío o caliente, te vomitaré de mi boca.

Y entonces me río, un poco pillado, como él, y él se ríe también. Y no tengo ni idea de por qué se está riendo el Chérif, quizás se imagina degustando sus propias heces, pero yo sí sé de qué me río. Del puñetazo que le voy a dar a Carnaval en la puta cara, que le voy a pisar la cabeza, que me lo cargo, que alguien me aguante, que no respondo. Que le rompo la cara, lo juro.

Pero ahora no. Mañana.

Todas las promesas rotas, que alguien tiene que redimir.

Siempre seremos amigos, le dije a Carnaval, después de casi desangrarme por un dedo.

Siempre cuidaré de ti, me dijo él a mí, aunque no con estas palabras, se sobrentiende. Su dedo también sangraba, y dejó de hacerlo cuando lo pegó al mío, y yo no le pregunté dónde habían estado esas manos, porque no era el momento.

Te querré siempre, le dije a Clareana, antes de rebanarle el corazón.

Te daré un Mazazo, cuando llegue la hora, le dije a mi abuelo.

Nunca me arrugaré, nunca envejeceré, le dije a la madre de Clareana, aunque me lo estaba diciendo a mí mismo.

A mis padres nunca les prometí nada, pero estaba implícito por mi condición de hijo. Se presuponía.

Tantas promesas hechas, y una promesa es una promesa.

Como cantan Generation X: *¿Te acuerdas de esas promesas, promesas?*

Yo sí.

Pero ojalá que no, lo digo en serio.

Todas esas promesas y tratos, todo este papel mojado, todas las mentiras, todas las cartas no enviadas, todos los juramentos, todas las aguas que no había de beber, toda la mierda que no quería ni tocar. ¿Quién deshará todo este MAL? ¿Esta catedral de escombros y promesas sin cumplir?

Joder, no veo un mar de manos ahí fuera. No veo una muralla china de voluntarios en mi puerta.

Tendré que ser yo, está claro.

Llego a casa a las diez. Subo las escaleras contando los escalones (36), pongo la llave en la puerta, y suena «Scarborough fair».

Oh, yupi.

Oh, qué bien.

Llamo a la puerta de la sala de estar, antes de entrar, no sé qué va a pasar, ojalá lo pudiera evitar. ¿Por qué estoy rimando? Los nervios.

Y abro la puerta, una voz cubierta me invita a pasar, y entro y veo a mi madre sentada en el sofá, con las manos en la cara y los codos en la rodilla, mirándose las pantuflas con dibujo de orquídeas que lleva. Y me siento a su lado, y me quedo un rato sentado allí mientras va sonando la canción. Sé lo que dice, porque hasta ahí alcanzo.

Dale recuerdos a alguien que vive allí, hace tiempo fue mi verdadero amor.

Hace tiempo.

Ya no, vamos.

Y mi madre se vuelve hacia mí, me mira a los ojos miopes, los suyos están alechugados, estrujados, no sé cuánto tiempo debe de llevar aquí, oyendo una y otra vez la maldita «Scarborough fair», pero si yo fuese un tío observador, si yo fuese detective, diría que como mínimo una hora.

Una larga hora escuchando Simon & Garfunkel y llorando por mi padre, por ella, por nosotros, por todo esto.

Y mi madre, la cara hinchada y las marcas pálidas de sus propios dedos aún en las mejillas, como si se hubiese autometido un guantazo, me dice Hemos decidido tu padre y yo que estaremos separados unos días.

Y dice A ver qué pasa.

Y dice Para darnos tiempo a pensar.

—¿Para pensar qué? —pregunto yo, no para ganar tiempo ni porque no sepa qué decir. Realmente deseo saber qué es eso tan importante que la gente se ve obligada a pensar confinada en casas diferentes.

—Si nos queremos —me dice.

Y aunque puesto en palabras sobre una hoja puede parecer melodramático, la forma en que lo dice no lo es. Es más bien estadístico. Técnico. ¿Por qué has tirado esa piedra desde ese andamio? Para comprobar si caía. Acción-Reacción. Hechos y sus consecuencias. Tú te vas de casa, yo entonces decido si te quiero.

Menudo panorama.

Es un trabajo desagradable, pero supongo que alguien tiene que hacerlo.

Y mi madre arranca a llorar, y para sostener sus lágrimas se lanza sobre mi pecho, y las deja allí con hipos de los grandes. Y yo, que tengo las manos en el sofá, muevo una con mi sistema nervioso automático, sin pensar qué hago, y la deposito en su hombro, como hice con mi padre antes, como el que pone un nuevo ladrillo en la pared.

Y, por un instante, mis padres no son unos extraños. No son esos seres incomprensibles que me abren la persiana y desencajan la cara al echar un vistazo a

mi boletín de notas y la mayoría de las veces me miran, decepcionados, me miran como si acabara de bajar de un ovni o si hubiese salido del útero de Rosemary en la película de terror aquella.

No son los señores raros que recogieron mi cesta cuando flotaba en el Llobregat, y luego se arrepintieron de haberlo hecho, seguro.

De golpe les veo, *normal*. Los dos niños que se enviaban cartas, y estaban enamorados, y se casaron, y tuvieron su primer hijo a los veintiún años, y trato de imaginar cómo debe de ser una cabeza a los veintiuno, y son solamente cuatro años más que yo, que los que tengo ahora, y mucho no sé, pero sí sé que no se puede alcanzar gran sabiduría en esos cuatro años.

Y noto a mi madre llorando, y veo a una niña. Una niña confusa, llena de dudas y preguntas sin respuesta. Y, quizás, también recordando todas las promesas sin cumplir que almacena. Todas las cosas no hechas. Todas las decepciones, propias y ajenas.

Y no soy matemático, pero si a mi edad yo ya tengo seis o siete de las gordas, no quiero pensar las que voy a remolcar en mi joroba de purgatorio a los cuarenta.

Menudo panorama.

Y me gustaría redimir las promesas rotas de mi madre, pero bastante tengo con las mías.

Y me doy cuenta, allí, de que quiero a mi madre, de alguna manera.

Tiene que ser amor, este sufrir por ella e imaginar su dolor.

Tiene que ser amor, y si suena cursi no es culpa mía.

Si suena cursi qué le vamos a hacer.

18 DE JUNIO, JUEVES

Me he dejado el miércoles 17, ya lo sé. Pero es que ayer no hice nada.

Nada remarcable, quiero decir. No es que me quedara todo el día tieso como un rábano, bailando el congelado, en mi habitación. Cosas, hice.

Para empezar me leí en la cama un tebeo de Spiderman que casi no recordaba. Me quedé allí una hora leyendo como pude, alejando el tebeo para ver algo y me lo pasé bastante bien, pese a que Spiderman es el superhéroe más torturado y a ratos apollardado que hay. De hecho, es como yo, si lo pienso fríamente.

Pobre Peter Parker. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad, como no para de repetirle todo el mundo, aguando su fiesta de forma grande.

Me gusta Spiderman, y me gusta su sentido arácnido. Ese zumbido que le avisa del peligro acechante. A mí nunca me ha funcionado muy bien ese sentido, hasta hoy. Ahora tengo un martilleo gigante en el cráneo, y no es de haberme masacrado ayer o de leer sin gafas. Es el timbre de combate, el comienzo de la pelea, golpeo mis guantes de gelatina, bailo por el ring, bailo con mis botas de boxeo Spalding rojas, bailo el twist, pero es un twist de guerra, ahora, un twist de batalla.

Ayer sufría por mi madre, y en lugar de irme a robar señales de tráfico o a romper sillas en cualquier sitio que no fuese el Provi, fui a la bodega y compré el sifón que me había encargado. Luego le hice compañía en la sala de estar. Me aburrí como nunca, pero tenía que hacerlo.

Un gran poder conlleva una gran responsabilidad.

Pero ayer era ayer, y hoy es hoy. Estoy en la puerta del taller de mi padre, parado como el rábano del que hablé antes. Congelado. Me tiro un rato allí, en medio de la calle, como un calçot que alguien hubiera plantado entre los adoquines. Al cabo de un rato remarcablemente largo, mi padre me ve y se acerca hacia mí limpiándose la grasa de las manos con un trapo que me recuerda peligrosamente una camiseta a rayas que mi madre me dijo un día que «se había estropeado al lavarla».

La camiseta tenía un agujerote en la panza, pero yo la amaba.

No preguntéis.

De golpe veo qué pasa con las prendas realmente ofensivas que a mi madre le gustan cero y repentinamente se «estropean» al ser lavadas. Quizás esté también por aquí aquella de Mata Hippias que me hice hace un año, y que tras un par de días de discusiones a la hora de comer desapareció misteriosamente.

O la de Curas al Paredón, que tenía un éxito tan vasto en el instituto.

Y la de Puta España, que sólo llevé un día. Qué extraño me pareció que se cayera del tendedero al intentar ponerla a secar. Especialmente porque no estaba sucia, y

porque casi ni me había dado tiempo a sacármela.

El taller de mi padre es el triángulo de las bermudas de mi ropa insultante, ya veo. Pero, bueno, da igual. Vamo viviendo, ¿no?

Y mi padre me dice:

—¿Cómo lo llevas, Rompepistas?

Ése no es el nombre que usa.

Me llama normal. Normal Pérez, ya sabéis.

Ja.

—Bien —le digo. A los padres hay que decirles siempre Bien, si no, se comen la cabeza. Ellos saben que es mentira, y tú sabes que la mayoría de cosas que dicen son más bien mentiras (robar es malo, si estudias llegarás a ser algo en la vida, hay que respetar a la autoridad: mentiras), pero vamos tirando todos. Vamos tirando, así.

—¿Y tu madre?

—Mal —le digo. Para joder y porque es verdad.

—No me lo digas como si fuese culpa mía —me contesta, serio pero no amenazador. Conozco su lenguaje corporal. Debajo del mono de mecánico, sus músculos de triturador deportista descansan, posiblemente agotados por la penuria matrimonial—. Estas cosas pasan en los matrimonios. No es culpa de nadie.

Por alguna razón, me creo eso. O sea, llego incluso al extremo de pensar en decírselo a Clareana. Pero luego veo mi cabeza arrancada de mi tronco y colocada como advertencia en un palo, en el Provi, y no me hace reír.

—¿Cuándo vuelves? —le pregunto.

—No lo sé, aún.

Y veo que mi padre vuelve a tener los ojos húmedos, y lleva en la garganta dos roscones de reyes, un kilo de harina, dos sacos de yeso y un puñado de arena de playa de Sitges, y sé que no se va a poner a llorar porque no es una niña y es mi padre. Pero, vamos. Casi, vamos.

¿Qué pasa aquí, que el mundo entero, mi mundo, llora a mi alrededor, en mi honor?

Miro a mi padre, sus ojos azules de Brubaker brillando por la humedad, y sin casi darme cuenta le doy un abrazo. Hace un segundo yo era un calçot, plantado ahí como una cucaña enana y ciega, como una señal de Desprendimientos o Firme Deslizante, y ahora estoy abrazando a mi viejo.

Joder, la vida.

¿Qué te pasa, Rompepistas?

Mi padre siempre ha sido un extraño pero ahora, de golpe, lo es menos. Repito lo de anteayer con mi madre, es lo mismo, de golpe soy capaz de ver su culpa, mierda y remordimiento y el tráiler lleno de promesas rotas que el tío conduce sin frenos camino del precipicio, como mi madre, como todos. Va con lo de ser humano,

imagino.

Mi padre no sabe muy bien qué hacer, pero ante la duda me abraza. Nada puede dañarme, en este minuto, entre las rocas defensivas de sus brazos de rompeolas; ni chungos ni corazones automáticos despedazados ni amigos buitres. Es una sensación pasajera, soy consciente de ello, en el instante exacto en que nos soltemos, la mierda volverá a soplar a babor, pero de momento... De momento siento que todo va bien.

Luego nos separamos y tosemos embarazados, mirando zapatos y botas.

Y le digo a mi padre, señalando el trapo grasiento que lleva en una mano:

—¿Eso era una camiseta mía?

Y él, tan pancho, me miente:

—No.

Padres e hijos. Todo el mundo sabe de qué va eso.

—Y tú, ¿qué llevas ahí? —me pregunta, y señala al final de mis brazos.

Si estabais de pie, sentaos.

Yo miro a mis manos y en una de ellas hay un sobre, cerrado. Y le miento, Nada, pero en realidad es una carta para Clareana.

Espero que ya os hayáis sentado.

Una Carta de Culpa, que no he escrito para volverme a introducir en su interior, sino porque lo siento, y la culpa es mía, y nunca le había dicho a nadie lo que digo ahí. Al menos no con esas palabras, ni con ese detalle, ni con esa candidez.

No, va, ahora en serio: ¿qué te pasa, Rompepistas?

Obras Calientes. Ésta es la primera que voy a hacer.

Va por ustedes. Sobre todo por ti, Chérif.

Obras Calientes suena a película porno de las que ponen en la Sala de Cine del Provi, pero no es eso. No tiene nada que ver con bratswurts rígidos o semirrígidos ni *temas* ni Soy-TuPolla. Son sólo mis actos de redención, mi renuncia a la tibieza, mi dejar de hacer la niñaata, pero de veras, no de cara a la galería.

De cara a mi alma, si puedo ser sincero.

De cara a mi alma, si puedo ser un poco cursi otra vez.

Y, creedme, puedo.

—¿Qué es esto, Rompepistas? —me pregunta la madre de Clareana.

A ella no le miento, porque no es mi madre, aunque alguna vez me hubiese gustado que lo fuera, luego me acuerdo con vergüenza de que también alguna vez he pensado otra cosa, de verdad se parece a Clareana y no está nada mal conservada para sus cuarentaypico, no es el momento de hablar de esto, pero ya se entiende.

Estoy en la biblioteca. En el despacho adonde me han mandado, que hoy la madre de Clareana no estaba en el mostrador. Y la madre de Clareana está señalando mi mano, y yo me la miro sorprendido, de algún modo esperaba que algún mecanismo

involuntario de macho se hubiese ocupado de esa carta, la hubiese hecho desaparecer en alguna acequia, pero no, sigue ahí.

—Una carta para tu hija —le digo.

Una cacacarta para tu hihija es lo que emerge de mi boca, en realidad.

—¿Y qué pone, en esa carta misteriosa? —me pregunta.

Lo que pone no se lo puedo decir. Ésa es la única razón para escribir una carta; que sea privada.

Mi carta a Clareana lleva todos mis pecados, los puse todos ahí. Es un gran expositor de pecados, un aparador de faltas, el escaparate de mi vida como pecador, como faltador de promesas. Ahí está todo, y puesto sin vaciles ni chulerías ni nada de eso. No está puesto de la manera en que pediría perdón en el Provi: diciéndolo, pero llamando imbécil a alguien y empujando a otro.

Perdona, imbécil, podría decir perfectamente.

De hecho, lo he dicho alguna vez.

Pero esto, para la carta a Clareana, no.

Para Clareana están todas mis faltas expuestas como en una feria de muestras, y ni tan sólo espero que me perdone, ni que meta la mano dentro de mis pantalones ahorcados. No espero retribución ni arreglos. No era para eso. Era también para mí. La primera Obra Caliente era el inicio, ahora de verdad, de mi Limpieza Fundamental.

De mi purgativo.

De mi Lavativa Emocional.

Mucho hablar, y la Limpieza sin hacer. Mucho hablar, pero no había movido un dedo. Necesito limpiarme si quiero salir con vida de todo esto. De *aquí*.

—¿Se la darás? —pregunto. Ella asiente y coge la carta. Hago un esfuerzo y pongo mi cara de gran panoli. No estoy de humor, pero es para que se ría. Pongo las dos manos en plan canguro encima de mi paquete, doblando el cuerpo como si estuviese conteniendo un ataque de incontinencia, culo hacia fuera, respingón como si fuese del ramo-del-agua, culo Magnum, hago un vaivén de cabeza, formo un mohín con los labios, construyo una caída de ojos a lo Flaco. El del Gordo y el Flaco.

Ella se ríe, en voz baja, y añade:

—Veo que no te has arrugado, Rompepistas. —No me llama así, claro.

—Bueno, estuve a punto, pero me di cuenta a tiempo y me enderecé.

Ella guarda la carta en su bolso.

—Le daré esto a mi hija, no te preocupes.

Obra Caliente Número Uno realizada. A por la siguiente, Rompepistas. No te rajes ahora, cagado.

No soy tonto, aunque lo parezca.

No soy nada tonto, aunque haya dado pruebas casi incontestables de que sí a lo largo de este libro. Voy a redimirme *sólo* de las cosas que son culpa *mía*. Lo de Carnaval no es culpa *mía*, así que voy a patearle ese culo de elefante embarazado que tiene.

Hicimos una promesa, y las promesas rotas hay que pagarlas. O sea, se pagan; lo digo por experiencia reciente.

Esto es una Obra Caliente, es una redención, sí, pero aquí se redime la traición ajena. Le estoy haciendo un favor, según como se mire. El cobrador de promesas rotas podría ser otro, podría ser un chungo con un taladro eléctrico o nunchakos o shurikens, así que todavía va a estar de suerte, el gordo de mierda.

Pico a su timbre y de la ventana de la peluquería sale el Isra, o el otro, nunca les he distinguido. Rompepistas, ¿qué pasa, matado?, me dice. Matao, dice.

—¿Está tu hermano? —digo yo, berreando y con la nuca doblada hacia el principal.

—Sí, sube —me dice, pero yo le digo No, que baje. Y el Isra, o el otro, tendrían que llevar una pegatina en la frente con el nombre, me mira como si hubiese acabado de meterme un fuet en el culo, y su cabeza desaparece entonces de la ventana.

Apoyo la espalda y la planta de una bota contra la pared y cruzo los brazos. No llevo la chupa del leopardo fiero, sólo una camiseta roja descolorida, casi sin mangas, de delincuente juvenil, donde pinté 100 PUNKS con rotulador. Al corazón de mi hombro, ahora visible, le ha salido una costra, como una pupa, de dolor de estómago y de sufrir. Un corazón rojo, ahora dañado, y un pergamino cruzándolo donde aún pone: Clareana.

Oigo un ruido que va aumentando en mi cabeza, pero no es el Sentido Arácnido. Es el maldito llavero de Carnaval, que baja las escaleras. Cuidado con los imanes, pavo, pero más cuidado aún con el Rompepistas, que te anda buscando y tú ya sabes por qué, puto.

Dringui-li-drongui, y la puerta se abre, y ahí está mi hermano Carnaval.

Su pelucón, su cara de bulldog inglés, su culo de doble sandía y, envolviéndole el tronco y la panza como el intestino que contiene las butifarras, una camiseta de RIP donde hay muchas pistolas enfocándome, de pronto.

—¿Dónde está el fuego, tío? —me dice. Sesea un poco, como si silbara en las essses. Por los dientes que perdió.

Y yo le empujo, le empujo un hombro con los dedos de mi mano derecha, y me pongo muy cerca de él, y le vuelvo a empujar mirándole la cara con los ojos bizcos y viéndole un poco desenfocado y echándole el aliento a la nariz, y él me empuja con las dos manos, me tira un paso hacia atrás, pero yo reboto y vuelvo, soy una pelota de ping-pong atada con goma a la pala, y le digo, le digo:

—¿De qué vas, Carnaval?

—¿De qué voy de qué, pavo, qué hablas? —me dice, y me empuja.

Y yo le empujo otra vez, y esta vez más fuerte, y su culo da contra un Renault 5 que había aparcado delante de su casa, y le digo:

—Lo sabes de sobra, hijoputa.

Y él frunce el ceño y se sonroja un poco y con voz de laringitis dice, haciéndose toc-toc-toc en la sien, dice, va y me dice:

—¿Estás pillado? ¿Qué hablas, tío? —Y esta vez no me empuja. Se queda ahí, reposando las nalgas en el carro.

—Lo que estás haciendo con Clareana, rata de mierda, hijo de la gran puta, cerdo de puta mierda.

No son los insultos más adultos del mundo, pero no me salen otros. Vuelvo a estar a un milímetro de la cara, echándole los capellanes en diluvio, rabiando como un puto demente.

—¿Pero qué dices? Yo no he hecho nada. —Y ya grita menos, cada vez menos. Y luego añade, agachando la cabeza de una forma casi imperceptible, nadie lo notaría, pero yo sí, Carnaval era mi mejor amigo, conozco todos sus movimientos, dice—: Además, ya no salís.

Ya no puedo más. Le agarro de la pechera, le hago el cuello cien tallas mayor, no que a él le importe eso, y le sacudo como si quisiese quitarle migas de pan de encima, su llavero dringa como el carro de Papá Noel, y le grito, ¿estoy gritando? Creo que sí, y bien fuerte. Por las esquinas de los ojos veo cabezas que asoman de agujeros en las paredes. Ventanas, eso. No sé ni qué me digo.

Y tengo los ojos irritados, y las palabras me salen retorcidas como tirabuzones de pasta italiana, estoy hablando como una cabra, como una niña, qué más me da, y sigo sacudiéndole del cuello de la camiseta de RIP.

Y le digo, y estoy a punto de llorar, pero al final no voy a llorar:

—Eso no se hace, cabrón. Eres mi colega. Las novias de los colegas no se tocan.

Y aún sacudiendo:

—Se suponía que eras mi mejor amigo, Carnaval.

Ya se lo he dicho. Pensaba que no se lo diría nunca. Me sorprende a mí mismo.

Carnaval tiene los ojos, esos ojos sapos suyos, húmedos también, y me agarra de las muñecas, pero no muy fuerte, como si fuesen barras paralelas del gimnasio, y yo sigo sacudiendo su cuello y camiseta.

—Eres mi mejor amigo, hijoputa. ¿Por qué me has hecho esto? Hicimos una promesa.

Carnaval mira al suelo, todo lo que puede, que no es mucho porque le tengo aplastado contra un Renault 5.

Y ya no aprieto, y ya no sacudo.

Y digo:

—Hicimos una promesa, Carnaval.

No voy a llorar, lo sé ahora, pero en el momento todo parece indicar que sí.

¿No llorar? Es una sorpresa. Hubiese apostado a que iba a hacerlo, y a lo grande.

Y Carnaval me dice, casi inaudiblemente, dice:

—Perdona, tío. —Y se está aguantando los sollozos tan fuerte que por un instante parece que se le vayan a aflojar los esfínteres allí en medio, como a los elefantes del zoo cuando cagan.

Suelto a Carnaval, y me quedo allí, delante de él, estoy a punto de llorar también, pero al final no voy a llorar. Si hay alguien esperando eso ya se puede marchar. No voy a llorar, por éstas, por mi madre, por el crucifijo que no llevo, ni aquí ni más adelante.

Y les digo a mis botas, porque no quiero ver la cara de Carnaval, les digo a mis botas destrozadas y pintarrajeadas con Tippex, les digo, con algo parecido al hipo:

—Hicimos una promesa, tío.

Y Carnaval me dice:

—Rompepistas...

Pero ya no estoy. Ya me he ido.

Los focos son tan potentes que distingues cada mota de polvo, cada insecto que pasa bajo ellos; o los distinguirías si no sufrieses miopía galopante y rotura de lupas. El aire es húmedo, casi estático, te sientes como dentro de una bola de esas de Navidad, pero un pellizco de brisa trae finalmente algo de viento del mar, deformado y violado y apaleado de pasar por tres pueblos, y en él el mar ya no se distingue. Sólo el olor a césped y a cemento húmedo y a la noche vacante y silenciosa y estancada del extrarradio.

El aire me eriza el vello de los antebrazos, que froto como lámparas mágicas. Los focos hacen círculos tan grandes encima del campo, círculos que se unen entre ellos, que es imposible delimitar sus contornos. El césped pisoteado brilla con la luz de mil bombillas, y encima de él un montón de Cuellos corren detrás de un balón.

Desde donde estoy distingo gritos amortiguados, como si vinieran de pisos contiguos, que dicen Dreta, dreta o Endavant, endavant o Alé, alé, alé. Y luego el zud sordo de los cuerpos que chocan y se derrumban en el fango. Como hipopótamos dándose un baño.

Estoy sentado, solo, en la valla del estadio de Deporte. Bebiéndome una Xibeca a mi bola, y a punto de llorar, pero que no. Que no voy a llorar.

No veo mucho, sin lupas, pero me esfuerzo. Los Cuellos se juntan y se separan en el campo siguiendo unos códigos que no soy capaz de descifrar. Es un baile del que desconozco los pasos, un grupo y otro se apiñan en medio del campo como dos manos que uniesen sus dedos, y de la piña resultante salen dos colas, a cada uno de

los lados, y no sé por qué pienso en la Osa Mayor. El Carro. Y miro al cielo y lo busco, pero no lo encuentro. Hay demasiada mierda: el humo de las fábricas textiles, de La Seda de Barcelona, oculta el universo, el exterior. Aislados.

Me he negado toda la vida a entender los pasos de baile que se desarrollan en el césped, pero no puede ser tan complicado. Física cuántica no es, seguro.

Y las colas se separan de las piñas y corren, en fila transversal, por el campo, desordenándose de golpe como hormigas que ven su procesión interrumpida por el palo de un niño. Y luego se vuelven a unir, y el balón va pasando de mano en mano, balanceado como un bebé. De algún modo y de repente parece incluso divertido; imagino que lo es, si es que logras encontrarle un sentido a lo de transportar el balón de una punta a otra del campo.

Una vez más, pienso en cómo me gustaría ser uno de esos Cuellos felices.

Pero no lo soy, y estoy a punto de aceptarlo de manera perpetua. Y me da igual. Por eso me estoy emborrachando como si fuese una divorciada cuarentona, y encima con el culo partido en cuatro en esta valla incomodísima.

Hago gárgaras de cerveza medio caliente y espumosa de balancearla arriba y abajo hacia mi boca. Y pienso en Carnaval. Hay momentos en la vida, como dijo mi abuelo cuando me habló de la guerra civil, en que tener la razón no sirve de nada. En que tener la razón no te va a hacer sentir mejor. En que ganar una discusión te va a hacer sentir como una basura, como una rata muerta en la boca de un gato callejero, como una vomitona, como una porquería.

La verdad es que preferiría no tener razón, pero la tengo. Por una vez que no la quería, la tengo de forma incontrovertible y sin posibilidad de devolución. Qué asco de vida, ésta. Qué asco de moraleja. Una frase para contarles a mis nietos, una frase de sabiduría adquirida a puñetazos: A veces, tener razón es lo de menos. A veces, ganar en discusiones es lo último que quieres hacer. Ahora tengo razón, y no tengo a Carnaval. Ni, obviamente, a Clareana. Felicidades, tío.

Me termino la cerveza, hace rato que está a temperatura ambiente, y estrujo la cara en una mueca de repugnancia. Tengo algo de frío, ahora, a pesar de que ya llevo la chupa de leopardo. Los Cuellos han terminado de prestarse el balón brevemente los unos a los otros y deciden marcharse. Les veo alejarse en montones desordenados, bromeando, repartiendo empellones, y uno se sube a caballo de otro, y luego escucho el tactactactactac múltiple de los tacos de sus botas en las anchas escaleras de cemento que conducen al vestuario. ¿Todos los Cuellos, ahí, en fila desordenada sobre el verde y el cemento? Parece la fila de pastores y reyes magos que avanza diariamente sobre el belén.

Y entonces, sin previo aviso, me pongo a llorar. Es una sorpresa, incluso para mí, lo admito. No lloraba desde EGB, desde lo del padre Pío, he perdido la práctica, ¿cómo era esto?

Ah, sí.

Muevo los hombros en ataques de segundos, tomo y expulso aire a trompicones, como si me ahogara un poco, como si tratase de respirar desesperadamente, mi cuerpo se convulsiona como si me hubiese dado un chungo, como si me hubiese dado un ataque, agarro la botella vacía con ambas manos en mi regazo. Y mi nariz empieza a producir mucosidades, mocos líquidos y abundantes, los que te salen cuando tienes un brote de alergia, o te pegan un puñetazo en un ojo, o cortas cebolla, o estás resfriadísimo. Y mis ojos se precipitan a producir cantidad de líquido engrasante, de agua humana, que se desliza muy lentamente en arroyuelos salados sobre mis pómulos y, luego, hacia abajo.

Llorar, es esto. No me acordaba; la verdad es que no es gran cosa. No me gusta. Si esto es la redención, quiero devolverla. No es para mí.

Cuando termino, cuando me seco los huesos de las lágrimas con el antebrazo, sólo queda una cosa en mi cabeza: tengo que irme de aquí.

Eso sí, el día que me vaya se lo diré a todo el mundo. Me pasearé por las calles con una pancarta que diga Aquí Os Quedáis, Hijos de Puta. Que no quede nadie sin saber que Rompepistas se va, para siempre. Aquí se quedarán todos: Clareana, Carnaval, los Chungos, mis padres separados, los Cuellos, el pueblo entero.

Rompepistas se va, y la mierda se queda.

Me largo, hijo. Tengo que despedirme.

Adiós.

Adiós, Rompepistas.

Que te vaya bonito, paYaso.

Pensar está sobrevalorado. Ahora es el momento de hacer. Y lo que estoy haciendo es la bolsa de viaje, en casa. Es una bolsa con forma de lata de Coca-Cola que regalaban si te bebías un montón de litros de esa porquería. La palabra mágica aquí es: regalar. A los pobres nos encantan los regalos. Sólo que generalmente son una mierda, y que nadie te regala nada igualmente.

No hay nadie en casa, extrañamente; no es como si mis padres se pasaran las noches en galas benéficas o bailes elegantes codo con codo con la aristocracia. Generalmente, ¿en un día como hoy, a la hora que es? Están los dos delante de la tele, tirados en formas extrañas como dos cuerpos acabados de fusilar, muy probablemente sobando.

Pero hoy no hay nadie, ni siquiera mi hermana, y me estoy negando a siluetear teorías sobre esto. Me estoy negando a pensar. Es más difícil de lo que parece.

No pienses en un elefante.

Imposible, ahora, ¿verdad?

Cuando cierro la bolsa, ziiip, en ese instante comienza a repiquetear el teléfono.

Achino la cara con disgusto. De repente sé que si descuelgo el aparato, no me iré.

Veo esto con la mayor claridad, la idea me viene a la cabeza completamente hecha, perfectamente ensamblada, y eso que me negaba a pensar. Pero es imposible. Tanto la idea como el elefante están ahí ahora. Una me dice que si ando unos pasos y agarro el auricular, no me iré. Algo me detendrá. El elefante, por otra parte, está ahí, a su bola, bañándose, quizás.

Sé que si me pongo al teléfono va a pasar algo, algo me va a obligar a hacer cosas, o a dejar de hacer otras. Si fuese un tío listo, no descolgaría ese teléfono tartaja; nos iríamos yo, el elefante y la bolsa de Coca-Cola gigante a otro mundo, sin avisar a nadie, sin enviar postal. Pero a estas alturas ya ha quedado claro que de listo, yo, nada.

Además, es el destino. No puedes luchar contra el destino. Como somos lo que somos, sabemos lo que va a pasarnos. O *no* pasarnos, mejor.

El teléfono está sonando y sé que lo que hay dentro de ese puto aparato va a despanzurrar mis planes y sueños. Lo ideal sería ignorarlo, pero no puedo, no puedo borrar ese elefante. Esto está escrito en algún lado. Esto es lo que tenía que pasarme.

Todo se paga, no seas pardillo.

Entro en el hospital de Bellvitge con mi bolsa de Coca-Cola en la mano.

Todo se ha ido al traste, pero todavía albergo esperanzas de poner en práctica mi plan de fuga, a pesar de que lo que oí dentro de aquel teléfono dejaba bastante claro que nunca me iría de aquí, o al menos no ahorita mismo. Todavía albergo esperanzas porque soy gilipollas y porque el que no se anima, animal.

Odio este lugar. El hospital de Bellvitge. Es una cadena de montaje que expulsa gente agónica. La máquina excretora de la humanidad. Todos los obreros con la espalda hecha plastilina de tanto descargar camiones, con los pulmones socarrados y llenos de aire tóxico, con la vista cansada y el corazón en las rodillas. Los ancianos, repartiendo sus incontinencias en los pasillos, también dejados de la mano de Dios. Sosteniendo bolsas conectadas a su vejiga, bolsas de su propio meado en las manos, soñando con la tierra sureña que tuvieron que abandonar. Y las familias con cinco hijos, armando barullo en las habitaciones, gritándose los unos a otros. Y los adolescentes que se han hostiado con la CBR y se han quedado idiotas, con placas de acero en la frente y miradas de cien metros.

El hospital de Bellvitge es un recordatorio de que somos carne de cañón. La infantería, que avanza desarmada hacia la carnicería del frente. Nacidos para ser carn d'olla. Nacidos para pringar. Si algún día se me olvida lo del odio de clase, volveré aquí. A reaprenderlo, a repaso extraescolar. Con los pringados.

Ando por los pasillos esquivando a los niños llenos de mocos y galletas babeadas a medio masticar en las camisetas, y las abuelas garrapatósicas que los persiguen,

atrofiadas y geriátricas y artríticas y nudosas y medio calvas y más feas que un tiromierda, que diría Carnaval.

No les miro con superioridad. Soy demasiado consciente de que soy uno de ellos.

La única diferencia es: yo me iré. Sí, aún me creo esto. Aún me resisto a dar por perdido el túnel de fuga. Porque soy más tonto que Pichote.

Llego a la habitación 135 y llamo a la puerta. La voz de mi madre me dice Pasa. Entro, y en un lado está la cama, con una cortina que la oculta. Al otro lado están mi madre y mi padre, sentados. Están cogidos de la mano, y ambos me miran. Hace rato que no pienso en mi pinta, pero debe de ser la misma de siempre; o sea, asquerosa. O sea: pa' verla.

Mi madre se suelta cariñosamente de la mano-excavadora de mi padre, utiliza la otra mano para zafarse de la garra paterna, y le mira durante un instante fugaz, hace una caída de ojos que no recordaba en mi madre, y que me hace pensar por un instante en la adolescente que debió de ser.

Mi madre se levanta y me da un abrazo grande. Nos quedamos yo y el leopardo rugiente de mi espalda allí un momento, abrigados en su abrazo como perros mojados.

—¿Dónde estabas? Te llevamos llamando horas. Hueles a cerveza.

Me deshago del abrazo con maestría.

—Por ahí. Sí, perdón. Estaba en el Provi.

Hoy, esto no empieza el sermón. Bastante está sucediendo.

—¿Cuándo ha sido? —pregunto, acercándome a la cama y abriendo la cortina.

Y mi madre dice a mi espalda que esta tarde. Que le ha dado una bajada de azúcar y se ha quedado inconsciente. Y miro a mi abuelo, su cara alargada de Gary Cooper, o de Boris Karloff, su cabello blanco con raya al lado, pero la boca abierta, como un bacalao tieso y desalado, y algo de baba en su comisura, tumbado, sin moverse, ojos cerrados.

Y el mazapán, ahí, en mi tráquea.

Sólo que ahora ya no me importa llorar. No me importa ser una niña. Porque casi no estoy aquí, me digo a mí mismo; estoy viéndolo todo desde la ventanilla de un tren que acelera.

Y mi abuelo abre los ojos, y vuelve ligeramente la cara, y es un pajarillo. Un pez-pájaro, escuálido y en salmuera y azulado y triste. Un congrio, estirado y medio muerto en el escaparate de una pescadería. Y me ve, y hace un esfuerzo por sonreírme con sus comisuras almidonadas. Y levanta ligeramente una mano, y yo la agarro, y está tan fría, y pesa tan poco, y veo sus uñas largas, amarillas, y sus pecas amplias y coloradas al dorso, le aprieto la mano fuerte, y pienso en mi abuela, cómo la echo de menos, y pienso en el día en que mi abuelo me enseñó a bailar claqué.

Y me vuelvo un momento hacia mi madre y le susurro ¿Se pondrá bien?

Y mi madre me dice, susurrando también, No lo sabemos. Le están haciendo pruebas.

Sigo cogido de la mano de mi abuelo, apretando fuerte para que sepa que estoy allí, y él me mira, con dolor pero también contento de verme.

Mis padres salen fuera y nos dejan allí, a los dos solos.

Y yo le digo, sonriendo pero a punto de llorar, le digo lo que está esperando que le diga.

—¿Ha llegado la hora del Mazazo, pues?

Y no sé si él va a entenderme, pero me entiende perfectamente.

—Si quieres la voy a buscar y lo hago —añado.

Todas las promesas que hice.

Ésta era una de las importantes.

Igual de pálido, pero sonriendo todo lo que puede, mi abuelo hace un intento de fuerza en mi mano y murmura algo. Me inclino hacia su boca y digo Qué.

Y su voz, cavernosa y anémica, casi ininteligible, con olor a leche agria y manzanas, repite:

—Vamos a aplazar eso, si te parece, de momento. —Y un fragmento de su labio de pez trata de sonreír.

Y yo le miro, y dos grandes cisternas de agua se forman en mis retinas.

—De repente, todo esto de la muerte... —Y se interrumpe, y respira hondo, y hace una mueca de daño, como si no pudiese continuar—... Visto así, de cerca, parece mucho menos atrayente. Desde luego, más aburrido que vivir.

Salgo fuera. Llorando a moco tendido. A lo grande, dejándome ir. Como en el campo de Deporte, pero cien millones de veces más.

Quizás a partir de ahora lloraré por todo. Tendré que irme acostumbrando al nuevo Rompepistas Niñata. Esto de llorar, es todo empezar; de veras. Jamás hubiese sospechado que habría tanto llorar en este libro.

Mis padres me abrazan. Siento su cariño traspasando mi piel, como entrando dentro de mí por simpatía, a través de la corteza de mis brazos, filtrándose por los remaches de la coraza que me he construido a lo largo de todos estos años, que me he hecho con los materiales que tenía a mano: la rabia, la derrota, la vergüenza, el odio y el no-futuro y la suerte que agoté. A mis padres nunca les prometí nada, pero estaba implícito por mi condición de hijo. Se suponía.

Le dejo a mi padre dos vasos de lágrimas y mocos en el hombro, el hipo va disminuyendo, mi madre acaricia mi espalda, como amansando la cara del leopardo. Estamos así un buen rato. No me doy cuenta de nada de lo que sucede a mi alrededor. Percibo gente que pasa cerca de nosotros, pero ahí estamos, como un abeto de Navidad, mis padres y yo, como celebrando un gol.

Mis padres y yo, allí, en medio del pasillo del hospital de Bellvitge.

Una familia, supongo.

Aunque falte Gilda, que se ha quedado con mis tíos.

Pero una familia.

Desestructurada, psicótica, llena de silencios y mentiras, llena de cosas nunca dichas, llena de culpas y reproches, *tan* llena de errores, pero también llena de otras cosas, no jodas. Una familia que te vuelve loco, que te castra y tortura, que te jode vivo y se mea en tu presente, que te moldea con manos inútiles para la plástica, que te moldea con toda la mala leche, sin tener ni puta idea, pero que es una familia, después de todo. La *mía*, ahora lo veo.

Échale la culpa al boogie.

Al cabo de un rato nos soltamos. Y mi padre, porque nadie está diciendo nada, se pone la mano en el bolsillo de su chupa de aviador americano y me muestra la palma de su mano.

—¡Mis gafas!

Por un momento me alegro, me alegro como en mi cumpleaños, como una mañana de Reyes, como un día sin colegio. Melancólico, pero sintiéndome seguro, arropado. Y me las pongo, tras secarme las lágrimas con el puño, y miro alrededor, miro todo el pasillo, y la gente tiene contornos. Nadie se difumina. Nadie está desenfocado.

Físicamente, al menos.

De su vida espiritual no quiero hablar. Es Bellvitge, después de todo.

Y sonrío, un poco, casi ni se nota, sólo si me conoces a fondo, Carnaval lo habría visto.

—¿De qué te ríes, Rompepistas?

Y mi madre también.

Sólo que no me llama así, claro.

No digo nada, me abrocho la cremallera de mi chupa de cuero, me subo el cuello, me meto las manos en los bolsillos.

Mi padre señala la bolsa de Coca-Cola que he dejado en el suelo y dice:

—¿Qué llevas ahí, hijo?

Y digo Nada, porque es en ese exacto momento cuando lo sé. Nunca he sido el más rápido, ni el más listo, Carnaval y yo éramos los dos tíos que nadie quiere en su equipo de fútbol, y que los capitanes no escogen hasta el final, cuando ya no queda más remedio, cuando ya estás todo humillado (tohumillao), cuando las pruebas de que eres una mierda son concluyentes.

Nunca he sido el más rápido, pero ahora ya sé que voy a quedarme. Podría ser peor, sólo que ahora no se me ocurre nada que lo sea.

Peor, digo.

23 DE JUNIO, MARTES

Han pasado cuatro días. No me he quitado el pijama en ninguno de ellos. Supongo que estaba reflexionando, sin saberlo. Haciendo inventario de cosas, atando cabos. Atando promesas desatadas.

Ahora llevo una camiseta de Deporte y calzoncillos y mis lupas flamantes. Rasgo el ukelele. Pongo los dedos así, y luego asá, y arranco dos o tres acordes hawaianos. Ya tengo el final de «Rompepistas». La última frase que me quedaba. Estoy sentado en la cama con las piernas cruzadas y el ukelele en las manos.

Y canto la estrofa final, sin tarareo, porque ya tengo el pedazo de letra que me hacía falta. Canto la canción entera. Y me río. Sólo que no es una risa de felicidad, exactamente. Es la risa del malo, cuando acaba de volverse loco del todo, y ríe al borde del precipicio, y aún está diciendo algo de dominaré el mundo, ja ja ja, pero todo el mundo sabe que se va a dar el guantazo, que está cayendo a toda velocidad, y el imbécil sin enterarse.

Con el ukelele en la mano me quedo allí, haciendo el congelado, y pienso otra cosa, una cosa extraña, no sé de dónde viene este pensamiento tan-poco-Rompepistas: ¿Dónde va, todo ese amor? ¿Dónde va, todo ese odio? ¿Dónde va la pena?

Creo que todo el amor que sientes por alguien, y todo el odio que te hurga por dentro como el que mete un gancho en una caries, las dos cosas, no se pierden nunca. No desaparecen, tras los destellos cegadores que advierten de su presencia. Es como con la energía. Lo único que recuerdo de las clases de física que cateé de manera estupenda. El principio de conservación de energía.

Ejemplo: Un coche que estaba en marcha, corriendo a su bola por una carretera, frena y parece que la energía cinética que lo movía haya desaparecido. Pero no, pero no. Esa energía se transforma en otras energías: en calor, especialmente. En los frenos, en las ruedas y en el asfalto. También en sonido.

Creo que lo mismo pasa con el amor que sientes por alguien. Y por el odio que sufres y te envenena como setas de colores, como meados de sapo. Se almacenan por ahí, en algún lugar. Y luego emergen otra vez, porque no pueden hacerse desaparecer. Porque crees que ya no están, y es sólo que se han transformado en otra cosa. Los recuerdos también. La rabia también. Y el dolor.

Mi odio, mi pena, mi amor y mi culpa no han desaparecido: se han transformado en sonido. Pero eso tampoco es el fin, porque nada desaparece, y nadie olvida jamás.

Es así de simple.

Quizás dar cera y pulir cera sea inútil, entonces. Quizás largarse sea inútil.

—Me hash deshpertado, imbécil. —Mi hermana entra en mi habitación con ojos arenosos; olvidaba que tenía fiesta del colegio, porque ya es Sant Joan—. Shon las once de la mañana. ¿Qué hacesh?

Lanzo el ukelele sobre la cama.

—Te echo una partida, va.

De repente estoy casi contento.

Casi.

Mi padre ha vuelto a casa. Mi madre me ha dicho hoy que mi abuelo va a recuperarse. Hay cosas que sí mejoran. Tengo que hacer una nota mental de esto, si me acuerdo. Quizás todas las cosas mejoran si actúas sobre ellas.

Sonríó, pese a que acabo de perder por primera vez una partida de la Fuga de Colditz ante Gilda. Ella me mira, y sonríe también, una nube se hace a un lado cortésmente y el sol entra, cegándome, por la ventana de mi habitación, y Billy Idol, el torso desnudo e imberbe, me hace morritos desde su póster de Generation X.

Y parece como si me hablara. Parece como si estuviese diciendo: Que no se te olviden las promesas que quedan, ¿eh? No jodas, Rompepistas.

No pases ansia, compadre. Que ahora vuelvo a recordar, te lo digo en serio. Que estaba ciego, y ahora veo.

Pank.

Suena a punk, pero es una hostia que me acabo de meter.

Pata-pank, de hecho.

Échale la culpa al impulso. Estaba corriendo tanto para llegar aquí que luego no he podido invertir o detener la fuerza motriz y he embestido contra la puerta del Provi y me he hecho un lío con las cortinas de plástico aceitoso que cubren la puerta y, hecho nudos, he tropezado y me he desmoronado como una catedral de escombros dentro del bar.

En otro momento, se hubiese descojonado de mí hasta el loro.

Pero hoy no. Hoy no se ríe nadie.

Están todos en la barra, apretujados y bebiendo, hombro contra hombro, como castellars mareados. Los Skinheads por la Paz, huyendo del sol de media tarde, apagando su sez. Los Skinheads por la Paz, que me miran como si acabara de entrar un esquimal. O un tío desnudo y pintado de verde. O un nota con seis ojos y una trompeta en lugar de nariz. O un pillado del manicomio, luciendo embudo en la cabeza. El Tomeubot, vestido de Napoleón.

Entre ellos está Carnaval, que me mira. Y yo, las piernas abiertas en el suelo, y seis tiras de plástico de cortina enrolladas en el cuello, le miro también, y trazo una

sonrisa con tiralíneas y curvo las cejas, una de ellas a medias, esto no crece ni a tiros. Y Carnaval sonrío también, se me acerca, me da la mano. Yo la cojo y tiro, y me levanto escalando su brazo. Y me deshago del abrazo aceitoso de la cortina.

Ya de pie, se me acercan todos.

Sus frases:

Dónde estabas, subnormal.

Hace días que te llamamos, hijo de zorra.

Hijoputa, vaya GRAN escaqueada.

¿Se puede saber qué mosca te ha picado, Rompepistas de mierda?

Cómo te cagas, pringado.

Pringao. Lo que sea.

Y Carnaval empuja a dos o tres de ellos, y se pone en medio con su esponja craneal, con su peinado de estropajo de hojalata, y pega un trago a la cerveza —dedo en ristre, dedo siempre acusando— y luego, inmediatamente, un eructo grande en la cara del Antología, BAAAART, y añade:

—Dejadle en paz, matados. Tiene sus razones.

Dice mataos.

Y es que eres de los míos, gordito. Tenemos que hablar, tú y yo.

Pero luego.

Y el Bomba añade, de lejos, rimando sin querer:

—¿Razones? Sí, la mierda que lleva en los pantalones.

Y el Chopped se pone al lado de Carnaval y dice:

—Es verdad. Dejad en paz al Rompepistas, joder. —Y pone una cara de demente, pone una cara de camisa de fuerza, que me asusta. En su camiseta pone Oi!, y sus brazos están prietos, electrificados, a punto de saltar en cualquier dirección, unos brazos que están a mayor escala, como los de un bogavante, como los de un cangrejo.

Y al Chopped nadie le tose, porque saben lo que pasa cuando le tosen al Chopped. Alguien puede acabar malparado o incluso malparao.

Y de una boca emerge finalmente el grito «Una ronda para celebrar que ha vuelto el Rompepistas». Y de todas las demás bocas: «¡Hurra! ¡Hurra!» Las cervezas se reparten en manos como si fueran máusers en 1939 a la puerta de la Generalitat. El MD me dice que el Puños está mucho mejor, pero que aún no puede salir. El Sutil me dice que hay rumores de que los Chungos van a venir esta noche al concierto. El Jeje dice «Qué hacemos», y luego se ríe, je-jé, sin razón, como siempre. Todos llevan camisas prietas, camisetas de Trojan, tirantes que pretenden sostener pantalones-*cerbatana*, cráneos al descubierto: mis Skinheads por la Paz. Una jauría, un desastre, pero *mi* jauría. Mi desastre.

Y, de repente, alguien dice esto, subiéndose a un taburete:

—Lo que vamos a hacer está claro. Las Duelistas vamos a tocar esta noche, y

vamos todos a bailar y a ponernos francamente embotellados. Y si se acercan los Chungos, yo qué sé, se hará lo que se tenga que hacer, ya veremos.

Y añade, porque no los ve convencidos del todo:

—Mirad: si dejamos pasar esto vamos a estar toda la vida escondiéndonos, y eso no. No sé vosotros, pero yo paso de tener miedo. Estoy harto de huir y de estar acojonado.

Sólo que el pavo dice acojonao.

En cualquier caso, vaya tío. Qué hombre.

Eh. Un momento.

¡He sido yo, otra vez! No dejarás de sorprenderme nunca, Rompepistas, en serio. Tu meteorología personal, es cierto, es imprevisible.

Y ¿sabéis qué? Lo bueno es que creo de todo corazón lo que acabo de decir. No se puede estar huyendo toda la vida. Estaremos como estamos, cayendo y riendo, pero achantados no, eso si que no, eso es lo último. Teníamos poco: unas canciones, y un par de bares, y el orgullo, y ¿nos lo quieren quitar? Lo más valioso, en este pueblo de mierda. Lo único que nos quedaba, no me jodas.

Pollas, es lo que yo digo.

Pollas como una manera de enfrentarse al mundo.

—Venga, vamos —les digo, bajándome del taburete de un salto.

—¿Adónde vamos? —pregunta uno.

—A todas partes, tíos —les digo—. A partir de ahora, a todas partes.

Vienen:

Dos conversaciones cruciales. Y una imagen del pasado. Y una aparición del pasado. Y una parte del pasado, que se resuelve. Y otra conversación crucial. Y una fiesta. Las cosas siempre tienen que terminar con una fiesta, ¿no?

Venga.

La primera conversación, con el Chopped.

—Todo esto es por tu culpa, psicópata de mierda —le digo.

Sólo yo puedo hablarle así, y me aprovecho. Es por su bien, lo juro. Esto va a dolerme más a mí que a él.

Estamos los doce andando por la calle, por la sombrita. No somos 100, pero vamos viviendo. Nos arreglamos. Es lo que hay, es lo que hay. Los chicos con botas. Andando y riendo, Xibeca en mano, a por otra victoria pírrica, el único tipo de victorias que conocemos.

Eh: de algo hay que morir, cojones.

Me separo un poco del grupo y le digo:

—Dame eso —le digo.

—El qué —dice él.

—Lo sabes de sobras. Mírate los ojos, puto colgado. —Digo colgao—. La velocidad.

—Mira, Rompepistas: que no eres mi puto padre, ¿vale?

—Afortunadamente, según tengo entendido. —Y extendiendo la mano, y le sonrío. Y él me mantiene la mirada, el cuello tieso de tronco de animal, congelado, arruga la frente, ondula la frente, adelanta las cejas, envuelve los ojos entre los párpados, como un bocadillo en papel de plata. Luego, riendo, me da la caja de cápsulas. Anfetamina barata, de la que consiguen con recetas trucadas, inventándose encargos de falsas parientes gordas—. Y lo otro, dámelo también. —Y el Chopped se queda ahí, con la mueca que pongo yo cuando la madre de Clareana me hace transparente y señala a mi riñón, o mi intestino grueso. De cristal, de repente.

Y el Chopped mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta bomber y saca un gancho de carnicero. Ese palo de donde sale un garfio inhumano y francamente acojonante hecho con la única y exclusiva meta de crear gran dolor.

Sólo que éste es otro tipo de gran dolor.

Es el dolor del que no te recuperas. El camino que no puedes reandar, puto.

Y yo le digo, porque si no lo hago yo nadie se lo va a decir:

—¿Tú estás tonto, o qué?

Y el Chopped mira al garfio, mira al suelo, a sus botas Martens de ocho agujeros de color negro, luego me mira a mí, y de repente estamos jugando al bote, y le he pillado, y tiene diez años, un niño grande.

¡Bote Chopped!

Y me pone el garfio en la mano. Sin ensartarla, porque somos colegas.

—¿Tú estás tonto? ¿Quieres acabar en el talego y que te masacren el alma? Tú sí tienes cosas que perder, paYaso.

—¿Sí? ¿El qué? —me contesta. Y veo esa lágrima tintada del ojo izquierdo, todo el dolor adquirido, heredado, de la vida mala, de sus padres, de lo que les tocó, de la suerte que agotaron—. ¿Qué tengo que perder, listo?

Y saca su yoyó y empieza a hacerlo descender como si el yoyó fuera un Hombre de Harrelson, arriba y abajo de la cuerda (*Luca, al tejado*), girando, girando, una bola de discoteca en su mano.

¡Zim-zum! ¡Zim-zum! ¡Zim-zum! ¡Zim-zum!

A veces, este yoyó es como un rosario turco. Utiliza sus subidas y bajadas como el que cuenta hasta diez antes de darle una hostia bien dada a alguien. Para calmarse. Pero ahora es que está pensando.

Y los demás, de repente, por casualidad, empiezan a cantar, siempre cantando por la calle, espantando los males, cantando porque es lo único que tenemos. Estas

canciones, y a nosotros mismos.

¿Es que no sabes, que ésta es la edad?

Pero pronunciado en inglés, de cualquier manera.

Abrazándose los unos a los otros, el Sutil levanta el puño, Carnaval coge al Antología y lo levanta sobre los hombros, se tambalean por la calle como un caballo borracho, como una torre en pleno derrumbe, como castellers beodos, el Jeje levanta los dos puños a la vez y se parte de risa, solo, él solo, se parte, cayendo y riendo, los dos puños en alto, puños de orgullo, cayendo y riendo todos, siempre, puños como de haber ganado algo.

Hay cosas que no se pueden matar, nunca.

Da igual lo que nos hagan. Da igual, da igual.

¿Qué tienes que perder, dices? Y les señalo a ellos con el pulgar y le digo al Chopped:

—Esto.

Pensé: Tenemos que hablar, Carnaval y yo. Pero lo cierto es que casi no vamos a hacerlo. Tenemos diecisiete años. No voy a sentarme en mesas y sorber camomila y mirar a la gente fijamente a los ojos y preguntarles: «¿Estás bien?». O, como dicen los cursis: «Estoy fatal».

No, no voy a hacer eso.

¿Tengo pinta de hippie?

No contestéis.

Los Skinheads por la Paz juegan al potro. Uno se coloca en medio de la calle, agachado, y los otros le saltan por encima, y a su vez vuelven a colocarse de potros, y van cantando una canción que dice que *nunca, nunca, nunca, voy a envejecer*.

Se equivocan, pero qué más da.

Son como niños.

Somos niños.

Somos niños *ahora*, y eso es lo que importa.

Son las siete menos cuarto. La hora del ensayo de Las Duelistas. Sólo que hoy no hay ensayo, porque es nuestro concierto de debut en la plaza del pueblo. Sólo que no sé si vamos a alcanzar a tocar, porque aún no he hablado con Clareana.

Lo que les dije a éstos en el bar era un bluf.

Yo soy así.

Carnaval anda a mi lado, acompasando nuestros pasos con el dringui-li-drong de su llavero. Las dos manos en los bolsillos, algo encorvado, su pelucón en ristre, si miras su sombra es como un arbusto andante, como un seto redondeado que hubiese salido a pasear.

Como un trífido, sólo que ultragordo.

En su espalda: 100 PUNKS SIEMPRE.

Y me dice, observando con gran atención cómo andan sus botas militares:

—Oye, perdona.

Y yo le digo, mirando fijamente cómo andan mis botas militares:

—Tranquilo, tío.

—No ha pasado nada con Clareana, tío, te lo juro —añade, y saca su paquete de Fortuna espachurrado del bolsillo de sus pantalones elásticos de asfixia.

—Ya lo sé —contesto, serio.

—Ella aún está enamorada de ti, tío —me dice Carnaval, sacando con esfuerzo un cigarrillo. ¿El cigarrillo? Parece que lo acabe de recoger de la cloaca de lo espachurrado que está. Parece que se lo acabe de arrebatarse de la boca a un vagabundo.

—¿Tú crees?

—Lo que yo te diga, tío.

Me quedo en silencio, ponderando lo que ha dicho Carnaval. Andamos los dos callados un rato, observando cómo los pelados juegan al potro y se niegan a envejecer. Carnaval saca su mechero, ahí está la materia prima para otro remache en su chupa, y se lo acerca al cigarrillo y hace chas-chas, y de él surge una llama de pozo petrolífero y enciende el cigarrillo, pero también le pega fuego a un mechón acaracolado que le resbalaba por la frente.

Os vuelvo a presentar a Carnaval.

Mi mejor amigo y holocausto andante, Carnaval.

Extiendo la mano a toda prisa y extingo el incendio de su cabeza con dos dedos. Pif. Carnaval mira hacia arriba, todo huele a ave asada, Carnaval que eleva las cejas y me dice, luego, ya mirándome:

—¿Colegas?

—Colegas —contesto yo.

—Una promesa es una promesa, tío, ¿eh? No te olvides.

Cómo coño voy a olvidar. Cómo voy a olvidar, Carnaval.

A cien metros de la capilla ya oíamos las risas, Carnaval y yo, los dos allí, en EGB. Obedeciendo órdenes del padre Pío y yendo los dos a misa.

¿Risas? No hacía falta ser un gran sabio para darse cuenta de que algo en extremo anormal estaba teniendo lugar. La religión católica no es una fuente inagotable de risas. De hecho, se basa en su perfecto opuesto: en el remordimiento, la culpa, el pecado y la aflicción.

Y un millón de curas pederastas y abusones.

La religión es, sin duda, una cosa de mala gente.

EL MAL.

Pero eso no viene a cuento ahora.

Lo que viene a cuento es que doblamos la esquina del pasillo y nos envolvieron las risas, todas las risas, un colegio *entero* riéndose. El ruido que 600 niños hacen riéndose, no lo queráis saber. Pero es un sonido gozoso, que le ensancha a uno el espíritu, un ruido amable y matizado. Niños héroes, partiéndose la caja, partiéndose el pecho, el pecho en dos, muertos, muertos de risa, que no de miedo: esas carcajadas te recuerdan que existe una cosa que se llama alma.

Si uno no está acojonado como yo estaba aquel día, claro. El alma, yo, la tenía así, pequeña, como una aceituna negra y arrugada, con hueso, *todo* hueso, aquel día.

Y abrimos, Carnaval y yo, abrimos las puertas basculantes de la capilla, era una de esas capillas modernas construidas en los setenta, ya dije, con Cristos de formas cuadradas, y pintura verdeocre en las paredes, y letras modernas en las frases del Nuevo testamento. Un lugar deprimente, que no había manera humana de humanizar. Un sitio para transformar niños en viejos. Una cadena de montaje destinada exclusivamente a aplastar tus sueños. A pisotear tu orgullo.

Alguien tiene que pagar por todo este MAL creado, no me jodáis. Todo se acaba pagando.

Y allí, Carnaval y yo, los dos en la puerta, y vimos lo que había hecho Carnaval. En la pared principal, donde estaba el Cristo cabecicubo, lo vimos.

O sea, Carnaval ya lo había visto. *Lo hizo él.*

Pero junto a mí vio su obra en contexto, tal y como el artista la había previsto. En plena misa de día santo, y delante de 600 niños muy cabreados y siete curas claramente pederastas que no sabían dónde esconderse.

Y, al lado del Cristo cubista, que ponía ojos de dolor y confusión por estar allí, claveteado a un pedazo de madera en T, la obra de Carnaval.



Y, por si alguien no interpretaba su significado obvio, unas palabras:

CURAS AL PAREDÓN

Letras muy grandes. Amigos: letras muy grandes. Medio metro cada letra. Letras

muy grandes, sin reparar en gastos, sin reparar en sprays. Cloc-cloc-cloc. Un curro.

Y 600 niños hostiados y vejados que, por un día, ven el mundo que se da la vuelta. Las revoluciones van de esto. Los débiles, los humillados, los pisoteados, un día se levantan y dicen Se Acabó.

Tortillas que se dan la vuelta. Por una puta vez.

Vale: a veces, la justicia poética también existe. Lo admito. Incluso en este pueblo. Victorias Pírricas. Pero qué, si no tienes acceso a otras.

Esto era la venganza de los niños del maíz. Un Fuenteovejuna infantil. El único modo de devolver nuestra indefensión contra los curas del infierno. Niños héroes, por una maldita vez.

Ya tocaba.

Y nosotros, Carnaval y yo, los dos allí, aún más héroes. Héroes por un día. Alguien se dio cuenta de que estábamos en la puerta, y todas las caras infantiles descojonadas empezaron a volverse hacia nosotros, y uno a uno empezaron a aplaudir, desordenados pero con las ideas claras, reyes por una vez, reyes de su destino por un día.

Aplaudiendo y riendo. Qué estruendo.

Hay cosas que no se pueden matar; da igual lo que nos hagan luego.

Y los dos allí, Carnaval y yo, felices. Yo ya no tenía miedo. Carnaval juntó ambas manos y las elevó por encima de su cabeza, haciéndolas una sola, una gran mano estrechada, como si se estuviese presentando a sí mismo, y saludó a su audiencia inclinándose. Yo hice el signo de la victoria, el alma ya ancha otra vez, y también me puse a aplaudir a Carnaval.

Aún no se llamaba así, pero ya apuntaba maneras, el hijo de zorra.

Y los dos: muertos de risa. Cajas partidas.

Supongo que a nadie le sorprende esto.

¿Lo mejor? La cara del padre Pío. Esa cara de cobaya aterrada, despellejada, los dos dientes fuera, los ojitos rojos casi sin fulgor, sin pilas. Métete con los de tu talla, hijo de una sucia perra. El padre Pío, achantado por una vez. Pálido, pequeño, toda su cobardía y mezquindad subiendo a la superficie como sube la mierda cuando hierves algo asqueroso y putrefacto.

Los 600 niños, señalándole y partiéndose la caja en su cara de manera *muy* grande.

Algo así, hay que verlo.

Sin miedo, por una vez.

Alguien tiene que sacrificarse para conseguir estas cosas. Alguien tiene que limpiar todo el mal creado.

Y aquel día nos tocó a nosotros. Idea de Carnaval. Eres de los míos, gordito, y siempre lo serás.

Dos culos pelados.

Un poco más tarde, en el despacho del padre Pío.

Tumbados encima de la mesa del cura. Los pantalones bajados y, por un momento, pensando que ése nos daba por ahí. Era pederasta, seguro.

Ya no nos reíamos. Y no le veíamos, el padre Pío detrás de nosotros, subiéndose las mangas y agarrando una regla muy metálica y muy pesada y muy elástica que tenía, y que todo el mundo conocía y temía.

Carnaval y yo, los dos allí, mirando hacia la pared de detrás de su despacho, donde había una foto de Juan Pablo II. Y un dibujo de San Juan Bosco, con su cara de puto palurdo italiano.

Y el padre Pío nos empezó a pegar.

Gran dolor creado.

Supongo que a nadie le sorprende esto.

Nos pegó como si *nunca* fuese a terminar. ¿La eternidad? Era eso. Eso era el infierno. Un golpe, y otro, y otro, primero el culo de Carnaval, luego el mío, Carnaval, yo, Carnaval, yo, Carnaval, yo. Los dos. Culos en llamas.

Shhhak.

Golpe seco.

Sorber saliva.

Lágrimas.

Shhhak.

Golpe seco.

Sorber saliva.

Lágrimas.

Shhhak.

Golpe seco.

Sorber saliva.

Lágrimas.

Shhhak.

Golpe seco.

Sorber saliva.

Lágrimas.

Shhhak.

Golpe seco.

Sorber saliva.

Lágrimas.

No sé cuánto rato estuvimos allí. Mirando a Juan Pablo II. A San Juan Bosco, su cara idiota de pastor analfabeto. Llorando, llorando, llorando. Ahí lloramos. Y,

después de aquello, me costó mucho volver a llorar. Hasta el año en que pasaron todas las cosas de este libro. Tanto daño y tanta humillación y tanta rabia iba a costar mucho superarlos; el listón quedó alto.

Cuando terminó, el padre no dijo nada. Se subió las mangas, dejó la regla. Carnaval y yo, llorando con el culo hecho samfaina. Y sólo al cabo de unos minutos habló.

—Vístanse. Espero que hayan aprendido la lección.

Carnaval y yo nos subimos los calzoncillos y los pantalones, y caminamos hacia la puerta. Simultáneamente, los dos allí, sorbimos los mocos y secamos lágrimas con las mangas. Que nadie nos viera como niñas, al menos.

Niñas nunca.

Luego, los puños en los bolsillos, otra vez, Carnaval y yo. Apretando tan fuerte que nos dolían las uñas, las uñas blancas, sin sangre, de tan fuerte que estábamos cerrando los puños.

Pero ¿la frase del padre Pío?

Espero que hayan aprendido la lección.

Sí, claro, claro. La hemos aprendido, cura de mierda, puto cura, hipócrita bastardo, hijo de cien mil padres. La lección está confirmada, ahora, después de esto.

La lección es ésta: un día nos la pagas, padre Pío, maricón. Aunque nos tome cien años, un día nos la pagas, maricón.

Hay cosas que nunca se olvidan.

Aquella tarde hicimos la promesa. El juramento, Carnaval y yo. Nos prometimos que siempre cuidaríamos el uno del otro, porque estábamos solos, y nuestros culos estaban al aire, ahora a punto de sangrar, sin podernos sentar en ocho días. Y si no lo hacíamos nosotros, si nosotros no nos guardábamos las espaldas, nadie lo iba a hacer por nosotros en este pueblo de mierda. Estaba claro.

Nadie había venido a socorrernos, no les culpo; en un régimen de terror, en un gulag, no puedes ponerte farruco y empezar a acusar a la gente de cobardía. No sé qué hubiésemos hecho nosotros, de estar en la piel de alguno de aquellos 600 niños.

100 punks, 300 hippies, 299 callos y una buena de cuerpo, 13 apústulas, 20 ojos y ahora 600 niños héroes.

Números, primos.

Los otros curas tampoco vinieron a impedir la paliza en nuestros culos. No lo esperábamos. Esos cabrones y su conspiración de silencio milenaria.

Así que fuimos a mi habitación, aún no había pósters de grupos ni discos porque teníamos once años, y allí en mi habitación nos pinchamos los pulgares con un cuchillo afilado de la cocina y los unimos y juramos siempre protegernos el uno al otro.

La sangre se coaguló en nuestros dedos.

Promesas para siempre: hermanos de sangre.

Las únicas cosas que poseemos de veras aquí, en el extrarradio, dejados de la mano de Dios. Lo único que no nos podrán quitar jamás.

Pegad, pegad, pegad.

Vamos a seguir riendo. ¿Y qué más? Cayendo y riendo, claro.

Aquel día nos hicimos hombres y hermanos, a la vez, doble bautizo de sangre con los culos en llamas, las nalgas en samfaina.

Carnaval y yo, los dos ahí, riendo. Qué queréis.

¡Presente!

No, no es la mili de Carnaval, que él aún no se ha ido. Está aquí, a mi lado, meneando un calimocho que acaba de hacerse con vino barato y media botella de Coca-Cola de litro. Parece que esté tocando las maracas en una orquesta cubana. Y con el dringui-li-dring. Y con el dringui-li-drong. Oye cómo va, su ritmo. Su bam-bo-le-o amigable. ¡La cucara-cha! (no va por ti, Ultramort, no te piques ahora). Lo que quería decir con Presente es que estamos aquí, ahora, en el presente otra vez. Porque eso era entonces, y esto es ahora.

Estamos en medio de la calle, solos. Los Skinheads por la Paz han seguido andando y jugando al potro en dirección a la plaza del pueblo, donde se hará el concierto. Y Carnaval y yo nos hemos rezagado porque nos ha entrado sez y queríamos un calimochito. Teníamos que probar sonido, pero probar sonido es de cobardes. El sonido angular de Las Duelistas no requiere pruebas ni ensayos. Y, además, ¿yo? Quiero hablar con Clareana; otra Obra Caliente, quizás la que me falta. Así que me estoy convirtiendo en valiente a base de vino.

Otro truco de los míos.

Y de mucha otra gente, qué coño digo.

Vamos andando, canturreando y chasqueando dedos, ahuyentando penas, Carnaval y yo, y lo que viene ahora no va a creérselo nadie nunca, soy consciente de eso, qué le voy a hacer.

Nadie.

Pero pasó, por ésta, por la cruz del Chopped, por el crucifijo que no llevo ni llevaré jamás, por la tumba de mi abuela, signo de la cruz en mi corazón y pecho, que se muera Clareana, que me muera yo aquí mismo.

Es un decir, atrapaos, que no tengo ningunas ganas.

No nos damos cuenta de que estamos delante del colegio de curas hasta pasados unos minutos. Estábamos bebiendo calimocho y chapurreando con malas maneras

una canción que se llama «Best friend», y ha sido al entrarnos meera cuando hemos enfocado las braguetas a la valla y hemos visto el colegio de curas.

¿Concurso de a ver quién mea más lejos?

Fijo, le digo a Carnaval.

Y la mía es mucho más larga y duradera, la meada, no lo otro, estamos los dos jaleándonos a nosotros mismos, Venga, venga, campeón, gritamos, y luego nos sacudimos con gozo y desenfado juvenil. Molinetes con la chorra, lo llama Carnaval.

Eso también lo hacemos. Cómo nos reímos.

Y, de golpe, un grito fuerte.

—¡Eh! ¡Ustedes dos! ¡Qué se creen que están haciendo!

No tenemos ni que volvernos. No tenemos ni que mover el cuello. Tantas veces hemos oído esa voz. Tantas. Sólo que cuatro años atrás, y en otras condiciones.

El padre Pío.

Gracias, Dios. Gracias, Alá. Si es que estás ahí, en alguna parte; en mi culo, por ejemplo.

Antes dije: en la vida real, la justicia poética se toma su tiempo. Antes dije que a veces no llega jamás. Antes dije: esto no es una película, atrapaos.

Qué sabía yo.

La justicia poética acaba de llegar. Hay veces que sí se presenta, la jodida.

En un minuto está a nuestro lado, el padre Pío, no la justicia, que también, que también. Y entonces nos volvemos y guardamos lo que llevábamos en la mano, en ese orden, no al revés, y le miramos, estamos cara a cara, nos subimos las cremalleras.

Y entonces nos reconoce: pelucón, cabello teñido, cicatrices, botas ro-tas, pantalones de ahogo, pero ¿en el fondo? Somos los mismos niños dañados. Las mismas ratas, sólo que ahora calzados con botas de botar y crear gran dolor. Él se da cuenta de su error al instante. Lo vemos porque mira a su alrededor, y no hay nadie (n-a-d-i-e) y los dos hemos crecido tres palmos y él es un viejo de piel beige y músculos colgantes como puentes de lianas del Tercer Mundo y dientes de nácar.

En un libro de universitarios, aquí es cuando Carnaval y yo hacemos algo humillante pero inofensivo, porque la verdad y la justicia nos han dado la razón, y no queremos rebajarnos a su nivel.

En un libro de niñas, le miramos con desprecio y le levantamos la mano, y él, en el suelo, suplica perdón. Y Carnaval y yo nos miramos el uno al otro y sonreímos, y le dejamos allí, sin hacerle nada, porque con eso ya hemos demostrado qué clase de pobre hombre era. Hemos demostrado nuestra superioridad moral.

En un libro de hippies, le perdonamos.

Pero éste no es un libro de éstos.

¿Sin hacerle nada? ¿Superioridad moral? Perdonad si me río, fuertemente. No sé

si habéis oído bien: el padre Pío. ¿EL MAL? ¿El que nos trituró las nalgas?

Carnaval y yo le saltamos encima, ni nos hemos mirado, el recuerdo de cada humillación, de cada cobardía, de cada abuso, cada guantazo con la mano vuelta, el día en que nos hizo pegarnos el uno al otro, el día de la regla, el recuerdo de todo aquello actuando casi como un resorte automático, como un acto reflejo del sistema nervioso, como un parpadeo. Caen los puñetazos, casi ni sabe de dónde están viniendo, puñetazos chapuzas de gente que nunca supo pegar, pero qué. Le pegamos con la rabia acumulada de años, por nosotros y por los 600 niños héroes que quiso convertir en viejos.

Bang. Bang. Bang. Su cabeza se mueve de un lado a otro, como diciendo que no, pero su negativa es inútil. ¿No qué? Te dijimos que nos la ibas a pagar, cabrón. Va por ustedes, por todos vosotros, niños héroes.

El padre Pío tropieza, la cara como una manzana pasada, una manzana hecha al horno, flácida y massegada, cae al suelo, le empezamos a patear.

Pam-pata-pam-pam.

El pata-pata.

Patim-patam-patum, homes i dones del cap dret.

Recuerdo *La naranja mecánica*. Y los pasos de claqué que me enseñó mi abuelo.

Sí, mirad: clapi-ti-clap-ti-clap-clap-clap.

Vualá.

Sólo que cuando hago vualá le pego una patada en la barriga que suena zod.

Paramos. Si hay algún médico en la sala, que venga.

No, es broma; en realidad no le hemos hecho tanto daño, no hace falta que venga. Tenemos puños de gelatina y él tampoco era tan viejo. Pero ha tenido que doler en el alma. Si es que tenía una, el muy perro.

Que conste: nunca quisimos hacer esto. No éramos malos por naturaleza. Pero: mira a tu alrededor. Mira a nuestro pasado. Nadie podría culparnos por lo que acabamos de hacer.

Y entonces es cuando vemos que eso no ha arreglado ninguno de nuestros traumas. Nos sentimos mal. Pensamos: Realmente, este tipo de violencia no resuelve nada.

Sí, seguro.

Era broma, hombre.

Los dos allí, Carnaval y yo, nos sentimos *tan* felices. Porque a veces, sólo a veces, los buenos triunfan. Y, a veces, cuando triunfan, no vuelven a vosotros, los antiguos abusadores, como el Cristo redentor y apocado y cursi que se dejó llevar al monte Calvario como una gran niñaata. No, vuelven como el Cristo que entró en el templo de Jerusalén gritando y hecho un basilisco, rompiendo los puestos y enfrentándose a todos los fariseos, partiendo putas caras.

Todas las humillaciones sufridas, que alguien tenía que lavar. Todas las maldades que quedaron impunes.

Hasta hoy.

Esto no lo hemos hecho por nosotros, lo hemos hecho por todos, por el mundo, por mi abuelo, por los vencidos, por los niños héroes, para demostrar que, a veces, los cabreados y humillados y pringados y débiles pueden heredar el reino de los cielos.

No los mansos.

Los mansos se van a comer los mocos, está claro.

Esto no lo hemos hecho por nosotros, y nos ha dolido a nosotros más que a él.

Cuando digo esto, cuando le digo esto al padre Pío, que nos mira descoyuntado y con cara de rata sarnosa y aplastada en el suelo, cuando le digo Nos ha dolido más a nosotros que a ti, ¿el ataque de risa que nos da a Carnaval y a mí? Va a tener que venir el médico forense a por nosotros.

Joder, la vida.

Joder, qué risa.

Cogemos el calimochete del suelo y nos vamos, cogidos del hombro, Carnaval y yo, cantando con mala pata, riéndonos a la vez y bebiendo y volviendo a cantar «Best friend».

Vamos a hablar de nosotros allí en la pista

Hablemos de nosotros, nada más, te lo prometo

Hablemos de nosotros una vez más.

Y luego:

Patim-patam-patum, homes i dones del cap dret.

Cogidos del hombro, Carnaval y yo. ¿Colegas? Ya ves.

Ivan Lendl. Está ahí, en el balcón. Lleva una camiseta de Deporte de un equipo de Perpiñán y me mira, ojos incrédulos en su cabeza de melón, arrugando un extremo del labio, haciendo como una ola de su labio, haciendo el gusano con su labio. Labio de asco por algo, como de oler carne podrida.

Acabo de llamar al timbre de abajo, y el padre de Clareana ha salido al balcón, y me ha mirado como si yo fuese un montón de abono que alguien hubiese descargado sin permiso en su puerta, y luego ha metido la cabeza dentro de la casa y ha avisado de mi presencia.

No puedo oír a millas de distancia, pero no me hace falta. Incluso yo sé que ha

dicho: El Maricón de Rompepistas. Qué le vas a hacer. No puedes caerle bien a todo el mundo todo el tiempo.

Y desde abajo, las manos en los bolsillos, en medio de la calzada, mirando hacia el balcón, veo cómo la madre de Clareana le da un manotazo a su marido en el hombro y le dice Calla, burro. Y se asoma y me mira y me dice:

—Sube, Rompepistas, sube, hijo. Clareana está en su habitación. —Sólo que no dice Rompepistas, y que no soy su hijo, afortunadamente.

Subo las escaleras de la casa, las paredes huelen a azufre y a pienso animal y a vegetales, el padre de Clareana es payés, se me olvidó decirlo antes. Es payés, y tiene unas manos como capazos grandes de patatas, callosas y anchas y recias y enormes, de uñas cuadradas, como las de mi padre.

Desde la escalera distingo la puerta al garaje, y veo el tractor.

Estoy subiendo solo, porque esto tenía que hacerlo solo, claro. Y porque mandé a Carnaval a buscar el bajo y la guitarra al local.

Entro en la casa y la madre de Clareana me recibe en la puerta, y me da un abrazo tierno, blando, de fondo suena la música del *Telenotícies Vespre*. El padre está sentado a la mesa con una cerveza en la mano, mirando la televisión, y lleva su camiseta de Deporte con la bandera catalana y pantalones cortos, y se vuelve y me mira y se mete una nuez en la mano y hace prunch y la machaca con la fuerza de su apretón, sin dejar de mirarme.

Me imagino dentro de esa mano de mono grande, de King Kong, y trago saliva.

Digo Hola a todo el mundo, porque en el sofá está sentada la abuela, la que reveló nuestras fotos de pollas y tuvo un patatús. La señora tampoco me contesta, pero es porque no toca ni cuartos ni horas, y desde luego la culpa de eso no fue de mi paquete capturado en cámara.

Es la vida, y la senectud, qué vas a hacerle. Esa culpa, que quede claro, no seré yo quien la arrastre. Que se la quede el boogie, ésta.

La madre de Clareana me dice «Es por ahí», aunque lo sé de sobras, no he venido veces ni nada cuando todos trabajan a hacer guarradas en la habitación de Clareana, anda que no he venido veces a meterme en el bivalvo de Clareana, cuando era mío solamente y no de otros, anda que no he estado allí veces.

Pero esas veces las disimulo.

—¿Por ahí? Gracias.

Por el pasillo me cruzo con el Jopa, que va en bolas, meneando su badajo, saliendo de la ducha, los Cuellos se pasan el día entrando y saliendo de duchas, y el Jopa me dice «Qué pasa, Rompepistas», y me pega un toallazo mojado en el culo, chas.

Y yo, «Tu puta madre». Pero flojito, porque su madre está en el comedor.

Y él me da un puñetazo en el hombro que duele de manera bastante grande, y me

dice «Tocáis esta noche» y «Vamos a ir», y por un solo instante me alegro de que existan tantos Cuellos. Si un día vamos a necesitarles, es hoy. Los Cuellos dan significado al concepto Fuerzas de Choque.

El Jopa se va pasillo abajo, moviendo sus nalgas petrificadas y sacudiéndose su cabello mojado como un perro al que hubiesen bañado con una manguera. Dando saltitos. Hay veces que eres tan hombre que un poco maricón sí te vuelves.

Mucho Maricón de Rompepistas, pero yo no daría esos saltitos ni borracho.

Masajeándome el bíceps para que vuelva en sí, llamo con la otra mano a la puerta de Clareana. Y su voz me dice Pasa, directamente, y sé que debo de haber sido anunciado: Está aquí el Maricón de Rompepistas.

Sí, seguro. Seguro que aquí el maricón soy yo.

No te jode.

Y paso cuando ella me dice Pasa, sólo que cubriéndome la cara con un codo por si me tira una máquina de coser al ojo, o unas tijeras de podar setos, o un tractor. Y Clareana está sentada en la cama, sentada Toro Sentado en calcetines, y la rodean sus pósters: Clash, Jam, la foto en que el grupo está debajo de un puente que parece de aquí, del pueblo, y también Sex Pistols, y Damned, la foto en que están empastifados de pastel y merengue.

Clareana me mira, y su cráneo es una castaña con cáscara peluda, y me mira con esos ojos de hueso. De hueso de nispero, ovalados y húmedos, sólo que azules de azulejo. Miro su orejote derecho, orejas de SEAT con las puertas abiertas, me encantaban sus orejas, y miro sus cuatro pendientes de aro, acupunturados en su cartílago izquierdo como si fuesen un encuadernador de espiral.

Al lado de su oreja derecha, en la pared, está una foto de nosotros dos: Clareana y yo. Cogidos de los hombros y haciendo la V con los dedos y sacando la lengua de lado como pillados. La V de A Tomar por Culo, no la V de Victoria.

Nos queríamos: fotos como ésta lo prueban. Fotos que ella no destruyó, por algo será. Éramos Los Novios.

Y Clareana levanta una mano, mirándome aún, y en la mano, en dos dedos de su mano, está mi carta. Sostiene mi carta como si fuese un condón que aún llevara dentro semen con infecciones venéreas, y al que alguien hubiese olvidado hacerle un nudo. Como un pañuelo con mocos de los que llevan algo de sangre semisólida y burillas secas dentro. Como algo asqueroso, vaya.

Y me dice, con su boca llena de dientes de marfil. Me dice, ¿qué es esto?

Me meto las manos en los bolsillos de mis pantalones, ahora que veo que no va a caerme el tractor.

Y le respondo: Una carta. Aunque es obvio que no es ni un condón ni un pañuelo que dé asco, porque está dentro de un sobre. Y me acerco a ella. Y me siento a su lado en la cama, sin pedir permiso, y todo el tiempo mirándome las botas ro-tas con

gran atención, sólo que al final me vuelvo y la miro a ella a los ojos de hueso níspero.

Aquí no voy a decir qué dice la carta.

Ya avisé.

Sólo hace falta saber que es sincero y que lo digo un poco como una niñaata.

Pero no importa, porque lo pienso, todo. Todo lo que digo ahí. Que nunca he querido a nadie tanto, que la querré siempre, que soy un montón de estiércol descargado en la puerta de su garaje, que lo siento, que somos Los Novios, que soy la hez. La hez de la tierra. Y luego, al final de la carta, suplico. Suplico como un esclavo, como un condenado que sabe que *no* es inocente, suplico como alguien a quien van a ajusticiar de manera horrenda después de torturarlo de manera brutal. Suplico como alguien a quien le están creando gran daño con unos alicates o unos cangrejos de río en el pito.

Pero lo pienso todo; que conste. Pienso todo lo que he escrito y digo, ahí.

—¿Pienzas todo esto que me dices ahí? —me pregunta.

Le digo que sí.

—¿Y te crees que es suficiente?

Le digo que no.

—¿Entonces?

Dame una oportunidad, susurro, como si le estuviese pidiendo que me dejara cincoduritos para un cafeconleche, como hacen los majaras.

Mmmmm, dice ella. Bastantes emes. Cuantas más emes, más dudas.

¿Yo? Sigo pidiendo, para restar emes.

Dame un beso mortífero, anda, le digo.

Esto es una broma nuestra, que viene de aquella canción de los Generation X. Y me acerco a ella poco a poco, y supongo que estoy creciendo delante de sus ojos.

Y por dentro pienso en la letra de la canción. Y Clareana no gira la cabeza ni agarra el tractor para estamparlo en mi boca, sino que se queda ahí, esperando el beso mortífero, y ese esperar, esa cara de esperar, de busto de estatua clásica, esos ojazos de persiana medio bajada, quieren decir: Vale.

Quieren decir: Somos Los Novios, otra vez.

Vivan Los Novios.

Ha llegado el Túnel de Lavado Primordial.

¿Esto? Es el perdón.

Existe, acabo de demostrarlo.

Soy la lavativa, hermanos y hermanas. El purgativo.

Y cuando estamos a un milímetro el uno del otro, cuando nuestras dos bocas están rozándose y las narices chocan a lo esquimal pero sin querer y las manos avanzan hacia las nuca ajenas, Clareana dice: Espera.

Espera.

Y se mete la mano en la boca y saca su chicle, y lo pega en el armario de formica lleno de pegatinas que está al lado de su cama. Y después de sacarse el chicle cierra los ojos y dice: Ahora.

Como la primera vez.

Como siempre.

Hay cosas que quizás sí pueden arreglarse, después de todo. La Limpieza Fundamental quizás existe, después de todo. Lo único es que tienes que arrepentirte de verdad, y creértelo, no sólo para embaucar al otro y que empiece a jugar con tus partes.

No estoy moralizando. Pero las cosas son así.

Son así, en serio.

Y mi Grandísima Culpa era mía, sólo mía, y de nadie más. Pero con este beso mortífero sin chicle noto que la culpa empieza a irse, a trazar planes de viaje, a murmurar despedidas sensibleras subida a vagones de trenes transiberianos, a agitar pañuelos de sonarse.

Te querré siempre, le dije a Clareana, antes de dejarle el corazón a rodajas.

Las promesas que rompí, y que ahora estoy reparando. Con pegamento invisible, juntando cada pedazo, volviendo a colocar el asa del jarrón desmenuzado. Cuánto curro hay ahí, reparando todas las promesas rotas. Es un trabajo a jornada completa.

Pero vale la pena, eso que vaya por delante.

Te querré siempre, le dije a Clareana.

Te querré siempre, le digo a Clareana.

—¿Se puede saber lo que estáis haciendo?!

—¿No es obvio? —le respondo a su madre.

A la calle.

La madre de Clareana nos manda de una patada a la calle, y susurra Como se entere tu padre, y yo casi no sé qué ha pasado, que un minuto estaba mirando el chicle pegado en la formica y notando la limpieza interior que me frotaba los hombros y la espalda como un túnel de lavado, y al otro minuto me estaba quitando las gafas, y al otro la camiseta, y al otro estaba quitando la suya, la de Clareana.

Los dos tatuajes, los dos corazones automáticos, ahí, cara a cara, más o menos, más o menos.

Los dos amantes automáticos y tatuados.

Los Novios, y no de la muerte.

Sólo que uno de los tatuajes parece que se haya metido en una pelea muy

perjudicial con el Peligro en un mal día para él. El tatuaje chamuscado de Clareana. Y al ver ese tatuaje deformado me pongo un poco triste, por el pasado. Quizás no te puedes librar nunca del pasado, ni del mal creado. Ahora me siento bien, pero ¿y mañana?

Mañana quizás me sentiré mal.

Me acuerdo de repente de una frase de una obra de teatro de Jardiel Poncela que mi abuelo repite siempre: *Lo pasao no se borra ni con un matrimonio ni con una goma Faber.*

Lo pasao no se borra.

Y Clareana sigue la flecha de puntos que surge de mis ojos, y que acaba en su tatuaje de amor.

Un corazón rojo, y un pergamino cruzándolo donde pone: Rompepistas.

Sólo que no pone Rompepistas, pone mi nombre normal, pero tampoco, porque con tanta quemadura infligida se lee pésimo.

Y me dice:

—Me lo repararé, al pobre. Las ha pasado canutas, con todo esto.

Y los ojos se me ponen acuosos. Con lo que me costaba llorar, y ahora voy a llorar por todo, como una niña. Y veo subacuático de repente, sin gafas pero además con lágrimas, sin limpiaparabrisas, buceando, submarino.

¿Qué te pasa, Rompepistas?

Joder, ¿os parece poco?

Pero creo que ¿ahora? Ahora lloro de contento.

Y Clareana me coge la cabeza con ambas manos, acaricia un poco mi cicatriz, y lentamente acerca sus labios a mi cara, y me da un beso en los párpados.

El beso más dulce que me han dado nunca. Lo juro. El más dulce.

Y luego pongo una mano en su teta izquierda y luego ya no sé qué pasa, pero se abre la puerta y su madre está en la puerta, y pregunta lo del párrafo anterior, y yo tengo que hacerme el gracioso con los pantalones a medio bajar y ella nos dice:

A la calle.

Vamos a bailar un rocanrol a la plaza del pueblo. Todo el mundo está bailando rocanrol en la plaza del pueblo. Todos. 100 Punks, pero no, que en realidad no son 100 ni en broma, sino muchos menos, qué más da, nos bastamos con los que somos.

Entramos Clareana y yo a la plaza por una de las cinco calles que van a dar a ella, se está haciendo de noche y toda la plaza está decorada de revetlla, y hay tenderetes metálicos de Estrella Dorada donde venden cerveza y bocadillos y coca de comer, y huele a chistorra frita, y de los altavoces sale, explotando, el ruido de «Summertime blues».

Cha-ka-cha-kán.

Cha-ka-cha-kán.

No hay cura para la tristeza de verano.

Bueno, sí, una: bailar. Bailar para detener la marea de la tristeza.

Suenan los petardos. Rompetochos, piulas, bombetas, truenos, chinos. Por todas partes: Vietnam. Clareana y yo nos abrimos paso entre la gente, cogidos de la mano, somos ciclistas de paso por el peaje de avituallamiento, y cuando llegamos a donde están todos ya llevamos una cerveza cada uno, el plástico frío seguro y espumoso en nuestra mano, seguro no, derramándose por todas partes, como nuestro amor.

Llegamos a nuestras termitas, a nuestra armada, nuestra jauría. Los Skinheads por la Paz haciendo el pogo y, de invitado de honor, Carnaval, siendo empujado en medio de todos ellos y por todos ellos. Su culo gordete rebotando de un pelado a otro, como en una pínbol machín. Su pelucón balanceándose por el corro desordenado como un matojo de Far West llevado por el viento.

Están el Jeje, el Sutil, el Antología, el MD, el Bomba, el Puños, que ha vuelto, que no quería perderselo, que no está en el centro de la acción por los puntos, Cuidado con Los Puntos, repite todo el rato, Cuidado con Los Puntos, y también están El Pachanga, el Pimienta y el Peligro.

Y Clareana y yo, que penetramos en la sardana anarquista como un espermatozoide fecundando el óvulo. Clareana y yo, manos desordenadas, botas que lanzan patadas de buen rollo al aire, empujones desplazantes, rebotamos de unas manos a otras, bailando, Clareana y yo. Y ahí, ese pogo, que parece que *nunca* vaya a parar.

Nunca.

Y estamos en este bombo de lotería, grong-grong-grong, meciéndonos como hamacas en la verbena, y Carnaval se nos acerca y, cogiendo impulso en los hombros de quien tengamos más cerca, los tres empezamos a rebotar hacia el cielo, boingboing-boing.

Cha-ka-cha-kán.

Cha-ka-cha-kán.

No hay cura para la tristeza de verano.

Bueno, sí, ésta: bailar. Bailando, Clareana y yo, y la marea de la tristeza que se retira, se retira y ¿debajo? Debajo de estos adoquines, de estas calles mojadas y húmedas con olor a frito de morros y a los eucaliptos del parque, con olor a cordero frito y sonidos de *Telenoticias*, al lado de la menta automática que se resiste a dejar de crecer, bajo las moreras, bajo el asfalto de este pueblo de mierda quizás haya algo mejor. Como una playa. La playa de los chicos con botas.

Y ahí está el Chopped, que se acerca a nosotros con su camiseta prieta, en la que lleva escrito: Oi!

—¿Hoy? —le pregunto, sin aliento y mojado como un pato—. ¿Qué pasa hoy?

Y el Chopped me quita la cerveza, la que no he derramado haciendo el animal, parece que se le ha bajado un poco el acelerón de cápsulas, y me dice lo que sé que me va a decir:

—Un destroy, tío. —Y yo me río, y él también.

Y Clareana le agarra de uno de los tirantes, y lo tensa hacia ella, y guiña un ojo como diciendo, Esto Va a Doler, y lo suelta, como un arquero al que ha dejado de importarle hacer diana, Robin Hood chuleando, mirando hacia otro lado, y el tirante vuelve a su posición original en el pecho del Chopped con un PLAT. Pero el Chopped, pecholata, hombre-montaña, ni se inmuta. Sólo señala una chapa anarquista que lleva Clareana donde dice: A.

—Aaaah —dice el Chopped, y su risa es de león sin capar. Risa de cocodrilo, de saurio que trata de deshacerse de su lágrima perpetua.

Y le da un empujón cariñoso a Clareana y luego se bebe *mi* cerveza de un trago, hace crunch con el vaso y lo tira por encima de su cabeza, y el vaso va a rebotar en la de Carnaval, que no se da cuenta, porque está bailando el twist, se supone que es un twist, pero parece más bien un cerdo salvaje intentando librarse de un cangrejo que le estuviese pellizcando un testículo.

—¿Cuándo tocáis? —me dice el MD, que se ha acercado a nosotros tambaleándose como un tentetieso, expulsado del pogo. Y en su camiseta pone Studio One, pero él lo llama Estudio Juan. Las canciones de Estudio Juan.

Y miro a Clareana, que me mira a mí, y los dos estamos ahí, los ojos chocando en medio de la gran pachanga, el gran jaleo, la gran verbena, los 100 punks bailando ahora «C'mon everybody».

¡C'mon Everybody!

Buena gente, buena gente.

Y los dos levantamos las cejas, yo una y media sólo, y recordamos que abríamos la verbena nosotros, es la hora, y avanzamos hacia Carnaval, Carnaval que está apuntando al cielo con un dedo, todo él como un tapir que se hubiese tragado un pararrayos, farfullándole a alguien entre ráfagas de capellanes, decenas de pistolas apuntando al mundo en su camiseta roja de RIP, y su llavero que hace dringui-li-drong, dringui-li-drang, y soltándonos de la mano agarramos cada uno una de las suyas y con Carnaval en ellas empezamos a correr hacia el escenario, la gente se aparta, llevamos a Carnaval como si fuese una cometa, una cometa muy gorda y ruidosa que nunca va a volar. Un globo aerostático que no volaría aunque le metieras una manguera de helio en el culo.

Mirad: os vuelvo a presentar a Carnaval. Y a Clareana. Y a mí mismo: Rompepistas.

Los Tres Descojonados, haciendo la cadena y cantando:

Qui-vol-fer-la-cadena-que-no-sigui-un-hippie?

Los tres, ahí, ¿la manera en que nos reímos? Van a tener que practicarnos tres traqueotomías para que entre más aire.

Van a tener que gritar aquello de: los estamos perdiendo.

Y además de verdad. Perdidos. Pero de perdidos al río, como dicen.

Riendo y corriendo, riendo y cayendo, las botas ro-tas de tanto bailar, Paso a Las Duelistas, gritamos como majaras.

¡Paso a Las Duelistas!

Sin mandangas, Sin discursos. Sin zarandajas. Somos todo lo contrario a estrellas del rock. Se trataba precisamente de eso, atrapaos.

Así que subimos al escenario y enchufamos los instrumentos y se junta la electricidad estática con el zumbido de los amplis y los empalmes, y de golpe hay un zooooot que es como el aviso de que vamos a tocar, y vemos a la gente que se acerca al escenario, mirándonos, y miro a sus caras, y les conozco a todos.

Aquí. Donde todo el mundo conoce tu nombre.

Los chicos de la calle. Las ratas con botas. O con cualquier otro tipo de zapato; no se trataba de hacer distinciones tribales, ahora menos que nunca. Todos juntos, tirantes apretados, tupés en crecimiento, abrigos verdes de flamenquín histérico, culos centrifugados, todos a punto de bailar, a punto de despegue.

Los tres duelistas llevamos las camisas sin una manga que nos hemos puesto justo antes de subir. Duelo al amanecer. Duelo al sol. Y yo digo, acercándome al micrófono, yo digo, para reírme de los grupos de jazz, para reírme de todos los grupos de rock, como si fuésemos algo serio: Somos Las Duelistas.

Al bajo, Clareana.

Y Clareana que mueve sus dedos sobre las cuerdas, como si estuviese haciendo un truco de magia, abracadabra, y suena bom-bodom-bo-dom. Y la gente que aplaude, como si les gustase lo que acaban de oír.

A la batería: Carnaval.

Y Carnaval que hace un trapatrum-patúm muy cavernícola y mal agarrado. Y la peña que aplaude, porque no se trataba de eso, tampoco.

—Y yo me llamo Rompepistas —digo.

He dicho Rompepistas, alto y fuerte, por si alguien no lo sabía, porque eso es lo que soy, lo que diga mi DNI da igual. Hoy soy Rompepistas, más que nunca.

—Y esta canción se llama «Rompepistas», y va sobre mí —digo. Me tiemblan las piernas como si estuviese haciendo el charlestón—. Pero podría ir sobre vosotros, también.

Señalo a los chicos de la primera fila, a mis pocos amigos, y hay una pequeña ovación. Me ruborizo como una estufa de keroseno, me lleno de sangre como un sangtraït con gafas.

Carnaval hace 1-2-3-4 con sus baquetas y empezamos a tocar «Rompepistas» a todo volumen. El sonido angular de Las Duelistas, nuestro zoo en llamas. Si no puedes tocar mejor, sube los amplis, idiota. Si cantas mal, grita más fuerte. Tarde o temprano, alguien escuchará; aunque sólo sea porque estás a punto de trepanarle los tímpanos.

Y cuando terminamos la canción, Carnaval hace de nuevo 1-2-3-4 con sus baquetas, ahí, de pie detrás de mí. Porque le dije que no queríamos espacios entre canciones, que teníamos que hacer como los Ramones. Y tocamos «Saltos», «Mi tarareo» y «Motín» (que es una instrumental). Debajo de nosotros, botas que se rompen, de tanto bai-lar. Los mejores siete minutos de mi vida, casi. Los minutos más felices de mi vida, casi. Los planetas, alineándose; si fuese hippie diría algo así. Pero no lo soy, así que miro primero a Clareana, que me sonrío con esa muralla de calcio bucal perfectamente esculpido, luego a Carnaval, que levanta ambos dedos, esta vez haciéndole A la Mierda al mundo, y luego digo al micrófono:

«100 punks».

Y todos, como una o-o-o-la. El bam-bo-le-o más feroz. Quizás no sean 100, pero los que son saltan a la vez como si estuviesen matando escorpiones, bailan como si les hubiesen inyectado un dardo con el veneno de Raidjadjá, bailan porque su mal espantan, bailan la jota loca, bailan porque es lo único que tienen.

Bailando, bailando, bailando siempre.

Haciendo piña, porque las piñas se rompen menos, lo sabe todo el mundo. Hay muchas cosas que podría contaros, pero se me rompe la voz.

Y ahora: ¿un bailecito?

Venga.

Y no es una multitud, que tiene nombres. Sus nombres reales serán la prueba de que esto existe, existió, no acabo de inventarlo: el Pimienta, el MD, el Peligro, el Bomba, el Antología, el Pachanga, el Puños, el Jeje, el Sutil. Y el Chopped, en primera fila, sin camiseta. Levantando ambos puños al aire, *como si hubiésemos ganado algo*.

Y quizás lo hemos hecho.

Ganar, digo.

Quizás ésta era la única forma que teníamos, no quedaba otro remedio.

Y en el pogo hay más gente que no me puedo dejar: los hermanos de Carnaval, el Jopa y el Esfinge y sus Cuellos, está incluso el Candao, ab-so-lu-ta-mente embotellado y amotinado, haciendo algo que él debe de considerar bailar pero se parece más a un majara intentando derribar un muro de ladrillos pequeñito. Todos empujando la marea de la tristeza, dejándola lejos, alejándola de allí, hasta que al final se ha ido, hasta que no queda nada.

¿Es ése Ultramort? Lo es, lo es. Está separado de la marabunta, bajo la luz de una

farola parece Bela Lugosi, los pies juntos, balanceando su cuerpo a uno y a otro lado como un metrónomo, los ojos entornados, es su manera de bailar, simulando un desmayo, simulando una posesión espiritual. Camiseta diabólica de manga larga, con símbolos cabalísticos en el pecho. Ojos con sombra, ojos negros, de tuberculosis femenina, de Dama de las Camelias. Y los abre de repente, los ojos, y nos vemos el uno al otro, yo rasgando las cuerdas, él levantando una mano cristalina y haciendo cosquillas al aire con sus uñas de fenecido, diciendo: Hola. Diciendo: Estoy aquí.

Buenas noches. Las Duelistas, digo, al micro. Y algunos aplauden y dicen Otra, otra, pero no hay otra, porque no tenemos más, ¿somos punks o no somos punks?, éste era nuestro sonido angular y, sobre todo, *breve*. Como un pestañeo, como un pulso, como un beso. Zas, y fuera.

Y me acerco a Clareana y le doy un beso y nuestros dos instrumentos se besan también. Los musicales. Y suena bbzzzzzt en cada uno de los amplis. Y un brazo en camisa sin manga agarra a Clareana, y otro brazo en camisa sin manga me agarra a mí, y desde lejos parecemos una misma persona, una misma camisa, sólo que con dos cabezas.

Quizás siempre fue así, ahora lo veo.

Antes de que pase nada, nos hacen la foto, no recuerdo quién tenía cámara, en la pared del mercado.

En la foto, que aún no está amarilleada pero ya tiene los bordes romos, salimos los cuatro. Clareana, Carnaval, Chopped y Rompepistas.

CCCR, como si fuésemos el hermano deforme de las siglas verdaderas de la URSS.

CCCR.

Chopped cruzado de brazos y mostrando el skin crucificado, brazos como piernas de Tiranosaurio Rex, y Carnaval haciendo el mongol, apuntándose en la sien con el dedo índice, como si estuviese a punto de pegarse un tiro, y Clareana y yo, cogidos fuerte del hombro, sin querernos soltar, como tratando de impedir que viniese el futuro, como queriendo quedarnos allí, en junio de 1987.

Los cuatro estamos sonriendo. Las miradas aún desafiantes, sin los arañazos de la decepción, y del fracaso, y de la pena adulta, que vendrían después.

La foto.

Aún la tengo, no sé dónde.

Errores tácticos.

Joder, qué alegría que no sean nuestros esta vez. Llevamos una vida entera practicándolos y ya cansaba.

Errores tácticos: Normandía, Annual, la carga de la Brigada Ligera en Crimea, Zulú. No, lo de la guerra Anglo-Zulú no cuenta, porque eso fue pura chamba. 140 ingleses contra 5000 zulús y un teniente que dice: «Esto lo defiendo yo, tíos».

Y, por una puta vez, vale, de acuerdo: funciona. Pero *nunca*, nunca suele funcionar. Porque siempre hay un listo. Siempre.

En el coche del Titi, se trata del imbécil que dijo: Hemos apuñalado a uno, hemos quemado su bar, seguro que están acojonados. Acojonaos, posiblemente dijo. O apollardaos, quizás. El imbécil que sugirió, allí, en el coche, con el subidón de heroína y whisky-con-cola: Vamos a pegarles otro susto a los cuatro maricones del pueblo de al lado.

¿Cuatro? ¿Maricones? ¿Asustados?

Tres tristes tigres, cuatro maricones asustados. Sólo que da la puta casualidad de que esta vez los maricones del pueblo de al lado son 100, tal vez algunos menos. En todo caso están MUY cabreados, subnormal.

Justo después de hacernos la foto, casi estoy posando aún, casi estoy congelado, mirando al objetivo, cuando les veo llegar, soy el primero en darme cuenta.

Ya están aquí. Ya vienen. Está a punto de empezar, todos lo sabemos. ¿Notas la corriente? ¿Notas la corriente eléctrica?

Nosotros sí. No hay nada igual.

Llegan en dos coches, al menos un paYaso dijo Vamos en dos coches por si hay más peña, llegan el 850 rojo cascado y un Forfi azul con alerón. Coches Kies. Les veo cómo van a aparcar, con el ciego no se percatan de la cantidad de gente que hay hasta que es tarde. MUY tarde, primos.

Aparcan, alguien además de mí les ve, se nota la corriente. Esa electricidad que pasa a través de los hombres cuando hay peleas de fútbol o revueltas callejeras. Ese calambrazo sin nombre, ese resorte no verbalizado, como el que nos cogió a Carnaval y a mí poco antes de darle su merecido al cura. Ese nervio, ese umpf.

Y desde la pared donde estoy apoyado aún veo las caras de malos que emergen del coche. Lee Van Cleef y Jack Palance y los Dalton de verdad, Goebbels y Al Capone, Vaquilla y Torete, Vlad y Atila, mala gente, mala gente, sólo que de repente: cagados. Con un terror de niños, miedos inexplicables, colmillos y tentáculos y ojos que escrutan desde dentro de armarios, pavores a cosas que no pueden explicarse.

Sólo que éste sí.

Sí puede explicarse, quiero decir.

Es fácil: se llama Paliza de Tu Vida. Hay un antes y un después de ésta, incluso para ti, Titi. O, si no te importa, a partir de ahora te llamaré Cara-Biberón. Si no te importa.

Flup. Claro que no te importa, paYaso. Suficiente tienes con estar respirando

todavía.

Las caras de ahora, oh, los rictus de los Chungos; son las caras de hombres que no quieren sufrir muerte, pero la ven acercarse contenta y bailando un madison y señalándoles con la mano hecha de huesos debajo de la manga del sudario.

Tú, idiota.

Tu turno.

Intentan volver a meterse en el coche, huyendo, andando sin atreverse a darnos la espalda, cuando sin previo aviso empiezan a lloverles las botellas de cerveza. Parece organizado, todo es tan sincrónico, tan único, todo el mundo sabe cuál es su lugar, aunque no se haya preparado. Es hermoso, en cierto modo. Todas las botellas volando hacia los Chungos, como si viniesen de arqueros medievales sitiados. Ese diluvio de cristal, esas catapultas de envases, haciendo un ruido temible al estrellarse contra los coches y las nuca y frentes y antebrazos, un ruido de... De victoria, qué coño. De puta victoria.

Y todos los nuestros, *todos*, que arrancan a correr hacia el coche, aprovechando el desconcierto que ha creado la primera andanada de botellas proyectadas.

Nuestras guerras, que no salen en los mapas.

Todos berrean. Todos los ataques de la historia han sido así, supongo. Como Zulú, sólo que en esta batalla los que son menos van a pillar por todos los lados. En el carnet de identidad y en todas partes. Nunca juzguéis mal el poder de la justicia poética. Es tardona, xino-xano, pero al final siempre llega.

Y todos los nuestros llegan al coche, son menos de cien pero se bastan y sobran, y pescan a los kies de dentro, como osos arrancando de un río a las truchas a manotazos, como en aquel funeral del IRA en el que dos policías de paisano se plantaron en coche en medio del entierro y casi atropellan a alguien tratando de huir, pero no llegaron a huir.

Errores tácticos. Venganzas catalanas. Fuenteovejuna con botas. ¿Habéis visto alguna vez el baile del skin? Es una cosa bonita, que hay que apreciar. Sólo que va muy, muy rápido. Desde donde estoy, veo cómo vuelan los puños del MD y el Pimienta y el Pachanga y el Sutil, fulgurantes como cabezas de cobras. Veo cómo se empujan entre ellos el Bomba y el Puños y el Antología, y parece que luchan por un balón, pero lo que hay en el suelo no es un balón. Veo al Peligro, y tengo que volver la cara hacia otro lado, porque le está pidiendo a su contrincante que se fije en esa farola, muy de cerca, siendo muy convincente, y la cabeza del otro va y vuelve hacia la farola unas cuantas veces, hasta que pierde rigidez y cae a un lado como si ya no perteneciera a aquel cuerpo. Y me río cuando veo a Carnaval, que le está metiendo en la cabeza con un paraguas (¿de dónde ha sacado un paraguas?) a un tío que sostiene por el cuello el Jeje. Y veo al Chopped, que ha enganchado al Titi y está jugando al Un-Dos-Tres-Pica-Pared con su cara.

Auch.

No sé qué más añadir. Esto hay que verlo.

Sólo digamos que, tras la pesca del oso, nadie muere, pero algunos van a tardar bastante tiempo en mover las piernas como se mueven las piernas humanas. Sólo digamos que ¿la caja torácica de algunos? Bueno, parece que haya pasado por las manos de un carnicero especialmente chapuzas. ¡Que era para barbacoa, no para estofado!

Sólo digamos que esos ojitos negros, que nos miraban, ya no son lindos. Que esa mirada extraña que nos turbaba, bueno... Se acabó. Sólo digamos que algunos van a lucir durante unos meses la moda El Hombre Elefante. Deformidad y dolor al barullo. Daños bien agitados y mezclados.

Pero:

Eh:

Que sepáis que:

En un libro hippie, la policía llega a tiempo y calma los ánimos con un discurso inspirado, y todos volvemos a nuestras casas.

En un libro socialdemócrata, la violencia no resuelve nada, y a los Chungos se les deja marchar con una advertencia seria y una amonestación racionalizada con gesto grave y digno.

Pero éste no es un libro de éstos.

Cuando oímos las sirenas, Clareana y yo estamos corriendo cogidos de la mano por las calles de adoquines desiguales. Pisando la menta automática de las aceras.

¡Retiradaaa!

Oímos las sirenas de la policía, que como siempre no va a servir de nada. Gracias por venir, municipales, pero una ambulancia hubiese sido más útil. O quizás un enterrador con un buen surtido de féretros, quién sabe.

Sea lo que sea, Clareana y yo nos estamos yendo, dejando la rebelión, el linchamiento, detrás. No hemos participado en la historia; nos pareció que se bastaban sin nosotros. Clareana y yo: las botas botando, pisando las calles húmedas, cogidos de la mano, dos brazos sin mangas, dos cabezas pero quizás era el mismo cuerpo, la misma persona.

Las cosas no se pueden dejar a medias, y esto es entre Clareana y yo. Yo, Rompepistas. El Chopped y Carnaval serán bienvenidos en muchas otras ocasiones, pero no en ésta.

No sé si me explico. Hombre-mujer, pájaros y frutos, flores y abejas. *Temas*.

Tumbo a Clareana en el suelo de la montaña, en la ladera glorificada que hay cerca de la plaza del pueblo donde hemos llegado a todo botar. La tumbo en el puro suelo sin dejar de besarla, es tierra pero la sentimos como cien colchones, sin

garbanzo debajo, la sentimos como el tálamo más confortable, una cama de faraones, de visires indios.

Ella me quita las gafas. Yo le quito los pantalones.

Y Clareana, hija de su madre, me agarra la mano y me dice:

—No me vuelvas a hacer daño, Rompepistas.

Yo la miro con cara de idiota, y me miro el paquete, como diciendo: No hay para tanto. O sea: Echa un vistazo.

Clareana se parte.

—No así, idiota. No *ahora*. No me vuelvas a hacer daño *de verdad*. En la vida. En el futuro.

Yo le digo Vale, pero con la cabeza.

Y Clareana, hija de su madre, tiene que decir:

—Quiero nadar, ¿vale? No quiero flotar, como el resto de la gente.

Vale.

Un momento: ¿cómo?

—Ni ahogarme, como otros. Quiero nadar, ¿entiendes? Avanzar.

Te entiendo, Clareana, aunque parezca mentira. Quizás porque después de todo lo que me ha pasado en este libro me he hecho grande, en catalán. O sea: mayor.

Y entonces terminamos lo que empezamos hace unas horas en su habitación, justo antes de que su madre nos echara A La Calle. Lo terminamos sin muchas guarrerías, pero con muchos besos en los párpados. No sé si me estoy explicando. Hay maneras y maneras, y ésta es una de las otras maneras.

Y me importa poco si lo que voy a decir suena cursi, una última vez.

Porque cuando terminamos, estoy *tan* lleno de amor.

Sí, he dicho *amor*.

Estoy lleno de amor y de esperanza, como si la vida, después de todo, valiese la pena vivirla. Quizás esto sea lo que he aprendido, aquí, a puñetazos y bailecitos en este pueblo, creciendo, viviendo, vamo viviendo.

Te querré siempre, le dije a Clareana.

Y no sabía qué estaba diciendo.

Te querré siempre, le digo a Clareana.

Y ahora lo sé. Y no hay cosas más importantes que estas cosas. Que estas promesas. Que este *amor*.

Sí, he dicho amor.

La niña de mis bailes: Clareana. Siempre tú, Clareana. Te veré en todas las caras, todo el mundo que vea durante el resto de mi vida serás tú, todas las voces que oiga serán la tuya, aún no lo sé, ahora mismo, pero será así.

Joder, Rompepistas, que te vas a emocionar otra vez.

Tu madre, es que no paras.

Cómo va, tu ritmo.

Y arropados en la distancia se oyen gritos lejanos, más sirenas de municipales, empieza la segunda parte de la revuelta, esta vez *contra* la policía, no vamos a verla en este libro, ya no interesa para nuestra historia. En este pueblo nunca se ha cultivado un grandioso respeto y aprecio a la autoridad, por decirlo suavemente. El largo brazo de la ley, que esta noche se va a fracturar por dos o tres sitios. Dejémoslo ahí.

Clareana me dice:

—Yo también.

Yo también qué.

—Te querré siempre, Rompepistas.

¿Es una promesa?

Ya ves.

Lo último que hago, lo último que va a ser contado en este penúltimo capítulo, lo último que vais a ver es esto: yo, bailando.

Yo, bailando.

No hay música, pero hay una fiesta en mi mente. A la que estáis todos invitados, no hace falta decirlo.

Delante de Clareana, que está sentada en el suelo de tierra, mirándome, esto es Sólo Para Sus Ojos. Bailo. Cruzo las piernas, las descruzo, doy una patada al aire, chasqueo los dedos, me balanceo de un lado a otro, agito sólo el tronco, agito sólo la cabeza, levanto ambos brazos al aire como si hubiese ganado algo, y mis labios se mueven dibujando un pa-pa-ra-pa-ra-pá.

Clareana sonrío, como si yo le gustara. Como si pensara: Este tío está bien. No es la reacción con la que acostumbro a toparme.

Detrás de ella, el pueblo. En el aire, el olor a hinojo, a pólvora de petardos, el podrido olor de las fábricas téxtiles de El Prat que llega hasta aquí como un pedo universal. Pero que a mí me huele a rosas, soy *así* de feliz. Allí, bailando delante de Clareana. Feliz. Como si la vida fuese francamente maravillosa. Como si sí pudiesen pasarme cosas buenas, después de todo. Como si aún me quedara algo de suerte que usar.

Yo, bailando.

Del manicomio al cementerio

Del manicomio al cementerio te topas con un descampado que los separa como un cortafuegos, como una metáfora que no quería hacer: del manicomio al cementerio, directo. Eso es este pueblo. Ése es tu amplio abanico de opciones, aquí.

Me suda la frente como un embutido olvidado al sol. Me duele la cabeza, me duele el cuerpo y el pecho, odio volver aquí, odio regresar a este agujero, a este planeta árido como Marte. Pero no me queda más remedio que seguir andando; es lo menos que puedo hacer por él.

Me seco el sudor con un kleenex, empieza a hacer calor de verdad y no hay un solo árbol. Sólo mierda y cascotes, y páginas arrancadas de revistas porno, y latas de refrescos, y matojos sembrados de colillas, y condones baratos de marcas poco conocidas que no pueden pagarse anuncios en televisión.

Mi pueblo: no hay salón de belleza que pueda embellecerlo. Es una causa perdida, el cabrón.

Miro a mi alrededor y recuerdo todas las veces que bebimos en este descampado, cuando caía la tarde, pasábamos primero por una bodega y pillábamos vino de Gandesa, y Coca-Cola de dos litros, bebíamos un poco o la echábamos a la arena directamente, y en el espacio que habíamos hecho introducíamos cuidadosamente el vinito, y lo sacudíamos un rato como si estuviésemos en la orquesta de Xavier Cugat, cómo nos reíamos sacudiendo esa botella y cantando «La cucaracha». Cómo nos reíamos.

Y un día éramos Carnaval y yo, otros días los dos y alguno de los Skinheads por la Paz, otro día Clareana y yo, otro día aparecía Ultramort. Cuando aparecía Ultramort, lo de la cucaracha se lo cantábamos a él, por supuesto.

Y Ultramort siempre se reía, a la manera siniestra; o sea, que se reía haciendo como que le habían diagnosticado cáncer a su padre, exhibiendo su piorrea.

Me río conmigo durante un instante, luego continúo andando.

Y, de repente, a cien metros del cementerio me topo con el Tomeu. Tomeubot, el Cabeza de Bombilla, el loco que no moría, el loco que camina. Y está igual. La misma cara de cabezacono, los mismos ciento cincuenta años perfectamente conservados.

Ahora debe de tener ciento setenta, pero está hecho un chaval.

Loco como una puta cabra, pero hecho un chavalín. Qué envidia.

Y yo, con la comisura de los labios colgante, esa V invertida que ha aparecido en medio de mi cara, la orilla cada vez más ancha de mis ojos, el desierto en mis párpados. Me he hecho viejo, inevitablemente.

Tomeu se cruza conmigo en dirección contraria a la mía. Va del cementerio al manicomio, ha invertido el orden; ahí, con sus cojones. Y por un segundo estoy tentado de preguntarle por el Chérif, pero no quiero saber si sigue vivo. Quiero saber lo menos posible de la evolución del decorado de mi infancia.

La frase del Chérif me viene a la cabeza: «Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío o caliente, te vomitaré de mi boca». Le sonrío a Tomeu con el corazón en un planeta de doble gravedad. Pesado, de repente. No tengo ánimo ni para gritar: ¡Gitano! A ver qué pasa. Él me sonrío de puro reflejo, desdentado, siempre le han faltado los mismos dientes, pero no me reconoce, quizás nunca me reconoció. Yo sólo era otra de las ratas desneridas que le gritaban Gitano. Uno más de la jauría.

Qué calor, pienso. Estoy estofado, dentro de mi traje funerario. Tomeu se aleja con su andar de pinocho desmanegado, yo cada vez estoy más cerca el cementerio, noto la mutación. Sólo unos metros más, noto la mutación.

Cuando llego a la puerta del cementerio, ya no soy yo.

¡Mutación! Como un superhéroe pasado de moda. ¡Shazam!

Cuando llego al cementerio soy el otro. Soy aquel niño.

Rompepistas.

Es como cuando tus padres te tratan perpetuamente como un niño, porque eso es lo que siempre serás para ellos, qué vas a hacerle. Lo mismo, hazlo que hazlo. En este escenario, en este decorado, en el pueblo donde nací, siempre tendré diecisiete años. Acabo de darme cuenta. Es un mundo que ya no existe, nada en las calles o edificios permanece de mis años de duelista, no quedan pisadas de los chicos con botas, no quedan pintadas de mis años del frescor, cuando aún no me había ajado, cuando tanto cubierta como libro estaban en perfecto estado de conservación, y no tenía las puntas dobladas, ni manchas en la portada, ni páginas arrancadas, no era un ejemplar de saldo, no era una antigualla.

No sé de dónde han salido todas estas comparaciones con libros, pero da igual. Porque la foto lo ha empezado todo, la foto de CCCR, y ahora ya nunca más podremos pronunciarlo, ahora ya faltará siempre una letra, ahora ya no será lo mismo, hace tiempo que *nada* es lo mismo, y ya no puedo parar de recordar. Nadie olvida jamás, ni se te ocurra.

Y casi digo: Rompepistas, cuando el señor de la puerta, un vigilante con traje gris y una gorra levemente militar, me pregunta el nombre y qué sepelio busco. Casi lo digo: Rompepistas. No por costumbre, sino por retroceso. Hay cosas que nunca se olvidan, joder. Nunca.

Es mi fiesta y lloro si me da la real gana.

No, no voy a llorar otra vez. No jodas.

Estoy en el cementerio, y ya he llegado al sitio donde van a enterrarle. Veo la corona de flores, y saludo con la cabeza a unas cuantas personas que me reconocen o

no, no estoy seguro.

Miro al suelo, a la arena pegajosa del sitio, miro mis zapatos espolvoreados, y sé que no voy a llorar. Porque ya no lloro, y porque esto no es mi fiesta.

¿Fiesta?

No, no: es un funeral.

El funeral del Chopped.

Una de las canciones de los Clash que más le gustaban al Chopped era «Stay free». Ignoro hasta qué punto vio la premonición en la letra, si es que entendía la letra. Sólo sé que era una de las canciones que más le gustaban, una de las pocas con las que se permitía ser sensible de veras, mostrar la lágrima, la de veras, no la tatuada. El dolor que llevaba dentro, por el pasado y por el futuro, que quizás vio venir. Sabía que nada terminaba, que nada se solucionaba, esto no es una película, esto no era un libro de hippies.

Esto es la realidad. Esto es la vida. La de verdad, atrapaos. Y en ella no había final feliz para todos, y algunos no conseguirían salir jamás de aquí.

El Chopped *acabará mal*, como decía mi madre.

Y pasó eso. Que acabó mal. Como predecían mi madre y «Stay free».

Se veía venir.

Todos lo veíamos venir.

Los sueños machacados, que atizan la desesperación. Y poco a poco vas perdiendo las cosas que tenías que perder, las cosas que te sujetaban, que impedían que pasaras la línea, la línea de la chunguez, como la llamábamos Carnaval y yo, como si fuese una frontera visible, una valla física, una pared.

El Chopped nos perdió. Es la vida, pasó así y casi no nos dimos cuenta. Uno tiene que seguir su propio camino, no puedes hacer siempre feliz a todo el mundo, no puedes solucionarle la vida entera a alguien. Pero no pasa un día en que no me sienta algo culpable. ¿Y si me hubiese quedado unos años más?

Quizás el Chopped no hubiese acabado como acabó. Mal, quiero decir. Fatal, se entiende.

Y no hacen falta detalles, porque la pendiente siempre es la misma, no puedes desacelerar. Palos cada vez más grandes, fichado, él diría fichao, luego se empezó a meter caballo, por hacer algo, por hacer algo, los palos que aumentan, y también el Qué más me da si me cogen o no.

Luego: años de cárcel.

Es difícil, ir a ver a alguien a la Modelo. Hice lo que pude, intenté escribir. «Stay free» profetiza incluso eso; la canción me da miedo. Demasiadas coincidencias. No la he vuelto a escuchar, pero lo haré en unos minutos, aquí, en el cementerio.

Un día, hace ya tanto tiempo, hace tanto tiempo de *todo*, fui a ver al Chopped a la

cárcel. Todavía un skinhead, pero más flaco, el cuello menor y la espalda algo doblada, como un Atlas ya cansado de sostener el mundo. El Chopped había cambiado. Pero sus ojos. La furia y fuego de sus ojos. El mismo fuego. Los mismos ojos que llameaban al decirme: «No te cagues, Rompepistas».

Aquel día hablamos de esto y aquello, del barrio, de Clareana y de Carnaval, de los años del frescor, cuando éramos invencibles, cuando éramos inmortales, cuando éramos los chicos con botas, las ratas con botas. Recordamos el pueblo, la pelea de aquella noche. Los dos sentados uno delante del otro en una mesa metálica, rodeados de los despojos, rodeados de los restos, toda la carne de cañón a nuestro alrededor en aquella habitación de miedo, el urbanismo del No Futuro. Chopped se había tatuado en los dedos de la mano derecha cuatro letras, una en cada uno de los dedos que no son el pulgar: SKIN. Por si se le olvidaba. Por si la cárcel le daba amnesia, tal vez.

Hay cosas que no se pueden matar, pero a veces sí. A veces las matan.

Y, antes de irme, el Chopped me agarró de la mano y me lo volvió a decir. El hijo de puta me lo dijo, como siempre, como si no hubiese pasado el tiempo:

—No te cagues, Rompepistas. Que no te doblen como a mí, tío.

Yo le miré y quise arrancar el mantecado del cuello, quise que pasara aquella manzana con hojas de afeitar, no contesté nada, no había nada que pudiese decir.

—Éramos una banda, ¿no? —me gritó, poniéndose en pie en la mesa, cuando yo me acercaba a la puerta—. Estábamos unidos, ¿no?

No le contesté que eso era entonces y esto es ahora. No dije eso, ni loco. Asentí con la cabeza y le sonreí. Era lo único que podía hacer. Luego salí y cerré la puerta detrás de mí. Nunca volví a verle a la Modelo. No podía. No quería volver, no quería enfrentarme a la prueba definitiva de la torcedura de las cosas buenas. Necesitaba irme, *ser otro*, dejar aquello, escapar de nuestro destino, dejar de caer, me daba igual si también dejaba de reírme. Pero no puedes escapar de tu destino. Y no puedes olvidar. Si tengo que decirlo mil veces, mil veces lo diré.

Hace años de aquella vez que le vi por última vez.

Y hace poco me llamaron para decirme que había muerto. De sida. Ni tan sólo sabía que estaba enfermo, ni tan sólo sabía que ya había cumplido su condena y volvía a estar libre, cómo iba a saber si me fui, los más lejos posible, corté todos los cables, bloqueé los caminos, maté a los mensajeros.

¿Dije llamaron? No. No fue uno cualquiera. Me llamó Carnaval, para darme la fecha del entierro.

Carnaval y yo, los dos allí, otra vez hablando por teléfono, como si fuese ayer. De todo, de todo lo que hicimos.

Joder, la vida.

—Pareces una cucaracha, tío.

Eso me recuerda cuando me picaba al timbre con el tono de la cu-ca-ra-cha y mis padres querían lanzarle tuestos desde el balcón, y yo también. Eso me recuerda cuando le decíamos eso a Ultramort, allí, detrás de la tapia del instituto, partiéndonos de risa.

Carnaval.

Carnaval hablándome, en el cementerio, señalando mi traje negro barato y mis zapatos baratos llenos de polvo del descampado. Carnaval.

No os lo presento, ya le conocéis.

El mismo Carnaval de siempre. Ya no es punk, pero su pelo sigue siendo un arbusto del sotobosque, su cara es canina, sus orejas están en el lugar raro del tío de *Los Goonies*. Ha engordado, lo que no es ninguna sorpresa. Quiero decir, que en el momento tampoco era una sílfide. Su panza se balancea por todas partes cuando dice lo de la cucaracha, y luego me da una palmada en la espalda, y yo le sonrío.

—Tú, en cambio, eres un nenúfar. Un hada del bosque. Una lindísima amapola — le digo a Carnaval.

Y él se mira el traje, que parece que acabe de recoger de un contenedor de la Humana, y rasca con la uña larga del dedo meñique una mancha de tomate que lleva en una solapa, y se ríe a su manera única. Enseñando los dientes, fuerte, echando la cabeza hacia atrás, muñeco dispensador de Caramelos Pez.

¿Hay curiosidad? ¿Qué hace Carnaval hoy? ¿Qué es de su vida?

Su vida está bien. Carnaval hace lo mínimo, que es lo que le gustaba. Chapuzas, fontanería, electricidad, todo cosas que, recordando el apocalipsis manual que era, quisiera ver. Tienen que ser un cromo. Y luego, después del curro, al Provi, que aún existe, inmutable, ajeno a los avances el siglo xx. Al Provi a tomar quintos, a reírse, a decir guarradas con sus hermanos y la peñita del barrio. Y a leerse el *Sport*. Y luego, a su casa, a escuchar una y otra vez sus discos de punk y 2-Tone y jamaicanos fumadores de hierba. Y a fumar, y a siestear.

Vamo viviendo.

Una buena vida.

Sólo que no es la mía, y nos vemos bien poco. Qué vas a hacerle. Cada uno va a donde va. Y aquello era entonces y esto es ahora, todos lo sabemos.

Échale la culpa al boogie.

E, incluso así, cada vez que le veo... Iba a decir que parece ayer, pero sería mentir. Parece que haga un millón de años.

Esto no es un libro. Esto es tu vida. *Mi* vida. Las cosas van así.

Parece que haga un millón de años, parece otro país, otro planeta, el mundo perdido, una tierra mítica y salvaje que se regía con otras normas, campos de dinosaurios y fieras temibles, supervivencia y jaurías, todo aquello. Sólo que las cosas de aquí me lo recuerdan de forma grande, y eso hace que parezca como si no

hubiese pasado el tiempo.

Ahí están todos, llegan al entierro los que faltaban: los Skinheads por la Paz. El Pachanga. El MD. El Sutil. El Puños. El Bomba. El Jeje. El Pimienta. El Antología. Y el Peligro.

Cabellos más largos, trajes baratos, patillas torcidas, surcos de lucha en las caras. Condenados a luchar. Pero aún dignos y orgullosos, a su manera. Una vez has sido un skin, lo eres para toda la vida, que decían ellos.

Sólo que no así, porque lo pronunciaban en inglés y como auténticos bestias.

En un segundo hacemos piña, hacemos melé, y hablamos de esto y aquello, intercambiamos anécdotas, nos preguntamos por las familias. Uno se casó, otro se ha divorciado, uno tiene dos hijos, otro ninguno, uno ya no vive aquí, otro se quedó, a uno se le murió el padre, el hermano del otro tuvo una hija, nos enseñamos fotos, nos enseñamos las manos, nos enseñamos los pulmones, nos ponemos al día. Y todo ha cambiado y nada ha cambiado, y yo les llamo a todos, a cada uno de ellos, por los nombres con los que les conocí, porque éstos eran nuestros escudos, éstas eran nuestras firmas, éstos eran nuestros motes de guerra. Les llamo como les llamo porque lo que les llamo es lo que todavía son para mí.

Y todos me llaman Rompepistas, porque eso es lo que soy para ellos.

Porque es lo que soy, y punto.

Rompepistas, que no se me olvide.

Pssshhht.

No es el Ventolín, todos estos años me curaron el asma. Es Carnaval, haciéndonos callar allí, en el cementerio. Ahí estamos otra vez, los once jinetes de la poca-leche. Falta el Chopped, que está tieso como un Airgam Boy dentro de su ataúd. No es que me esté riendo, es lo mismo de siempre: humor en la cara de la catástrofe. Lo único que aprendimos a hacer.

También falta Clareana, que no ha venido. Vive en otro país, siempre supe que se marcharía también de aquí, siempre me pidió que la salvara de esto (y de mí). La primera cosa no la hice, pero la segunda sí, porque en un par de años dejamos de salir. No fue bonito, pero era lo que había.

Ya ves.

No, no nos quisimos siempre.

No, Clareana no está aquí, y no nos reencontramos con los ojos llenos de lágrimas.

¿Qué creíais que era esto? ¿Un libro?

Pero, eso sí, aún llevo el tatuaje. Un corazón rojo, y un pergamino cruzándolo donde pone: Clareana.

Las mujeres que lo ven ahora, después de todos estos años, siempre me dicen que

lo encuentran muy dulce. Tatuarse por amor. Y el tatuaje está descolorido y anciano y amarillento y pasado de moda, pero está ahí. Hay cosas de las que no te zafas, atrapao, me diría Carnaval. *Lo pasao no se borra ni con un matrimonio ni con una goma Faber*, que diría mi difunto abuelo.

Y Carnaval, en cualquier caso, nos vuelve a hacer callar con otro PSSSHT, como si estuviese achantando a un hijoputa de los que hablan en el cine, como si se estuviese aplicando una gran dosis de Ventolín. Y creemos que es porque va a empezar la ceremonia, pero no, porque aún no han traído el féretro, y vemos a la familia que espera en silencio, su madre sola, su padre murió, elementos vivientes de la lágrima del ojo del Chopped, la lágrima por la vida que nos tocó vivir. El skin crucificado. Por el mundo, por esto, por nosotros, por lo que nos tocó en la tómbola. Derramando sangre.

Ajena, si es lo que toca.

Y todos callamos mirando a Carnaval, que, tras encender un Fortuna espachurrado, nos dice, afectando cara grave:

—En una situación límite, ¿cuál de estas cuatro cosas harías, si te obligaran a escoger una?:

1. Chuparle a alguien la polla
2. Comerte los mocos de alguien
3. Comerte tu propia mierda
4. O beber el pipí de una tía.

Aunque sea un entierro. La forma en que nos reímos, tapiando nuestras bocas con las manos y pañuelos y antebrazos y la espalda de los demás, va a tener que venir el Cuerpo de Submarinistas de la Armada a prestarnos unas bombonas de oxígeno.

La forma en que nos reímos, Ay.

Ay, que me muero.

Me río como si esa risa fuese toda nuestra salvación.

Porque en un momento lo fue, ¿sabéis?

Aunque la risa dura poco, porque entonces traen el ataúd, tapado, mejor, no quiero ver. La risa se detiene de golpe, y el cura dice unas palabras, que no escuchamos, porque la primera reacción es ir hacia él y darle un par de puñetazos en la puta cara, hipócrita baboso, puto engaña-niños, y me tengo que controlar, ya no hago ese tipo de cosas, al menos yo, los demás no sé.

Y empieza a sonar «Stay free».

Ay, cojones.

Callados, escuchamos las notas, quizás soy el único que entiende la letra, no tengo ni idea. Bueno, Carnaval también. Démosle el beneficio de la duda, al gordito.

Y cuando llega la parte en que dice lo de la cárcel. Bueno, ahí estoy a punto de

derrumbarme. Como una niñata, me da igual ya. Carnaval igual, y los demás Skinheads por la Paz, y todos miramos al suelo y lidiamos como podemos con los mazapanes resacos de nuestras tráqueas.

No lloro.

Insisto: no lloro.

No lloro ni una lágrima, porque todo el rato estoy pensando en la frase: no te arrugues, Rompepistas. Y pienso en las promesas que hice. Y pienso que el Chopped se merece, al menos, vernos chulos como ochos, arrogancia original, firmes. Un homenaje a los chicos con botas que fuimos, bolsillos vacíos y cojones llenos, esas canciones eran lo único que teníamos. Eso, y a nosotros mismos.

Era lo único que importaba.

Nosotros. Lo que fuimos.

Eso no nos lo quitan, está claro.

Termina la canción, termina el entierro, tapan el agujero de la pared con cemento y una lápida que lleva grabado su nombre verdadero, el que nunca utilizamos, nos vamos todos, allí, Carnaval y yo, los dos allí, colegas, los Skinheads por la Paz también, colegas, nos vamos todos en un mondongo andante y desordenado al Provi a tomar unas cervezas en honor del Chopped, a relatarnos nuestras vidas, a comentar la jugada siempre, a romantizar nuestras existencias pasadas y exorcizar nuestra mala suerte, a reírnos de ella, a reírnos en la cara del destino, vamos al Provi, venga, vente, no me jodas, no te rajés ahora.

La vida continúa, ¿no?

Joder que no.

Ya en mi casa, algo borracho, clavado al cristal de la ventana, pienso en el entonces, y pienso en el ahora. Pienso en aquel niño que fui, y qué parte puso ese niño en lo que soy hoy. Y pienso en el lugar de donde vengo, y en cómo una parte de mí siempre se quedó allí, ahora lo veo.

Pienso en todas estas cosas con cara de cerdito, no es una de mis muecas, es de tener la nariz firmemente pegada al cristal, mirando al cielo, ya oscureció.

Y entonces me separo del cristal unos centímetros, y doy dos pasos de baile, y doy una vuelta sobre mi eje, y vuelvo a estar de cara a la ventana. Pim-pam-fuera. Y me miro los pies, miro ese baile inesperado que ha venido de otras décadas, y ahora sonrío, sonrío sólo un poco, casi imperceptiblemente, sólo si me conocieses mucho te darías cuenta.

Y pienso. Cómo de aquella época, del verano de 1987, no queda nada ya; los años y los golpes nuevos, las nuevas decepciones, se han ido amontonando, cubriendo con su manto a cada uno de nosotros, llenando nuestros cuerpos con cosas nuevas e inesperadas, algunas incluso felices. Felices, incluso.

Y a pesar de eso tengo un hueco aquí donde no hay nada, que hay un vacío que no se puede llenar. Y quizás sea la tristeza por los años del frescor, los años que nunca volverán, las cosas que pasaron, las cosas que hicimos, la tristeza por los chicos con botas, los años que dejamos pudrir, que se nos murieron en las manos, sin querer, sin que pudiésemos hacer nada para evitarlo, esa tristeza que llevo ahí, incrustada en la piel, hasta el día en que me muera, y que cada tiempesito sale a golpes, derramándoseme por los ojos y se lo lleva todo menos el recuerdo.

El recuerdo nunca.

AGRADECIMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS

Discos Rompepistas, por *eso*, con respeto y admiración.

Eugènia, por todo.

Jorge Herralde, mi editor, por su entusiasmo, independencia y pasión juvenil.

Mi familia, por su apoyo y fidelidad.

Kavel Rafferty y Oriol Amat, por ilustraciones y concepto gráfico.

Miqui Samaranch y Manolo Martínez, mis lectores.

Mi abuelo Josep, por la promesa del mazazo.

Chopped, Puños y todos los amigos de quien tomé prestados motes.

Enric Casasses, por el manoseado de su poema. El original decía:

Ens hem tret els polls

Hem rentat els vidres

I ens cantem cançons que no surten als llibres

El maestro Jim Dodge, por el teorema de la culpa.

Nik Cohn, por el baile Que-Os-Den de Johnny Angelo.

Alison Statton and Spike, por «Tidal blues».

The Clientele, por «Losing Haringay».

Kenneth Patchen, por Harry The Habit.

Nueva Vulcano, porque nos hemos hecho grandes (en catalán).

Miroslav Mecer, una camiseta de Pierna.

Jordi Geli, por coinventar el concepto Skinheads por la Paz.

La Brigada, por «La llista negra».

Fermín Muguruza, por «La línea del frente».

John King and his cunTs.

Catedral de escombros es una expresión acuñada por Alejandro Granda.

Y la broma de «¿Está Alá en todas partes?» fue descuidada de Ricky Gervais en un momento en que no miraba.

LOS DISCOS ESCUCHADOS ESCRIBIENDO «ROMPEPISTAS».

VV. AA. *Pennies from heaven and other songs from the 30's*

DIVINE & STATTON *The prince of Wales*

MORRISSEY *Your arsenal, viva hate y bona drag*

ARTHUR RUSSELL *First thought best thought*

YO LA TENGO *Summer sun*

MOONDOG *Moondog 1 / Moondog 2*

LUNGFISH *Love is love*

THE SOFTIES *Holiday in Rhode Island*

THE LEFT BANKE *Walk away Reneé / Pretty ballerina*

BILL FAY *Bill fay y Time of the last persecution*

CHARADES *En ningún lugar*

LINDA DRAPER *One, two, three, four*

HURRAH! *The sound of Philadelphia*

ANNE BRIGGS *The time has come*

THE LEMONHEADS *Hate your friends, Lovey, creator, it's a shame about Ray,*

Lick

KAREN DALTON *In my own time y It's hard to tell who's going to love you the*

best

LAMBCHOP *I hope you're sitting down y thriller / hank*

MARTIN NEWELL *The greatest living englishman*

LA BALADA DE LOS CHICOS CON BOTAS

Cara A

GENERATION X Promises promises
THE CLASH Complete control
THE BOYS First time
DESMOND DEKKER Israelites
STIFF LITTLE FINGERS Alternative Ulster
SHAM 69 Hersham boys
TOOTS & THE MAYTALS Pressure drop
MAX ROMEO Wet dream
THE SPECIALS You're wondering now
THE BEAT Mirror in the bathroom
GENERATION X One hundred punks
KORTATU La línea del frente
THE UNDERTONES Jump boys
THE BEAT Tears of a clown
THE JAM When you're young
STRAY CATS Runaway boys
BRIGHTON 64 La casa de la bomba
BUZZCOCKS Boredom

Cara B

SEX PISTOLS Anarchy in the UK
COCKNEY REJECTS War on the terraces
ALTERNATIVE TV Life
THE SELECTER Too much pressure
THE DAMNED Smash it up
THE MAYTALS Never grow old
MARCIA GRIFFITHS Feel like jumping
SHAM 69 If the kids are united
THE BEAT Best friend
MADNESS Bed and breakfast man

SYMARIP Skinhead moonstomp
ANGELIC UPSTARTS Never 'ad nothing
PRINCE BUSTER Whine & Grine
THE PIONEERS Long shot kick the bucket
GENERATION X Kiss me deadly
THE JAM In the city
THE SPECIALS Too much too young
THE BEAT I confess
THE CLASH Stay free



Kiko Amat (Sant Boi, 1971) dejó sus estudios a los diecisiete años para dedicarse por completo a sus principales aficiones: la búsqueda de canciones perfectas, la prensa underground y mantener una presencia más o menos digna. Desde entonces ha sido editor de varios fanzines y ha colaborado en una larga lista de revistas musicales; ha vivido en Londres cinco años y ha trabajado en cadenas de montaje, hoteles y tiendas de discos. Actualmente vive en Barcelona frecuentando bodegas y esquivando la tecnología moderna.